UN BRINDIS POR TODAS TUS MENTIRAS

MARCOS A.C.



UN BRINDIS POR TODAS TUS MENTIRAS

MARCOS A.C.

Primera edición.

Un brindis por todas tus mentiras

©Marcos A.C.

©marzo, 2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Intentaba mantener la calma, pero era difícil cuando tenía la moral por los suelos y no encontraba ningún aliciente. La rabia y la tristeza se entremezclaban, dejándome una sensación de lo más amarga.

Dicen que todos, en un momento u otro de nuestra vida, debemos enfrentarnos al desengaño, a hacer que la venda que nos cubre los ojos caiga para dejarnos ver la verdadera esencia de las personas.

Y eso me había pasado a mí…

Esperaba a que llegase Alexander, mi pareja hasta ese momento, en el que se iba a encontrar con la noticia de que mis cosas ya me las había llevado para dar por finalizada una relación en la que había puesto mi corazón y toda mi vida.

Jamás creí que llegaría este momento, de verdad que no, porque con él todo era perfecto, teníamos todo aquello que queríamos y deseábamos, o al menos es lo que pensaba yo.

Sentía una presión en el pecho que hacía que me costara controlar las ganas de llorar, esas que me habían acompañado durante los últimos días y que, cuando estaba sola, dejaba salir libremente.

Me estremecí al escuchar las llaves, momento que aproveché para colocarme de pie al lado de la mesa del salón mientras me decía a mí misma que tenía que ser fuerte y no podía soltar ni una sola lágrima, no delante de él, no iba a dejar que me viera hacerlo. Y mucho menos perder la cordura y mostrarme como una loba herida. No, después de lo que había descubierto, de lo que había hecho, no iba a darle la satisfacción de verme mal.

—Pero qué belleza me espera en casa —murmuró, entrando con una sonrisa como cada día.

Esa sonrisa fue la que me conquistó, y hoy dolía como mil puñales clavados en lo más profundo de mi corazón.

—La que no te va a esperar más —estiré los brazos para que no hiciera el más mínimo intento de acercarse.

—Pero ¿qué te pasa, amor? —Frunció el ceño sin entender nada, pero pronto lo haría.

—No soy tu amor, Alexander —murmuré secamente y con una contundencia que hasta a mí me sorprendió—. He recogido mis cosas y ya me las llevé para el apartamento de Elsa.

—Alba…

—No —le corté, porque no quería perder las fuerzas que estaba sacando de lo más recóndito de mi ser para decirle lo que quería—. Ni Alba, ni amor, ni nada en un intento de querer quedar bien. Lo sé todo. Lo que más tristeza me produce es que he dado por esto más de lo que debía ni te merecías. Estoy al tanto de lo de tu casa, tu trabajo en la inmobiliaria y tu vida paralela. ¿Quieres que te lo relate todo o ya me puedo ir?

—Alba, lo siento —murmuró con la mirada perdida en el suelo.

—Yo también, créeme.

Dejé las llaves sobre la mesa y sin mirarlo a la cara, me dirigí hacia el pasillo, saliendo así de la casa en la que nunca debí entrar.

Me temblaba todo el cuerpo, seguía con ese dolor en el pecho que hacía que me faltara hasta el aire, y las ganas de llorar no se iban, porque dolía que hubiera llegado a este punto, dolía mucho.

Todo comenzó dos años atrás cuando estaba de fiesta con mi amiga Elsa celebrando mis treinta cumpleaños. Esa noche fue la que conocí a Alexander y comprendí lo que significaba la palabra flechazo en todo su esplendor, ese que me llevó a enamorarme por completo de él.

Metro ochenta, cabello rubio oscuro, ojos azules profundos y expresivos, complexión atlética, pero no excesiva, rostro de líneas bien definidas con mandíbula fuerte y varonil. Simpático, carismático y con sentido del humor, a pesar de que a veces era de lo más reflexivo. Y lo que más marcado se me iba a quedar de cómo se describió a sí mismo en una ocasión, era que valoraba la honestidad por encima de todo.

Había que joderse, que precisamente él no hubiera sido honesto conmigo.

Desde ese preciso instante en que nos conocimos y conectamos de inmediato, nos volvimos tan inseparables, que a los tres meses no dudamos en comenzar una vida en común.

Alexander trabajaba de jefe de asesores inmobiliarios de la provincia en una empresa a nivel nacional, así que se iba moviendo por las oficinas, al menos eso pensaba yo hasta ahora, que ya

no tenía claro ni quién era.

Desde el primer momento acordamos pagar todo a medias, ya que yo también tenía un buen empleo como diseñadora gráfica para una empresa internacional de mucho prestigio. Trabajaba desde casa, así que mudarme con el que entonces consideré el amor de mi vida, no suponía mucho percance laboral para mí.

Encontró de alquiler una preciosa unifamiliar con tres habitaciones, de las cuales una dejamos como lugar de trabajo para ambos, salón y cocina amplios, jardín y piscina, todo por dos mil euros al mes, y él se encargó de toda la gestión. Pensábamos comprarnos algo, pero sin prisas, así que esto era perfecto para comenzar cómodamente y poder disfrutar de un lugar que era una cucada.

Todos los meses le daba mi parte de la casa, luz, agua y poníamos cuatrocientos euros cada uno para comida, de los cuales, nos sobraba hasta para pagarnos alguna que otra cena en la calle.

Vivíamos bien, ya que él tenía unos ingresos buenos, por lo que no iba asfixiado, y yo estaba en torno a los tres mil quinientos, así que me daba para ahorrar todos los meses un buen dinero. Eso no lo mezclábamos y cada uno tenía su propia economía.

El caso estaba en que un mes atrás, Elsa, mi mejor amiga, me comentó que sospechaba de él, ya que lo había visto entrar dos mañanas en un edificio en el que no había oficinas hasta que, a la tercera, se quedó fuera esperando a ver cuánto tardaba y no salió hasta medio día.

Después de Elsa hacer de equipo de investigación, logró averiguar que se metía en una casa donde vivía una joven muy mona, de estatura media, figura esbelta, cabello largo en tono castaño oscuro y ojos marrones, cuyo nombre era Patricia. Eso me creó serias dudas acerca de su trabajo.

Lo seguí dos días seguidos con Elsa y la realidad es que lo vi entrar y no salir hasta la hora de regresar a casa. No le dije nada ni le monté ningún pollo. Quería llegar hasta el final de todo, puesto que no estaba siendo honesto conmigo y eso dolía.

Conseguimos confirmar la identidad de la joven por el buzón y pedimos una nota simple al registro de la propiedad y esa vivienda era de ella, de esa persona con la que pasaba muchas mañanas.

A mí se me rompió el alma, pero no tanto cuando a Elsa se le ocurrió pedir la nota simple de la casa en la que estábamos de alquiler y descubrimos que era de Alexander y que no tenía ni hipoteca. El mundo se me cayó encima al ser consciente de que me había estado engañando todo este tiempo y cobrándome mil euros de alquiler por vivir en su casa.

Desde luego, me reía yo de sus valores y de esa honestidad que decía que valoraba por encima de todo.

No contentas con eso, nos pusimos manos a la obra para investigar en la inmobiliaria donde trabajaba y la realidad fue que, allí no lo conocía ni Dios…

La decepción que me había llevado había sido de las más grandes de mi vida. Lo amaba con todo mi corazón y había estado completamente ciega. Le iba a tener que agradecer siempre a mi amiga que hubiera tenido las agallas de abrirme los ojos y quitarme la venda, esa que en algún momento de la vida todos debíamos dejar caer, ya que tenía a Alexander como en un altar.

Conduje con las lágrimas cayendo por mis mejillas, maldiciendo el haberme enamorado tan perdidamente de alguien a quien realmente no conocía, porque no era el hombre que pensaba, sino alguien completamente distinto a lo que me mostró y vendió dos años atrás.

—Hola, preciosa. —Elsa abrió la puerta cuando llegué a su casa y me abrazó.

Sonrió con una tristeza que se veía reflejada en sus ojos verdes, esos que quedaban enmarcados en un rostro ovalado y delicado bajo una media melena rubia. Lo que más me gustaba de mi mejor amiga era lo decidida que había sido siempre, por no hablar de que era extrovertida y siempre conseguía sacarme una sonrisa, incluso en las peores situaciones.

—Hola, cariño —me dejé mimar por unos instantes con ese abrazo tan reconfortante que me daba.

—No me gusta esa vocecita de tristeza.

—Me duele muchísimo, esto no lo voy a superar.

—Claro que lo superarás, si superé yo lo de Kevin, tú superas todo lo que te echen. Ni una lágrima por él —me advirtió con el dedo—. Y, además, el sábado vamos a salir a celebrar tu treinta y dos cumpleaños y no voy a dejar que se te acerque ni Dios —carraspeó, dejando caer que dos años atrás conocí a Alexander en mi treinta cumpleaños.

—Ni yo dejaría que nadie se me acercara —volteé los ojos mientras cogía la botella de agua de la nevera para echarme en un vaso—. De todas maneras, no tengo cuerpo para salir. Elsa.

—Juramos que celebraríamos juntas cada uno de nuestros cumpleaños, así estuviésemos con cuarenta de fiebre.

—Tienes razón, pero ahora mismo soy una muerta viviente.

—¿Un vinito y arreglamos algo de la actitud?

—¿En un chiringuito de la playa?

—Yo te como esa cara —me la agarró con sus manos y comenzó a darme besos en la frente y,

por último, uno en los labios para hacer la gracia—. Nos vamos ahora mismo a tomar vitamina D que nos regalará el solecito.

—No me apetece estar encerrada —le confesé.

—Menos mal que eres lista, que, si encima de cornuda eras fea, apaga y vámonos —me soltó, causándome una carcajada.

Elsa era un torbellino de disparates que a mí me sacaban una risa tras otra. Tenía un corazón de lo más bondadoso y era esa amiga que te agarraba la mano y no te la soltaba por nada del mundo.

Me cambié de ropa para ponerme el bikini con un vestidito de tirantes, así me daría un poco el sol, ya que me gustaba mantener el bronceado. Estábamos a finales de junio, pero desde abril ya lucíamos un moreno, puesto que en el sur disfrutábamos de un clima muy generoso.

Y salimos de casa para darnos un baño de esa vitamina D que había dicho ella, y que, siendo sincera, no me vendría nada mal.

Nos acomodamos en una cama balinesa que alquilamos al chiringuito y pedimos una botella de vino blanco que nos trajeron en una cubitera con hielo, una tabla de croquetas de marisco y unas gambas de Huelva.

—¿Quieres quitar esa cara de velatorio? —Estiró su mano con la copa para que brindáramos.

—Salud.

—Salud, cariño, pero anímate. ¿Merece acaso la pena estar así por un tipo que no sabes ni quién es? Lo mismo es un vendehúmos que se dedica a vender drogas o vete tú a saber. Lo mismo hasta está utilizando a la otra y vive de lo que les saca a unas y otras, que igual es *gigoló*, y le pagabas por sus servicios —elevó ambas cejas.

—A ver, que por poder ser puede ser hasta un asesino en serie, pero eso no quita que lo amo con todo mi corazón.

—Lo amabas…

—Lo amo —contesté convencida—. Los sentimientos no desaparecen rápidamente por mucho daño que te hagan. Una cosa es que sienta decepción, rabia, dolor… pero amor también, por mucho que no se lo merezca.

—Lo vas a olvidar. Métetelo en la cabeza.

—Claro, no sé cuándo, pero lo haré. Todo se supera con el tiempo.

—Dilo riendo.

—Qué pesada eres —negué, soltando una sonrisilla.

—Así me gusta —me llevó una croqueta a la boca—. Gime de verdadero placer. Están deliciosas.

—Sí, la verdad es que sí.

Elsa y yo nos conocimos cuando las dos teníamos doce años y nuestros padres se compraron una casa en una urbanización nueva. Desde entonces nos convertimos en el mayor de nuestros apoyos junto a Olga, amiga que perdimos cinco años atrás por una maldita enfermedad que nos llevó a pasar los peores momentos de nuestras vidas. Aún la recordábamos con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Era un ser de luz que nos dejó marcados nuestros corazones para siempre.

La vida era injusta y nos llenaba de momentos que se escapaban a nuestra razón, pero había que ser fuertes siendo esta nuestra única opción.

—Deja de darle vueltas a la cabeza —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—Ya, pero me siento tan desubicada…

—Es normal, pero todo pasará.

—¿Sabes? Lo que más me duele es saber que el tiempo que estuve con Alexander, conmigo se comportó como el hombre perfecto: cariñoso, atento, lleno de detalles, sensible…

—¡Para! —me frenó en seco— Todo eso no era nada más que una fachada. A saber, si la casa fue de una herencia y él estaba viviendo a costa de tus mil euros y lo que poníais a medias para los gastos. Me da que es un caradura.

—Me sentí muy amada.

—Y dale. Mira que eres pesada. Fuera ya de tu mente —chasqueó con sus dedos delante de mi cara—. Pasa de él. Mira si debe de ser turbio que no tiene ni redes sociales.

—Lo olvidaré, pero dame tiempo.

—No hay tiempo —contestó cortante y se me escapó una risilla—. Estoy disfrutando de mi preciado descanso en el que solo se permite disfrute y no cara de velatorios.

Elsa trabajaba como profesora de secundaria en un colegio privado. Ahora se encontraba disfrutando de las vacaciones de verano que había cogido dos días atrás.

Su vida amorosa había sido como la mía hasta que conocí a Alexander. Habíamos tenido relaciones esporádicas, pero nada serio. En mi caso, hasta que apareció él, no sentí lo que era el amor en todo su apogeo.

¿Se podía volver a vivir otro amor después de haber sentido que me habían tocado el alma? Estaba en ese punto en el que me daba mucha tristeza pensar que iba a estar condenada a amarlo para siempre. No veía la forma de sacarlo de mi corazón.

Había sido un sueño tan bonito, pero tan destructivo a la vez. El amor que sentí por él era intenso, real, pero al final resultó ser una mentira disfrazada de amor.

—Elsa, ¿y si nunca lo supero? ¿Y si siempre lo llevo conmigo, como una cicatriz que nunca desaparece? —pregunté.

—Alba, cariño, te prometo que, con el tiempo, esa cicatriz se convertirá en una marca de fuerza. No importa cuánto te duela ahora, lo que importa es que tú eres mucho más que ese tipo. Y más que nada, mereces un amor de verdad.

Suspiré, porque tenía razón. Había dado tanto de mí misma en esa relación, y él ni siquiera había tenido la decencia de ser honesto.

—Un paso a la vez, preciosa —me dijo con un apretón en la mano—. Y el primero de todos es dejar de pensar en él.

Lo intentaría, por mi bien lo iba a intentar.

Unas horas más tarde, después de disfrutar del sol, las tapas y el vino, me sentí algo más ligera. Elsa había logrado lo que parecía imposible: hacerme sonreír después de lo que había vivido.

Me iba a querer a mí misma, me iba a poner como prioridad para sanar el dolor que sentía por un amor que no era tal.

Porque todo en la vida acababa con un final feliz, y tenía claro que, aunque el mío no iba a ser el que pensaba desde hacía dos años, sí que lo sería porque yo iba a escribir el final de mi propia historia.

Tardaría más o menos, pero el caso era que lo iba a hacer.

Capítulo 2



—¡¡¡Feliz cumpleaños!!! —gritó Elsa tras abrir la puerta de mi habitación y dispararme con un cañón de serpentinas.

—Elsa, por Dios, me has asustado —me senté sobre la cama con la mano en el corazón, ese que latía como si fuera la música del tambor de alguna película, y parecía que se me iba a salir del pecho.

—¡Treinta y dos tacos! —Se sentó abrazándome— ¿Te notas más mayor o algo?

—Madre mía —me salió una risita—. Me acabo de despertar. Mejor dicho, me has levantado como si fueras el que toca la corneta de un cuartel del ejército.

—Qué exagerada, por favor —volteó los ojos—. Ay, qué mayor te has hecho ya —volvió a abrazarme—. ¿Alguna petición especial que quieras?

—Quiero tener un hijo.

—¿Qué has dicho? —preguntó tras apartarse mientras me sujetaba los hombros y me miraba con la boca abierta, esperando una buena respuesta.

—He dicho que quiero tener un hijo. Me has dicho, una petición especial.

—Para el desayuno, hija de tu madre, para el desayuno. ¿Cómo se te ocurre decirme que quieres tener un hijo?

—Sabes que desde siempre tuve ese instinto maternal —contesté, porque no era ningún secreto que yo quería ser mamá.

—¿Y?

—Quiero tener un hijo —repetí convencida.

—Mira, guapa, a ti lo que te pasa es que ahora quieres cualquier cosa que pienses que saciará tu dolor. Lo que deseas es una locura que no se puede pensar ni tomar a la ligera. ¿Te has caído de la cama durmiendo y te has golpeado la cabeza? Porque, menudas cosas dices, Alba.

—Voy a comprar una casa y me someteré a una fecundación con esperma de donante —ignoré sus comentarios y dije lo que tenía pensado hacer.

Porque no, esto no era algo que hubiera venido a mi mente así, de la noche a la mañana o porque me hubiera caído de la cama. Esto estaba más que pensado y repensado, madurado y con todos los pasos que quería dar durante el proceso.

—Lo mejor es que te des una ducha mientras preparo el desayuno y así te refrescas las ideas —dijo mientras iba hacia la puerta de la habitación.

—Voy a darme la ducha, pero la idea no se me va a ir —me levanté.

—¿Y no te apetece mejor un viaje? —Arqueó la ceja.

—Todo es compatible.

—Date la ducha —suspiró mientras se giraba para ir a la cocina.

Desde años atrás había tenido el instinto maternal muy presente. Es cierto que soñaba con ser mamá junto a un hombre con el que formar una familia, pero viendo mi futuro en el amor…

Ese era un desastre de proporciones épicas, porque el amor que yo sentía no era nada a los ojos del hombre al que se lo había dado.

Me metí en la ducha y a pesar de no querer, acabé llorando, dejando que el agua se llevara esas lágrimas saladas y amargas que caían por mis mejillas mientras pensaba en él, una vez más, porque por mucho que quisiera olvidarlo, esto aún era muy reciente y me iba a costar sacarlo de mi mente.

Llegué a la cocina encontrándome con la sorpresa de que me había hecho buñuelos, algunos con azúcar glas y otros con chocolate negro.

—Para la futura mami —dijo con ironía señalándolos.

—Vas a ser la madrina más feliz del mundo.

—No esperaba menos —tragó saliva y puso cara de despistada mirando hacia la ventana.

—Lo vas a tener que asimilar, estoy decidida —dije encogiéndome de hombros.

—Hoy nos emborrachamos —se sentó riendo mientras negaba.

—Venga, vale. Acepto —me metí un buñuelo en la boca y me salió un rugido de placer. Estaba de lo más delicioso.

—Y digo yo —carraspeó—. ¿No prefieres un gato, un perrito, un hámster…? Qué sé yo, ¿un loro que te dé los buenos días?

—No, quiero un hijo —contesté muy convencida—. Cuando mi hijo tenga edad para pedir un animalito de compañía, entonces le adopto un cachorrito con el que crecer juntos.

—Santa María, Madre de Dios —resopló.

—Qué religiosa estás hoy —sonreí.

—Sí, es lo que tiene que mi mejor amiga esté poseída por algún ente extraño —resopló mientras cogía el café para darle un sorbo.

Me levanté para abrir la puerta cuando sonó el timbre. Mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme a un chico con un ramo de flores gigante preguntando por mí.

Después de cogerlo y darle las gracias, me dirigí hacia la cocina.

—Esto es cosa tuya —le dije convencida, poniéndolo sobre la mesa con una sonrisa para leer la nota.

—No, no es cosa mía. Esto no —respondió levantando ambas manos.

«Te fallé, pero no en la forma en la que imaginas. Pasa un bonito día y no te olvides de sonreír. Alexander»

—Qué poca vergüenza tiene —dijo, cuando le enseñé la nota—. No en la forma en la que imaginas, dice. ¡Qué valor! —se echó a reír con ironía mientras negaba— Que te devuelva el dinero si no es en la forma en que pensamos. Lo mismo tampoco es lo de la tal Patricia lo que parece. El chaval iba a jugar al parchís o intercambiar cromos. Y otra cosa, para ser jefe de zona es gracioso que no lo conozca ni Dios en las oficinas. Claro, no es en la forma que imaginas, es en la que a él le salga de los huevos, no te jode. Con la de chalets que hay en la zona a mil euros al mes, el jodido se estaba haciendo rico con "tu parte" —hizo el entrecomillado para dejarlo en entredicho—, pero claro, se le pasó el detalle de decirte que tú eras la única inquilina y él era el propietario. Pobre chico…

—Estoy enamorada, pero no soy tonta. Él puede tener su versión, pero era obvio que me ha tenido engañada en todos los ámbitos —metí el ramo en el cubo de la basura junto con la nota, con un dolor aún mayor al ver que, encima de mentirme, se atrevía a enviarme flores por mi

cumpleaños.

Y que no me olvidara de sonreír, decía, mandaba narices la cosa, de verdad.

—¡Ole tú! —gritó al ver que me deshacía del ramo.

—Repito, enamorada, pero no gilipollas.

—Así me gusta —estiró su mano para chocarla.

Tras desayunar, nos dispusimos a salir a dar una vuelta, ya que nos apetecía comer una paellita en la playa. Primero nos dirigimos hacia una tienda de cosméticos, pues me quería comprar unos esmaltes de uñas más coloridos para el verano.

Después de las compras fuimos directas a la zona de playa que teníamos por allí cerca.

—Esto es vida —dijo tirándose sobre la silla cuando nos acomodaron en una mesa en el chiringuito.

—Pues así te quedas hasta septiembre —la animé dado que hasta entonces no tenía que trabajar.

Elsa vivía muy cómoda dado que en su centro le pagaban muy bien, además, Tino y Estrella, sus padres, le regalaron el apartamento nuevo donde vivía, por lo cual no tenía apenas gastos más que los fijos mensuales como la luz, agua, comunidad, comida o cuando le venía el seguro del coche, vehículo que tenía pagado.

En mi caso, mi familia era algo peculiar, ya que mis padres se separaron cuando yo tenía quince años, tres después de irnos a vivir a la nueva casa donde me quedé con mi hermana Silvana y mi madre, Francesca.

Mi padre nos abandonó cuando conoció a una nueva empleada de los almacenes en los que él era director. Ella era cubana, diez años más joven, y le hizo perder la cabeza, y a su familia, ya que desde entonces no lo volvimos a ver más.

Llegó a un acuerdo de separación con mi madre, dejándole a ella la casa y la mitad de todo lo que tenían ahorrado, así como fijando los gastos de mantenimiento de mi hermana y míos. La casa no tenía hipoteca dado que la compraron con la venta de la anterior vivienda. De todas maneras, mi padre tenía un sueldo bastante elevado y podía comprarse otra vivienda sin tener que ver agravada su economía. Cumplió legalmente, pero se desentendió de nosotras moralmente.

Con lo que él había querido a mi madre, que la miraba con un amor que se veía a leguas, y tanto mi hermana, como yo, siempre quisimos un hombre que nos mirara así. Hasta que puso los

ojos en otra.

El caso de mi madre fue distinto, ya que se centró en su trabajo como gestora de una sucursal bancaria, y en nosotras. Mi hermana era dos años mayor que yo, por lo que tampoco le dimos mucha guerra e intentamos apoyarla en todo.

Lo pasó muy mal y le costó muchos años superarlo hasta que, cinco años atrás, en un viaje a Venecia, de donde era originaria y vivía su familia, conoció a Leonardo, un hombre que le hizo volver a sentir ilusión por otra persona.

Comenzaron una relación de idas y venidas entre los dos países hasta que, hace unos meses, mi madre se jubiló y se marchó a vivir a Venecia, donde tenía al resto de la familia.

Mi hermana estaba casada desde hacía cuatro años con Javier, un compañero suyo de la gestoría en la que trabajaba y que era del padre de este. Ahí fue donde lo conoció y, después de dos años de noviazgo, decidieron darse el "sí, quiero". Me alegré por ella porque, finalmente, sí encontró ese hombre que la mirara con amor. Y de esa relación nació mi sobrina Tiara que, con solo tres años, me tenía robado el corazón.

—No veas qué pinta —dijo Elsa cuando nos trajeron la paellera y la pusieron en medio de las dos.

—Sí —sonreí—. Recuerdo lo que le gustaba la paella a Olga —murmuré con tristeza.

—Pues esta se la come con nosotras, ¿verdad? —le habló a la silla de al lado que estaba vacía, sacándome una sonrisa.

Justo en ese momento me entró un mensaje de mi madre y sonreí. Me escribía para felicitarme y enviaba un montón de emojis de tartas de cumpleaños, globos, besos y copas de champán.

Y ya que estaba al tanto de mi nueva situación, no paraba de insistir desde que se lo conté en que me fuera unos días a Venecia con ella y a ver a la familia.

—Pues deberíamos irnos unos días —dijo Elsa sin dejar de mirarme.

—Uf, ahora mismo no me apetece meterme en casa de nadie.

—Pues nos alquilamos un apartamento y solo aparecemos para las visitas rutinarias. ¿Y si nos salen dos italianos que nos alegren esos días?

—Para, por favor, no vayas por ahí que entonces terminas de desanimarme. Estoy yo como para hombres —resoplé.

—Solo para un ratito.

—Ni para eso —suspiré.

—Pero ¿quieres quitar esa cara de amargada? Que estamos de cumpleaños, corazón, y eso pasa solo una vez al año.

—Estoy en un proceso de duelo.

—Duelo el que te daba yo para espabilarte —negó, soltando el aire mientras servía los dos platos.

—Lo de alquilarnos un apartamento en Venecia como que me está animando.

—Mañana miramos los vuelos. ¿Cómo estás de trabajo?

—Bien, ya sabes que siempre lo llevo adelantado. De todas formas, me llevo el portátil para seguir trabajando en los ratos que estemos en el apartamento.

—¡Nos vamos a Venecia! —gritó emocionada, consiguiendo que una familia de la mesa de al lado la mirara sonriendo.

—Pero esta noche no salimos —le pedí, juntando las manos.

—Bueno, pues nos tiramos toda la tarde en la playa y cenamos aquí antes de irnos al apartamento.

—¡Sí! —exclamé emocionada.

Disfrutamos de la paella y el vinito antes de cogernos una cama balinesa de las que alquilaban por días en el mismo chiringuito.

Nos pedimos dos mojitos cuando salimos de darnos un buen baño que nos dejaron nuevas.

Elsa se puso con el móvil a buscar apartamento en Venecia y encontró uno a cincuenta metros de la plaza de San Marcos. Era perfecto, ya que tenía dos habitaciones, baño, salita y una terracita con una mesa y sillas con unas vistas de lo más bellas a la ciudad.

Miramos los vuelos antes de reservar el apartamento y cogimos uno con salida a los dos días y regreso a los quince, así que alquilamos el apartamento por esas dos semanas. Acto seguido se lo dije a mi madre, que se puso de lo más contenta y entendió que queríamos estar cómodas y a nuestro aire.

Eran las seis de la tarde cuando el camarero apareció con dos trozos de tarta helada de tres chocolates con nueces y encima de cada una un número de mi edad, formando así el treinta y dos. Las soplé después de pedir mi deseo.

—Y ahora, ¡tachán! —Elsa sacó un regalo de su bolsa.

—Mucho estabas tardando en dármelo —me reí, porque me extrañaba que no me lo hubiera dado nada más despertarme con la serpentina.

—Eres muy impaciente y todo tiene su proceso —me hizo un guiño.

Retiré el papel y dentro vi un par de cajitas de la firma *Pandora* en la que una contenía una preciosa pulsera de bolitas de acero con una perla en medio. Era de la nueva colección, como el anillo que venía en la otra cajita.

—Enamorada de las dos piezas —dije poniéndomelas.

—Sabía que te gustarían. Ya te vi echarles el ojo.

—Gracias, amiga —la abracé emocionada.

A las nueve de la noche nos sentamos en una mesa para cenar un surtido de pescado frito y una tabla de pulpo a la gallega. Obviamente no nos podía faltar el vinito, pues, como ella había dicho, estábamos de celebración, que una no cumplía los treinta y dos años todos los días.

Y a pesar de que estaba siendo un día perfecto, cierto hombre seguía revoloteando en mi cabeza.

Tomé un sorbo de vino mientras veía a Elsa sonreír, escuchándola, pero sin prestar mucha atención, hablar de los planes que habíamos hecho para nuestra escapada. Pero me pilló distraída en mis pensamientos y, al intentar tomar un pedazo de pulpo, me atraganté. Elsa saltó rápido para evitar un mal mayor.

—¡Alba! —gritó, dando un par de golpecitos en mi espalda— ¡No me hagas esto en tu cumpleaños, que me matas! —Me miró entre preocupada y divertida.

—Gracias, me acabas de salvar la vida —dije, tosiendo y tratando de calmarme mientras ella reía sin parar.

—Esto se lo tenemos que contar a tu abuela: "Alba, el día que casi se ahoga en su cumpleaños" —no dejaba de reír, la muy jodida.

Su risa me hizo soltar una sonrisa, aunque mi mente seguía vagando.

Había intentado comprenderlo de mil formas, pero el dolor de la ruptura con Alexander, seguía clavado como una espina que no quería salir. Porque no entendía nada, no podía creer que hubiera estado engañándome durante tanto tiempo, y sin que me diera cuenta de ello.

Miré a Elsa, que seguía hablando de nuestras aventuras en Venecia, y con su alegría era capaz

de contagiarme, hacerme ver que el hecho de irme unos días y cambiar de aires era justo lo que debía hacer.

Pero es que Alexander había sido todo para mí, y había confiado tanto en él, que la caída fue mucho más dura de lo que jamás me podría haber imaginado.

No dolía la ruptura en sí, porque al fin y al cabo yo me marché de esa casa, lo que dolía era que me hubiera estado engañando tanto tiempo.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, perdona.

—A ver, ¿qué estaba diciendo? —Arqueó la ceja al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Pues…

—No lo intentes, que sé que no me escuchabas. ¿Otra vez el señorito en tu cabeza?

—¿Y qué quieres que haga? Siento que, si ha buscado en otra lo que yo no le daba, es que he fallado como pareja.

—Alba, lo que él hizo no tiene nada que ver contigo. No eres tú la que tiene que cargar con las mentiras de los demás. Quizás te haya dolido porque lo amabas, pero no puedes seguir viviendo en el pasado. El amor no debería doler de esa forma. Tú mereces algo mucho mejor, y eso es lo que tienes que buscar. Lo que pasa es que, a veces, necesitamos espacio para entendernos a nosotras mismas, para sanar.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras, y es que ella siempre encontraba las palabras adecuadas, aunque yo no siempre estaba lista para escucharlas. Pero en ese momento, sentí algo dentro de mí que comenzaba a despejarse, como si las nubes oscuras de mi mente se estuvieran disipando por completo.

Me había fallado la persona que menos esperaba que lo hiciera, me había hecho daño y me había mentido, pero me lo hizo él, no yo, así que debía resurgir como el Ave Fénix y no darle el crédito de permanecer más tiempo en mi cabeza haciéndome sentir culpable.

Iba a olvidarme de él, tardara lo que tardara, y costara lo que costara, iba a olvidarme de Alexander para siempre.

Capítulo 3

El tiempo volaba al igual que nosotras, que ya estábamos en el avión con destino a Venecia.

El día anterior fuimos a desayunar con mi hermana y la niña, momento que aprovechó para darme el regalo de cumpleaños. Una tarjeta con cien euros de mi tienda favorita de pijamas, "*Women´secret*", que me hizo mucha ilusión dado que me encantaba andar cómodamente en casa con esas prendas que eran tan cuquis.

Y nada más llegar a casa eché un vistazo y dejé varias cositas en la lista de deseos para comprar cuando regresáramos.

Este viaje podía ser algo de la cura que mi alma necesitaba en estos momentos, ya que me sentía muy perdida y no conseguía ubicarme. La realidad es que echaba mucho de menos a Alexander, a la vez que sentía que me había llevado la decepción de mi vida.

Y mientras surcaba los cielos en aquel avión con destino a unos días rodeada de mi familia y con la compañía de esa mujer que nunca me fallaba, volví a recordar muchos de esos momentos que había compartido con él.

Alguna que otra lagrimilla me cayó, pero controlando en todo momento que Elsa no me viera, porque me volvería a dar una de sus charlas. Y cuando me sequé la última lágrima, me prometí que se acabó, que durante esos días no iba a llorar más.

El vuelo aterrizó y acto seguido nos dirigimos a la salida de la terminal para fumarnos un cigarrito antes de coger el *Vaporetto* que nos llevaría hasta la parada de San Marcos.

—¡Estamos en Italia, Alba! —gritó mientras me abrazaba dando saltitos.

—Sí, qué emoción —saqué el tabaco mientras volteaba los ojos.

—Desde luego, que eres tonta desde que ibas en la capucha de tu padre —suspiró—. ¿Quieres dejar ya de pensar en el fantasma?

Por mucho que no me hubiera visto en el avión, al final me acababa pillando.

—Claro, ahora mismo —sonreí con ironía.

—Cualquier día te doy una colleja que te muevo todas las ideas.

—Eso es maltrato.

—No, maltrato es lo que está causando ese hombre en ti. ¿No entiendes que vives agarrada a un amor que no existía como tú creías?

—Joder, que hace cinco días vivía con él, y una semana que terminamos de destapar todo. ¿En serio piensas que las heridas del corazón se curan al momento? Todo tiene un proceso y yo lo estoy atravesando. Era el amor de mi vida, Elsa, el hombre con el que me veía el resto de mis días.

—Lo sé, pero yo tengo que estar al pie del cañón para recordarte que no merece la pena estar así y que debes espabilar. Se tiraba a otra estando contigo, que hay que ser canalla para no tener los huevos bien puestos y decirle a la cara a tu pareja que no sientes lo mismo que al principio.

—Necesito un *Prosecco* —murmuré con tristeza.

—Pues ahora en cuanto lleguemos nos pedimos una botella del vino ese y nos reímos hasta de nosotras mismas.

—Vale, y pensamos en nombres para mi bebé.

—Yo a ti te mato, que sepas que te mato —soltó el aire y se echó a reír—. Esto debe ser una broma.

—No, no lo es, así que vete mentalizando en que vas a ser tita y madrina.

—¿Tú estás segura de lo que dices? —Arqueó la ceja.

—Sí, quiero ser mamá y lo seré de dos. El que tenga biológico y otro que adopte para darle una familia.

—Ah, que ya has pasado de adoptar un cachorro para el bebé a darle un hermanito. Madre mía, pues no sé si es mejor que vuelvas con el fantasma, aunque te tenga engañada —carraspeó.

—Calla, ni muerta. Y vete haciendo a la idea de lo del embarazo. Cuando regresemos, me pondré a buscar un apartamento y cuando lo encuentre, comienzo el proceso de reproducción.

—Mejor nos pedimos dos botellas del *Prosecco* ese, a ver si a ti el alcohol, además de quitarte las penas, te aclara las ideas —resopló.

—Claro que sí, que te pensarás tú, que una borrachera me va a quitar las ideas.

—No, pero quizás un buen italiano —murmuró en plan sexy.

—Y dale, no te enteras. ¡Quiero un hijo, no un hombre! —rebufé apagando el cigarrillo para subir al ferry.

Murmurando subió tras de mí, pero es que parecía mentira que no me conociera, si llevaba conmigo veinte años ya y sabía hasta la talla de bragas que usaba, como decía ella. Que no me quitaba a mí nadie la idea de independizarme a mi propia casa y tener un hijo, y no lo hacía por un vacío que hubiera dejado Alexander, ni nada de eso, lo hacía porque quería tener un hijo, y punto.

Ese paseo por el gran canal me llenaba de innumerables recuerdos de cuando veníamos todos los veranos a pasar un mes con la familia y me recorría las calles con mi prima Greta y mi primo Lorenzo. Ella de la edad de mi hermana y Lorenzo de la mía. La familia decía que mi madre y su hermana Lía estaban compenetradas para tener a los hijos dado que eran gemelas.

Y de ellas dos habíamos heredado mi hermana, mi prima y yo el cabello castaño y los ojos verdes, mientras que Lorenzo era el vivo retrato de su padre, moreno y con los ojos marrones claros.

Mi madre vivía con Leonardo, y mi abuela materna, Giorgia, a sus ochenta y seis años, estaba como una rosa, por lo que vivía sola en su casa, ya que enviudó años atrás, pero se encontraba a veinte metros de donde vivía mi tía con su marido Alonzo. Mis primos estaban independizados y sin pareja, y así seguirían por tiempo indefinido, como ellos decían. Ambos compartían una oficina donde cada uno tenía su despacho como abogado.

Mi familia paterna era de Galicia, sin embargo, mi hermana y yo nacimos en el sur de España, ya que era donde mis padres tenían los trabajos. Mi madre fue por un año a trabajar en una sucursal bancaria, ya que hablaba con fluidez varios idiomas y conoció a mi padre, que acababa de coger la plaza en su trabajo, y al final terminó quedándose en España por amor, ese que le falló un día.

Nos bajamos del *Vaporetto* y a escasos metros teníamos el apartamento al que entramos sin problemas, ya que nos habían mandado el código de desbloqueo de ambas puertas.

El edificio era una pasada, ya que una vez que entrabas, justo en frente había unas cristaleras que daban a un canal y estábamos a ras de él. Subimos en el ascensor hasta el apartamento que estaba recién reformado.

Era una cucada, de verdad, paredes y muebles blancos, una cocina de lo más espaciosa y las dos habitaciones amplias.

Por no hablar del olor a coco que había por todo el apartamento de los ambientadores que tenían.

Dejamos nuestras cosas colocadas antes de salir a buscar un supermercado para hacernos con algunos productos para la cocina. Eran apenas las doce de la mañana, ya que habíamos cogido un vuelo de primera hora.

Compramos lo esencial para no ir muy cargadas, ya que la tienda la teníamos muy cerca y podíamos venir en cualquier momento. Lo dejamos todo colocado y organizado antes de tirarnos a la calle a comer.

Cogimos una mesita en una terraza en la que se estaba de lo más agradable. Pedimos la botella de *Prosecco* y unas *bruschettas* de entrante. De plato principal me pedí unos espaguetis a la carbonara que eran mi perdición, en cambio, Elsa se decantó por una lasaña.

—Salud, y por una estancia inolvidable —dije levantando mi copa.

—¡Ole tú! ¡Esa es la actitud!

—Tengo que estar feliz, voy a ser madre.

—Ya la has cagado —se echó a reír sujetando la copa en la mano—. Y tampoco te hagas muchas ilusiones con ese tema, porque las cosas a veces no salen bien a la primera.

—Lo sé, pero eso no quita que estoy en el camino.

—Ave María Purísima —se persignó mientras yo la miraba con la sonrisilla suelta.

—Sin pecado concebida —sonreí ampliamente y me lanzó un trozo de pan que me llevé a la boca.

Era consciente de que a ella le iba a costar mucho asimilarlo, y más cuando lo veía en un arrebato de cubrir el dolor que tenía por lo sucedido, pero no era así. De lo que sí estaba segura era de que cuando llegara el momento ella se iba a volver loca con el bebé.

—No veas los dos que se acaban de sentar en la mesa —murmuró, refiriéndose a dos jóvenes que se habían sentado justo en la de al lado nuestra.

—Buenas tardes —nos dijeron en un perfecto italiano tras una amplia sonrisa y le contestamos de la misma manera a pesar de no ser de aquí.

—Una pregunta —les dijo Elsa y, conociéndola, me imaginé lo peor—. ¿Sabéis de algún lugar que por la noche se ponga ambientado?

—Sí, claro. El mejor es un pub con terraza exterior que hay justo detrás de esta calle. Es el único que hay ahí, no tiene pérdida. Os lo recomiendo al cien por cien como la joya nocturna de toda Venecia.

—Hemos tenido suerte, lo tenemos cerquita para llegar gateando al apartamento si nos tomamos unas cuantas copas de más —me dijo la descarada en voz alta para que ellos se enterasen—. Iremos, gracias por la recomendación —les dijo mientras yo observaba de reojo que no perdían la sonrisa mirándonos.

Al final terminaron presentándose, el moreno al que le tenía echado mi amiga el ojo se llamaba Fabrizio, era mono, y tenía los ojos grises. El más rubito, que era el que me parecía más sensual, era Luca, y sus ojos eran de un azul oscuro casi como el del océano.

Vivían en la zona de Rialto, pero en apartamentos diferentes dentro de un mismo edificio. Eran hermanos por parte de padre y se llevaban tres años de diferencia, siendo Fabrizio el mayor con treinta y ocho años y Luca el menor con treinta y cinco.

Tomamos hasta el café charlando con ellos y al final, cuando fuimos a pagar nuestra cuenta unos minutos después de que se marcharan, nos topamos con que nos la habían dejado pagada.

—Hostias, qué generosos son los italianos.

—No te embales, a ver si te vas a creer que con todos con los que charles te van a pagar las rondas —dije riendo.

—Monísimo el moreno —sonrió—. Fabrizio está para detenerlo y cachearlo hasta el interior. Ya me podía haber pedido el teléfono —volteó los ojos.

—Le has dicho que esta noche iremos al pub. Me juego lo que sea a que aparecerán por allí.

—Dios te escuche —me cogió del codo mientras nos dirigíamos al apartamento a descansar un poco para luego salir de copas.

Me dejé caer en el sofá, agotada, pero con una extraña sensación de ligereza. Venecia siempre había tenido ese poder sobre mí, como un bálsamo que me envolvía y me hacía olvidar todo lo que no fuera el momento presente.

Elsa estaba a mi lado, aún con una sonrisa traviesa en la cara tras el encuentro con los chicos, pero notaba que algo en su actitud había cambiado. Aunque ella quería esconderlo con su sarcasmo y chistes, podía ver la preocupación en sus ojos. No me lo decía, pero sabía que le daba vueltas al tema de que yo quisiera ser madre.

—Dime que no estás pensando en él, otra vez —la escuché y sonreí.

—¿En quién?

—¿Ya se te ha olvidado? —preguntó incorporándose y con los ojos muy abiertos— ¡Alabado sea el Señor! —dijo como haría un cura en misa, con las manos levantadas y todo.

—Por Dios, Elsa, estás de un religioso —reí.

—Será porque estamos cerca de donde vive el Papa —se encogió de hombros.

—Sabes que no se me va de la cabeza, es todo muy reciente. Y, bueno, no quiero vivir más esperando un amor que no existe —suspiré, abrazando mis rodillas contra el pecho, perdida en mis pensamientos—. Me duele saber que lo he dado todo por alguien que no lo ha valorado, y no quiero embarcarme de nuevo en una relación y que sea igual. Así que, sí, hasta nuevo aviso, hombres, cero.

Elsa se quedó en silencio, observándome. La ruptura con Alexander había sido el golpe más fuerte que había recibido, no solo porque creí ciegamente en su amor, sino porque toda mi vida había estado pensada en base a la idea de formar una familia, y estando con él, nos veía juntos creándola. Ese sueño se había esfumado de la noche a la mañana, y aún no entendía cómo algo tan sólido como lo que pensé que teníamos se esfumaba como el humo.

Me levanté del sofá para acercarme a la ventana. Desde allí podía ver las aguas del Gran Canal y eso me daba un poco de paz. Elsa se quedó en silencio, dándome mi espacio, como solo ella sabía hacer.

—Es raro, ¿no? —murmuré, más para mí que para ella— Siempre pensé que encontraría un compañero de vida, un amigo en todos los sentidos, alguien con quien compartiría todo, ese amor que vi siempre en mis padres hasta que él dejó de querer a mi madre. Y ahora… —suspiré cerrando los ojos— Ahora siento que todo lo que creía se ha desmoronado.

Elsa se levantó y vino hacia mí, abrazándome desde atrás y dejando un beso en mi mejilla.

—Alba, sé que no todo es fácil, pero estoy contigo. No vas a estar sola. Te voy a recordar todos los días lo increíble que eres, porque no es por ti por lo que él se ha enredado con otra, que vales muchísimo, eso que te quede claro.

—Gracias —dije, sintiendo una calidez en el corazón que, aunque pequeña, me dio un poco de consuelo. Sabía que, a pesar de todo, no estaba sola.

Elsa era mi roca, mi amiga de toda la vida, la persona que siempre había estado allí para mí, en las buenas y en las malas.

Nos quedamos un rato allí, en silencio, mirando el atardecer veneciano. Los colores del cielo reflejaban todo lo que sentía: melancolía, esperanza, tristeza, y, en algún rincón escondido, la pequeña chispa de algo nuevo que estaba por venir.

Capítulo 4



Cenábamos unos sándwiches que habíamos preparado después de haber pasado el resto de la tarde en el sofá.

—¿Te imaginas que aparecen por el pub…?

—¿Imaginar? Estoy segura, de lo contrario no hubieran pagado la comida.

—Ojalá —apretó los dientes—. ¿Te imaginas que vivimos unas vacaciones pasionales?

—No, no me lo imagino, porque por muy bueno que esté, mi corazón está tocado y hundido. No podría liarme con nadie.

—Me cago en la cara del innombrable —resopló—. ¡Qué asquito le tengo! A ver cuándo se lo coges tú.

—De algún modo se lo tengo, pero otra parte de mí…

—Estás enamorada de él —dijo, volteando los ojos.

Fuimos a cambiarnos para salir y, tras maquillarnos y quedar divinas, como dijo Elsa, salimos del apartamento dispuestas a disfrutar de una copa en un rincón de Venecia.

Íbamos de camino para el pub y comprobamos que la noche estaba de película y el ambiente de lo más animado por las calles. Llegamos hasta la terraza del pub donde cogimos la última mesa alta que había para apoyar las copas.

La carcajada que se nos escapó a las dos cuando apareció Luca para preguntarnos qué deseábamos tomar, fue escuchada en toda la calle. En ese momento nos confesó que eran los dueños del pub. Fabrizio ya venía de camino.

—Joder, qué fuerte, han tenido arte con mandarnos aquí —reconocí riendo cuando Luca entró

por dos cubatas que le habíamos pedido.

—Ya te digo. Estoy flipando, te lo juro. Me hago clienta fija del bar —se le escapó la sonrisilla.

Fabrizio llegó sonriendo y nos dio un beso a cada una. Cuando regresó Luca, se quedaron los dos a tomar una copa con nosotras. Tenían varios camareros y ellos, por lo que nos contaban, venían a revisar o por si hacía falta algo.

Llevaban con el local cinco años y les había funcionado desde el minuto uno. No solo vivían de esto, que lo tenían como segunda fuente de ingresos, ya que el padre de ambos falleció unos años atrás dejándoles un edificio con seis apartamentos, de los cuales eligieron uno cada uno para vivir y los otros cuatro los tenían de alquiler vacacional, por lo que les generaban otra buena cantidad para ir haciéndose con una pequeña fortuna.

Entré a ver el local con Luca para que no nos quitaran la mesa y luego lo hizo Elsa acompañada por Fabrizio. La verdad es que era una preciosidad cuidada al detalle. Amplio y con dos barras, todas ellas llenas de gente tomando copas, además de en las mesas que había repartidas. Pero sin duda alguna, la joya era la terraza que tenía arriba y donde estaban completas las mesas. No era de extrañar con las vistas que se veían desde ahí, con una Venecia digna de postal.

—Me gusta la música tan variada que ponéis —les dijo Elsa, una vez que regresaron ella y Fabrizio a la mesa con Luca y conmigo—, pero me falta un poco de perreo —sacó el culo y se puso a moverlo mientras yo negaba cerrando los ojos y sonrojándome por su culpa.

—Venga, di un tema y entro para ponerlo —le animó riendo Fabrizio.

—No sabes lo que dices…

—Alba, hija, que aquí no nos conocen ni estos dos —soltó, causando una carcajada en ellos.

—Pide el *Bella Ciao* —sugerí con ironía.

—¡Venga! Quiero esa y me grabáis bailándola para una historia de Instagram.

—Cualquier día se nos hace *influencer* —bromeé.

Fabrizio entró y no tardó en escucharse el principio de la canción tan emblemática, pero oye, que no solo nosotras, sino toda la terraza comenzó a botar alzando sus manos y cantándola a todo pulmón. Lo grabé todo con el móvil de Elsa para que luego pudiera subirlo. Le encantaba publicar todo y yo era todo lo contrario, me costaba un mundo subir algo, por lo que solo contaba con tres publicaciones con una foto mía en cada una de ellas, de diferentes momentos que me gustaron mucho y lo subí, pero de la última podía hacer como siete meses.

El dato curioso era que Alexander jamás me dejó subir una foto en la que saliera él, que ni siquiera usaba redes. Ahora lo entendía todo.

Elsa estaba de lo más disparatada y le pedía a Fabrizio que ahora pusiera a Karol G. Lo más gracioso de todo es que se lo pedía moviéndose de manera latina y a él se le notaba un mundo que se le caía la baba con ella.

Luca y Fabrizio nos trajeron otra copa antes de entrar a echar un cable, ya que estaban hasta arriba y los camareros no daban abasto.

—No, dime que es coña lo que estoy viendo —murmuró, y giré la cabeza hacia la dirección en la que estaba mirando.

Si digo que en ese momento sentí que mis piernas me flaqueaban y que un nudo en la garganta me invadía, era quedarme muy corta.

En otra mesa estaba Alexander con Patricia, esa joven que lo esperaba por las mañanas en su casa. No entendía nada.

—¿Esto es una casualidad? —pregunté en tono cabizbajo.

—Eso estoy pensando yo, pero compramos los vuelos hace dos días y solo lo saben tu hermana y tu familia, con la que él no habla, por cierto.

—Lo que me extraña es que haya escogido este destino cuando sabe que mi madre, mis tíos y primos viven aquí. ¿Qué pretenden? ¿Están buscando hacer más daño?

—Y tiene la cara dura de enviarte un ramo de flores diciendo que no era como tú imaginas. ¿Y esto? —casi gritó señalando hacia su mesa— Me están dando unas ganas de ir hacia allí y cachetearlos, que no te imaginas. Lo malo es que, como ese me dé una, me deja en cama un mes.

—No vamos a hacer nada. Es más, vamos a fingir que nos importa una mierda y que nos lo estamos pasando de puta madre.

—¿Con esa cara de muerta? —Arqueó la ceja.

—¿Esta, mejor? —le hice un guiño y sonreí plenamente— Tírame una foto y que salga él al fondo, aunque esté de espaldas.

Lo cogió de pleno, aunque fuese de espaldas, pero él sabría identificarse perfectamente y a mí me gustaba como había salido yo. La subí a Instagram, por una vez lo hice de manera premeditada. Solo puse la ubicación de Venecia y nada como texto.

—¡Luca! —le grité— ¡Otra ronda! —Se debieron enterar hasta los vecinos.

En ese momento vi de lado que ellos giraron la cabeza, pero yo hice como si no los viera y comencé a lanzarle besitos con mi mano a Luca, que sonreía mientras entraba para servirnos las copas. Había acabado de atender una mesa.

Elsa entró y después salió muerta de la risa. La miré a sabiendas de que algo había hecho.

—Ahora va a sonar la de Karol, esa que te gusta de, “Yo me caso contigo”. Así que aprovecha y le cantas a todo pulmón a Luca.

—¡Hecho! —Le choqué la mano.

El ver con mis ojos cómo él seguía con ella y que se la traía aquí, no había hecho más que sacar la fiera que habitaba en mí. Obviamente estaba llena de dolor y las heridas sangraban más que nunca, pero no se merecía verme mal, no iba a darle el gusto. Y de haber tenido el ramo de flores que mandó por mi cumpleaños en este momento, lo habría tirado al suelo para pisotearlo delante de sus narices.

Luca salió con las copas en el momento exacto del estribillo, lo agarré por la cintura y comencé a cantarle lo de, "Yo me caso contigo". Reía y bailaba, siguiéndome el rollo, mientras Elsa lo grababa con mi móvil para subirlo a las historias. Al final, la que me iba a hacer *influencer* era yo.

—¿Quieres otra canción? —me preguntó con segundas Luca y me eché a reír en su hombro.

—Con esta me valió —le hice un guiño a pesar de que él no entendía nada.

Elsa sí cruzó la mirada con Alexander y me murmuró que estaba con el semblante serio y seco. Parecía que giraba alguna que otra vez el cuello para echarnos un vistazo. ¿Acaso le interesábamos más que su idilio con esa chica? Era patético.

Luca y Fabrizio estuvieron entrando y saliendo en todo momento. Hoy era un día punta de esos de muchos clientes y no paraban a pesar de ser varios los que estaban trabajando.

Alexander pidió otra copa, al parecer no se pensaba mover por lo que estábamos viendo. ¿Cómo habíamos terminado en el mismo sitio y a la misma hora? Me agobiaba, me reconcomía por dentro, pero sacaba la mejor de mis sonrisas en todo momento y me reía con Luca cuando aparecía, como si nos conociésemos de toda la vida.

—Te juro que me estoy aguantando de ir a decirle dos cosas —aprovechó que los chicos habían entrado para decírmelo.

—Relax. Apaleada, pero de pie.

—Te voy a comer esa cara tan bonita que tienes —me besó con euforia.

—Por mi bebé voy a estar bien —dije para buscarle la lengua.

—¡Otra vez la has cagado!

—Me encanta verte así —me reí a carcajadas.

—Ya lo veo, hija, vaya días me estás dando que ya hasta estoy pensando en ir a comprar unos patucos.

—Cuando sepamos el sexo.

—Estás peor de lo que pensaba. Bebe, baila y enamórate de la vida, loca.

—No estoy loca, solo son decisiones que estoy tomando.

—Por culpa de aquel desgraciado —lo señaló con la cara.

—Yo al menos puedo sonreír fingiendo, pero él ni eso —le hice un guiño.

Un rato después ellos se marcharon y casi que me derrumbé, pero al aparecer los chicos tuve que disimular.

Decidimos dar por finalizada la noche y no dudaron en acompañarnos hasta la puerta del apartamento. Nos intercambiamos los teléfonos para quedar para comer, cenar o tomar un café. Ya estaríamos en contacto.

El recuerdo de la escena del pub seguía dando vueltas en mi cabeza. No podía creer que estuviera tan cerca de él y que, a pesar de lo que había sucedido, me siguiera afectando tanto. Los momentos con Elsa, Luca y Fabrizio habían sido un respiro, pero el dolor seguía ahí, agazapado, esperando su turno para aparecer. Sin embargo, al recordar lo que había hecho frente a él, no pude evitar una pequeña sonrisa.

—No puedo creer lo que acabo de hacer —dije con un suspiro.

—Lo sé. Pero, sinceramente, me encanta ver cómo te la juegas —sonrió—. Si Alexander estuviera aquí, no sabría si abrazarte o preguntarte qué demonios estás haciendo.

—Eso es lo que más duele, ¿sabes? Que, aunque no lo vea, el amor no desaparece de un día para otro, porque lo sigo teniendo en la cabeza y no se quiere ir de ahí.

—Ya, pero mira lo bueno —respondió ella, con una sonrisa burlona—. Eres fuerte, y aunque ahora no lo creas, eso que has hecho hoy te pone un paso adelante. Estás viviendo, no lo olvides.

—¿En qué sentido? —curioseé.

—En el de que estás haciendo todo lo que está a tu alcance para sobrevivir y superar esa ruptura, cariño. Y me encanta que te estés riendo, por fin.

Solté una carcajada, sin poder evitarlo, porque desde luego que Elsa tenía cada cosa…

—Es que ha sido épico, Alba. Tú, bailando y cantándole "Yo me caso contigo" a un chico que te trae copas, mientras tu ex estaba a unos pocos pasos con una cara que le llegaba hasta el suelo. Que, digo yo una cosa: ¿será que de verdad folla con la otra? Porque yo soy la nueva amiguita de un tío y se pone así estando su ex delante, y vamos, me tiro a los brazos del primero que se me cruce para morrearle en toda su cara.

—Tú es que eres muy bruta, Elsa —volví a reír con ganas—. Pero que, aunque me veas así, como si nada importara, porque no quiero que él me vea destruida, estoy lejos de estar de puta madre, como quieres que esté —dije, sonriendo, aunque la tristeza en mis ojos era difícil de ocultar.

—No tienes que estar perfecta. ¡Solo tienes que estar bien! —respondió Elsa, que se acercó para darme un beso en la mejilla.

Me tiré en la cama después de cambiarme de ropa y charlar un rato más con Elsa sobre todo lo sucedido. No le encontrábamos explicación a más que una mera coincidencia del destino, ese que nos movía a su antojo y nos hacía vivir momentos que no nos esperábamos por nada del mundo.

Pero joder con las coincidencias, que yo me había venido aquí para estar arropada por los míos en estos momentos, y tenía que aparecer él en compañía de esa chica tan mona.

La vida no me estaba dando una vuelta de esas que dicen que da, directamente me estaba dando un revolcón como si una jodida ola en la playa acabara de hacer que me hundiera en el agua y me acabara arrastrando a la orilla.

Y pensaba en cientos de cosas diferentes para tratar de entender el hecho de que mi ex y su chica estuvieran precisamente aquí, en el mismo lugar que yo. ¿Sería que tenía esa aplicación para localizar mi teléfono?

Dios mío, empezaba a desvariar, y eso debía ser cosa del alcohol, seguro, que me estaba pegando fuerte.

Y me dolía esta situación, claro que dolía, y mucho, porque para mí Alexander era el amor de mi vida, la persona que se encargaba de que cada mañana me levantara con toda la ilusión del mundo. Era ese hombre que me hacía sonreír como nadie y con el que me veía en el futuro.

Pero también era la persona con la que había vivido una perfecta relación dentro de la mentira

que él mismo había estado tejiendo.

Capítulo 5



Desayunaba con Elsa en la cocina cuando nos llegó un mensaje a la vez. Eran los chicos que habían abierto un grupo para los cuatro y lo habían llamado *"Bella Ciao"*. Nos reímos con ese gesto.

Sabían que hoy comíamos con mi familia, pero nos proponían al día siguiente ir a comer a un lugar en el que decían que hacían la mejor pasta de toda Venecia. Aceptamos sin dudarlo y encantadas de poder salir a conocer otro lugar de la mano de esos chicos tan simpáticos.

—Oh, Fabrizio, Fabrizio, ¿quieres ser mi Romeo? —dijo Elsa, y solté tal carcajada que acabé escupiendo el café— ¡¡Hala!! Madre mía, cómo has puesto la mesa.

—Hija de fruta, la culpa es tuya. ¿Cómo dices esas cosas a esta hora de la mañana?

—Me ha salido así, sin pensarlo ni nada —se encogió de hombros mientras cogía papel para limpiar el estropicio.

—Romeo era de Verona, no de Venecia —sonreí.

—Lo mismo me da, mientras me ponga mirando al canal.

—Es que eres bruta como tú sola —reí de nuevo.

—Que no, tonta, que yo lo hago para ver esa preciosa sonrisa que tienes. —Me hizo un guiño.

Estaba fatal, de verdad, mi mejor amiga estaba falta de la cabeza.

Después de desayunar nos dirigimos hacia casa de mi abuela, donde nos íbamos a encontrar con mi familia. Cogimos el *Vaporetto* que nos dejó en la parada de la zona y en tres minutos ya la tenía abrazada a mí, ya que nos esperaba en la puerta.

—Ay, ni niña, pero qué guapa estás —sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

—Tú sí que estás guapa, abuela, que cada vez te veo más joven.

—Eso digo yo, ¿qué crema usas? ¿Esa que anunciaban con la fórmula antiedad que usan en China? —dijo Elsa.

—Te voy a dar yo a ti crema antiedad —rio la abuela, volteando los ojos.

Nos echamos a reír aún más cuando entramos a la cocina y vimos la que tenía montada. Había hecho una degustación de comidas a lo grande. Se me hacía la boca agua con todas ellas, sobre todo con la lasaña gigante que tenía en el horno.

Leonardo y mi madre aparecieron con unas bandejas de dulces que parecían como para treinta personas. A exagerados no los ganaba nadie.

—Ya te tengo aquí unos días, con las ganas que tenía de verte —dijo mi madre abrazándome, y con la lagrimilla en los ojos a punto de salir.

—Yo también te echo de menos allí, mamá —dejé que me mirara con ese abrazo reconfortante y lleno de amor que tanta falta me había hecho cuando estaba pasando por todo lo de Alexander.

Leonardo también me dio un abrazo antes de atender una llamada que le entraba en ese momento.

Luego fueron mis tíos y primos los que aparecieron con más comida por si fuera poca toda la que había.

—Te he hecho tu pasta favorita de carbonara —me dijo mi tía, enseñándomela.

—Joder, lo que sobre me lo llevo para el apartamento.

—Por supuesto, cariño. Además, te llevas un poco de todo que aquí siempre sobra —me dijo ella, refiriéndose a lo que había preparado también la abuela.

Mis primos estaban guapísimos y muy emocionados de la sorpresa que se llevaron al saber que venía.

Con Elsa todos estaban como si fuera una más, ya que la conocían de cuando habían venido a visitarnos a España, y a mi madre la conocía de muchísimos años al ser mi amiga, así que se sentía de lo más cómoda entre ellos, que la trataban con igual cariño y entusiasmo.

A mi primo Lorenzo, que era de lo más descarado y gracioso, le dio por buscarla y ella, ni corta ni perezosa, le contestaba con su soltura.

—Hacen muy buena pareja —murmuró mi abuela inocentemente, causándonos a todos una carcajada.

—Abuela —le dijo Elsa—, que es broma, que no estoy por la labor de cambiar mi vida en España para venirme con su nieto —le contestaba entre bromas y la risa que teníamos suelta.

—Ni yo de dejar mi despacho para correr detrás de una extranjera —dijo este para buscarle la lengua.

—Escucha, esta extranjera es como el aceite de oliva virgen extra.

—Bueno, lo de virgen… —murmuré, causando una risa conjunta.

—Niña, disimula, que nadie tiene que enterarse de mis entresijos íntimos. ¿Quién les dice que no soy virgen?

—Yo, lo digo yo —contesté a carcajadas.

—Tener amigas para esto… —me miró de lado y con cara de asco mientras a mí me dolía el lado de reírme de ver las caras de todos.

—Al final te voy a tener que cuidar estos días —le dijo el descarado de mi primo encogiéndose de hombros.

—Soy mucha potra para tan poco jinete.

—Jesús, lo que le ha dicho —murmuró mi abuela mientras mi madre no dejaba de secarse las lágrimas de la risa.

—Demuéstramelo —le contestó mirándola fija y descaradamente.

—Este queso está riquísimo —decía Elsa, cogiendo otro e ignorando el comentario de Lorenzo, que todo lo que le decía era para picarla.

Nunca faltaban en las comidas con mi abuela sus pizzas margarita, que eran las mejores que había probado en mi vida. Elsa hasta soltó un gemido y todos las miraron con la sonrisilla suelta. Era de lo más expresiva. Y nos tuvo toda la comida brindando por todo lo que se le ocurría.

Estaba todo riquísimo: la pizza, los espaguetis a la carbonara, el risotto, la lasaña. Era todo un banquete de manjares italianos que disfrutábamos con un buen lambrusco de la tierra.

—La pasta estaba espectacular —dijo Elsa, tras acabar el último bocado—. A lo mejor le robamos la receta a la abuela y montamos un restaurante aquí en Venecia. O, si no, yo me voy de chef personal a casa de alguien.

—Claro, cariño, como si aquí no hubiera suficientes restaurantes —respondió mi madre con una sonrisa traviesa.

—¿No decías que no dejabas España? —preguntó mi primo arqueando la ceja.

—Por ti, Lorenzo, no la dejo por ti, pero, si pongo un restaurante y Alba se asocia conmigo, la cosa cambia —rio.

—Hoy, en "Españoles por el mundo", tenemos a Elsa, una profesora que dejó España por su amor a la pasta de la abuela Giorgia —dijo Lorenzo riendo.

—Lo veo, lo veo —reí.

—*Va fan culo*, como decís aquí —contestó Elsa mientras nos hacía una burla.

—Qué rápido se aprenden las malas palabras en todos los idiomas —dijo mi tía sin poder parar de reír.

Pero es que así era siempre con Elsa, no había día que no hubiera una locura nueva en nuestras vidas que nos arrancara mil risas.

Disfrutamos de una sobremesa en donde también tomamos café y los dulces.

—Vamos, Elsa, tú eres la experta en comer dulces, ayúdame con los *canolis*, por favor. —Mi abuela sonrió, a sabiendas de que a ella a golosa no la ganaba ninguno de los presentes.

Y, como era de esperar, Elsa se levantó con rapidez, y en un segundo ya estaba sentada junto a mi abuela, preparando las bandejas para que todos disfrutáramos del postre.

El ambiente estaba lleno de risas, bromas, y aquella sensación cálida que solo se tiene cuando se está rodeado de familia. Yo estaba tan a gusto en ese momento que sentí que podía quedarme así para siempre, sin preocupaciones, solo disfrutando del aquí y ahora.

Mi abuela nos preparó cuatro recipientes en los que llevábamos pasta, lasaña y unos dulces de los que habían sobrado.

—Aquí vamos a tener que venir todos los días, abuela —le dijo Elsa, haciendo que se riera.

—Todos los días seréis bien recibidas, hija —sonrió—. ¿Venís mañana a comer?

—No lo sé —respondí yo—, pero si no venimos mañana, venimos pasado. Te lo confirmo por la mañana.

—Vale.

Nos despedimos de la familia y quedamos con mis primos en salir un día de estos a cenar juntos y tomar algo. Cogimos el *Vaporetto* para regresar al apartamento y en nada, ya estábamos entrando por la puerta.

Nos tiramos en el sofá después de cambiarnos y servirnos un refresco.

—Alba, por mi vida —se rio y la miré sin saber por dónde me iba a salir—. Leonardo, me da a mí que es muy oscuro, siempre te lo dije, pero hoy lo analicé un poco más y ese hombre esconde algo.

—Sí, imagino que, como todos, algo entre las piernas —volteé los ojos.

—Pon esa cara, pero luego siempre termino acertando —carraspeó.

—Es un hombre de apariencia seria, pero solo eso.

—No, no, no hablo de la apariencia, lo hago de su mirada. No es limpia.

—Momento conspiración —puse los dedos juntos y hacia arriba en posición de meditación.

—Joder, que cuando huelo algo, es que hay algo —suspiró.

—Lo sé, pero no es mal hombre.

—No, pero tampoco trigo limpio.

—¿Y qué te hace pensar eso, aparte de la mirada? Que yo no veo nada en ella, de verdad.

—La manera en la que no participaba, pero estaba escuchando todo y mirando de esa manera que algo bonito no transmitía.

—Mañana hablo con mi madre y le digo que lo deje.

—Estúpida —me tiró un cojín y por poco me derrama el vaso de refresco.

—Si es que tienes cada cosa —puse los ojos en blanco y volví a acomodarme en el sofá.

—Te juro que te lo dije varias veces cuando lo veía en España con tu madre, pero hoy fue algo más intenso.

—Verás, no he terminado de digerir mi trauma cuando ya me metes otro —solté el aire de mis

pulmones.

—Solo aviso. El tiempo es el que da la razón o la quita.

—Obvio.

—No me crees —resopló con resignación.

—No es eso, es que te estás tomando el papel de inspectora muy a pecho. ¿Por qué no te replanteas cambiar de oficio?

—Te la estás ganando, amiga —me advertía entre carcajadas.

—¿Hablamos de mi bebé? —dije para buscarle la lengua, porque ese tema era peor todavía para sacar como conversación.

—Te la has terminado de ganar —comenzó a lanzarme cojines y terminó el vaso sobre la mesa desparramado.

Montamos una guerra de lanzamientos en un momento en el que hasta me equivoqué y le lancé mi móvil, que esquivó mirándome con los ojos muy abiertos, menos mal que no se rompió.

Dejamos la guerra de cojines y nos sentamos en el sofá, cansadas, pero riendo. Elsa se estiró y puso los pies sobre la mesa del comedor, como si estuviera en su propio hogar, mientras yo me recostaba con la cabeza apoyada en su hombro, sabiendo que tenía que tomarme un respiro tras todo lo que había pasado con Alexander.

Y de nuevo él en mi cabeza…

Estaba aquí y no entendía nada, era como si no le importara lo más mínimo el hecho de que yo pudiera sufrir al verlo con otra, con esa a la que parecía querer restregarme por la cara con todo el descaro del mundo.

No iba a dejar que me viera mal, eso lo tenía claro, pero me jodía que cuando le dije que sabía la verdad y dejé las llaves en la puerta para irme de aquella casa, fingiera estar mal, con esa cara de cachorro que no ha roto un plato en la vida.

—Te oigo pensar —dijo, y sonreí.

—No sabía que tenías el oído tan fino.

—Ya ves, soy como Superman, tengo ese superpoder.

—Madre mía —solté una carcajada.

—Sé que te cuesta, pero no pienses más en él, Alba. Tienes que hacerlo por tu paz mental, cariño.

—Lo sé, y no tengo la menor duda de que lo olvidaré, aunque me cueste —suspiré.

Me dio un apretón en el muslo y seguimos allí en el sofá, en silencio, disfrutando de la compañía de la otra contemplando el cielo.

Para la cena nos hicimos una ensalada dado que en casa de mi abuela nos habíamos puesto tibias de comer.

—No se me quita de la cabeza lo de Alexander y su estancia en la ciudad.

—Deja de darle vueltas, fue una casualidad de esas que pasan, aunque parezcan extrañas.

—En esto no te sale tu instinto conspirador —me reí.

—¿Qué puede haber detrás de esto? No tiene sentido y venir por ti está claro que no lo hizo y menos con ella. Y si lo hizo para restregártela en la cara, tampoco entiendo cómo pudo descubrir en tan poco tiempo que veníamos. No me cuadra nada, este lo tenía preparado desde antes y ahora debe pensar que las detectives somos nosotras y venimos por él —se echó a reír—. Pero vamos, que tiene los huevos gordos de venir a un lugar donde se puede encontrar a tu familia.

—Muy raro todo.

—Deja de darle vueltas, es una casualidad y él tiene muy poca vergüenza. No tiene nombre lo que te hizo y te está haciendo. El simple hecho de estar aquí ya demuestra el poco tacto que tiene.

—Acaban de escribir los chicos al grupo para confirmar la comida de mañana en ese restaurante. Dicen que a la una en el embarcadero de San Marcos.

—Vale, diles que sí. No tenemos nada mejor que hacer.

—Venga.

—Y por la noche, lo mismo quedo con tu primo para tirármelo.

—Pues muy bien, hija —me reí. Tenía unas cosas que no eran normales.

—Tengo que inspeccionar si lo de tu familia es de calidad suprema o del chino.

—Creo que el vinagre de la ensalada te está sentando fatal.

—No me hagas recordar que hay una loca que quiere ser madre.

—Que va a ser madre, porque ya lo llevo en mi corazón.

—No te doy una colleja porque no tengo ganas de levantarme.

—Menos mal —tragué saliva aguantando la risa.

—Estás en la flor de la vida, Alba.

—Por eso, no lo voy a tener cuando no tenga energías para correr detrás de él.

—Ni tanto ni tan poco —volteó los ojos.

Estaba claro que no me llegaba a tomar en serio del todo, pero bueno, lo tendría que hacer cuando llegara el momento. Aunque sabía que me iba a apoyar en todo y es lo que me valía.

Capítulo 6

Nos dirigíamos hacia la parada del *Vaporetto* donde nos encontraríamos con Fabrizio y Luca. Tenía la sensación de que estaba siendo observada y eso me ponía de lo más inquieta. No dije nada, ya que Elsa me iba a decir que estaba paranoica, pero después de echar una ojeada a mi alrededor para asegurarme de que todo estaba bien, seguí andando mientras me decía a mí misma que tenía que quitarme esa sensación de encima.

Vimos a los chicos conforme nos fuimos acercando y nos recibieron con una gran sonrisa.

—Paseíto por el canal —dijo Elsa entrando al *Vaporetto*—. Lo que aquí no sé cómo hacéis, el tema de las emergencias sanitarias.

—Por el agua, ya te lo dije, tienen sus propias lanchas medicalizadas para llegar a recoger a las personas y trasladarlas.

—Es verdad —negó, volteando los ojos.

El barco estaba abarrotado de gente, menos mal que la parada no estaba tan lejos y pronto pudimos salir de ese hacinamiento humano.

Nos dirigimos por una preciosa calle que no estaba muy frecuentada de turismo y que daba a una placita pequeña donde estaba la terraza del restaurante en donde nos acomodamos en una mesa.

Pedimos una botella de vino y de entrante una tabla de *bruschettas* variadas. Como plato principal elegí mi clásico de espaguetis a la carbonara y Elsa se lo pidió con sabor a mar, como le habían recomendado los chicos.

Y como todo en la vida vuelve, no era menos para ese ser que me había dejado con el corazón roto en mil pedazos. Acababan de tomar asiento justo en la mesa de al lado. Elsa se dio cuenta, pero como yo, decidimos no decir nada. Ella me apretó la pierna en señal de cariño y de que estuviera bien.

No entendía cómo era capaz de sentarse a pocos metros con ella. Todo lo que un día fuimos se había desvanecido. Junto a él me sentí la mujer más amada y deseada del mundo. ¿Cómo algo tan genuino pudo ser falso por su parte? ¿Cómo era capaz de hacerme esto después de todo lo vivido? ¿No tenía ni un poquito de corazón?

—Alba —me dijo Luca.

—Perdona — sacudí la cabeza para sacar los pensamientos.

—Te decía que pruebes este trozo de *bruschetta* —sonrió sosteniéndola en su mano.

—Gracias —la cogí y le di un mordisco—. Sí que está buena, riquísima.

—Luego prueba esta —señaló un trocito de la tabla que venía con cuatro *bruschettas*, partidas en cuatro trozos cada una.

—Vale, pero con esta la han clavado. Está de vicio.

No estaba segura de sí su "nueva" chica estaba al tanto de quién era yo, pero a ella la veía de lo más tranquila e indiferente. La tenía a un lado, pero justo enfrente. Tampoco hacía nada para llamar su atención e intentar joderme, para nada. Simplemente era como si no supiera de mi existencia.

Charlaba con Luca sobre la vida en la ciudad y como yo había pasado aquí muchos veranos y navidades, le di mi punto de vista. Intentaba en todo momento ignorar a quién tenía al lado, pero la realidad es que me moría de pena porque yo lo amaba con todas mis fuerzas.

Él era de esas personas que amaban su vida, se le notaba por la manera que hablaba de Venecia y todo lo que esta le aportaba.

Me contaba que tenía su coche aparcado a las afueras en un garaje a pie de uno de los embarcaderos del *Vaporetto* y solía hacer escapadas de fines de semana por el país con su hermano Fabrizio. El resto del tiempo se desplazaba por la ciudad en el barquito como el resto de los habitantes.

Notaba de reojo que Alexander me miraba continuamente, pero la chica, o era tonta o seguía sin inmutarse. La realidad es que estaba viviendo un momento de lo más embarazoso, cosa que parecía que no le pasaba a Elsa, que estaba hablando con Fabrizio y se les veía a los dos de lo más acaramelados.

Intentaba concentrarme en Luca y no pensar en quién tenía al lado, pero ¿cómo conseguir eso cuando aún mi corazón seguía latiendo de esa manera?

¡Maldita sea! ¿Por qué me pasaba esto a mí? Era de lo más surrealista, pero estaba pasando.

Tenía que controlar mis arrebatos, rabia, impotencia y todo para no armar ningún escándalo y no provocar enfrentamientos de acusaciones que pudieran caldear la cosa y que se vieran involucrados los demás. Todo era una locura.

Trajeron otra botella de vino con los platos principales. Luca sonrió cuando cogí la copa que me acababan de rellenar y casi me la bebo de un trago.

—Hoy estoy en esos días que alcoholizada es estar en el paraíso —dije, ocasionando una risa en todos.

—A ver si te voy a ver bañándote en el Gran Canal.

—Yo no lo sé, pero a más de uno lo tiraba —murmuré y los dos se miraron pensando que era por ellos—. No, no lo digo por ustedes.

—Tan malos no somos —murmuró Luca.

—Claro que no, algunos se tienen que salvar, que, ¡de hijos de puta está el mundo lleno! —dije en alto y sentí la risilla de mi amiga. Luca, el pobre, que no entendía nada, se reía al escucharme.

—Un brindis —dijo Elsa, levantándose y yo que la conocía sabía que algo alto y claro iba a decir—. Por los verdaderos hombres como ustedes —gritó ella y choqué la copa con entusiasmo. Sabía que nos estaban mirando, pero que tragase y masticase que él se lo había buscado.

Elsa y Fabrizio tenían un juego de palabras y miradas que iban mucho más allá de la atracción. Tenían una tensión sexual que podía palparse en el ambiente y hasta Luca y yo nos mirábamos sonriendo por eso mismo.

Luca y yo, sin embargo, era como algo más sano, más amistoso, y no buscamos más allá que estar cómodos y pasar un buen rato. Al menos es lo que yo sentía y veía en él. Tampoco me veía en un rollo con nadie porque no podía. Mis sentimientos aún estaban muy fuertes por el desgraciado que tenía al lado y que se lo cargó todo. No entendía cómo podía tener la poca vergüenza de estar ahí como si nada después de todo lo vivido. Pero vamos, que con Patricia aparentaba un distanciamiento bien grande, apenas hablaban ni tenían muestras de cariño.

Un rato antes de marcharnos, se fueron ellos y sentí un cierto alivio. Dolía tenerlo tan cerca cuando aún estaba en pleno duelo por la ruptura.

Estuvimos un rato paseando antes de coger el *Vaporetto* hasta San Marcos, justo donde nos sentamos a tomar una copa. Uno de los sitios más caros de Venecia, pero que merecía la pena vivir sentada observando toda la vida que cobraba mientras te tomabas una ginebra con tónica.

Lucas y Fabrizio eran muy divertidos y tenían unos puntos increíbles. Le sacaban broma a

todo y nos pillaban las cosas al vuelo. Hoy trabajaba Luca y mañana Fabrizio, se turnaban algunos días para controlar el pub.

Fabrizio nos propuso de ir a cenar luego los tres, pero le dije que se fueran ellos, que yo necesitaba descansar un poco. Al fin y al cabo, era lo que deseaban los dos y yo prefería quedarme tranquila en el apartamento.

Después de la copita en la plaza, nos despedimos de ellos y regresamos al apartamento. Elsa había quedado con él dos horas después, así que se dedicó a ducharse, elegir outfit y prepararse para su cita.

—Lo de Alexander me parece de lo más rocambolesco. ¿Cómo puede tener la jeta de sentarse en la mesa de al lado?

—Yo estoy flipando —le confesé—. No entiendo nada, no hay por dónde cogerlo.

—Por los huevos lo cogía yo y se los hacía masa.

—Solo espero que haya venido de escapada y mañana se vaya con ella para España y que no me lo encuentre más. No te imaginas el daño que me hace.

—Sí, sí que me lo imagino y, aunque no lo creas y me vieras muy atenta a Fabrizio, tenía mis ojos y oído puesto al lado. Estoy teniendo mucho aguante en no abrirle la cabeza.

—No podemos montar un escándalo. No nos lo merecemos y ni mucho menos tenemos que meter a los chicos.

—Por eso me he mantenido quietecita, pero te juro que por ganas no eran.

Cuando se fue acercando la hora, se vistió e iba monísima con una faldita vaquera, unas cuñas blancas y un top del mismo color. Melena al aire, labios rojos y más guapa imposible.

Nos dimos un abrazo y le deseé que se lo pasara genial. Seguramente cuando llegara yo ya estaría en el séptimo sueño.

Cuando Elsa salió del apartamento, me quedé en el sofá como si fuera un cadáver abandonado. Me levanté solo para cambiarme de ropa, ponerme algo cómodo y desplomarme de nuevo.

Mis pensamientos seguían dando vueltas en círculos, y cada vez que intentaba distraerme con algo, mi mente volvía a él, a Alexander, al hecho de que estuviera aquí en Venecia con ella, y a ese momento incómodo de la cena.

¿Cómo se atrevía a sentarse tan cerca? Era como si el universo quisiera lanzarme un

recordatorio doloroso de que todo lo que había creído verdadero era, al final, una mentira bien servida.

Miré por la ventana, intentando disfrutar de la vista de Venecia, tan tranquila y serena.

Intenté sacármelo de la cabeza, pero la imagen de él, sentado con Patricia, parecía perseguirme. ¡Qué descaro y poca vergüenza por su parte, joder! Como si nada hubiese pasado.

Y yo, siendo la tonta de la película, todavía lo amaba con esa intensidad que siempre sentí.

No pude evitar pensar en cómo me había quedado, en cómo se había acabado todo, como si el amor que sentíamos el uno por el otro fuera tan efímero como una burbuja que explota. ¿Por qué tenía que ser tan complicado?

Mientras me sumergía en mis pensamientos, Elsa me enviaba mensajes de vez en cuando. Sabía que quería saber cómo estaba, pero realmente no quería ser una carga. No quería contarle que aún me sentía mal, ni que mi corazón se revolvía como si estuviera metido en una licuadora.

Esa era su noche para disfrutar de Venecia en compañía de su Fabrizio, su Romeo veneciano particular, y yo quería que se lo pasara bien.

En ese momento, me llamó Luca. A lo largo de la noche no había dejado de estar pendiente de mí, pero ahora me sorprendía llamándome. Pensé un momento en ignorar la llamada, pero algo me impulsó a contestar.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Luca con voz cálida.

—Hola, bien, todo bien. Solo un poco cansada —mentí, sentándome de nuevo en el sofá y abrazándome las piernas.

—Te escucho rara. ¿Seguro que estás bien? —noté que su tono era suave, preocupado.

—Sí, sí, solo un poco cansada de tantas emociones. No te preocupes —respondí intentando sonar convincente.

Hubo una pausa. Y luego, de repente, Luca soltó algo que me hizo reír sin poder evitarlo.

—Si decides ahogarte en el Gran Canal, avísame, que soy un experto en rescates —pude escuchar el toque de humor en su voz.

—Te aviso, Luca. Gracias por ofrecerte —contesté riendo mientras algo en sus palabras me tranquilizaba. Como si me diera permiso para estar triste, sin juzgarme.

—No, en serio, si necesitas hablar o desahogarte, ya sabes. Yo también he tenido mis historias

con el amor… —comentó, y la risa de Luca fue genuina, pero con un toque de melancolía.

—Creo que no soy tan buena para el desahogo en estos momentos —estaba a punto de agregar algo más, pero me contuve. No quería que pensara que me estaba ahogando en un vaso de agua por algo que ya estaba fuera de mi control.

—No, no lo eres —me respondió con un tono de broma—. Pero si alguna vez decides darme la oportunidad, te prometo que te haré reír.

—Te lo apunto en la lista de futuros favores —bromeé.

Y esa ligera conversación, con su tono de comedia, me dio algo de paz. Aunque fuera solo por un rato, me hizo sentir que, aunque el mundo se estuviera desmoronando por dentro, siempre había algo de luz en las pequeñas cosas.

Pasaron unos minutos y decidí dejar el teléfono. Me sentía agotada, emocionalmente exhausta. Pero no podía seguir metiéndome en la burbuja de tristeza.

Y debía admitir que la llamada de Luca me había dejado con una sonrisa. Era un buen hombre, se le veía, y a mí me parecía que en estos momentos de mi vida esa conversación había sido un soplo de aire fresco entre tanto caos emocional.

Me levanté y miré por la ventana de nuevo. Decidí salir a dar un paseo corto por el barrio, quizás al menos desconectar y respirar un poco, así que me cambié de nuevo de ropa y bajé a la calle.

Mientras caminaba por las estrechas calles venecianas, las luces cálidas de los faroles iluminaban las piedras empapadas por la humedad, y un par de gondoleros pasaban cantando levemente a lo lejos.

Me estaba comenzando a relajar cuando escuché risas y vi a una pareja pasar. ¿Cómo hacían ellos para disfrutar tanto? Claro que no hacía mucho yo estaba igual con Alexander.

No entendía cómo él podía avanzar sin más, mientras que yo me quedaba estancada en lo que parecía un círculo vicioso de dolor y arrepentimiento.

De repente, un olor delicioso me distrajo de mis pensamientos: el aroma de un *gelato*. Decidí seguir el rastro. No hacía daño un poco de dulce para calmar el alma, ¿no? Me detuve en una pequeña heladería con un cartel de colores brillantes que decía *"Gelato Artigianale"*. Pedí uno de pistacho y, cuando el chico me lo entregó con una sonrisa, no pude evitar agradecerle, aunque me sentía como si el mundo fuera un poco más amable en ese instante.

Y continué con mi paseo por la zona, disfrutando de la noche bajo ese manto estrellado, el sonido del agua con el paso de las góndolas y observando a las parejas pasear en ellas,

enamorados y compartiendo un momento tan íntimo y romántico.

De vuelta en el apartamento, me sentía algo más ligera, como si por fin hubiera dejado de cargar un poco el peso de todo.

Me puse el pijama y me metí en la cama, mirando por la ventana hacia esa Luna que esta noche sería mi compañera hasta que el sueño por fin me venciera.

Capítulo 7



Me asomé a la habitación de Elsa para asegurarme de que estaba ahí, ya que la noche anterior me fui a dormir y no había llegado.

Sonreí al ver que la noche de mi amiga no solo debía haber sido interesante con ese moreno italiano como compañía, sino que se lo debía haber pasado tan bien que aún seguía dormida con la tranquilidad que lo hacía un bebé.

Cogí la taza para prepararme un café y miré hacia el canal donde una barca estaba descargando fruta y verdura para la tienda que había justo ahí. Era el medio con el que se hacía el reparto de todo.

Venecia comenzaba el día y se notaba en los comercios, esos que ya empezaban a abrir sus puertas dispuestos a dar la bienvenida a turistas y locales para comprar sus productos.

Tosté una rebanada de pan a la que le unté ajo, le eché aceite de oliva y le puse una loncha de pavo encima. Me dirigí con el desayuno a la terraza y me senté a deleitarme con las vistas.

Y aunque no era yo dada a hacer fotos y subirlas, estaba empezando a cogerle el punto, pues levanté la taza de café con el canal de fondo e hice una que quedó preciosa.

"¿Puede ser mejor este despertar? Lo dudo"

Y acabé el texto acompañado de algunos emojis de corazones.

Y tras haberla subido, di la primera calada al cigarrillo mientras lo expulsaba con mis pensamientos puestos en el día anterior por el segundo encontronazo con Alexander.

Suspiré mientras él se mantenía ahí, en mi cabeza, y yo pensaba que sí que podía ser mejor este despertar, con él al lado.

Si Elsa me escuchara, ya me habría dado una colleja, por idiota.

Y, hablando de la reina de Roma…

—Buenos días —escuché detrás de mí.

—Buenos días, preciosa. Si lo sé, te habría preparado la tostada, pero nos podemos comer esta a medias.

—No, no, me preparo un café y me lo voy a tomar con unas galletas de chocolate.

—Perfecto. Te espero.

No tardó en regresar y comenzó a contarme que durante la cena él le acarició la mano por encima de la mesa y que luego, al salir, la rodeó por la cintura y, tras preguntar si podía y ella afirmar, la besó.

Se fueron a tomar unas copas donde hubo mucho coqueteo entre ellos, pero no pasó la cosa de ahí. Eso le gustó mucho a Elsa, y como decía, había ganado puntos en no ir tan a saco.

Como ya dije, la nuestra había sido una vida de relaciones esporádicas, nada serio, pero ella con Kevin tuvo una conexión más profunda que con el resto y para cuando aquello acabó, Elsa tenía sentimientos por ese hombre que la dejaron un poquito tocada, pero lo superó.

De ahí a que fuera con pies de plomo y no queriendo entregar ni un pedacito de corazón a nadie más hasta que llegara el realmente indicado, ese que, como decía mi madre, nos hiciera sentir mariposas en el estómago como si fuera una bandada de pájaros, y temblar las piernas con solo una mirada.

Ese para mí era Alexander, y lo que me iba a costar olvidarle…

Después de desayunar y vestirnos, nos dirigimos al *Vaporetto,* ya que íbamos a comer en casa de mi abuela con ella, mi madre, mi tía y mi prima. Reunión total de mujeres.

Cuando llegamos ya estaban todas y eso que no eran ni las once de la mañana. A mi prima le faltó tiempo para servir lambrusco mientras mi abuela ponía una tabla de quesos, uvas y pasas.

—¿Qué vamos a preparar de comer, abuela? —le preguntó Elsa sacándole una sonrisilla.

—Hoy voy a hacer unas milanesas con espaguetis, y de entrante, voy a poner una gran tortilla de patatas con salsa brava y alioli.

—Me encanta el alioli, pero, abuela, aquí no se puede hacer dieta.

—Prohibido, eso en mi casa nunca existió, aunque debo reconocer que tuvimos todos buena genética y no sufrimos de sobrepeso por eso.

—Di que sí, ya luego me subiré a la cinta a andar como loca cuando regrese. Ya se me abrió el apetito y eso que es muy temprano.

—Comeremos sobre la una.

—Lo que usted mande —le dio un beso en la mejilla.

—No eres más pelota porque no te entrenas —le dije, causando una risa a las demás.

Ahora que me fijaba, notaba a mi madre tristona, pero le pregunté un par de veces y me dijo que solo había tenido mala noche. La abracé y me la comí a besos. La quería muchísimo y para mí era un gran ejemplo de lucha y constancia.

Llamaron a la puerta y salí a abrir. Comencé a chillar como una loca al encontrarme con mi hermana y mi sobrina que habían venido de sorpresa. Lo sabían todos menos yo, hasta Elsa estaba al tanto. Se animó cuando le contamos que veníamos y preparó su escapada.

—Te puedes venir con nosotras al apartamento —le sugerí dado que había dos habitaciones y la mía tenía dos camas. Podía dormir en una con la peque.

—Sí, pensaba irme —se echó a reír.

—Lo teníais todo hablado —reí mirando a mi hermana y mi mejor amiga, que sonreían de lo más cómplices mientras se encogían de hombros.

Mi abuela se comía a besos a su bisnieta y ella le sonreía mirándola feliz. Mi madre y mi tía estaban igual. Había llegado el centro de atención de todas.

El marido de mi hermana se quedó en España, ya que tenían mucho trabajo en la gestoría. Se venía por una semana y a mí me hacía infinitamente feliz.

Cuando preparamos la mesa para comer, Tiara abrió la boca al ver tanta comida sobre esta. Mi abuela era muy bruta y había puesto un banquete de milanesas y tortilla gigante con los cuencos con las salsas.

—Hoy nos llevamos más comida —soltó Elsa, causándonos unas carcajadas.

—Ya os he preparado un envase con cuatro filetes y espaguetis —respondió mi abuela de lo más feliz—. Y, además, otro más con un salteado de champiñones que hice ayer.

—Esta semana no cocinamos —murmuró mi hermana.

—Eso lo tenemos claro desde antes de ayer que salimos de aquí bien surtidas —respondió Elsa con una risita.

—Por cierto, os he traído unos embutidos para que os llevéis al apartamento —dijo mi tía.

—Mamá, ¿tú no nos has traído nada? —le pregunté en plan riña, bromeando.

—Yo no, pero mañana os prepararé una ensaladilla rusa y unas albóndigas en tomate de las que tanto os gustan, así que pasáis por casa por la tarde a recogerlo y así me lleváis a la niña. Que sobra decir que, si queréis salir una noche todas juntas, la podéis dejar en casa.

—No lo dudaba —le contestó mi hermana—. Y sí, tendremos que irnos las cuatro una nochecita, que ya no recuerdo ni lo que es eso.

—¡Sí! —exclamó mi prima emocionada— Una, y más de una, Silvana, que la noche es joven y nosotras tenemos que vivirla y disfrutarla al máximo.

—Eso ni se duda, Greta —dijo Elsa, cogiendo otro pincho de tortilla.

Después de tomar el café, nos despedimos y nos fuimos hacia la casa con mi hermana y la niña. Llevaba en la cesta de debajo del carrito una bolsa con cosas y a la espalda una mochila gigante. Era de lo más apañada. La ayudamos, obviamente, pero la realidad es que viajó así, muy práctica.

Tiara iba sentada en el carro, pero me tenía agarrada la manita. Teníamos devoción la una por la otra y no había cosa que me hubiera podido hacer más feliz en este momento que tenerlas a ellas aquí.

Una vez llegamos al apartamento, nos pusimos cómodas y le buscamos unos dibujitos a Tiara, que se sentó en el sofá de lo más feliz.

Elsa se puso a contarle a mi hermana toda la historia con los chicos y además lo que estaba pasando con Alexander.

—Yo me lo encuentro en Venecia y desde ya os digo que no me controlo.

—Pues, si nosotras lo hicimos, tú también. Hay que sonreír, que es lo que más le puede joder.

—Yo paso de decirle ni mierda, no se lo merece —murmuré, convencida de que cada vez tenía más claro que estaba siendo de lo más cruel conmigo y no quería darle ni la más mínima importancia.

—Pero me parece una falta de respeto increíble lo que está haciendo contigo. Eso no se le hace ni a su peor enemigo. No solo te engañó con toda su vida, sino que también tiene la desfachatez de venir donde sabe que están mamá y la familia. No contento con eso, se atreve a sentarse cerca de ti junto a su nueva chica. ¿En serio no le habéis tirado todavía una silla en la cabeza? No me lo puedo creer —resopló.

—Caca —dijo mi sobrina, captando nuestra atención.

Mi hermana la cogió para llevarla al baño a que la hiciera mientras nosotras nos quedamos mirándonos y pensando lo mismo, eso de que mejor que ella no se cruzara con Alexander porque de lo contrario no habría manera humana de frenarla.

Tiara vino directa para mí y me abrazó. Me la tenía que comer porque era ese pedacito de felicidad que conseguía sacar la mejor de mis sonrisas.

—Dile a tu hermana tu ocurrencia más brutal —me picó Elsa y yo sabía que iba por lo de quedarme embarazada.

—Eso, si tenéis algo que contar, que sea ahora, ya así me llevo todos los sobresaltos de golpe y no vais por fascículos.

—Quiero ser madre —dije antes de que Elsa comenzara con las bromas.

—Bueno, eso es bonito. Es un instinto que a todas nos llega y tú lo tienes ahí desde hace mucho.

—A mí no me llegó, que yo sepa —comentó Elsa, y nos reímos.

—Me voy a someter a un tratamiento de fertilidad.

—¿En serio? —Me miró arqueando la ceja.

—Sí, lo tengo muy claro.

—Pues ole tú, así Tiara tendrá una primita o primito.

—Eso, tú anímala —resopló Elsa—. ¿No ves que es una decisión tomada por lo que le pasó?

—¿Qué dices, gilipollas? —rebufé— Ella tiene metido en la cabeza que lo hago para cubrir ese vacío que me dejó Alexander, pero la realidad es que me apetece y no necesito a nadie para tener que cumplir mi deseo.

—Bueno, necesitas al donante.

—Qué hostia tiene —murmuré mirando a mi hermana, que se reía de vernos a las dos así.

—Silvana, no se lo permitas.

—Sí, hombre, si estoy deseando ser tita —me miró sonriente.

—Dado el momento, seremos las dos titas —carraspeó Elsa, sacándonos una sonrisilla.

—Claro que sí, además, tú también lo estás deseando, pero te gusta pincharla.

—La intento iluminar. Está en un túnel oscuro.

—Estoy mejor de lo que pensaba, porque después de aguantar la aparición de Alexander y que yo no me haya tirado al canal, di tú que demasiado bien lo estoy llevando.

—Sí, eso es verdad —afirmó Elsa.

—Yo a ese me lo encuentro y lo mato, te juro que lo mato. Me quedo presa en Italia, pero ese no vuelve a respirar.

—Paz y amor —suspiré.

Le dimos de cenar a la pequeña después de ducharla y se quedó dormida en el sofá. Nosotras nos dispusimos a preparar nuestra cena y nos la llevamos a la terraza para disfrutar de la noche que estaba de lo más perfecta.

Nos sentamos a la mesa con una botella de vino, unas pizzas caseras que preparamos entre las tres y el cansancio de un día lleno de emociones a flor de piel.

Mi hermana comenzó a hacer más preguntas sobre la situación con Alexander, y es que se había quedado tan sorprendida como Elsa y yo al verlo, al saber que estaba aquí.

—Y aún lo quieres —dijo, más como afirmación que como una pregunta.

Me quedé en silencio por un momento, mirando el vino en mi copa como si tuviera respuestas ahí, pero no las encontraba.

—No lo sé… es complicado —murmuré—. Lo amé, lo quise con todas mis fuerzas, pero... no sé si ese tipo de amor puede resistir esas mentiras. Y lo peor es que... me siento tan estúpida por no haberlo visto antes.

—Cariño, que nadie lo vio venir —me dijo Elsa—. Y porque lo encontré aquel día, que, si no, allí seguirías, ajena a sus escarceos amorosos matinales.

—Y yo que pensaba que la gente que era infiel, lo era de noche —comentó Silvana.

—Para el folleteo extramarital no hay horarios, Silvana. —Elsa volteó los ojos.

—Ya lo veo, ya.

Seguimos charlando animadamente, riéndonos por alguna que otra tontería, pero no pude evitar que una punzada de tristeza se colara entre las risas. No era sólo que Alexander me hubiera mentido, o que hubiera tenido el descaro de presentarse con otra mujer, sino que, lo peor de todo, era que yo misma me sentía culpable.

Culpable por no haberlo visto venir antes y evitar que ocurriera todo esto. Pero eso era lo que hacía un corazón enamorado, ¿no? Confiar en la persona que decía querernos con toda su alma y no ver que en realidad iba repartiendo ese amor en otras camas.

Y mientras hablábamos, me sentía más segura que nunca de que tomaría las riendas de mi vida. Alexander ya había sido parte de un capítulo que estaba cerrando, un capítulo que parecía que no quería que pasara la página.

Pero lo haría, dejaría ir definitivamente a ese hombre que me había elevado al cielo para después dejarme caer y que el golpe fuera brutal.

—No quiero ver esa carita tristona —me dijo Elsa.

—Ni yo. Así que sonríe, que estás más guapa.

Elsa me abrazó, y mi hermana también se unió al gesto. Ahí, en medio de las risas, las confidencias y esas pequeñas lágrimas que podía notar queriendo salir de mis ojos, me di cuenta de que siempre, pasase lo que pasase, con quien realmente podría contar sería con mi familia, y sobre todo con estas dos mujeres que me sostenían con todas sus fuerzas sin que cayera.

—Mañana es un nuevo día —dijo Elsa, levantando su copa—. Y con cada amanecer, siempre llegan a nuestra vida nuevas oportunidades.

Brindamos, y por un momento, sentí que, aunque el futuro fuera incierto, lo enfrentaríamos juntas.

Y de pronto mi hermana dijo que veía rara a mi madre, lo mismo que Elsa, que tenía claro que Leonardo escondía algo, cosa que a mi hermana le comenzó a poner la mosca detrás de la oreja porque, según ella, había visto algunos detalles que no le habían gustado.

—Pues yo voy a hacer de detective, porque si ese hace algo feo, cojo a mamá y me la llevo para España por los pelos. Tenlo claro —me dijo, convencida de que no iba a aguantar que ese hombre no estuviera a la altura.

Capítulo 8



Sentí que mi sobrina hablaba con mi hermana y abrí los ojos dando los buenos días. La peque se bajó de su cama para venir a la mía y darme un abrazo.

—Leche, pan —me dijo acariciando mi cara.

—¿Te has levantado hambrienta? —pregunté sonriendo.

—Sí, la barriga, ruidos.

—¿Te hace la barriga ruidos? —asintió y me eché a reír— ¡Hermana, me la llevo a urgencias de la cocina! —la cogí en el aire mientras ella reía y me la llevé a preparar el desayuno.

—Elsa —dijo la pequeña tirando los brazos hacia ella cuando la vio en el pasillo.

—Te como, mi reina —la besaba con efusividad y ella reía feliz.

Preparamos el desayuno y salimos a la terraza. La pequeña miraba hacia la calle y señalaba hacia las góndolas que pasaban por el canal.

—Hoy nos montamos las cuatro en góndola —dije, haciéndole un guiño.

—Sí, que necesito historias para mi Instagram —contestó Elsa.

—Y yo, y yo, que ya me estoy viniendo arriba con eso —dije haciendo que mi hermana extrañada frunciera el ceño, dado que sabía lo reacia que era yo para eso.

—Eso, para que la vea el tonto lava —se refirió a Alexander.

—Que rece porque sea yo quien no lo vea a él —contestó Silvana en un tono irónico. Estaba claro que se la había sentenciado.

La niña lo miraba todo con esos ojitos curiosos que tenía, sonriendo y señalando a algún que otro pajarillo que se atrevía a posarse en la barandilla.

La verdad es que estar en este rincón del mundo, donde también estaban mis orígenes, era una maravilla, porque aquí me iba a recargar las pilas para continuar después con mi vida, mi vida sin Alexander, obviamente.

Aunque deseaba con todas mis fuerzas que se me quitara de la cabeza su recuerdo, y eso no estaba pasando.

Después de desayunar por casi dos horas que estuvimos en la terraza de charloteo y deshaciéndonos en atenciones hacia mi sobrina, que era un caramelito, decidimos irnos a pasear a la calle.

—Está el día para comer luego en una terracita.

—Sí, Silvina, pero te recuerdo que tu abuela nos tiene el frigo lleno de comida lista para calentar y comer.

—En el frigo dura varios días, además, las vamos cogiendo para cenar también —propuse.

—Yo no digo nada, pero… Vamos a salir como vacas de Italia, no entiendo con la de pizzas y pasta que comen, y que se les vea a todos delgados.

—Elsa, hija, que también los hay gorditos y también comen muchas más cosas, además de pasta y pizzas.

—Pues en la carta de los restaurantes no lo parece. Lo menos italiano que he comido ha sido la tortilla de patatas y porque la hizo tu abuela.

—Y qué rica estaba —contestó mi hermana, acomodándose en la terracita de una plazoleta a la que habíamos llegado.

La pequeña correteaba detrás de las palomas mientras nosotras nos tomábamos un merecido vino después de patear las calles por casi dos horas. Eso sí, nos hicimos varias fotos de esas que Elsa subía a sus redes, y que también guardaríamos todas para el recuerdo de un viaje que sería inolvidable.

Y no, no solo porque estuviéramos las tres, sino por otro asunto del que, sin saberlo, estábamos a punto de tener noticias.

—¡Yo me voy a cagar en su puta madre! —gritó mi hermana, y nos giramos comprobando que estaban tomando asiento Alexander y Patricia.

—Tú no te vas a cagar en nadie o me harás hablar de Oliver —le contestó Alexander en un tono bajo y se llevó el dedo a la boca pidiendo silencio.

—¿Qué dice este de un tal Oliver? —preguntó Elsa.

—Cuidado dónde te metes —le contestó mi hermana a él mientras nosotras no entendíamos qué pasaba.

—Lo mismo te digo —le contestó asintiendo.

Lo que más loca me tenía es que Patricia no se inmutaba ante nada. ¿Era un robot? ¿Una sumisa? ¿Una a la que le importaba todo, una mierda?

—Chica, ¿tú no tienes sangre? —le pregunté, cabreándome ya por la situación.

—Sí, pero sé mantener la calma y no meterme donde no me llaman —contestó tan tranquila y volvió a mirar hacia el otro lado.

—Todo el mundo callado, seguid a lo vuestro que no molestamos a nadie —respondió él.

—Eres un hijo de puta, Alexander —le dijo mi hermana y luego nos miró a nosotras con los hocicos hacia fuera.

Nos cambiamos de mesa para ponernos más alejadas, para que no nos escucharan y pudiésemos hablar tranquilas.

—¿Quién es Oliver? —le pregunté a mi hermana, inquieta por lo que le dijo y que noté que a ella la dejó en shock.

—Me estoy separando de mi marido. Oliver es mi nueva ilusión, pero no lo sabía nadie.

—¿Te estás separando? —preguntamos las dos al unísono, en shock ante tal confesión de mi hermana, pues la suya con Javier era una relación preciosa e idílica.

—Sí, no he querido decir nada aún, pero ya llevamos un mes con el divorcio presentado. La culpa no es de Oliver, ni se metió entre nosotros. Todo viene de hace un año que descubrí que Javi me fue infiel con una compañera nuestra.

—¿Y no me has contado nada? —pregunté extrañada.

—No quería que nadie lo supiera, apostaba por mi matrimonio a pesar del daño que me hizo, pero no valió para nada. Estaba cada vez más distante y ya ni me tocaba —se secó las lágrimas.

—Joder, hermana, me lo debiste contar.

—Y hace como cuatro meses, conocí por casualidad a Oliver, que tiene en infantil a su hija Estrella, amiguita de Tiara. Es viudo desde hace dos años y está criando a su hija solo. Comenzamos a tomar café después de dejarla en la escuela y surgió algo entre nosotros, pero aún no nos hemos dado ni un beso. La realidad es que hay mucho *feeling* entre los dos y se ha convertido en el hombro en el que llorar.

—¿Y él ha sido el paso para que le pidieras el divorcio? —curioseó Elsa, que estaba atenta a todo igual que yo, con esa mirada de incredulidad.

—No —se rio con tristeza—. Yo he seguido estando ahí hasta el final, pero hace un mes se presentó con los papeles y me dijo que lo nuestro no iba a ninguna parte.

—Qué fuerte, otro que me ha decepcionado —murmuré mientras Elsa afirmaba con la cabeza.

—Lo que no entiendo es que Alexander lo sepa, me ha dejado fría. Es algo que no sabe nadie —tragó saliva.

—A mí me da que este sabe más de lo que pensamos —dijo Elsa convencida—, pero para eso hay una lógica muy grande. Lo primero, que, donde está el colegio de Tiara, que es donde desayunáis, es cerca del piso de Patricia a donde iba Alexander. Lo mismo te vio un par de veces y a él lo conoce de la ciudad o investigó de quién se trataba.

—Eso mismo estaba pensando yo —contesté porque debía ser eso—. Y como él no sabe que estás mal en tu matrimonio ni mucho menos que te estás divorciando, pues por eso lo tomó como un As. Por cierto, ¿y ahora qué pasa con el trabajo?

—Lo he dejado. Me han finiquitado como despido. En septiembre empiezo a trabajar desde casa para una asesoría online con la que trabajábamos en algún que otro expediente. No han dudado en hacerme una buena oferta. La casa se la va a quedar él, a condición de que el apartamento del centro me lo quedo libre de cargas para mí y la niña. Aceptó todo, y nada, el día que desayunamos juntas, hice la mudanza.

—Joder, pues sí que has tardado en hablar.

—Cuando te lo iba a contar, pasó lo de Alexander y no quise agobiarte más. A mamá se lo contaré estos días.

—Y si ya vives sola y no curras hasta septiembre, ¿por qué no te quedas unos días más y ya regresas con nosotras? —le preguntó Elsa.

—Tengo el regreso en el mismo vuelo que ustedes —nos sacó la lengua y nos reímos.

—¿Y Oliver? —preguntó curiosa Elsa.

—Ahí está. Esta mañana me mandó un mensaje diciendo que me echaba mucho de menos y que tenía ganas de esa comida conmigo. La teníamos pendiente, pero yo hasta no salir de mi casa conyugal no quería dar ningún paso al frente.

—Pues tírate al ruedo sin miedos. Quien te falla, no se merece el más mínimo respeto de ti. ¿Y a qué se dedica nuestro amigo? —preguntó Elsa.

—Es juez —se echó a reír y nos quedamos con cara de locas.

—¿Y el desgraciado ese se atreve a nombrar a un juez? —gritó Elsa, señalando hacia su mesa y luego soltó una gran carcajada.

—Los tiene bien puestos —contesté yo.

—Le debería de haber reventado la cara.

—No, hay que tener calma, nos está provocando y no lo va a conseguir. Si no lo he matado yo, no tiene que mancharse las manos nadie. Lo amo con todo mi corazón, pero por momentos, él mismo se está encargando de que todo ese amor desaparezca.

—¿Tienes fotos de su señoría? —soltó Elsa de pronto, y mi hermana se sonrojó.

—No, solo la que tiene en su estado de WhatsApp —contestó, cogiendo el móvil y, tras entrar en el nombre del juez, nos enseñó aquella foto.

Era en blanco y negro y solo se le veía medio rostro, estaba abrazando a una niña que le rodeaba con sus pequeños brazos por el cuello y tenía la cabeza apoyada en el hombro, pero no se le veía la carita.

Se le veía atractivo, tenía el cabello negro y Silvana dijo que sus ojos eran de un color ámbar precioso que también tenía la niña, que era rubita y una monería. El señor juez tenía cuarenta años y mi hermana decía que era un hombre de lo más amable y cariñoso.

Después de tomarnos un par de copas nos marchamos dejando a esos aún en la terraza con cara de pareja en crisis. Eran la frialdad personificada. Ni un ápice de muestra de cariño o algo que transmitiera que entre ellos había algo.

Regresamos al apartamento para comer y descansar un poco, ya que habíamos caminado muchísimo, perdiéndonos por las preciosas calles de la ciudad que te transportaban a su historia.

Y fue Elsa quien, después de una siesta que nos sentó a todas de maravilla, propuso que saliéramos de nuevo.

No nos resistimos, estábamos de vacaciones y queríamos disfrutar de Venecia al máximo.

Ya era tarde y el sol comenzaba a ponerse, ofreciendo una estampa preciosa con el cielo teñido en tonos anaranjados y rosados. Decidimos que iríamos a dar un paseo por la plaza de San Marcos y, después de cenar algo, tal vez acabaríamos haciendo una parada en alguna heladería para endulzar el día.

—¿Estamos todas listas? —preguntó Elsa con su tono habitual de lo más cantarín.

—Listas, estamos listas para salir —sonreí.

—Vamos, pequeña —le dijo Elsa, cogiendo a Tiara—. Si te portas bien, después te compro un helado gigante, ¿te parece?

—¡Sí, quiero! —respondió Tiara, saltando de alegría mientras nos poníamos en marcha.

Nos dirigimos hacia la plaza de San Marcos, rodeada por las encantadoras calles venecianas. Cada esquina parecía una pintura sacada de algún libro antiguo, y a medida que avanzábamos, los canales nos ofrecían unas vistas que bien podría ser la portada de una revista de viajes.

—Esto parece sacado de un sueño —comentó Silvana, mientras caminaba a mi lado, sin poder dejar de admirar el paisaje.

—Es Venecia, hermana, no te olvides de respirarlo, que no lo vemos todos los días —respondí con una sonrisa mientras tomaba su brazo.

—Oye, y ya que estamos aquí, ¿por qué no sacamos algunas fotos de estas vistas tan increíbles? —propuso Elsa mientras nos deteníamos frente al Puente de Rialto.

La idea de las fotos nos entusiasmó a todas, menos a Silvana, que parecía un poco reticente.

—¡Vamos, te vas a arrepentir si no te haces una foto en el Puente de Rialto! —le dije, animándola.

Posó con su pequeña en brazos, que sonreía y miraba a todos lados. Me uní a ellas en varias fotos, y Elsa incluso pidió a unos turistas que pasaban por allí que nos hicieran algunas fotos a las cuatro juntas.

La verdad es que nos lo estábamos pasando en grande, como cuando veníamos Silvana y yo con nuestra madre a pasar los veranos a casa de la abuela y salíamos con nuestros primos.

La plaza estaba llena de turistas, pero nos resultaba encantador cómo cada rincón del lugar parecía tener una historia que contar. Observamos el impresionante campanario y la famosa Basílica de San Marcos, con su arquitectura majestuosa. El aire fresco y la luz dorada del

atardecer daban a la plaza una atmósfera mágica.

Y así acabamos llegando a una terraza donde nos sentamos para disfrutar de una copa de vino y algo de picar mientras dejábamos que el sonido de las campanas llenara el ambiente. Tiara, que ya había recargado sus baterías tras un pequeño descanso en el paseo, estaba corriendo por ahí, imitando el sonido de las campanas.

—¿No es una locura lo que estamos viviendo? —comentó Elsa, mientras tomaba un sorbo de vino.

—No, es simplemente la vida —respondí—. Y no cambiaría este momento por nada —dije sonriendo, y ellas me miraron con una sonrisa también.

—Yo estoy rezando para que no aparezca, ya sabéis quién —carraspeó Silvana.

—Ni lo pienses, que seguro que aparece. Que este es como en las películas de miedo, que lo nombras tres veces y ahí lo tienes, detrás, esperando darte un susto de muerte —contestó Elsa.

Y tras eso, las tres nos quedamos en silencio por un segundo, disfrutando de la paz y belleza del lugar.

Después del picoteo nos acercamos a los puentes, la basílica y, por supuesto, no podía faltar una foto frente a las góndolas que flotaban pacíficamente en los canales. A medida que las cámaras disparaban, las bromas y risas aumentaban.

—Esto se queda en la memoria, chicas —dije, mientras veía a Elsa posar como una modelo, con una góndola que pasaba en se momento justo por detrás de ella.

—Sí, no todo es tan malo en la vida —contestó mi hermana con una sonrisa mientras llevaba a la niña en brazos.

Con eso, tomamos un respiro y disfrutamos del momento. Después de recorrer canales y puentes, decidimos que era hora de irnos a descansar. No sin antes hacer una parada para un último helado. Mientras caminábamos de vuelta al apartamento, Tiara nos miró con esa expresión que solo los niños tienen, esa mezcla de satisfacción y alegría pura.

Y lo bien que íbamos a dormir todas, que nos habíamos recorrido varios rincones de Venecia por la mañana y otros tantos por la noche.

Ya en la cama, tras revisar las fotos que nos habíamos hecho, decidí subir una en la que salía perfecta, tanto en cuestión de plano como de luz.

“Como suele decirse, una imagen vale más que mil palabras”

Ese fue el texto que puse, y es que en ella me veía una sonrisa perfecta, con el canal de fondo y esos colores del atardecer que daban vida a la foto.

No sabía si Alexander vería mis fotos, pero si era el caso, mejor, para que se diera cuenta de que sin él podía ser tan feliz como me diera la gana ser.

Capítulo 9

Desayunaba con las chicas mientras decidíamos salir esta noche al pub de los chicos, que no dejaban de decirnos que a ver si les hacíamos una visita.

Mi hermana habló con mi madre y quedó en acercarle en un rato a la niña y así se la quedaban hasta el día siguiente para que pudiésemos salir las tres esta noche.

La acompañamos para que no fuera solas, además, así nos dábamos un paseo y comprábamos café, ya que quedaban pocas cápsulas.

Nos montamos en el *Vaporetto* y Tiara observaba todo y sonreía, hablando con esa lengüecilla de trapo que tenía mientras muchos de los que la escuchaban sonreían. Tras un breve trayecto, nos bajamos en la parada de la zona de mi madre, donde ya nos esperaba para recogerla.

Aprovechamos para sentarnos con ella en una terraza a tomar un café.

—Mamá, estás muy apagada —le comentó mi hermana.

—Sí, puede ser, no voy a seguir negándolo. Estoy un tanto incómoda —dijo con cierta tristeza.

—¿Qué te pasa? —preguntamos las tres al unísono.

—Es Leonardo, no sé, siento que no se termina de abrir y que vive muy apartado de todo. No habla siquiera y a veces tanto silencio me incomoda.

—Yo lo había notado y se lo dije a tu hija. Ese hombre esconde algo —soltó Elsa sin pensarlo.

—Esa es la sensación que tengo.

—Mamá, si no estás bien, te vienes para España —le dijo con firmeza mi hermana.

—No, hija, si doy el paso, me voy con la abuela. A mí Venecia me da mucha vida y quiero disfrutar sus últimos años junto a ella.

—Pues lo veo bien —contesté—. Pero hazlo, no aguantes lo que no tienes necesidad de aguantar. Y ya de paso… —Carraspeé y le hice un gesto a mi hermana para que soltara su bomba.

—Lo haré en estos días —nos dijo mi madre y asentimos—. ¿Vosotras tenéis algo que contarme? Porque desde que llegaste, Silvana, tengo la sensación de que te ronda algo en la cabeza.

Y mi hermana no dudó en hablarle de su situación aprovechando el momento. Mi madre, como siempre, le dijo que tenía todo su apoyo y la animó a ser feliz de la manera que quisiera. Y si eso era con una nueva ilusión, pues adelante, que la vida estaba para vivirla.

Razón no le faltaba, desde luego, y hasta a mí me dijo que debía olvidarme de Alexander tan pronto como pudiera y abrirme a la posibilidad de, con el tiempo y las heridas sanadas, dejar que alguien me quisiera de nuevo.

—Ese alguien va a ser mi bebé, mamá —sonreí.

—Ya tardaba en decirlo —resopló Elsa, volteando los ojos.

—Pues una cosa os digo a las tres —mi madre nos señaló—, aunque tú ya lo sabes. No hay amor más grande que el que puede darnos un hijo —sonrió, y mi hermana le dio la razón con un leve asentimiento.

Poco después, mi madre se marchó con la niña hacia casa de mi abuela, ya que iba a pasar allí el día. La verdad es que Elsa parecía bruja porque las clavaba todas.

A mi madre se le notaba una desilusión muy grande con él y la verdad es que la veía a un paso de dejarlo.

—Os habéis quedado las tres, compuestas y sin parejas —soltó Elsa cuando regresábamos en el *Vaporetto*.

—De verdad que sí —contestó mi hermana, riendo.

Entramos a una tienda a comprar el café y el pan para irnos al apartamento a comer, ya que teníamos de todo. La tarde la queríamos pasar relajadas para estar al cien por cien por la noche.

Preparamos la mesa en la terraza, que era nuestro rincón favorito, y eso que era pequeñita, pero se estaba de lujo con estas vistas tan hermosas.

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo de mi madre, lo mío y lo de mi hermana. Todo junto y a la vez. ¿No era para volverse loca? Menos mal que las veía fuertes y eso de algún modo me tranquilizaba.

No podía decir lo mismo de mí, porque, aunque me mostraba así, por dentro llevaba mi propia procesión.

Alexander había sido mi mayor ilusión y la más grande desilusión de mi vida. Me enamoré de él y me encanta cuando llegaba a casa con esa sonrisa y me miraba con los ojos llenos de amor. Cuánta falsedad había en esa mirada, y yo sin haberme dado cuenta de nada.

Era tonta, de verdad, tan ciega y enamorada había estado que no me di cuenta de nada.

¿Hubo señales por su parte que no vi? Porque eso me hacía comerme mucho la cabeza.

—Tierra a Alba —dijo Elsa.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—En la inopia estaba otra vez —volteó los ojos.

—No, no, estaba pensando en lo de mi madre —mentí.

—Si es que te dije que ese hombre tenía algo.

Desde luego, qué ojo había tenido Elsa.

Después de comer nos acostamos un rato a descansar antes de comenzar a ducharnos y arreglarnos para salir. Íbamos a cenar en la calle antes de ir al pub.

—Estos tacones me resultan de lo más cómodos.

—Hermana, estás preciosa —murmuré al verla—. Y esos tacones te quedan espectaculares.

—¿Y yo cómo estoy? —preguntó apareciendo Elsa.

—¡Estás hecha un bombón! —le gritó mi hermana.

—Yo me termino el cigarro y me visto —dije al ver que me miraron. Estaba en la terraza con la toalla liada sobre el cuerpo.

—¿Un vinito para el cuerpo? —propuso mi hermana.

—Sí, por favor —le dije, juntando las manos.

—Venga, yo lo sirvo —se dirigió a la cocina Elsa.

—Voy a llamar a la niña —fue a coger su móvil para hablar con ella antes de que la abuela le diera la cena y la acostara.

Elsa apareció con las copas y me tiró una foto con ella en la mano, la toalla sobre el cuerpo y la del pelo liada. Quedó muy graciosa y bonita. La subí de historia.

Mientras la tomábamos, entré a vestirme en un momento, ya que tenía la ropa sobre la cama. Aunque intentaba no venirme abajo, lo estaba pasando francamente mal con lo que había pasado, y la realidad es que estaba cabizbaja y haciendo de tripas corazón para no reflejar más de lo que no podía evitar. No quería que ellas me vieran mal, sabían que lo estaba, obviamente, pero cuando menos expresara, mejor.

Regresé a la terraza donde se estaban tirando un selfi, dejando detrás de ellas el canal y la ciudad. Me uní para salir inmortalizada en la foto.

Salimos a la calle y nos decantamos por una terracita en la que habíamos visto que tenía unos platos que nos habían llamado la atención. Pedimos una ensalada de queso y salmón, una ración de calamares fritos y otra de un revuelto de setas con beicon.

—Por todos los divorcios que os habéis comido —dijo Elsa, levantando la copa y causándonos una carcajada.

—Menos mal que yo no tenía papeles para firmar.

—Menos mal, porque, si sin tener papeles te quitó un pastón en alquiler ficticio, no quiero imaginar con papeles.

—Desde luego —contestó mi hermana.

—Que le den por culo —murmuré con cara de asco—. No está por aquí, ¿verdad? —revisé las mesas, causándoles una carcajada.

—Pues yo me arrepentí de no liársela, pero si me lo vuelvo a encontrar, a mí ese ya no me amedrenta más. A ver, ¿qué puede sacar que no sea Oliver?

—¿Estás segura de que no tienes nada más oculto? —le preguntó Elsa, mirándola de lado.

—Creo que no.

—Si crees, ese te regresará a tu pasado.

—Elsa, por Dios —volteé los ojos riendo.

—Déjame, al menos la tengo advertida. Ya de ese no me espero nada. Por cierto, si no lo digo, reviento, pero me da que trajo a esa a Venecia con todo el dinero que te sacó a ti.

—¿Te crees que no lo había pensado? —contesté, volteando los ojos.

—Hasta yo lo tenía claro cuando me lo dijisteis —contestó mi hermana.

—Me da igual, ¿sabéis por qué? Porque yo valgo mucho más que ese dinero. Y todo esto que me está haciendo, lo va a pagar en un futuro porque existe la redención y a él le llegará como a todo el mundo.

—¡¡¡Ole tú!!! —Me aplaudía efusiva.

—Sin más que alegar… —Levanté mi copa y brindamos.

—Y encima voy a ser tita.

—Silvana, por Dios, que eres peor que ella.

—Asúmelo, somos dos que pensamos igual, eres tú el problema —dije, dando un trago a mi copa.

—Donde todos piensan igual, nadie piensa —se encogió de hombros y mi hermana le dio una colleja.

—Esto por tonta. Déjala, tiene su reloj biológico en hora.

—Al reloj de Alba le faltan pilas, te lo digo yo que soy medio bruja.

—En eso sí que te vamos a tener que ir dando la razón —contesté entre risas—. Pero tú también nos la terminarás dando a nosotras cuando nazca mi bebé.

—¿Otra rondita? —Levantó la botella ignorándome.

—Claro que sí, tita —le contestó mi hermana entre risas.

La cena estaba deliciosa, tanto que los calamares y la ensalada cayeron en un visto y no visto, y el revuelto estaba casi ya liquidado.

El camarero nos trajo de cortesía tres chupitos de *limoncello* que era de la casa y que estaba riquísimo, tanto que le pedimos otra ronda entre risas.

Las carcajadas continuaron mientras el camarero se retiraba, dejándonos con nuestras copas y las risas flotando en el aire.

Era la primera vez en mucho tiempo que me olvidaba de todo lo que había pasado, de las preocupaciones y las malas experiencias.

—Deberíamos venir más a menudo a Venecia, chicas —comentó Elsa—. Esto de cambiar de aires nos está sentando genial.

—Elsa, que te veo aquí en todas las vacaciones de trabajo que tengas —rio mi hermana.

—No lo descarto.

—Pero, es por el cambio de aires, ¿o tiene algo que ver cierto veneciano moreno? —sonreí, arqueando la ceja.

—No sé de quién me hablas.

—Anda que no, mira qué sonrisita tienes —dijo Silvana.

—Fabrizio es un chico muy majo, no lo voy a negar. Y si vengo y me quiere hacer compañía, pues mucho mejor.

La conversación no hacía más que fluir, y las bromas no paraban, como tampoco lo hacían las copitas que nos estaban sentando genial.

—Hoy nos desinfectamos las penas, chicas —dijo Elsa, mientras levantaba la suya.

—¿Desinfectarnos? —gritó mi hermana— Qué somos ahora, ¿heridas supurantes?

Nos echamos a reír porque no sabía cuál de las dos había dicho la burrada más grande, si mi amiga o mi hermana.

—A ver, bonitas. El alcohol desinfecta, y nosotras tenemos penas. Amarillo y en copita, *limoncello* —se encogió de hombros.

—Ay, la madre que la parió —rio Silvana.

—Las penas se curan, jodida, no se desinfectan —reí, doblándome porque me dolía ya el lado.

—¿Y qué más da cómo se diga si el resultado es el mismo? Las dos tenéis una pena en el alma que no podéis con ella. A ti, te ha engañado y estafado tu novio, y a ti, te ha puesto tu marido una cornamenta que ni los renos de Papá Noel. Así que, a beber y desinfectarnos las penas con el

limoncello.

—Si es que al final, la jodida encuentra la lógica para todo lo que dice —rio mi hermana.

—Silvana, que te acaba de llamar, reno —reí.

—Prefiero hacer como que no he oído esa parte —se encogió de hombros.

No sé cuánto tiempo pasamos allí. Entre bromas, risas y haciéndonos fotos, disfrutamos de la noche como si fuera el último día de nuestras vidas. Todo lo que nos rodeaba parecía desaparecer, y solo quedábamos nosotras tres, compartiendo momentos inolvidables.

Estaba claro que el vino y el *limoncello* nos habían subido de manera considerable, por lo que, sin duda alguna, habíamos empezado bien la noche…

Capítulo 10

La noche estaba ya sobre nosotras, la terraza se encontraba iluminada por pequeñas luces cálidas que reflejaban en nuestras caras una mezcla de risas y complicidad. Habíamos llegado al pub, y aunque al principio parecía que la noche se quedaría en simples charlas y bromas entre nosotras, algo se cocía entre las mesas, algo que no podíamos ni imaginar.

El pub estaba lleno de gente, el bullicio habitual de jóvenes y no tan jóvenes, la música sonando de fondo y el ambiente alegre que se respiraba por donde fuera que pasábamos.

Los chicos nos estaban aguantando una mesa de la terraza cuando llegamos al pub.

—Ole los venecianos guapos —dijo Elsa al verlos, y ellos sonrieron.

—¿Solo guapos? Mal vamos, hermano —comentó Fabrizio con un suspiro.

—¿Prefieres que te llame bombón? —rio Elsa.

—Y de chocolate puro, rellenito de licor —le hizo un guiño y ella se sonrojó.

Se les notaba a los dos a la legua que se habían gustado y mucho, porque tanto la una, como el otro, estaban con la babita caída cuando se juntaban.

Les presentamos a mi hermana mientras nos aguantábamos de gritar enfadadas al ver que Alexander de nuevo estaba en la terraza y justo al lado. ¿En serio? Esto debía de ser una puñetera broma de mal gusto, porque no le veía ni la más mínima gracia, de verdad que no.

Las tres actuamos como si nada, ya que le habíamos pedido a mi hermana que, por favor, delante de los chicos no hiciera nada, ya que no estaban al tanto ni queríamos involucrarlos en esto.

Los chicos entraron por nuestras copas, ya que ellos tenían una sobre la mesa. Miré a las chicas y solté el aire.

—Dan ganas de cogerlo por los pelos y lanzarlo a un canal. ¿A qué juega ese estúpido? —preguntó mi hermana en voz baja y muy indignada.

No era para menos que estuviera así, porque tener que encontrármelo constantemente por aquí, a cada paso que daba o donde quiera que fuera, era de lo más surrealista que me estaba pasando.

Y que me llamaran loca, pero el hecho de que me hubiera puesto la aplicación esa de encontrar mi móvil y por eso supiera a cada paso dónde estaba, podría ser una locura, pero en mi cabeza cada vez cobraba más fuerza.

—No parece el hombre con el que estuve.

—Ni tú sabes con qué clase de hombre estuviste, hermana, pero vamos, que, a ese, si no es aquí, allí se las va a ver conmigo.

—No merece la pena.

—Pero ¿se piensa el desgraciado que puede amenazar por decir un nombre que lo puede meter a ese preso toda su puta vida? —preguntó en alto para que se enterase.

—No grites, por favor —le pedí, volteando los ojos y soltando el aire con todas mis fuerzas.

No quería pasar por esto, de verdad que no, yo había venido para estar unos días tranquila, en paz, con mi amiga y mi familia, disfrutando de la hermosa Venecia, ese lugar que vio nacer a mi madre y que tantos recuerdos bonitos me traía de mi juventud al pasar los veranos con los míos aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó Luca, que la había escuchado cuando salía con la copa.

—Nada, que estaba recitando una obra que la conmocionó —dijo Elsa, causándonos a todos una carcajada.

—Es que yo iba para actriz, pero fui gilipollas y me enamoré. Por lo visto, eso no era compatible. Pero nada grave, yo estoy bien, solo que de vez en cuando me da por ¡cagarme en su puta cara! —gritó de nuevo— Perdón, la obra la llevo muy adentro —dramatizó con la mano en el pecho, la muy loca.

—Tranquila, lo haces muy bien, hasta parece verdad —murmuró Fabrizio apretando los dientes.

—Yo es que lo vivo.

—Se nota, se nota —le decía él mirándola y flipando en colores. Debería pensar que estaba

loca. Claro que no era para menos, porque menudos arrebatos le estaban dando.

—¡El valiente ha sido valiente hasta que el cobarde ha querido! —gritó esa frase de una canción que tanto nos gustaba.

—Lo haces muy bien, sí, señor —dijo Elsa, afirmando mientras la aplaudía con suaves palmaditas como si estuviera en la ópera, y yo no podía parar de reír.

Después de todo me tenía que reír con las cosas de ellas. No se podía tener más arte ni ser más divertidas y todo esto en medio de una lamentable situación, pero como decía mi madre: “al mal tiempo, buena cara”.

—Vamos a brindar —dijo Elsa levantando su copa—. Por las noches en Venecia que están por llegar, y por este par de venecianos que nos cuidan como a reinas.

—¡Por Venecia, claro qué sí! —gritó mi hermana.

Chocamos las copas y bebimos, y en cuanto empezó a sonar una canción que a Elsa le gustaba y decía que le subía el ánimo, cogió a Fabrizio de la mano y comenzó a bailar con él.

La cara del moreno y esa sonrisilla que tenía mientras se pegaba a mi amiga eran para enmarcarlas. Se notaba a leguas que con ella estaba a gusto y que quería seguir conociéndola.

Silvana y yo cogimos a Luca y bailamos con él, que no hacía más que reír y decirle a Fabrizio que tenía más suerte al estar rodeado de dos hermanas tan guapas.

Era un encanto, de lo más simpático, y me había gustado el detalle de que me llamara la otra noche para ver cómo estaba.

Estábamos bailando las tres, alrededor de la mesa mientras los chicos estaban dentro revisando lo que tenían que pedir para la semana, cuando se nos acercó un tipo que se notaba con dos copas de más y que parecía un armario empotrado. Comenzó a intentar tocarnos mientras se reía y nos llamaba putas.

Desde luego que pesado estaba siendo porque, por más que le pedíamos que se apartara, no había manera de que lo hiciera.

Mi hermana lo intentó empujar, pero fue en vano, aquel tipo era grande y pesaba como una tonelada, o más. Y cuando quisimos darnos cuenta, automáticamente ya lo había bloqueado Alexander desde atrás.

—¿Estás bien? —me preguntó en un tono bajo y lo miré sorprendida— Alba, que si estás bien —murmuró.

—Sí —respondí, y él asintió.

En ese momento aparecieron Luca y Fabrizio y le ayudaron.

—Se intentó pasar con nosotras —les dijo Elsa mientras ellos ayudaban a Alexander, que había tenido un gesto increíble. Todo había que decirlo.

Fabrizio llamó a la policía mientras lo tenían contra la pared bloqueado a pesar de este oponer resistencia, pero sorprendentemente estos no le dejaban ni respirar, podían con él.

La policía llegó y se lo llevó arrestado. Los chicos comenzaron a agradecerle a Alexander que hubiera actuado en esta situación. Incluso charlaron con él un poco antes de venir hacia nosotras.

—Menos mal que tienes buenos clientes —le dijo mi hermana con toda la ironía del mundo, pero que estos no se imaginaban.

—Es español, me ha dicho que escuchó que os insultaba e intentaba sobrepasarse y por eso actuó.

—Hay personas a las que deberían de ponerles dos medallas, una por gilipollas y otra por si la pierden, pero a ese hombre hay que darle la del mérito —decía Elsa, también con su juego de palabras.

—Les he invitado a una ronda de vuestra parte —soltó Luca y no pudimos reprimir la carcajada más grande del mundo.

Me iba a dar algo de la risa. Pobre iluso, decirle que la ronda era de nuestra parte. No podía parar de reír y ellos nos miraban con la sonrisa en la cara, pero sin entender por qué estábamos las tres así.

Lo que estaba claro es que una ronda que se llevaba por la cara, eso lo debía de haber puesto contento, aunque para ser sincera, ese gesto que tuvo en defendernos me pareció de lo más sorprendente.

Seguimos a lo nuestro y el ambiente en el pub volvió a inundarnos con su energía. La música comenzó a sonar más fuerte, y la gente a reír y bailar alrededor de nosotras.

Elsa no paraba de tontear con miraditas y sonrisas con Fabrizio. En uno de los momentos que volvimos a quedarnos a solas, nos dijo que esta noche se iba a ir a dormir con él.

—A dormir dice, qué valor —soltó mi hermana.

—Bueno, algo dormiremos, eso no quita que también… —carraspeó, causándonos una risa.

—Tú disfruta que la verdad que ese hombre tiene un repaso. Si no fuera porque yo estoy loquita con mi juez, hasta te decía de hacer un trío.

—Hermana, por Dios, no digas esas cosas —me reí.

—Oye, que a mí eso del trío me mola —soltó Elsa, que no tenía pelos en la lengua ni vergüenza alguna.

—Paso de ustedes —solté el aire.

Me seguía sorprendiendo lo de Alexander y en ese momento hasta pensé que me tenía puesto un radar o un chip. Yo y mis desvaríos, porque no era normal que me lo encontrara en cada sitio, pero pensándolo bien, habían llegado antes que nosotros, así que no tenía lógica.

Los chicos nos trajeron una ronda, pero antes le dejaron otra más a ellos. Ver para creer. Las caras de asco de mi hermana y de Elsa intentando disimularlas eran de comedia.

Las copas nos hicieron evadirnos de la situación y disfrutar un poco de la noche, aunque inevitablemente tenía mi pellizco en el estómago, dado que estaba ahí al lado y las heridas me seguían sangrando. Lo peor era que no entendía qué necesidad tenía de pasearse con ella delante de mí y no tener ni el más mínimo reparo en restregarme esa relación.

El resto de la noche pasó entre risas, bromas y algún que otro brindis por la vida, los amores perdidos y los nuevos comienzos, como decía Elsa.

Alexander y Patricia se fueron un rato antes que nosotras y eso me dio un cierto alivio. Era demasiado el dolor que me causaba tenerlo cerca y no tener tantas respuestas a todas las preguntas que se formaban en mi cabeza.

Los chicos nos acompañaron hasta casa y luego se marcharon. Elsa lo hizo con Fabrizio hacia su casa y quedamos en hablar por la mañana.

Mi hermana y yo nos quedamos un rato en la terraza tomando un refresco mientras charlábamos de todo lo sucedido en nuestras vidas y cómo estaban cambiando estas.

Lo de mi madre sí que nos había dejado en shock, pero nos alegraba que se fuera a ir a vivir con la abuela y estuvieran juntas como era su deseo. Al fin y al cabo, era su madre y se había perdido muchos momentos, ya que estuvo en España más de treinta años y solo se veían en fechas puntuales.

A mi hermana la veía con esa ilusión en los ojos cuando me hablaba de Oliver, o me enseñaba los mensajes que se habían intercambiado.

Quizás dentro de un tiempo me pasara eso a mí, que apareciera alguien en mi vida y la pusiera

patas arriba, pero ahora mismo lo veía como algo imposible e impensable dado que lo amaba demasiado y, aunque estuviera feo decirlo, me dolía imaginarme una vida sin él. Había sido demasiado feliz en esa relación a pesar de saber que había vivido un engaño. Pero ese tiempo fue el más bonito de mi vida, en el que me sentí muy querida, deseada y respetada, porque esa era la realidad.

—¿Estás bien? —me preguntó, de repente, y por su voz vi que estaba preocupada.

Solté un suspiro largo y me acomodé en la silla.

—No estoy bien, Silvana —confesé, sintiendo que todo lo que había estado guardando se desbordaba por fin.

Ella me miró, sin decir nada, solo esperando a que hablase, como tantas otras veces había hecho a lo largo de los años.

—Verlo esta noche, otra vez… con ella. No puedo dejar de pensar en lo que hizo, en lo que tuvimos —murmuré contemplando las estrellas y encendiéndome un cigarro.

Mi hermana suspiró y me dio un abrazo cálido, comprensivo.

—Sé que es difícil, Alba, pero, ¿sabes qué? Tienes que dejarlo ir. Él no merece que sigas gastando tus emociones en alguien que no te valoró y que estuvo tanto tiempo engañándote.

Asentí, pero la sensación de que algo me quedaba dentro, una pregunta no respondida, no desapareció. No era sólo la relación lo que me dolía. Era lo que había quedado atrás. Las promesas rotas, los sueños compartidos que ahora se desmoronaban.

Porque por primera vez en mi vida me había enamorado de verdad, había entregado mi corazón y él lo acabó pisoteando como si no valiera nada en absoluto.

Alexander había sido el amor de mi vida, y por mucho que doliera, por mucho que tuviera que olvidarme de él, estaba segura de que siempre lo sería. Porque podrían pasar mil años, o más, podría vivir más de mil vidas, y en cada una de ellas estaba convencida de que lo amaría a él si volvíamos a coincidir en todas.

Nos fuimos a dormir y me abracé a la almohada sin hacer ruido, pero comencé a derramar todas esas lágrimas que tenía contenidas por querer hacerme la fuerte, cuando la realidad es que estaba abatida.

Capítulo 11



Cuando desperté, el sol apenas se filtraba por la cortina de la ventana, pero mi mente ya estaba acelerada, repitiendo las imágenes de la noche anterior. Alexander. Esos ojos azules que seguían caminando por mi cabeza, y esa sonrisa que no se iba. No importaba cuánto lo intentara, lo cierto era que verlos juntos me había desgarrado por dentro.

Mi hermana aún no se había despertado, y el sonido de su respiración profunda me tranquilizó un poco, porque me sentía atrapada entre un mar de emociones contradictorias.

Decidí no quedarme en la cama por más tiempo. Me levanté en silencio y me acerqué a la ventana, observando la ciudad que aún despertaba. Venecia siempre me había parecido mágica, pero en estos momentos no me sentía tan enamorada de ella como solía ser, como cuando era una cría y venía con la familia. Me sentía como una extraña en un lugar que antes era mi refugio.

Salí a la terraza donde el aire fresco me acarició el rostro. Sentí una mezcla de alivio y angustia al darme cuenta de que la vida continuaba, incluso cuando mi corazón parecía estancado en una página de un libro que no quería seguir leyendo.

—Alba, ¿te has levantado ya? —gritó mi hermana desde dentro, un rato después, el tiempo justo en el que me fumé un cigarrillo, perdida en mis pensamientos.

—Sí, estoy en la terraza.

—¿Se puede saber qué haces despierta a estas horas? ¿Es que vas a ir a poner las calles, o algo? —preguntó mientras se sentaba.

—El canal, hermana, voy a coger una góndola y a poner el canal en funcionamiento, que creo que le vacían de agua por las noches —resoplé, y ella soltó una carcajada.

—Qué guasa tienes, niña.

Y nos quedamos allí en silencio, simplemente contemplando el comienzo de un nuevo día mientras el sol seguía saliendo.

Nos duchamos por turnos, primero ella y después yo, y para cuando salí, ya estábamos todas reunidas.

Mi madre apareció con mi sobrina por el apartamento, apenas eran las diez de la mañana, un rato antes había llegado Elsa. Nos traía el pan recién hecho y dos recipientes, uno con ensaladilla rusa y el otro con las albóndigas en tomate.

Se sentó con nosotras a desayunar en la terraza y nos contó que ya había hablado con su pareja y le había transmitido que quería irse de manera inmediata a casa de su madre.

—¿Y qué te dijo? —pregunté intrigada.

—Que, si necesitaba tiempo y me iba a quedar en la ciudad, le parecía bien. No lo decía de corazón porque en su rostro se podía ver el enfado y el intento de parecer con una indiferencia que no tenía, pero me da igual, sinceramente, necesito irme con mi madre y salir de ese pozo en el que estoy metida. Nada es como antes y este hombre cada vez me parece más raro. Me he llevado un desengaño, pero ha sido extraño, no siento que se vaya a quedar una parte de mi vida junto a él, es como si estuviera deseando soltarlo para sentirme más libre. No sé si me entendéis.

—A la perfección, Francesca —dijo Elsa.

—Mamá, haces bien en alejarte. No tienes necesidad de aguantar algo que no te gusta.

—Alba, hija, la que me preocupa eres tú. Veo mucha tristeza en tus ojos.

—Lo mío es para escribir una novela y que me tomen por loca o surrealista.

—Esas son las mejores —soltó mi hermana, causándonos una risita.

—Lo que no entiendo es cómo puede estar aquí y aparecer por los mismos sitios. Venecia es pequeña, pero tanto… —Negué.

—Bueno, hay que reconocer que todos los que vienen a Venecia de turismo quieren quedarse alrededor de San Marcos, aunque también es cierto que cuando fuimos a comer a otra zona con los chicos, también casualmente apareció por el mismo lugar. Todo esto es un misterio sin resolver, pero sigo pensando que es una coincidencia del destino.

—Yo más bien pienso que es para que lo estudien los de la serie aquella de *"Expediente X"* —comentó mi hermana.

—No le des ideas a Elsa, que es capaz de ponerse ella en plan, Mulder —reí.

—Pues yo sería Scally, que la ayudo a resolver el misterio.

—Pero a ver, es un misterio o un expediente X, ¿en qué quedamos? —Elsa se cruzó de brazos.

—Qué sé yo, esto es tan surrealista que, si me dicen que estoy viviendo en una escena de *Matrix*, también me lo creo —suspiré.

—Joder, qué televisivas os habéis levantado hoy las dos hermanas —dijo Elsa, y nos reímos —. Yo solo digo que el destino os dio a las tres la oportunidad de empezar de cero y que la vida no debemos dejarla en manos de nadie para ser felices. Por cierto, aprovecha y cuéntale que vas a hacerla abuela —me soltó la bruta, ocasionando que a mi madre se le quedara una cara de incredulidad mientras mi hermana y yo soltábamos una carcajada.

—No me digas que Alexander te ha dejado embarazada, hija.

—No, no, mamá, no es eso —sonreí, aunque por un momento me habría gustado haberlo estado, pues lo veía a él como el padre de mis hijos.

Se lo expliqué y hasta se emocionó. La verdad es que yo sabía que mi familia estaba ahí para apoyarme en todas mis decisiones.

Acompañamos a mi madre hasta la parada del *Vaporetto*, iba para su casa. Quería ir llevando las cosas a casa de mi abuela entre hoy y mañana. Nosotras nos ofrecimos, pero dijo que la iban a ayudar mis tíos.

La gracia fue que mientras caminábamos nos encontramos en una terraza de San Marcos a Alexander tomando un vino, pero en esta ocasión estaba solo.

—Ah, no, ahora nos toca a nosotras dar por culo —dijo Elsa dirigiéndose a esa terraza para sentarse en la mesa de al lado.

Mi hermana y yo nos miramos negando, pero no nos quedó otra que seguirla para sentarnos.

—Alexander —pronunció la niña al verlo y andando a toda leche hacia él. Lo que nos faltaba. Nos sentamos en la mesa con Elsa.

—Hola, princesa. ¡Qué guapa! —la cogió para abrazarla.

—Allí están —señaló para nuestra mesa con una sonrisilla, sin que él le hubiera preguntado.

—Hola, chicas —nos dijo el descarado.

—¡Guapo! —le gritó Elsa con toda la ironía del mundo.

La niña le cogía de la mano y le decía que se sentara con nosotras. Mi hermana me miraba

negando y la muy jodida de Elsa le animaba a hacerlo en un tono un tanto provocador.

—Siéntate, valiente —le seguía retando y él, ni corto ni perezoso, cogió su copa y se sentó con nosotras.

—Es Alexander —decía la pequeña sonriendo de lo más feliz.

—¿Dónde has dejado a tu chica? —le preguntó Elsa, arqueando la ceja y provocando para sacarle algo.

—Está de tiendas —carraspeó y miró a la pequeña haciéndole un guiño.

—¿Y no se te cae la cara de vergüenza el habernos seguido hasta Venecia?

—Eso mismo podría pensar yo, que creo que llegué dos días antes por lo que os escuché en el restaurante.

—¿Y qué pasa, que te piensas quedar aquí a vivir? Porque lo normal es venir por dos o tres días, pero por lo que dices ya llevas unos días más —le preguntó mi hermana.

—Estoy por más días —sonrió ampliamente.

—¿Y no tenías otro destino para elegir? —le pregunté sin poder contenerme.

—No, no tenía otro, tampoco ningún motivo para descartarlo.

—Hay que tener poca vergüenza, Alex —le dije cuando vi a la niña apartada jugando con las palomas.

—¿Me das un motivo?

—¿Has venido con todo el dinero que me sacaste fraudulentamente?

—Eso mismo podría pensar yo, que has vivido a mi costa.

—¿Cómo puedes decir eso cuando me cobrabas mil euros al mes, cuatrocientos de comida y los gastos de la casa?

—Yo no he cobrado ni un euro, deberías de estar más atenta a tus cosas antes de señalar.

—¿Y dónde está mi dinero?

—Pues imagino que en la misma cuenta donde lo ingresabas. ¿Acaso no recuerdas que la

abrimos para eso?

—Yo nunca he tenido las claves.

—Porque no has querido, pero ahora mismo te bajas la aplicación del banco y te las doy. En mi vida he tocado un euro, solo lo hice como una forma de reunir los dos para dar la entrada de la casa que nos compráramos en un futuro. Repito, ahí está todo tu dinero y jamás permití que pagaras nada. Puedes traspasártelo ahora mismo.

—Traspásamelo tú de manera inmediata y me ahorras descargar nada.

—Mira —me dio su móvil con esa cuenta y aparecía yo como titular. Se veían todos los ingresos mensuales y toda la suma de mi dinero. Me quedé a cuadros. Le di el móvil.

—Traspásamelo a mi cuenta —le puse la numeración en un mensaje.

Se hizo un silencio entre todos mientras él se suponía que lo hacía. Y lo hizo. Me llegó el mensaje de aviso.

—Te he fallado en muchas cosas, pero no soy ningún caradura. Y ahora, que sepas que no estoy aquí por viaje de placer, estoy trabajando. Pasad un buen día.

Se levantó, dejó cincuenta euros sobre la mesa, fue a darle un beso a la niña y se marchó.

—Bueno, ahora tenemos de pista que no es un ladrón y que vino por un trabajo que no tenemos ni puta idea de lo que es. Eso sí, se trajo a su chica, como él mismo reconoció, diciendo que estaba de tiendas —decía Elsa, mientras mi hermana y yo no salíamos del shock—. ¿Qué cojones pasa aquí? Esto se va de mi videncia.

—Yo tengo una presión increíble en el pecho —di un trago a la copa.

—No será tan grande cuando puedes beber vino.

—Elsa, calla, por favor.

—Encima me manda a callar. A mí, que estoy aquí intentando descifrar un enigma que cada vez se complica más. Qué fuerte me parece.

—Lo del dinero me ha dejado toda loca —murmuró mi hermana.

—Pues anda que a mí —contesté de lo más rayada.

Íbamos de regreso al apartamento cuando lo vimos de lejos y le llevaba echada la mano por

encima del hombro. Tragué saliva intentando reprimir las lágrimas. Lo amaba con toda mi alma y no entendía que, después de todo lo que habíamos vivido juntos, estuviera con ella. Si no quería sacarme el dinero, es que estuvo porque lo sentía. Joder, me sentía tan mal por no tener respuestas, aunque lo que estaba claro es que la prefería a ella, de lo contrario, estaría conmigo.

Preparamos la mesa y la primera que comió fue la pequeña, que ya estaba con cara de querer coger el sofá para echarse un rato.

La terraza era una pasada que te hacía sentir que estabas en un lugar privilegiado.

En mi cabeza todo era un caos. Las palabras de Elsa y mi hermana resonaban como un eco sordo, y mi mente no paraba de dar vueltas a lo que había visto. Alexander, esa figura que había marcado mi vida de una forma tan profunda, parecía un espejismo cada vez más distante. Y ahí había estado él, caminando al lado de su nueva chica como si nada hubiera pasado, como si todo lo que habíamos vivido no significara nada.

Me senté en la mesa, sin ganas de comer, porque todo esto me estaba superando.

La voz de Elsa me sacó de mis pensamientos, clara y directa como siempre.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, Alba. Estás agotando tus neuronas en algo que no puedes controlar —me miraba fijamente, con esa mirada penetrante que siempre usaba para hacerme reflexionar.

Suspiré, y tomé un sorbo de vino. La calidez del líquido me quemó la garganta, pero no me hizo sentir mejor. Solo me ofreció un pequeño respiro antes de que los pensamientos volvieran a aparecer.

—No se quedó con mi dinero… —repetí, casi para mí misma, como un mantra que intentaba aferrarse a algo tangible.

—Ya, pero te engañó con el trabajo, con otra y ocultó que la casa era suya. —Elsa no tenía pelos en la lengua. Siempre había sido directa, a veces incluso brutal.

Mi hermana frunció el ceño y dejó su copa de vino en la mesa con una ligera mueca de disgusto.

—Yo ya ni opino porque capaz que todo tenga una explicación… —dijo con un tono de voz más suave, como si intentara calmarme.

—¿A estar con otra? Ni que estuviera amenazado —Elsa se echó atrás en la silla y volteó los ojos—. Lo que pasa es que, sea como sea, tú sigues atrapada en este circo emocional y sigues buscando razones que te justifiquen lo que, a lo mejor, no tiene justificación.

Apreté los dientes y miré al suelo, no quería enfrentarlas, pero sus palabras calaban hondo. Elsa tenía razón, aunque no me gustara admitirlo. Estaba atrapada, sí. Lo estaba porque no podía dejar de pensar en él, en lo que había sido y en lo que podría haber sido nuestro futuro como pareja. Lo amaba con todas mis fuerzas, pero esa fuerza me estaba destrozando.

—Está con otra porque la cagó y no le queda otra que apechugar —dije, intentando darme a mí misma una excusa, una respuesta que me aliviara, aunque fuera un poquito.

—Menos mal que has recuperado tu dinero.

—Ahora me siento como que viví a costa de él.

—Lo que me faltaba por escuchar —dijo mi hermana, llevándose la mano a los ojos y frotándoselos, algo molesta.

El caso es que yo estaba que me ahogaba de la pena y sentía que mi mundo se desmoronaba por completo. Lo amaba con todo mi ser y era como si siguiera aferrada a una posibilidad de recuperar al hombre que tanto deseaba en mi vida y que nunca hubiera querido que se fuera.

Sinceramente, todo me parecía de lo más extraño, pero al verlo con ella paseando en esa actitud, para mí se había desvanecido todo mucho más de lo que estaba.

Capítulo 12

Desde el día anterior estaba de lo más rayada y con un dolor en el pecho increíble. Tenía ansiedad y me había levantado de lo más triste. Menos mal que los abrazos de la pequeña Tiara me animaron un poco.

Mientras desayunábamos, mi madre nos mandó un mensaje diciendo que acababa de hacer el último viaje de sus cosas y que ya estaba instalada en casa de la abuela. Quedamos en ir a comer, ya que nos iban a hacer patatas fritas con huevos, así que no nos lo pensamos porque ese era el plato de los platos.

Tiara iba sentada en su sillita y saludando a todos los que la miraban. Mi sobrina debía tener complejo de princesa o de reina porque se le daba genial mover la manita de esa forma.

Nos montamos en el *Vaporetto* que nos llevó a la parada de mi abuela y bajamos a empujones por toda la gente que había. Estaba masificado.

—Patatas, patatas —gritó la niña al ver la bandeja grande sobre la mesa.

—Ay, Dios. ¿Cómo algo que engorda tanto puede estar tan rico? —dije, cogiendo una y llevándomela a la boca.

—Eso es como otras cosas que son muy desagradables, pero bien que nos la llevamos a la boca —soltó Elsa y vi cómo mi abuela se cruzaba de piernas y se reía a carcajadas.

—Dios mío —resoplé—. ¿Cómo puedes ser tan bruta?

—Y graciosa. Que no se te olvide —me contestó con esa carita de felicidad que siempre llevaba.

—Mamá, ¿y qué tal la despedida?

—Se fue al bar cuando estaba sacando las últimas cosas. Le dejé las llaves encima de la mesa

y nada. Hija, ese hombre está muy nervioso y parece que le molesta todo. Creo que fue un alivio para él que me marchara.

—Ahora te sacas otro novio más simpático.

—Elsa, por Dios, ¿para qué quiere un novio? —le pregunté, negando y riendo.

—Bueno, si es simpático, está de buen ver y me lleva a ver mundo, como que no me importaría meterme en una relación.

—¿Y lo bien que vas a estar conmigo, hija? —le preguntó mi abuela, sacándonos a todas, una sonrisa.

—En ningún sitio, mamá —le dio un beso en la frente.

—Ains, que me pongo más sensible —dijo Elsa—. Yo también le doy un besito a mi abuela favorita —se fue hacia ella y comenzó a besarle la cara con euforia.

—Para mí eres una nieta más, Elsa —le dijo con esa sonrisa tan adorable que tenía.

Mi abuela había hecho un tomate frito para acompañar a los huevos que nos hizo gemir como locas. Esa santa mano que tenía en la cocina era toda una fantasía para el paladar.

—*Mimir*, aquí —decía Tiara, pidiendo quedarse cuando nos íbamos a marchar.

—Déjala aquí con nosotras y así disfrutáis un poquito —dijo mi madre y mi abuela afirmaba feliz.

—Toda vuestra. En la bolsa que he traído tenéis muda de ropa, toallitas, gusanitos y algunas cosas más.

—¡Bien! —Aplaudió la pequeña levantando las manos.

Nos despedimos de ellas y nos fuimos en el *Vaporetto* hacia la zona de Rialto a tomarnos un vino mirando hacia el canal.

—De aquí nos vamos borrachas y bien folladas —soltó Elsa, levantando la copa.

—Eso, tú, nosotras con irnos borrachas, ya vamos bien —contestó mi hermana, apretando los dientes.

—Esta noche he quedado en irme de nuevo a casa de Fabrizio a dormir. Tiene unas sábanas de lo más suaves.

—Sí, claro, por las sábanas vas tú —volteé los ojos.

—Alba, cariño, el confort en la noche es un complemento de todo aquello que suma.

—¿Te irías a dormir si él no estuviera allí?

—No, prefiero estar en otras sábanas, pero junto a ustedes —puso los dedos en v.

—Será descarada, está diciendo que él es su prioridad —murmuré negando.

—No, pero ¿qué falta os hago en la noche mientras ustedes estáis sumidas en vuestros húmedos sueños?

—Sobre todo, húmedos —volteé los ojos y Silvana resopló.

—Qué arte tiene la tía —dijo mi hermana con la risa suelta y negando.

—Seguro que te acuestas pensando en el juez.

—Pues sí, y me levanto también de la misma forma, pero de ahí a como dices las cosas…

—¿Me vas a decir que no te pone cachonda?

—Mucho, pero lo nuestro va mucho más allá que solo eso, a la vista está que aún no…

—Qué fuerte, yo no me podría haber resistido.

—Tú eres tú —le contesté—, mi hermana es otra cosa. Ni mejor ni peor, pero sois diferentes.

—Otra cosa, lo dices como si fuera un florero, o qué sé yo —rio.

—Pero ¿a qué me has entendido? Pues eso, que como dice la abuela: “a buen entendedor, pocas palabras” —me encogí de hombros.

—Otro brindis por la diversidad —dijo Elsa, que estaba que se salía del pellejo.

Este italiano la tenía a mil por hora y aunque decía que solo era una atracción, a ella le estaba despertando mil sensaciones. En algunos momentos parecía otra, sumida en sus pensamientos y con esa sonrisilla caída.

—Buenas tardes, chicas —nos interrumpió la voz de Alexander, que ocupó la mesa de al lado.

—Hombre, ¿y tu chica? Parecéis una pareja en crisis —le soltó Elsa.

—Pues precisamente estamos en nuestro mejor momento. La vida es bella —le hizo un guiño.

—Eres un poco gilipollas.

—Si solo es un poco, aún no te he superado, Elsa.

—A mí no me vaciles que me levanto y te doy una hostia que vas a terminar hablando italiano.

—A él, tú no le vas a tocar porque no te hizo nada —llegó Patricia, a la que no esperábamos —. Relajaditas todas que estamos más guapas.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres, chalada? —le preguntó mi hermana.

—Yo, la que salvé a tu hermana de estar con un falso —ladeó la cabeza.

—A mí no me nombres que yo estoy callada, estúpida. Además, tú no me has salvado de nada. Te recuerdo, por si él no te lo dijo, que fui yo —me señalé con el dedo en el pecho— quien lo dejó.

—Entonces, ¿qué problema tienes? Sonríe, así se ve más bonito el mundo.

—Joder con la que no hablaba —resopló mi amiga volteando los ojos—. ¿Ya te han dado permiso para hacerlo?

—Elsa, no me provoques —le dijo Alexander.

—Lo hago si me sale de las narices, por no decirte del coño, que suena muy vulgar.

—Qué bien hablas —le dijo este con una sonrisa de lo más falsa.

—¡Vete a la mierda! Y quédatela, te pega un florero así.

—¿Me has llamado florero? —preguntó riendo.

—Efectivamente. Florero y poca vida para ese, que desde que está contigo tiene una cara de amargado que no puede con ella.

—La verdadera sonrisa la suelta en la pista.

—La pista dice —murmuré, negando.

—Pero ¿de verdad folláis? Porque, chica, lo tienes con una cara de amargado, que la lleva

arrastrando por los suelos —dijo Elsa.

—Que no se os olvide que la otra noche os salvó de una situación muy desagradable.

—Uy, espera, que mañana le mando a hacer una copa con una mención honorífica a su gran labor —dijo mi hermana, causándome una carcajada.

—Desagradecidas sois un rato —contestó ella, sin perder esa sonrisa que tenía tan seca.

—Y tú un florero, que permites que tu chico esté detrás del culo de mi amiga siguiéndola por toda la ciudad.

—¿Eso haces, amor? —le preguntó con una clara ironía.

—Sí, eso parece —contestó él ladeando la cara.

—Qué asco de tío, por Dios —murmuró Elsa—. Desde luego que está loco perdido. Ni come ni deja de comer y encima se nos pega como un grano en el culo. Trabajar, dice que viene a trabajar, este seguro que es narcotraficante y viene a joder.

—No te pases —le murmuré para que no se enterasen.

—Me dan asco, joder, es que no sé cómo puede ser tan frío ni cómo pudo cambiar tanto —decía de lo más enfadada—. Y encima el florero que se cree con derecho a meterse donde no la llaman.

—Mira, niñata, que hasta ahora he estado muy callada. Lo que no voy a permitir es que amenaces a Alexander con darle una hostia a sabiendas de que él te podría frenar, pero no devolvértela. Ya está bien de tanto feminismo y juzgar a las personas, que a mí lo que hayan tenido ellos dos me importa bien poco, pero de ahí a que os queráis montar encima de su chepa, no lo pienso permitir.

—Al final se lleva la hostia ella —nos dijo Elsa.

—Dámela, si tienes ovarios, dámela.

—Parad ya —dijo Alexander—. Y ustedes id a lo vuestro. Me voy a seguir sentando donde quiera —dijo en un tono muy serio—. Una tontería más y jugaremos todos —nos advirtió cada vez más encendido.

—Para ti —le hizo una pedorreta Elsa, y a mí se me escapó una risa tan grande como a Silvana.

Negó acomodándose de nuevo en su sitio y dispuesto a dar por finalizada la conversación.

Todo esto me dejaba muy rayada y mal, tanto que me daba cuenta de que me afectaba mucho más de lo que quería e imaginaba. Tenía muchos sentimientos por él y era muy difícil lidiar con esto.

Lo miraba de lado y no lo veía feliz, pero estaba con ella y eso era lo que más me mortificaba.

Y no podía evitar la punzada en el pecho cada vez que lo veía sonreírle o cuando nuestras miradas se cruzaban brevemente. Y lo peor de todo era que, al mirarlo, lo veía tan… distante. Algo había cambiado en él, y no era solo por Patricia.

Lo conocí como un hombre encantador, divertido, con esa sonrisa deslumbrante que podía alegrar a cualquiera, pero ahora parecía estar sumido en una nube gris que lo envolvía. Algo no estaba bien, y esa incertidumbre me carcomía. Estaba tan empeñada en encontrar una explicación lógica a su comportamiento, que empecé a preguntarme si lo que sentía por mí era real o solo había sido una fantasía.

Al intentar entender qué estaba pasando, sentí un extraño peso en el pecho. Me preguntaba si, tal vez, él solo había sido una especie de refugio temporal para mí. El tiempo que pasamos juntos había sido tan intenso, tan lleno de risas, bromas y complicidad, que me dolía muchísimo haberlo perdido de este modo.

—¿Alba? —me sacó de mis pensamientos la voz de Elsa, que me miraba con esa sonrisa traviesa que siempre llevaba— Estás más pensativa de lo normal, ¿no?

—Solo estaba… pensando —respondí, tratando de no dejar que mis emociones se notaran demasiado.

Pero Elsa, que siempre parecía tener una intuición especial, levantó una ceja y se inclinó un poco hacia mí, como si estuviera a punto de descubrir un secreto.

—¿Pensando en Alexander, quizás?

No le respondí de inmediato, pero mi mirada lo dijo todo.

—Vamos, Alba, es más que obvio. Siempre te pones así cuando está cerca. Estás hecha un lío —me dijo Silvana.

Me mordí el labio inferior, incómoda por la sinceridad de mi hermana, pero al mismo tiempo aliviada de poder hablar con alguien sobre esto. Las palabras no parecían suficientes para describir lo que sentía, pero Elsa lo entendió sin necesidad de explicaciones.

—No quiero meterme en tus cosas, cariño —dijo ella, suavizando la situación—, pero creo que te estás complicando demasiado.

—Es que no lo entiendo. Todo es tan confuso. A veces siento que lo conozco, pero otras, no sé, es como si todo lo que he vivido con él lo hubiera vivido en realidad con un extraño —reconocí con un suspiro, más para mí misma que para Elsa.

Ella asintió, con una mirada de complicidad que no necesitaba palabras para expresar lo que pensaba. Después de todo, ella siempre había sido mi mayor aliada.

—Es normal. Durante dos años te estuvo mintiendo, te hizo ver que era una persona con un trabajo que en realidad no tenía, un caradura por mucho que ahora hayamos descubierto que no te robó ese dinero.

—No lo hizo —repetí otra vez después de saber que todo mi dinero estaba en esa cuenta en la que yo misma lo había ingresado.

No podía seguir viviendo en ese limbo emocional. Tenía que dejar de lado mis inseguridades, mis miedos, y hacer frente a lo que sentía. De lo contrario, seguiría en ese torbellino, con el corazón dividido, y Alexander seguiría siendo solo un reflejo lejano de lo que pudo haber sido.

Pero es que para mí ese hombre lo había sido todo, absolutamente todo. Lo quise como nunca antes había querido ni habría imaginado que querría a nadie.

Nos quedamos allí tomando el vino y pedimos algo de picar, mientras mi mente iba de un lado a otro, mientras veía a Alexander con esa mujer y sentía que yo para él no había significado nada, pero nada en absoluto.

Y entonces decidí que tenía que hablar con él, aunque me aterraba lo que pudiera pasar. No podía seguir arrastrando todo esto sin confrontarlo de alguna manera. Y, aunque me costara admitirlo, también necesitaba entender si mis sentimientos por él habían sido realmente correspondidos durante aquellos años. ¿O había estado idealizando algo que solo existía en mi cabeza?

Sí, necesitaba tener una conversación con él a solas, hablar de todo lo vivido, entenderlo a él, entender lo que pudiera contarme, pero sabía que eso difícilmente sucedería. Primero, porque él estaba allí con su nueva chica, y segundo, porque a mí, mi hermana y mi amiga no me iban a dejar ir sola para hablar con él, porque pensarían que acabaría cayendo en sus encantos de nuevo y podría dejar que me volviera loca una vez más, y mi cordura se fuera a paseo y permitiera que me besara.

Vale, igual esto era yo misma la que lo pensaba, pero porque ese hombre lo había significado todo para mí, y por mucho que quisiera olvidarlo, me estaba costando poder hacerlo.

Capítulo 13



Aprovechando que mi sobrina se quedaba a dormir con las abuelas esta noche, hablamos con mi prima Greta para salir a cenar las cuatro y aceptó encantada.

Terminamos de arreglarnos y fuimos hacia la plaza, donde ya nos esperaba ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Madre mía, qué pibón —dijo Elsa al verla.

Y no exageraba, pues mi prima era preciosa y un bombón. Esta noche llevaba un vestido blanco entallado con unas sandalias de tacón que estilizaban sus piernas.

—Será que vosotros no lo sois —rio Greta—. Si no fueran mis primas, ya me habría lanzado a por ellas.

—Pero ¿no te habías liado hace unos meses con un abogado de otro bufete? —curioseó Silvana.

—Sí, pero si tuviera que probar con una mujer, al menos que se pareciera a vosotras.

—¿Te sirvo yo? Que igual de Venecia me voy con un trío hecho con mi veneciano y otra.

—Elsa, en serio, estás fatal —reí.

—Es que eres como una prima, cielo —Greta se encogió de hombros con un suspiro.

—Como una prima, pero no del todo.

—Además, a mi hermano le daría un infarto.

—¿Qué sabes tú, que nosotras no? —curioseé mientras caminábamos.

—Nada más que lo evidente, que, si pudieran, ya se habrían liado.

—Pero como somos casi familia, pues no me la juego —contestó Elsa.

—Serás cabrita —reí.

Era una noche despejada en Venecia, la luna iluminaba suavemente los canales y el agua reflejaba las luces doradas de los edificios. Las cuatro estábamos más que dispuestas a pasarlo bien, a disfrutar de la compañía y divertirnos sin importar nada más que el presente.

Al menos eso me había propuesto yo, porque no quería pensar en cierto hombre en toda la noche, y aunque fuera imposible, de verdad que no quería hacerlo.

Entre las calles llenas de tiendas encantadoras y los canales reflejando la luz de las farolas, quien paseara por Venecia se sentiría como en una película, y es que el ambiente nocturno de este rincón del mundo siempre me pareció mágico, encantador y enigmático.

Llegamos al restaurante donde había propuesto mi prima que cenáramos. Estaba ubicado en una pequeña plaza escondida y dijo que se recomendaba en todas las guías turísticas. No es que nosotras hubiéramos visto muchas para perdernos por aquí, íbamos más a donde nos llevara el camino que decidíamos seguir una vez que pisábamos la calle. Pero como Greta se conocía los mejores lugares, confiábamos plenamente en ella para disfrutar de una auténtica cena italiana.

El restaurante era una pasada, una auténtica *trattoria* italiana con ese olor a especias, pasta, queso y pizza que te hacía la boca agua.

Tenía manteles blancos y las paredes estaban llenas de imágenes de muchos de los lugares más bonitos y emblemáticos de Venecia.

Nos acomodaron en una de las mesas junto a la ventana, pedimos una botella de vino y mientras esperábamos que lo trajeran, echamos un vistazo a la carta.

—¿Qué nos recomiendas, Greta? —pregunté, porque yo, por pedir, habría pedido de todo, que conocía bien la cocina italiana por los platos de mi abuela, y me encantaba.

—Podemos pedir un aperitivo para ir abriendo boca —comentó, sin dejar de mirar la carta—. ¿Qué os parecen unos *bastoni di focaccia*?

—Perfecto —dijo Elsa—. Hay surtidos de tomate, olivas y cebolla. Venga, un plato de bastones.

—*Bastoni*, capulla —reí.

—Pues eso —se encogió de hombros.

—Oye, este de aquí, el *fritto misto di mare* —dijo Silvana—, suena bien.

—Marisco fresco frito en una capa ligera y crujiente —leí—. Venga, pues, eso también como aperitivo.

—Perfecto —sonrió Greta—. ¿Os apetecen unos *rigatoni bolognese* para compartir? Aquí ponen unos platos muy generosos de pasta, podemos comer las cuatro.

—Claro, perfecto —dijo mi hermana.

—A mí me está pidiendo la carne de la mesa de al lado que me la coma —murmuró Elsa, y al mirar, vimos que había un grupo de seis hombres charlando y cenando.

—Elsa, dime que te refieres a la *bistecca alla fiorentina* —rio mi prima.

—Claro, ¿a qué si no? —Frunció el ceño.

—Hija, es que es una mesa con seis hombres, todos muy atractivos y con mucha carne —rio Silvana.

—Joder, qué mal pensadas sois, madre mía —resopló, y acabamos estallando en carcajadas.

Cuando nos trajeron el vino, pedimos todos los platos para compartir, y ahí empezó nuestra noche de chicas y risas.

No teníamos prisa, así que nos tomamos la cena con calma. Silvana le contó a Greta lo del divorcio y nuestra prima se quedó tan sorprendida como nosotras, pues no esperaba que mi cuñado fuera a acabar engañando a mi hermana con otra después de tantos años juntos y una hija en común.

Pero estaba claro que en la vida nadie estaba exento de que lo pudieran engañar con otra persona, y si no, que me lo dijeran a mí, que habría puesto la mano en el fuego por Alexander.

Para el postre pedimos tres tiramisús y tres *bavarese alla vaniglia con furri di bosco*, de modo que todas comeríamos ambos postres.

El tiramisú era una delicia, pero esa crema de vainilla con salsa de frutas del bosque estaba buenísima.

Y como no podía ser de otra manera, acabamos con un rico *limoncello* para hacer la digestión.

—¿Qué tal si tomamos una copa en algún bar junto al canal? —sugirió mi prima cuando salimos del restaurante— Hay un lugar perfecto cerca de la plaza de San Marcos.

—¡Claro! Y después nos subimos a una góndola, ¿no? —contestó Elsa con una sonrisa traviesa— Que no me quiero quedar con las ganas de un paseo nocturno por el canal.

—Eso sería un toque de lo más romántico —dijo mi hermana, levantando las cejas mientras su tono insinuaba una mezcla de sarcasmo y diversión.

Pero al final, debíamos admitir que todas estábamos encantadas con la idea.

Y en menos de diez minutos estábamos llegando a un pequeño bar junto al canal donde el agua reflejaba las luces brillantes de la ciudad. Nos acomodamos en una de las mesas libres que encontramos y no tardó en acercarse un camarero para tomarnos nota. Acabamos pidiendo cuatro ginebras con tónica y nos las trajo apenas unos minutos después.

—Que empiece la diversión —dijo Greta, levantando su copa.

Todas brindamos y comenzamos a charlar, escuchando a mi prima que aprovechó para hablarnos sobre un caso en el que llevaba trabajando un tiempo y que la traía de cabeza. No contaba nada importante porque se debía al secreto profesional y eso, pero sí que la veíamos un poquito angustiada.

Así que no permitimos que la noche decayera en ningún momento, y si no era una quien decía una tontería, era otra quien lo hacía. Por no hablar de algunos planes para salir de nuevo las cuatro juntas y disfrutar de la noche veneciana.

Al cabo de unas cuantas copas, y con las tonterías que unas y otras íbamos diciendo, no podíamos parar de reír. Elsa estaba contando una historia de su último desastre en una cita, un chico que nada tenía que ver con el veneciano que se veía a la legua que le gustaba, mientras Greta nos decía que, durante un juicio, el acusado de la parte contraria le estuvo haciendo ojitos, pero ella era una profesional y no se dejó tentar por los intentos fallidos de seducción. En fin, lo que no vieran mis primos en un juzgado…

Al final, entre bromas y carcajadas, la idea de Elsa de que nos subiéramos a una góndola comenzó a cobrar fuerza entre las cuatro.

—¿Y a quién le vamos a pedir que nos lleve en la góndola? —pregunté entre risas, mirando a nuestro alrededor como si hubiera alguna opción que no fuera un gondolero, una vez dejamos el bar atrás y llegamos a la zona del canal donde más góndolas había.

—Venga, yo os llevo —dijo Greta—. No soy una experta en remo, pero seguro que puedo manejarla.

—Greta, que te estoy viendo cantando y todo —rio Elsa.

—No lo descarto, aunque si llueve, después no me culpéis —se encogió de hombros.

Y tras unos minutos paseando por allí a ver si había alguna góndola libre, finalmente encontramos una.

Un hombre alto y con una barba espesa nos saludó desde la orilla con una sonrisa tranquila. Aquel gondolero nos invitó a subir, y aunque la góndola parecía más bien pequeña para las cuatro, las ganas de disfrutar de ese momento todas juntas hizo que no nos lo pensaran dos veces y acabáramos subiendo.

—*Buonasera, signore* —saludó cuando subimos.

—No, no, señores, no, señoritas —le dijo Elsa.

—En italiano, *signore* significa señoritas —le dijo Greta riendo.

—Ah, vale, vale, que ya creí yo que nos había visto mal. Disculpe usted, buen hombre.

—Oh, españolas —dijo con una sonrisa y ese acento italiano.

—Y a mucha honra —rio la loca de mi amiga, que no dudó en presentarse—. Bueno, al menos yo, que estas son cincuenta por ciento venecianas, y ella, veneciana de pura raza —nos señaló a las tres.

—Acomódense, señoritas, y disfruten del paseo —nos dijo sin perder la sonrisa.

—¡Esta noche va a ser épica! —gritó Silvana mientras se subía a la góndola.

Y en cuanto estuvimos las cuatro sentadas, el gondolero comenzó a remar hacia el centro del canal sin dudar ni un momento en lanzarse a cantar con una voz dulce y melodiosa.

El sonido del agua, el crujir del remo y el suave canto del hombre crearon la atmósfera perfecta para una velada inolvidable. Sus voces se fundían con la melodía de la serenata que él cantaba en italiano, cada palabra flotando en el aire como una brisa cálida.

—*O sole mio…* —cantaba él de fondo mientras nos daba el paseo bajo las estrellas.

—¿No es esto lo más romántico que hemos hecho nunca? —dijo Elsa, mientras miraba las estrellas.

—Juntas, definitivamente lo es —reí.

—Es que nos queremos mucho, Albita mía —me dio un abrazo y me eché a reír.

—Cuidado de no moveros mucho, a ver si nos hundimos como el *Titanic* —pidió mi hermana.

—Lo nuestro sería *Gondolanic*, por lo menos —soltó Greta, y estallamos las cuatro en tal carcajada que resonó por todo el canal y muchos de los que caminaban por allí se nos quedaron mirando.

Pero como dicen que todo lo que pasa es por algo, justo en ese momento, una de las patas de la góndola dio un giro extraño, lo que hizo que el gondolero tuviera que maniobrar rápidamente.

Y sí, hubo una que acabó cayendo al agua.

—¡Silvana! —gritamos las tres al unísono, mientras el gondolero ponía cara de preocupación.

—Eso ha sido… —nos quedamos todas calladas, esperando que mi hermana soltara sapos y culebras por la boca maldiciéndonos, pero en vez de eso, la muy jodida nos acabó haciendo reír — ¡¡Ha sido la leche!! Qué fresquita está el agua —sonrió—. ¿A qué estáis esperando? Venga, daos un bañito.

Nos quedamos congeladas por un segundo, mirándonos unas a otras, calladas como estatuas, y al final, la risa de las cuatro rompió el silencio de la noche veneciana. Incluso el gondolero empezó a reír mientras intentaba que mi hermana cogiera el remo para ayudarla a subir, pero ella lo apartaba.

—Silvana, sube que pareces un gato mojado —dijo Elsa.

—Que no, que estoy muy bien. Y vosotros deberíais hacer lo mismo.

—¿Cuánto has bebido, prima? —rio Greta.

—Qué sé yo, con esto del divorcio me he pasado —se encogió de hombros.

—Anda, ven para acá que te ayudamos a subir —dije tendiendo la mano, y en qué hora lo hice.

—Sí, sí, ayúdame, hermana —sonrió Silvana, extendiendo los brazos.

La muy jodida de mi hermana mayor, en vez de coger mis manos para subir, me tiró al agua con ella. Cuando salí a flote vi a las otras dos partiéndose el culo de risa.

—Hija de la gran fruta —protesté mientras me retiraba el pelo mojado de la cara—. Y vosotras, ya me podíais haber sujetado.

—No nos ha dado tiempo, que ha tirado con todas sus fuerzas —dijo Elsa.

—Sacadnos del agua, anda.

¿Nos sacaron? Pues no, no lo hicieron. Mi prima y mi mejor amiga se lanzaron al agua de lleno, eso sí, sin los zapatos porque no querían perderlos, esos que yo no sabía si llevaba puestos o no.

—Venecia nunca fue tan divertida —exclamó Greta entre carcajadas, mientras las otras dos nadaban a su alrededor y yo solo quería que el gondolero me ayudara a salir.

La gente que pasaba por allí se reía mientras contemplaba aquella escena, y es que pocas veces debían haber visto a cuatro locas nadando en el canal de Venecia y muertas de risa.

Y mientras la luna brillaba en el oscuro cielo, los canales de Venecia se encontraban tranquilos y sigilosos. Nosotras cuatro, mojadas hasta los huesos, seguíamos allí flotando en medio del agua mientras las risas no paraban.

—Yo necesito foto y vídeo de este momento —dijo Elsa, la muy cabrita—. ¿Nos lo puede hacer usted, buen hombre? —le pidió al gondolero, que seguía sonriendo y esperando para ayudarnos, porque había dejado de cantar en el momento en el que Silvana se fue al agua.

Tampoco dudó ni un momento en unirse a nuestra locura, por lo que, sin perder la sonrisa, cogió el móvil y empezó a hacer fotos y grabarnos, mientras él mismo cantaba como había estado haciendo antes.

—Verás qué *reels* más chulos para mis historias —rio Elsa.

—Sí, sí, preciosos todos, pero ¿podemos salir ya del agua? Que me voy a arrugar como una pasa —protesté.

—Ya está la aguafiestas arruinando nuestro momento *Gondolanic* —resopló Elsa.

—Nosotras habríamos tenido más premios Oscar que la peli de James —comentó Greta mientras nos acercábamos a la góndola.

—Yo solo digo que, si hubiera visto una madera, no os dejo subir a ninguna —protesté.

—Uy, qué mala —se quejó mi hermana.

—Tú mejor calla, que me has tirado al agua a traición —la señalé cuando al fin el gondolero me ayudó a subir, y empecé a notar el agua escurriendo hasta los pies—. Le vamos a dejar la góndola bonita de agua —resoplé.

—No se preocupe, señorita —sonrió.

Ayudó a subir a las otras tres locas y nos escurrimos el agua un poco del pelo, dejándola caer fuera de la góndola.

El gondolero, que debía haber pasado por esto en alguna ocasión antes de que nosotras nos subiéramos en su góndola, nos ofreció una toalla para secarnos, cosa que agradecimos de inmediato, porque parecíamos cuatro sopitas.

Nos llegó de vuelta al lugar en el que nos había recogido y, lejos de marcharnos a casa, Greta propuso tomarnos la última copa.

—Que estamos empapadas, y mira Silvana, con todo el maquillaje corrido —dije.

—Claro, no me ha hecho caso y no ha querido usar el mío, que es *waterproof* —protestó Elsa.

—¿Es que yo soy adivina y sabía que íbamos a subir a una góndola de la que me acabaría cayendo? Porque no tengo una bolita de cristal —resopló mi hermana.

—La bruja se supone que eres tú, deberías haber vaticinado este incidente —señalé a Elsa.

—Se ve que el radar estaba fuera de cobertura, se tomó la noche libre, como nosotras.

—Qué cabrita —reí.

Y al final, aún bastante mojadas por el baño repentino, fuimos de vuelta al bar donde habíamos estado antes del paseo en góndola. Y es que, a pesar de haber sido un poquito desastroso, debía admitir que fue una locura divertida.

Nos acomodamos en una de las mesas y pedimos una ronda de *limoncello*, que nos apetecía esa mezcla de sabor dulce y cítrico que tenía aquel licor.

La noche en Venecia seguía siendo joven, y ninguna de las cuatro teníamos dudas de que esta se guardaría en nuestra memoria como una de las más locas de nuestras vidas.

Y es que no todos los días acababa una dándose un baño en el Gran Canal de Venecia protagonizando una posible y oscarizada película de título *Gondolanic*, como bien decía Elsa, que a loca no la ganaba nadie.

Capítulo 14



Mi madre llegó con la peque y trajo pan recién hecho para desayunar con nosotras, además de un táper con croquetas que había hecho la abuela el día anterior.

—No vamos a cocinar ni un día —dijo mi hermana, mientras cogía en brazos a la niña.

—¿Para qué, hija? Aprovechad que estáis de vacaciones —sonrió.

—Pues también es verdad.

Nos sentamos a desayunar y le contamos la noche que habíamos pasado las cuatro, y lo que se pudo reír al saber que acabamos en el canal como garbanzos a remojo, como dijo Elsa.

Le enseñó las fotos y el vídeo y no dejaba de reír al vernos.

—Lo importante es que os lo pasasteis bien —dijo mientras recogíamos el desayuno—. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Pues echarnos a la calle y lo que surja —respondí.

—Palomas —escuchamos decir a Tiara.

—¿Quieres ver las palomas, enana? —preguntó Elsa cogiéndola en brazos.

—Sí.

—Pues nada, nos vamos a tomar un café a la plaza San Marcos y ves a las palomas.

—Luego podíamos ir a visitar algo —propuso Silvana.

—Ay, sí, vamos de turismo, y luego ya comemos y nos quedamos aquí tranquilas en el apartamento —contestó Elsa.

—Y nos cenamos las croquetas y algo más.

En cuanto terminamos de recoger, salimos del apartamento y acompañamos a mi madre al *Vaporetto*, donde nos despedimos, quedando en ir al día siguiente a tomar café con ella, la abuela y la tía, plan al que seguramente se uniría Greta.

Y una vez que llegamos a la plaza San Marcos, nos acomodamos en una de las terrazas para tomar un café escuchando la música que algunos de los músicos tocaban en ese momento en vivo.

Entonces lo vi, ahí estaba Alexander en una de las mesas, solo, tomando un café y mirando el móvil.

—En serio, este tío nos espía —dijo Elsa al verlo también.

—Pues sería la leche, vamos —resopló mi hermana.

—Palomas —dijo Tiara, y sonreí.

—Ven, cariño —le cogí de la mano—, vamos a verlas y a darles de comer —sonreí.

Fuimos hacia donde estaban las palomas y la niña empezó a reír y correr tras ellas. Y mientras él estaba ahí, tan cerca y a la vez tan lejos, sentía que mi corazón latía de nuevo con esa fuerza con la que siempre latió estando con él.

Pero iba a ser fuerte, de verdad que sí, no iba a mostrarle a él ni un ápice de mi dolor.

Solo que una cosa era lo que pensaba, y otra bien distinta lo que mi cuerpo quería. Así que cuando me di cuenta, me encontré caminando hacia él de manera automática, decidida a ¿qué, exactamente? No tenía ni la menor idea, y cuando él me vio aparecer y dijo mi nombre, con ese suave susurro, y el modo en el que me miraba, me detuve en seco.

—Alba.

—No sé qué pretendes con seguirme a todas partes —dije.

—Eso podría decirte yo, que estaba aquí sentado cuando habéis llegado.

—No sé qué haces aquí, de verdad.

—Te lo dije, trabajando.

—¿En qué, exactamente? Porque donde dijiste que trabajabas no te conoce ni la de la

limpieza, vamos —resoplé.

—Si me hubieras dejado explicarte…

—¿Explicarme? A ver si es que vas a decirme que estabas aprendiendo a bailar o algo, para darme una sorpresa.

—Alba, no es lo que parece —comenzó a decir, pero no quería escuchar eso, no quería que me dijera la misma excusa barata que todos los infieles del mundo daban a sus parejas.

—Lo único que parece es que me viste cara de tonta, me engañaste, me traicionaste, me usaste, y ahora estás aquí con la mujer con la que sabemos que pasabas todas las mañanas en su piso. ¿De verdad vas a seguir diciéndome que no es lo que parece?

Quería llorar, pero no iba a darle el gusto de que me viera. Así que me giré y no miré atrás mientras caminaba de vuelta hacia mi sobrina, que estaba sentada en el suelo con un par de palomas a su lado comiendo el pan que les había dejado.

Cuando se lo acabaron, Tiara me cogió de la mano para regresar a la mesa, y estaba claro que mi hermana y Elsa habían visto que fui a hablar con Alexander.

—¿Todo bien? —me preguntó Silvana con esa voz dulce y cálida, y asentí.

Mentira, no estaba bien, pero no me apetecía estropearles el día a ellas, bastante con que tuviéramos que encontrarnos con él durante nuestra estancia en Venecia.

—Chicas, igual lo que voy a decir es una locura, pero ¿y si nos quedamos más tiempo aquí? —propuso Elsa— Tú puedes trabajar desde donde quieras —me dijo—, tú ahora también, y yo estoy de vacaciones. Y me da que a esta pequeñaja lo de estar con las abuelas le encanta.

—Pues mira, vamos a ir pensando en que sí, que nos quedamos algún día más —contestó Silvana.

—¿Más días para verlo? —señalé a Alexander, que seguía en la mesa tomando café.

—Te lías con Luca y que se joda y se muera de envidia —dijo Elsa, encogiéndose de hombros.

—Madre mía, ya no quiero más hombres.

—Es un revolcón, niña. Os besáis delante de él y la novia florero, y luego ya os folláis vivos a solas.

El móvil de mi hermana sonó en ese momento y por la sonrisa que puso, supimos que era su

señoría. Se apartó para hablar y nosotras nos quedamos con la niña.

—Mira tu hermana, qué feliz se la ve. Así deberías estar tú, y restregarle a ese mal bicho, que tienes un nuevo amor.

—Mira a ver dónde vamos ahora, que quiero alejarme de la plaza y no verlo más —me acabé el café.

—Hija, lo siento, pero hasta que él se vaya, lo vamos a ver —se encogió de hombros.

—Pues qué bien, qué alegría —resoplé.

—¡Qué alboroto! ¡Otro perrito piloto! —dijo la loca de Elsa, y yo volteé los ojos.

Cuando hermana regresó con esa sonrisa por haber hablado con su juez, dijo que él solo quería escuchar su voz un momento y saber cómo le estaba yendo estos días.

Finalmente decidimos ir a visitar el Palacio Ducal, por lo que tras acabarnos el café pusimos rumbo a esa joya arquitectónica de Venecia, como había dicho Elsa, pues era así como lo describían en las guías turísticas.

Una vez allí, recorrimos las salas del palacio, como el Salón del Gran Consejo, subiendo por esas escaleras de oro mientras disfrutábamos de las impresionantes pinturas de la época, esas que nos transportaban al pasado.

Tiara iba en su sillita observando todo embobada, como si realmente entendiera lo que estaba viendo.

Y tras el lujo que envolvía cada rincón del palacio, bajamos hacia la antigua prisión, donde se llegaba cruzando el conocido Puente de los Suspiros, que nos llevaba a los oscuros calabozos donde cientos de prisioneros fueron encarcelados.

El guía con el que íbamos en el grupo donde nos habíamos acoplado decía que el prisionero más famoso fue Giacomo Casanova, conocido comúnmente solo por su apellido, Casanova, de quien se decía que, además de escritor, aventurero y diplomático, era un hombre con una vida llena de escarceos amorosos, conocido como un hombre mujeriego y seductor.

Pero también fue espía, por lo que esa faceta suya podría ser una de las consecuencias por las que pudo estar encerrado en los calabozos de este palacio.

Al final del recorrido nos hicimos algunas fotos en la zona de la escalinata y el patio, donde la pequeña empezó a correr de lo más feliz mientras Elsa le seguía diciendo que cuando la cogiera se la iba a comer con patatas.

—Chicas, ¿y si vamos a la isla de Murano? —propuso Elsa.

—Venga, y comemos por allí —dije.

Al final íbamos a pasar un buen día, y al menos con eso me olvidaba de cierta persona que no quería que me amargara los días de estancia aquí.

Llegamos al embarcadero y subimos a bordo del barco donde íbamos a recorrer la laguna veneciana que nos llevaría hasta la pintoresca isla de Murano.

Una vez llegamos, fuimos a adentrarnos en la fábrica de cristal que llevaba el nombre de la isla, un lugar donde nos mostraron el proceso de elaboración del vidrio y donde pudimos comprar algunas piezas de lo más exclusivas y bonitas.

Nos hicimos fotos y comimos en un restaurante a pie de isla, con esas vistas tan hermosas que ofrecían las casas de colores. Tras el café, cogimos otro barco que nos llevó a la isla de *Burano*, donde también disfrutamos de los coloridos edificios y el encaje que se fabricaba en la isla.

Compramos los dulces típicos de la isla, que eran unas galletas riquísimas, y tanto nos gustaron que no pudimos evitar comprar un par de cajas para llevarnos al apartamento.

De allí cogimos un barco que nos llevó a *Torcello*, la isla más antigua de la laguna de Venecia, de la que decían que era un auténtico remanso de paz a día de hoy.

Allí visitamos el trono de Atila y la basílica de Santa María Asunta.

Y entre fotos y risas conseguí olvidarme un poco de él, pero no del todo.

Después de tomarnos un café, subimos a un barco que nos llevaría de vuelta a Venecia, y una vez allí, el teléfono de Elsa empezó a sonar.

—Es Fabrizio —dijo con una sonrisita.

—Hermana, dame un pañuelo que se le cae la baba —rio Silvana.

—¿Qué dices? —protestó mi amiga, con otra sonrisa.

—Lo que oyes, que estás con tu veneciano moreno, a baba caída —le di un codazo en el costado.

—Me invita a cenar esta noche —dijo tras leer el mensaje.

—¿Y qué esperas, que te demos permiso? Anda, dile que sí —reí.

—¿Seguro?

—No me quedo sola, estoy con ellas.

Elsa sonrió y le respondió enseguida, quedando en que pasaría a buscarla por nuestro edificio.

Subimos al apartamento y mientras Elsa se duchaba, mi hermana y yo le dimos la cena a la peque, que estaba agotada del día que habíamos pasado, y cuando ella se vistió y se fue, cenamos nosotras en la terraza.

—Lo superarás —me dijo Silvana cuando estábamos tomando un refresco, contemplando la noche y las estrellas, tranquilas en la terraza.

—Lo sé, pero cuesta mucho olvidarlo. Y me duele no hacerlo, porque debería odiarlo con todas mis fuerzas, sin embargo…

—Le quieres, como dice la canción —sonrió.

—Mucho, Silvana, le quiero mucho. Y eso de que no se gastara mi dinero es lo que más loca me deja. ¿Qué puede haberme ocultado?

—A ver, cariño, te ocultó a una amante, eso para empezar.

—Mira, mejor dejemos de hablar de él —suspiré.

En ese momento Elsa me envió un mensaje para decirme que los chicos nos invitaban a comer en un par de días, por lo que accedimos encantadas, ya que tanto Fabrizio, como Luca, eran de lo más majos y simpáticos.

—Dejo a la niña con las abuelas, y así la disfrutan —dijo mi hermana.

—Pues sí, que la ven poquito —sonreí.

El resto de la noche lo pasamos las dos allí en la terraza, bebiendo y fumando mientras hablábamos de su juez, ese que la tenía enamorada perdida, y a quien decía que tenía ganas de ver.

—Cuando lo veas, te lo comes —dije elevando la ceja.

—Calla, cabrita —rio.

—¿Qué? Será que no le tienes ganas.

—Muchas, igual que él, pero hay que ir despacito, como dice Luis Fonsi.

—¿Más despacito? Niña, que ese hombre tiene que tener el asunto dolorido de imaginarte en su cama.

—Joder, Alba, no me hagas reír más que me meo —estaba doblada.

—Lo dicho, que te va a comer como el lobo a Caperucita, y tú te vas a dejar.

Sonrió negando, pero las dos sabíamos que aquello era lo que iba a pasar, porque se notaba cuando una persona sentía no solo atracción por otra, sino esa conexión que daba pie a dejarse llevar por el deseo. Y mi hermana quería estar con su juez en todos los sentidos y aspectos de sus vidas.

Capítulo 15



Dejamos a Tiara en casa de la abuela, de donde no nos dejó salir sin que nos comiéramos un pinchito de tortilla con una copita de vino.

—Entonces, ¿nos quedamos con la niña esta noche? —preguntó mi madre cuando ya nos íbamos.

—No, no, esta tarde la recogemos —dijo mi hermana.

—¿Segura? Que no nos importa.

—Ya lo sé, abuela. —Silvana sonrió abrazándola—. Pero esta noche nos vamos a quedar en el apartamento en plan tranquilo.

—Como queráis.

Nos despedimos y salimos las tres dejando a la peque con ellas.

Fuimos hacia la plaza de San Marcos donde habíamos quedado con los chicos, que ya nos esperaban. Luca hablaba por teléfono mientras Fabrizio le decía algo, y en cuanto el moreno miró hacia nosotras, sonrió dándole un leve golpecito en el hombro para que fuera cortando la llamada.

—¡Ole los venecianos guapos! —gritó Elsa, que no se cortaba ni un poquito.

—Tú sí que eres guapa, *ragazza* —dijo Fabrizio con una sonrisa mientras la rodeaba por la cintura y se inclinaba para darle un beso rápido en los labios.

—Oh, qué tiernos —dije formando un corazón con mis manos delante de ellos, lo que hizo que Fabrizio se riera.

—Ya estoy con vosotras —dijo Luca, acercándose en ese momento y saludándonos con un

par de besos.

—Bueno, ¿dónde vais a llevarnos hoy, chicos? —preguntó Elsa, que seguía de lo más cómoda entre los brazos de su veneciano.

—Hay un sitio cerca del puente de Rialto donde sirven tapas venecianas, es pequeño, pero se come bien, como en cualquier bar de los que hay repartidos. Está muy bien, si os apetece —dijo Luca.

—Perfecto, así podemos pedir un variado de todo —sonreí.

—Y a ti eso te encanta, que a la hora de comer te cuesta decantarte por un solo plato —rio mi hermana.

—¿A quién habré salido? —Volteé los ojos.

—A mí, puedes decirlo abiertamente —se encogió de hombros y nos echamos todos a reír.

Nos dirigimos hacia el pequeño bar siguiendo a Luca, y los chicos nos fueron hablando de su local, donde al parecer había habido un pequeño altercado la noche anterior porque un par de tipos se pasaron de copas y acabaron teniendo una pelea.

Según nos dijo Fabrizio, uno de ellos acabó golpeando al otro con una botella en la cabeza y le hizo una buena brecha.

Mientras seguía a todos, me dejaba envolver por el encanto de Venecia, y es que este lugar tenía algo mágico; mirases por donde mirases, estaba lleno de vida.

Pero tampoco se me iba él de la cabeza, y a cada paso que daba no podía evitar mirar a mi alrededor por si estaba cerca. Y es que de verdad tenía la sensación de que alguien me observaba todo el tiempo, y eso hacía que me pusiera nerviosa y temiera encontrarme con Alexander.

El caso es que miraba, y no lo veía, pero la sensación siempre estaba ahí.

Tan distraída iba mirando hacia atrás que, en un momento dado, choqué con alguien.

—Lo siento —dije, y al levantar la cabeza, vi a Leonardo.

—Hola, Alba —me dijo con una leve sonrisa y mirándome fijamente.

—Leonardo, ¿cómo estás?

—Bueno, estoy —se encogió de hombros—. ¿Y tu madre? —preguntó, y la verdad que no

sabía qué responderle en ese momento— La he estado llamando para ver cómo está, pero no me responde.

—Está con la abuela —no dije más, porque no era quién para hablar de lo que fuera que había pasado entre ellos.

—Me alegra ver que sigues disfrutando de unos días por aquí.

—Sí —sonreí—, y nos quedaremos algunos más; no tenemos prisa para volver.

—En ese caso, espero que sigas disfrutando. *Ciao* —se despidió levantando ligeramente la mano.

—Adiós, Leonardo.

Lo vi alejarse y escuché a Elsa llamándome a gritos, por lo que fui hacia donde estaban todos.

—Que te perdemos, niña —me dijo cuando me acerqué.

—A ver si vamos a tener que atarte una cuerda alrededor de la cintura como a los niños pequeños para que no te pierdas.

—Joder, Silvana, que no es para tanto —reí—. Me he tropezado con Leonardo, y me preguntó por mamá.

—¿Y qué más le da a él cómo esté tu madre?

—Mujer, que han estado juntos un tiempo, es normal que se interese —volteé los ojos.

—Mucho no debería preocuparse si ya estaba raro con ella y, además, cuando se marchó de su casa, él estaba en el bar.

—Sea como sea, se ha interesado por cómo está, cosa que otros, ni eso —dije, recordando a mi ex y el de mi hermana.

—Venga, ya, vamos a olvidarnos de los hombres un ratito, ¿sí?

—¿Y esos dos qué son, Elsa? —preguntó Silvana señalando a Fabrizio y Luca, que nos esperaban a unos pocos pasos— ¿Dos cactus que llevamos como acompañamiento?

—Dos amigos.

—Fabrizio es tu amigo con derecho, cabrita —reí.

—Y qué amigo, Santa María, uf…

—Menos mal que te quedabas a dormir con él, porque tiene buenas sábanas —dijo mi hermana.

—Son buenísimas, ya os regalaré un juego a cada una.

—Qué cabrita eres —reí mientras seguíamos acercándonos a ellos.

No tardamos mucho más en llegar al bar y, como dijo Luca, era pequeño, pero estaba muy bien, decorado con muebles antiguos y desprendía una atmósfera cálida.

Nos acomodamos en una de las mesas que se acababa de quedar libre cuando el camarero terminó de limpiarla, y nos dejó las cartas para que echáramos un vistazo a las tapas que ofrecían.

Fabrizio pidió vino para todos y el camarero fue por un par de botellas.

Acabamos pidiendo varias tapas diferentes para comer los cinco, y cuando nos las sirvieron, se nos hizo la boca agua de la pinta tan buena que tenía.

Baccalà mantecato, que era un bacalao cremoso batido con aceite de oliva, ajo y hierbas servido sobre una rebanada de pan tostado.

También pedimos *polpette*, unas albóndigas de carne acompañadas de salsa de tomate; *frittura mista*, un plato surtido de marisco y pescado frito; *mozzarella in carrozza*, unas ricas rodajas de mozzarella empañadas y fritas que también estaban acompañadas de salsa de tomate. Y *fagottini*, pequeños paquetitos de pasta rellenos de carne, espinacas y queso.

—Estos *fagottini* están buenísimos —dijo Elsa—. Al final me hago un curso de cocina italiana y me vengo aquí a vivir.

—Así que al final dejarías España por amor, pero por amor a la comida —rio mi hermana.

—¿Es que hay un amor mejor que ese? —Elsa volteó los ojos.

—Creo que por ti no se quedaría, hermano —le dijo Luca a Fabrizio con una media sonrisa.

—Después de lo que les ha pasado a ellas y su madre con los hombres, creo que este y yo estamos bien así —se encogió de hombros.

—Pecando y sin compromiso, dices, ¿verdad? —reí.

—Exacto —hasta Fabrizio se echó a reír.

—Eres una pecadora, Elsa —le dijo mi hermana.

—Mira quién habla, la que cuando vuelva a España va a pecar de lo lindo con su señoría.

—¿Su señoría? —curioseó Luca, cogiendo una de las frituras.

—Uy, que el rubio nos ha salido un poquito vieja del visillo —rio mi hermana.

—Quiere decir que eres un cotilla, Luca, pero con sutileza —reí.

Al final mi hermana les contó lo de su ex, y el juez, y los dos se quedaron un tanto sorprendidos al saber que el marido le había sido infiel, y más teniendo a la niña tan pequeña.

—Bueno, casi que prefiero que haya sido ahora y no en unos años, que igual hubiera tenido otro hijo y la cosa sería peor —contestó mi hermana.

Terminamos de comer y pedimos café, y mientras nos lo tomábamos, los chicos estuvieron hablando de una fiesta de disfraces que iban a hacer en un par de noches en un pub cerca del puente de Rialto.

—Podíamos ir, chicas, será divertido —dijo Elsa.

—Suena bien, desde luego.

—Y la niña, sabes que la puedo dejar con las abuelas, que ellas están encantadas de tenerla.

—¿Y de qué nos disfrazamos? —pregunté.

—Ya encontraremos algo en la tienda —dijo Elsa con el móvil en la mano, buscando una tienda de disfraces.

—Entonces, ¿nos acompañáis?

—Sí, sí, que estamos de vacaciones y hay que vivir la noche veneciana —dijo mi hermana.

—Así se habla —Elsa acercó su café al de Silvana para brindar—. Nos falta el *limoncello*.

—Madre mía, te vas a enviciar con eso —reí.

—Es que está muy bueno.

Después del café los chicos propusieron dar un paseo en góndola y aceptamos, pero las tres dijimos que nos íbamos a quedar bien sentaditas y agarradas para no acabar nadando por el canal como la otra noche.

Sobra decir que los dos se rieron con ganas cuando les contamos lo que nos pasó en ese momento *Gondolanic*, que se iba a quedar para la posteridad en nuestro recuerdo. Además de que encima teníamos pruebas gráficas del incidente.

Pasear por el canal con el sol brillando era una maravilla, y nos quedaron unas fotos preciosas que subimos a nuestras redes.

Yo en la mía estaba de medio lado y casi de espaldas, con el codo apoyado en la pierna y la mano en la barbilla. Me habían pillado en ese momento con los ojos cerrados pensando en Alexander, a pesar de que no debería hacerlo más.

Pero imposible, la mente se me iba hacia él en más momentos de los que debería.

"A veces, todo lo que necesitas eres tú"

—Qué profunda, Alba —me dijo Elsa al ver el texto que había puesto acompañando la foto, y sonreí.

Después del paseo en góndola, Luca se quedó a mi lado cuando bajamos mientras ellos tres iban charlando por delante.

—¿Cómo estás, preciosa? —preguntó mientras caminábamos.

—Bien —sonreí.

—No mientas, que vas al Infierno —dijo arqueando la ceja.

—Para entrar ahí, hay lista de espera, y antes que yo, van muchos.

—¿Alguien en concreto? Recuerda que tengo un sexto sentido.

—Mientras no me digas que en ocasiones ves muertos —resoplé y se echó a reír.

—Estás así por desamor, ¿a qué sí?

—¿Tanto se nota?

—Un poquito.

Acabé contándoselo, y confesé quién era el hombre en cuestión, a lo que se quedó mirándome con los ojos muy abiertos dado que lo había conocido en su local.

Se quedó de lo más impactado, y dijo que el hecho de que nos lo encontráramos debía ser solo por casualidad.

Yo ya lo dudaba, pero vamos, que no entendía por qué me dijo que estaba en Venecia por trabajo, si a lo que me dijo que se dedicaba no era más que una burda mentira.

Porque de verdad dudaba mucho que estuviera aquí para comprar propiedades, pero bueno.

Acabamos sentándonos en una cafetería para tomar un último café antes de que ellos se fueran para prepararse y trabajar esta noche. No llevábamos allí ni cinco minutos cuando lo vi sentarse en una mesa no muy lejos.

—En serio, dame tu móvil —me pidió Elsa.

—¿Para qué?

—Que te sigue, te lo digo yo, este capullo tiene activada la aplicación de buscarte en tu móvil.

—Para, Elsa, por favor.

—¿Es que no hay más cafeterías? —gritó, y él nos miró.

Llevaba las gafas de sol, pero sabía que sus ojos estaban fijos en mí, y eso me dolía aún más porque no quería que me viera.

Nos tomamos el café hablando de la fiesta a la que iríamos, y los chicos se despidieron de nosotras poco después.

Alexander no tardó en irse también y allí nos quedamos las tres.

—En serio, Alba, cuando ese idiota vuelva a presentarse donde estemos con los chicos, aprovecha y cómele los morros a Luca, que yo creo que no le va a importar que lo hagas.

—Elsa, que no voy a hacer eso, por Dios —resoplé.

—Pues deberías, para que vea lo que jode que tu ex esté con otro.

—A él no lo hemos visto besarla a ella —dijo mi hermana.

—Coño, pero no hace falta que lo veamos para saber que se la come viva —protestó.

—No voy a besar a Luca solo para darle celos, que yo sé que le importo una mierda; si no, no estaría aquí con otra —dije, cogiendo un cigarro.

—Eso sigue siendo un misterio para mí, y tengo que llegar al fondo de ese asunto. Porque con la de sitios que hay para irse de vacaciones con la amante, él viene justo aquí, sin importarle que se pudiera haber encontrado con tu madre, y a ver qué explicación le hubiera dado si ella no hubiera sabido que lo habías dejado.

—Sea como sea, no quiero saber nada.

—Bueno, ¿vamos a la tienda de disfraces y echamos un vistazo? —propuso mi hermana para cambiar de tema.

—Pues sí, venga, vamos a ver qué encontramos y si nos gusta alguno, ya lo dejamos reservado —dijo Elsa.

Y después de localizar la tienda en el móvil, entramos a ver qué disfraces tenían. Nos gustaron varios y nos hicimos fotos con ellos sobrepuestos por encima de la ropa para después decidir cuál acabaríamos escogiendo.

Fuimos a casa de la abuela y nada más entrar ya olimos el delicioso tiramisú que tenía preparado y esperándonos, ese que tomamos con un café antes de marcharnos mientras les decíamos que iríamos a una fiesta de disfraces que había en un par de noches y que dejaríamos a la niña con ellas, algo que les encantaba porque adoraban a mi sobrina.

Nos despedimos de ellas y, como no podía ser de otra forma, nos llevamos un túper con tiramisú para el postre de la cena, que también nos llevamos de casa de la abuela, pues había preparado una tortilla y canelones para nosotras.

Cenamos las tres en la terraza y cuando ellas se fueron a la cama, yo me quedé fumando un cigarro en la terraza, contemplando la luna y llorando como una tonta porque no podía dejar de pensar en Alexander.

En esos momentos quería poder ser como Elsa y olvidarme de él, incluso odiarlo más de lo que ya lo odiaba, pero era imposible porque lo quería más de lo que él se podía llegar a imaginar.

Y qué duro era esto, comerme la cabeza pensando en qué había pasado para que buscara en otra lo que yo pensaba que le daba.

Ni siquiera recordaba que hubiera habido algún momento en el que dejara de buscarme o tocarme para tener sexo, como Silvana decía que le había pasado a ella.

Me iba a volver loca buscando unas respuestas que ni siquiera sabía si existían o no, porque no recordaba haberle visto raro ni distante conmigo, pero claro, quizás el amor me tenía tan ciega

que no me había dado cuenta de las señales.

Terminé el cigarro y me fui a la cama; mañana sería otro día. Solo esperaba no encontrarme con él de nuevo y verle con ella, porque no podía hacerse una idea de lo mucho que me dolía eso.

Capítulo 16



Aquella mañana decidimos ir a desayunar fuera después de que desayunara la niña.

Nos tomamos un café con toda clase de bollos, tostadas y zumo en una de las terrazas de la plaza San Marcos mientras decidíamos qué hacer, hasta que optamos por ir a visitar el barrio de Castello, una zona menos turística de Venecia.

Estábamos disfrutando del desayuno cuando vi a Patricia caminando hacia nosotras, hablando por teléfono.

—Madre mía, pues sí que empiezo bien el día —resoplé.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermana, y fue suficiente con un leve gesto de cabeza para que ambas miraran hacia el lugar por el que venía ella.

—Se me acaba de amargar el café —dijo Elsa, dejando la taza en la mesa.

—Vaya, qué pequeño es el mundo. —Patricia sonrió con prepotencia.

—Pequeño, no, pero se ve que no teníais otro sitio al que ir —protestó Elsa.

—Bueno, los enamorados van a lugares idílicos, ¿no? Porque ¿qué puede haber más romántico que un paseo en góndola en mitad de la noche junto a tu pareja y que te diga que te quiere?

—Hija de…

—Silvana, no —le pedí, evitando que siguiera.

—¿Y dónde está el mamarracho de Alexander? Porque te veo muy sola —comentó Elsa.

—Le he dejado en la cama descansando; el pobre ha estado toda la noche portándose como un

campeón entre las sábanas, ya me entiendes…

—¿De verdad? Pues quién lo diría, porque para haber follado, tienes una cara de amargada que no puedes con ella.

—Habla la envidia —le contestó a Elsa—, porque no follas nada.

—Pues para tu información, florerito, follo, y mucho, que mi veneciano me pone mirando al canal varias veces por la noche —soltó Elsa, y mi hermana acabó escupiendo el café, la pobre.

—¿Tú también? Porque no lo parece —me dijo a mí—. Si aceptas un consejo, no te acerques a Alexander, que ahora es mío.

—Espera, que encima da consejos, la tía —mi hermana resopló volteando los ojos.

—Y gratis, que no le voy a cobrar dinero a tu hermana por el consejo.

—Lo que me faltaba ya, que encima vengas tú también a querer robarla. Mira, mejor te vas por donde has venido, y le dices al gilipollas ese que te eche un buen polvo, pero uno de verdad, porque esa cara que tienes no es de follar —dijo Elsa, mientras le señalaba hacia donde podía irse.

—Si fueras lista, Alba, te irías hoy mismo de Venecia.

—¿Y por qué tendría que irme, si he venido para pasar unos días con mi familia?

—Para que no sigas sufriendo al verme con Alexander, que sé que es duro.

—Serás zorra —dijo Silvana poniéndose en pie—. ¿Es que no te da vergüenza restregarle a mi hermana todo esto? Das asco, en serio, como mujer das asco. ¿No tuviste bastante con enredarte con un hombre con pareja? Porque de verdad que deberías sentir un poquito de vergüenza. ¿A ti te gustaría que otra se metiera en tu relación y te robara el novio? Porque dudo mucho que te pareciera bonito, vamos.

—Yo no me enredé con él; a mí no me dijo que tuviera pareja.

—Qué cabrón, o sea que de verdad llevaba dos vidas completamente paralelas. Es que es para colgarlo del puente por los huevos, vamos —dijo Elsa.

—Piensa en lo que te he dicho —Patricia me miró antes de echar un vistazo al móvil, que acababa de sonar con un mensaje—. Vete de Venecia, Alba, es un consejo.

—El infiel de mierda ese y tú sois los que os deberíais ir, no yo, que estoy aquí para ver a mi familia. No me iré hasta que no me salga de las narices; eso, si no me quedo aquí todo el verano.

Voy a disfrutar de la familia, de los amigos y de todo lo que se me ponga por delante.

—Y a follar, que ya tiene quien se la meta —soltó Elsa, y a Patricia le cambió la cara—. Mil vueltas le da al capullo de Alexander, así se lo puedes decir de mi parte.

—Solo espero que no te arrepientas de quedarte, advertida estás.

—Que no la amenaces, que te comes la puta taza de café —le dijo mi hermana.

—Disfrutad del día, nos vamos viendo por aquí —dijo mientras sonreía y se alejaba.

—Ojalá te caigas al agua desde una góndola y te ahogues, mal bicho —le gritó Elsa, y Patricia se giró con una sonrisa—. Madre mía, qué asco de tía.

—A la que vamos a tener que ver hasta que nos vayamos, porque estos dos por joder, ya te digo yo que no se van hasta que no me vaya yo —resoplé.

—Pues que les den por el culo y mucho, a ver si les da gustirrinín —me contestó Silvana—. Tú disfruta de estos días y ya, y si los ves, pues como si no estuvieran.

—Eso, y de paso hazme caso y cómele los morros a Luca, coño, que el chiquillo lo está deseando también.

—¿Cómo tengo que decirte que no voy a besarme con Luca, Elsa? En serio, que no soy así, yo por rencor no hago las cosas.

—Pues al menos haz como que le has besado, que según desde qué ángulo, un besito aquí en la mejilla puede parecer que es en los labios. Yo solo doy ideas.

—Qué bien, la amante de mi ex me da consejos y mi mejor amiga me da ideas —resoplé—. Vámonos, por favor, que, si la vuelvo a ver pasar por aquí, le cojo de los pelos y la arrastro hasta el canal.

—Eso sería digno de ver y grabar —sonrió mi hermana.

—No, nada de grabaciones, que, si me denuncia y tenemos pruebas, mal vamos.

Tras acabarnos el café, nos fuimos las tres con la peque hacia el barrio de *Castello*. Aquella, como dije, era una zona menos turística, pero un lugar conocido por su mezcla de tradiciones venecianas, tranquilidad y belleza.

Lo más destacado de *Castello* era el *Arsenale de Venecia*, uno de los complejos industriales más antiguos del mundo, que se utilizaba antiguamente para la construcción de barcos.

Al llegar nos adentramos en la iglesia de *San Pietro di Castello*, un lugar tranquilo y lleno de historia, y que con ese ambiente sereno que desprendía y la arquitectura que te rodeaba, conseguías transportarte a otra época.

Fuimos hacia el puente *de la Paglia* y nos hicimos varias fotos allí las cuatro, dado que desde él se podía disfrutar de una vista de lo más pintoresca hacia el río. Tanto era así que una de las fotos que me hizo mi hermana la acabé subiendo a mis redes porque había quedado preciosa.

Callejeamos por las calles estrechas del barrio, dejando que el ambiente y todo lo que nos rodeaba nos permitiera disfrutar del momento y el lugar, ese que era tan tranquilo al estar alejado de las masas de turistas, que hasta nos sentamos en una terraza con vistas al río para comer.

La niña quería pasta, así que pedimos pizza y pasta para las cuatro, y qué ricas estaban, cómo se notaba que eran auténticos platos italianos, nada que ver con los que ponían en algunos restaurantes de España.

Y después de tomarnos un café buenísimo acompañado de un riquísimo tiramisú, porque eso también era un auténtico vicio, fuimos con la niña hasta el *Parco delle Rimembranze*.

Ese rincón del barrio de *Castello* sin duda era el mejor para acabar con la visita a esa zona, dado que allí se podía dar un paseo al ser una zona mucho más tranquila del barrio. Había unos preciosos jardines con vistas al mar y era el mejor lugar para disfrutar de la tranquilidad, sin el bullicio que había en las otras zonas de Venecia.

Nos sentamos con la niña en una de las zonas ajardinadas, y al pasar un chico joven paseando con su perrito, Tiara empezó a gritar.

—¡Perrito, ven!

—Tiara, cariño, deja al perrito que está en su paseo —le dijo mi hermana, pero el perro parecía que iba a su aire.

—¡Mira, mami! Perrito, viene —sonrió, y las tres nos reímos.

El perrito corría mientras la correa extensible se iba alargando y el chico sonrió al ver que se acercaba a la niña.

Era un perro salchicha de color marrón la mar de mono, y entre sus pequeñas patitas y las orejas largas que se le movían con los saltitos, se le veía de lo más gracioso.

—Hola, perrito —Tiara abrió los bracitos y el perro se puso a saltar delante de ella.

—*Scusa* —dijo el chico, disculpándose en italiano.

—Tranquilo —sonreí, y él también al escucharme hablar en español.

—Españolas, ¿no?

—Llevamos un letrero en la frente, chicas. —Elsa suspiró, y el chico se rio.

—Sí, aunque nuestra madre es de aquí —dije, señalando a mi hermana y luego a mí.

—Buenos genes, entonces —sonrió.

—Perrito, guapo —decía Tiara.

—Mi hija siempre a su bola —resopló Silvana.

—Y mi perro que a poco que le hagan un mimo se va con cualquiera —rio él.

—Es un peluche, desde luego.

Y mientras mi sobrina seguía jugando con el perrito, el chico se presentó; se llamaba Pietro y era director de una sucursal bancaria. También era bastante guapo, con el cabello negro y unos ojos verdes de lo más llamativos.

Se despidió de nosotras poco después y a mi sobrina era para verla diciéndole adiós al perro y agitando la mano.

—Mami, perrito, yo —dijo, y Elsa estalló en una carcajada.

—Ya tardaba en pedirme un perro —resopló Silvana.

—Perrito, ¿sí?

—Mira el lado bueno, un perrito le hará compañía —sonreí—. Además, uno así, salchicha, como ese, que es pequeñito, no da mucha guerra, y no va a crecer al tamaño de un pony.

—Verás que al final tu hermana te convence para que adoptes un perrito para la niña —dijo Elsa.

—Sí, mami, perrito, yo.

—Ahora vas a trabajar desde casa, y con un perrito ya tienes otro motivo para salir a la calle —sonreí.

—Perrito, mami, perrito.

—Eso, mami, perrito —reí.

—¿Y no prefieres un primito, hija mía? —le preguntó Silvana.

—Primito, sí —sonrió, dando palmadas.

—Pero no se lo recuerdes, que hacía mucho que tu hermana no decía nada del bebé —protestó Elsa.

—¿Y creías que se me había olvidado? Porque ya te digo yo que no —reí—. En cuanto llegue a España, me pongo a buscar piso, te dejo solita en el tuyo y me hago una inseminación para tener un hijo.

—¿Cuándo habíais dicho que nos íbamos de aquí? —preguntó Elsa, mientras nos levantábamos para ir a tomar un helado antes de volver al apartamento.

—Al paso que vamos, igual nos quedamos todo el verano —rio mi hermana.

—Pues no me parece tan mala idea, qué quieres que te diga —contestó Elsa.

Fuimos a una terraza a tomarnos el delicioso y auténtico *gelato* italiano, y aprovechamos para hablar sobre el disfraz que llevaríamos cada una la noche siguiente a la fiesta.

La verdad es que todos los que habíamos visto eran una pasada, pero yo tenía elegido más que de sobra el que quería, así que no podía esperar para que llegara el día siguiente e ir a alquilar los disfraces.

Después de tomarnos el helado, dimos por finalizado el día en aquel pintoresco barrio y regresamos al apartamento, donde, tras ducharnos, dimos de cenar a la niña y nos preparamos unos sándwiches para cenar nosotras en la terraza, disfrutando de las vistas de la noche veneciana.

Capítulo 17



Y la noche estaba a punto de comenzar.

Acabábamos de vestirnos y esperábamos a que llegara mi prima Greta, ya que le habíamos comentado lo de la fiesta y no dudó en unirse a nosotras.

La verdad es que me apetecía salir esta noche, divertirme y poder olvidar durante unas horas que él también estaba en Venecia.

—Madre mía, pero qué pibón —dijo Elsa cuando salí de la habitación.

—Ostras, Alba, estás impresionante.

—Vosotras no os quedáis atrás, ¿eh? —sonreí.

—Lo nuestro, a tu lado, son dos trapos —dijo mi hermana.

Para esta fiesta iba vestida como una sensual Cleopatra, según me dijo Elsa cuando dije que me decantaba por este disfraz. El vestido dorado, de corte imperio, caía en suaves pliegues sobre mi figura y estaba adornado con detalles en rojo y esmeralda. El peinado me había costado un poquito más, pero lo había conseguido. Era alto, con trenzas y un tocado dorado en forma de serpiente, completando así la visión de la que una vez fuera reina. Me había ahumado los ojos, cosa que me hacía lucir misteriosa, pero al mismo tiempo desbordaba la sensualidad de la reina que una vez gobernó Egipto.

Y como digo, ellas dos no se quedaban atrás, pues estaban igual de impresionantes que yo.

Silvana lucía como una actriz de cine, tal cual. Llevaba un vestido negro con detalles dorados y una capa de gasa brillante que creaba una figura imponente. Los ojos, destacados por un maquillaje en tonos negros, contrastaban con su máscara dorada con incrustaciones de piedras preciosas.

Elsa, por su parte, había decidido ser una diosa griega. Su túnica blanca, de gasa ligera, caía en delicados pliegues sobre su cuerpo, mientras que una corona de hojas doradas coronaba su cabeza. Su máscara, dorada con detalles de hojas, apenas cubría sus ojos, permitiéndole lucir su melena suelta, que caía como una cascada de rizos suaves.

—Vamos a hacernos unas fotos —dijo Elsa con el móvil en la mano, y tras hacernos varias las tres juntas, y también cada una por separado, subió unas cuantas a sus redes para presumir de disfraces y noche de fiesta.

En ese momento llegó mi prima, que avisó con un toque en el telefonillo, y bajamos.

—Madre mía, vaya tres bellezas —dijo con una sonrisa.

—Cuatro, prima, que tú también estás impresionante —le di un abrazo.

Y lo estaba, sin duda, se veía sexy y elegante a partes iguales.

Llevaba un vestido largo de noche, negro y plateado, y al igual que mi hermana, parecía una estrella del cine clásico, ese cuyas películas eran en blanco y negro.

Se había recogido el cabello en un elegante moño y llevaba algunos rizos sueltos que caían sobre su cuello. Los ojos los llevaba delineados en negro y le daba un aire de lo más misterioso. La máscara era negra y estaba decorada con perlas blancas y cristales simulando ser diamantes. Desde luego que, con ese atuendo, Greta parecía una diva de otra época.

Nos cruzamos con mucha gente que iba a la misma fiesta que nosotras, todos con disfraces y máscaras para disfrutar de una noche diferente.

Cuando llegamos al lugar que mi prima conocía bien, me quedé realmente impresionada al ver el edificio.

Greta nos dijo que se trataba de un antiguo hotel que habían remodelado para ser el local de copas y música que era ahora; tenía cuatro plantas y en cada una de ellas había una barra de bar, mesas con sillones, reservados y mesas altas. Además de la azotea, que habían acondicionado acristalándola, y también tenía barra de bar y una zona tipo *chill out*, con mesas bajas y *pufs* donde sentarse cómodamente a tomar una copa y disfrutar de las vistas.

—Voy a llamar a Fabrizio, porque no sé dónde están —dijo Elsa, y solo unos minutos después aparecieron los dos desde el interior.

—*Bellísimas* —nos dijo en ese italiano tan seductor que tenía el moreno—. Estáis las cuatro impresionantes.

—Gracias —respondimos al unísono.

Ellos tampoco estaban nada mal, la verdad. Fabrizio había optado por un clásico, todo vestido de negro, con su capa, espada y sombrero, luciendo como el auténtico Zorro. Mientras que Luca iba con un elegante traje lleno de medallas y una banda roja, como si fuera el príncipe de alguna película de dibujos.

Entramos en el local y era una auténtica pasada. La pista de baile estaba rodeada de columnas doradas, la gente se movía al ritmo de la música que iba pinchando el DJ, y las luces multicolores iluminaban el rostro de todos los que habían decidido a asistir a la fiesta esta noche, con disfraces que iban desde antiguas damas y caballeros de la Edad Media a actuales cantantes o personajes de cómics.

Las escaleras de mármol negro que llevaban a las plantas superiores tenían una alfombra blanca, y al mirar hacia arriba se podía ver a la gente disfrutando de una copa asomada en los rellanos de cada planta.

La decoración era una auténtica maravilla, combinando lo antiguo con lo moderno y haciendo que la fiesta tuviese un aire clásico, pero al mismo tiempo, contemporáneo.

En un rincón de esa planta baja había un grupo de bailarines con trajes de época que ofrecían una escena digna de una de esas películas o series de la época del mismísimo Casanova.

—Vamos por una copa, ¿os parece? —propuso Fabrizio, y aceptamos.

La música estaba tan alta que había que gritar para que el resto nos escuchara, pero era lo que tocaba, como en cualquier otra discoteca.

Llegamos a la barra y los chicos pidieron una ronda de chupitos para una primera toma de contacto con la noche, y nada más tomárnoslos, pidieron *whisky* para ellos y ginebra con tónica para nosotras.

—¡Que viva la fiesta! —gritó Elsa, copa en mano, y los demás chocamos las nuestras con la suya.

Todo eran risas y diversión con ellos. Fabrizio y Luca eran de lo más alocados y ahí estaban ellos junto a la barra donde nos habíamos quedado, bailando con Elsa y con mi prima Greta, mientras que mi hermana y yo observábamos sonriendo.

Nos hicimos algunas fotos más, bebimos y reímos; incluso bailé con Luca, pero a pesar de querer pasar una buena noche, divertirme y olvidarme de todo, de nuevo tenía esa sensación de que me estaba observando.

Miré alrededor en busca de alguien que me mirara, pero no había nadie. ¿Y si era Patricia? ¿Y si se presentaba aquí para montarme un nuevo numerito diciéndome que me olvidara de Alexander?

Bien sabía Dios que era lo que intentaba, pero tenerlo en Venecia y que existiera la posibilidad de que me lo encontrara constantemente, no me permitía no pensar en él.

Elsa propuso ir a la pista a bailar, pero a mí no me apetecía, así que me quedé en ese rincón de la barra viéndolos a ellos disfrutar de la noche. Sonreí al ver a Silvana riendo mientras ella y Greta bailaban con Luca por turnos, mientras que Elsa y Fabrizio, se dejaban llevar y compartían un beso tras otro.

Pedí otra copa y, tras dar el primer sorbo, aún de espaldas a la pista, noté un leve escalofrío al sentir una presencia envolviéndome.

Acto seguido vi una mano apoyándose en la barra, un brazo desnudo, varonil y fuerte, y en mi oído el sonido de una voz ronca pero sensual.

—Al fin he encontrado a mi Cleopatra —miré por encima del hombro y vi un hombre alto.

Iba vestido como un general romano, pero no podía verle el rostro porque llevaba una máscara que le cubría hasta por debajo de la nariz.

—¿Y tú eres? —Arqueé la ceja.

—Marco Antonio, por supuesto —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Te equivocas de Cleopatra —bebí de mi copa con tal de tener algo que hacer, porque ese hombre me estaba poniendo nerviosa y no sabía por qué.

—No, no me he equivocado. Eres mi Cleopatra, mi reina de Egipto, la más bella de las mujeres que hay aquí esta noche. La única dueña de mi corazón.

—¿Ese es tu modo de ligar? —volteé los ojos y él dejó escapar una sonora carcajada.

—Solo contigo.

—Pues estás fracasando estrepitosamente —me encogí de hombros.

—¿Me concedes un baile? —preguntó, ofreciéndome la mano.

—Eres insistente, por lo que veo.

—Soy Marco Antonio, y no descansaré hasta bailar con mi Cleopatra.

—En el fondo, hasta me caes bien —me acabé la copa y la dejé en la barra antes de acompañar a ese hombre a la pista.

No veía a Elsa ni a nadie por allí, así que debían estar un poco más retirados de donde los había estado viendo antes.

El hombre que me había llevado a bailar me rodeó con un brazo por la cintura y noté un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza. Lo miré a los ojos y por un momento sentí algo, pero debía ser una tontería.

La música era una suave melodía con ritmos clásicos como los que sonarían en una de esas fiestas celebradas en la época de Casanova, dado el lugar en el que nos encontrábamos, y con cada paso de baile, con cada giro y movimiento que este hombre hacía para llevarme una canción tras otra, con ese suave y sensual vaivén con el que me iba meciendo de un lado a otro, podía sentir una extraña conexión con él, como si le conociera de antes. Nuestros pasos eran perfectos, sincronizados al igual que parecían estar nuestros cuerpos y mentes. No hablábamos, solo bailábamos y nos mirábamos a los ojos.

Y en un instante, tan rápido como podría ser el aleteo de una mariposa, lo vi inclinarse para acto seguido sentir sus labios sobre los míos. Aquel fue un beso robado, un acto impulsivo sin duda alguna, pero que me hizo sentir algo que creí que solo podría sentir con Alexander.

Había cerrado los ojos ante ese beso, y cuando dejé de sentir esos labios y el brazo que me rodeaba, volví a abrirlos solo para comprobar que se estaba alejando.

Durante unos segundos me debatí entre seguir ahí parada o ir tras él. No le conocía y me había sentido observada toda la noche, todos estos días en realidad, y no encontraba una explicación lógica a esa sensación cuando la verdad es que en esos momentos no veía a Alexander por ningún lado.

Y en un segundo tomé la decisión, una que podría ser la peor de todas, y comencé a caminar tras el hombre que acababa de besarme y dejarme sin palabras. Porque nunca, salvo con Alexander, había sentido algo así.

Empecé a ir un poco más rápido para alcanzarlo y vi que subía por las escaleras, así que continué siguiéndolo. No se detuvo en la primera planta, sino que siguió subiendo aquellas escaleras, y ya en la segunda planta vi que caminaba por un pasillo a la izquierda del rellano, hasta el final de este, donde abrió una puerta y entró.

¿Me detuve? No. ¿Abrí la puerta? Obvio que sí, porque tenía curiosidad de saber quién era él.

Y lo que me encontré fue oscuridad en un pequeño cuarto, además de que noté una mano que envolvía la mía, tirando de mí hasta ese cuerpo varonil con el que choqué y acabé dejando escapar un leve grito.

—Has venido a mí, Cleopatra —dijo mientras me acariciaba la mejilla en aquella oscuridad que nos envolvía.

Y volví a sentir sus labios sobre los míos, en un beso profundo y cargado de pasión. Me dejé llevar por ese momento y noté que me cogía en brazos, haciendo que le rodeara con mis piernas por la cintura.

Acabé chocando contra la puerta de aquel cuarto pequeño y oscuro mientras ese hombre, ese desconocido, me acariciaba el muslo y se movía entre mis piernas, haciendo que mi cuerpo se estremeciera.

No tardó en llevar la mano a mi zona íntima, deslizando el dedo sobre la tela de mi ropa interior, y aquello estaba mal, lo sabía, pero se sentía bien, por lo que era tan contradictorio que me iba a volver loca.

Solo que lo haría por el placer que comencé a sentir en cuanto retiró la tela y deslizó el pulgar entre mis labios vaginales.

Gemí en su boca y me aferré a sus hombros mientras me estremecía, mientras me tocaba un completo desconocido y me dejaba. Esto era por despecho, no tenía duda, mi cuerpo y mi mente de alguna manera habían acabado haciendo caso a Elsa y me estaba dejando llevar y vengándome de lo que me había hecho Alexander.

Él siguió besándome y tocando mi zona hasta que noté que sus dedos me penetraban con fuerza, llevándome a una excitación aún mayor. Y no se detuvo hasta que dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en la puerta, y grité presa del orgasmo que estaba teniendo.

Apenas me dio tiempo a recuperarme de ese hecho cuando sentí su miembro entrando en mi cuerpo, duro y erecto, abriéndose paso con fuerza.

Comenzó a penetrarme una y otra vez sin parar, fuerte, rápido y profundo, hasta que los dos llegamos al clímax al unísono y grité con todas mis fuerzas. Por suerte, la música amortiguaba mis gritos, o me moriría de vergüenza.

Nuestras respiraciones se acompasaban en esos gemidos jadeantes y entrecortados; mi cuerpo seguía temblando entre los brazos de ese hombre, y la realidad me golpeó con fuerza ante lo que había pasado.

Ese hombre era un desconocido, alguien que se había acercado a mí, con el que había bailado, y acababa de tener sexo en un pequeño y oscuro cuarto de una jodida discoteca.

Dios, ¿se podía estar más perdida en la vida que yo en este momento? Y todo por despecho, por tener algo con lo que intentar hacer daño a mi ex, a pesar de que sabía que esto a él le importaría una mierda.

Un error, eso había sido esto, un maldito error que no debería haber ocurrido en la vida.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Marco Antonio, y tú eres y siempre serás mi reina Cleopatra —dijo con seguridad y volvió a besarme con tal intensidad que volví a perderme en ese gesto.

Cuando me dejó en el suelo, noté sus ojos fijos en mí, aun sin poder verlos por la oscuridad que nos rodeaba. Me estremecí y cerré los ojos al sentir su mano acariciándome la mejilla, y suspiré ante ese leve contacto tan íntimo como lo que acabábamos de hacer.

—Quiero saber quién eres de verdad —dije con seguridad.

—No te conviene.

—¿Eres un matón, o algo así?

—No, pero estarás más segura si sigues ajena a quién soy.

—Me acabas de follar, perdona por querer saber quién eres.

—Tres días —dijo, pegándose de nuevo a mí, sin dejar de acariciarme la mejilla—. Te espero dentro de tres días en el callejón junto al puente de Rialto, a medianoche. Si de verdad quieres saber quién soy, allí estaré —y volvió a besarme.

Segundos después escuché que se abría la puerta y vi un poco de luz entrando por ella, pero no pude ver su rostro porque seguía llevando la máscara que lo cubría casi por completo.

Salí poco después y regresé a la barra donde estaban todos esperándome.

—Alba, ¿dónde estabas? —preguntó mi hermana.

—En el baño —mentí.

—Bueno, pues ya que estamos todos, un brindis —propuso mi prima levantando su copa y dándome una nueva a mí—. Por estos momentos, donde la risa nunca falta.

—¡Salud! —gritaron Fabrizio, Luca y Elsa al unísono.

Di un sorbo a mi copa y eché un vistazo al lugar en busca de ese hombre con el que acababa de estar. No me podía creer que de verdad hubiera hecho eso, con un completo desconocido.

Poco a poco fuimos dando por finalizada la noche. Los chicos nos acompañaron al apartamento y, mientras que Elsa se fue a dormir entre las cómodas sábanas de la cama de Fabrizio, Greta se quedó con Silvana y conmigo.

Me metí en la cama pensando en lo que había hecho, en esa locura que había cometido esta noche con un desconocido, pero que realmente fue una locura de lo más sensual y excitante.

Capítulo 18



Dos días habían pasado desde la noche de la fiesta de disfraces, y seguía pensando en ese hombre con el que había tenido sexo en un rincón oscuro.

Y por despecho, sin duda, por demostrarle a Alexander cuando lo viera que podía acostarme con quien quisiera porque ya no pensaba en él.

Aunque no engañaba a nadie, porque mi ex no se me iba de la cabeza…

El sol del mediodía bañaba las calles empedradas de Venecia con su cálida luz dorada. Elsa, Silvana y yo, caminábamos por las estrechas calles del casco antiguo, riendo como era habitual entre nosotras porque alguna había dicho una locura. Y es que esta tarde nos habíamos prometido que iba a ser diferente, algo fuera de lo común.

Dejamos a Tiara en casa de la abuela con ella y nuestra madre, y pusimos rumbo a esa que, estábamos seguras, iba a ser una experiencia inolvidable para las tres: la clase de cocina local que habíamos reservado en el pequeño restaurante de la esquina frente al canal.

—No puedo creer que finalmente vayamos a cocinar en Venecia —dijo Elsa, que estaba realmente entusiasmada con la idea.

Podíamos haberle pedido a la abuela que nos enseñara, pero en Internet hablaban muy bien de este *chef* y queríamos probar la experiencia entre los verdaderos fogones de un restaurante.

—Bueno, yo confío más en el *chef* que en nuestra habilidad con los cuchillos —respondí.

—Ay, no exageres. ¿Quién no sabe cocinar un *risotto*? —bromeó mi hermana, mientras me miraba con la ceja arqueada.

Éramos descendientes de italianos, sí, teníamos un toque en la cocina bastante decente, pero a mí el *risotto* nunca me había quedado tan bien como a mi abuela, que todo había que decirlo.

Al llegar a la puerta del restaurante, un pequeño local decorado con detalles rústicos y una mesa central con ingredientes dispuestos de manera impecable, nos detuvimos hasta que vimos aparecer a quien debía ser nuestro profesor de cocina particular por unas horas.

Un hombre de mediana edad, con delantal y una sonrisa que parecía capaz de iluminar todo el lugar, salió a recibirnos de inmediato.

—¡Bienvenidas, bellas damas! —dijo, con ese tono sonriente y alegre en su voz—. Soy Giovanni, y hoy les enseñaré los secretos de la verdadera cocina veneciana. Para cuando acabemos, se podrán chupar los dedos —se llevó los suyos a los labios y los besó antes de llevar de nuevo la mano al aire.

—Nosotras estamos listas para aprender y comer —contestó Elsa, levantando las manos como si estuviera en un escenario.

—Perfecto. Vamos a comenzar con algo sencillo y luego complicaremos las cosas —respondió Giovanni, guiándonos hacia la mesa de trabajo.

El taller era más grande de lo que parecía desde afuera, con paredes cubiertas por estantes repletos de especias, utensilios de cocina antiguos y recipientes con una gran cantidad de ingredientes frescos. El aire olía a albahaca, ajo y algo que conseguía que la boca se hiciera agua.

—Hoy haremos *risotto al nero di seppia* —dijo Giovanni, mientras cogía una sepia de un gran tazón y nos la enseñaba—. Este plato es tradicional, delicioso y, por supuesto, tiene su truco.

—¿*Nero di seppia*? —preguntó Elsa, mirando la sepia con una ligera cara de asco.

—Sí, tinta de calamar —sonrió—. Verás cómo el sabor te acaba enamorando —respondió Giovanni, guiñando un ojo.

Tras ponernos el delantal, nos dispusimos a comenzar con nuestra primera clase de auténtica cocina italiana.

Giovanni empezó a explicar los ingredientes con seriedad, mientras nosotras prestábamos atención, o al menos lo intentábamos.

—¿Sabían que la clave para un buen *risotto* es nunca dejar de removerlo? —explicó Giovanni, mientras mostraba una olla humeante con arroz y caldo.

—Pues ya te digo que yo, a veces, me olvido de que tengo algo en el fuego, así que lo de no dejar de remover el *risotto*, conmigo no va —dijo Elsa.

—¡Eso es lo peor que puedes hacer en una cocina! —respondió Giovanni entre risas— Olvidarte de que tienes algo en el fuego.

Cogimos nuestros cucharones y comenzamos a mezclar el arroz con el caldo, hasta que, sin darme cuenta, derramé un poco de caldo sobre la mesa, lo que hizo que el agua se escurriera por los bordes de esta, empapando la camisa de mi hermana.

—Alba, cuidado, que estás en Babia —me dijo la pobre.

—¡Lo siento, lo siento!

En Babia no sabía, pero pensando en mi ex y en ese hombre misterioso al que posiblemente volviera a ver la noche siguiente, si realmente me esperaba donde dijo que estaría, pues sí.

Giovanni observaba la escena con una sonrisa divertida.

—Recuerden, la cocina es un arte, pero también un caos —comentó, sin dejar de reírse—. La tinta de calamar vendrá después, chicas.

De repente, un chirrido proveniente de la otra esquina hizo que todos mirásemos hacia allí. Elsa estaba luchando con un caldero grande lleno de caldo, el cual comenzó a derramar sobre el fuego.

—¡Ay, no! ¡Por Dios! —gritó Elsa, pero fue demasiado tarde. El caldo estaba chisporroteando y la pequeña llama del fogón empezó a bailar.

Giovanni rápidamente corrió hacia ella, apagando el fuego con calma.

—No se preocupen, chicas —dijo con una gran sonrisa—. El *risotto* tiene mucho drama, pero siempre hay una solución.

—No sé si te creo, Giovanni —respondió Silvana, con una mezcla de sorpresa y desconcierto —. Este drama me está superando.

Nos miramos, porque por un momento a las tres se nos pasaba por la cabeza que igual esta clase de cocina no había sido nuestra mejor idea, pero empezamos a reírnos porque sin duda Elsa casi acaba quemando el restaurante de Giovanni.

—¿Sabían que los errores en la cocina son las mejores recetas? —preguntó Giovanni, mientras comenzaba a agregar la tinta de calamar a las ollas.

—¿Eso significa que el desastre de Elsa será un nuevo plato? —pregunté arqueando la ceja.

—Sí, pero lo llamaremos: "caldo veneciano flamígero" —respondió Giovanni, dándole una palmadita en la espalda a Elsa, quien estaba visiblemente avergonzada.

—Vamos, que soy la nueva chica antorcha de los *"Cuatro Fantásticos"* —resopló Elsa, y

hasta ella se rio de su broma.

Poco a poco la tarde avanzaba, y lo que parecía un completo desastre se iba convirtiendo en un éxito. Las tres, entre risas y bromas, conseguimos preparar el *risotto*, con ayuda de un más que paciente Giovanni, que con nosotras se estaba ganando el cielo, y que dio un aprobado al resultado final de cada una.

—¿Sabían que a veces los *chefs* venecianos se ríen de sí mismos mientras cocinan? —dijo Giovanni, con una gran sonrisa mientras les ofrecía el plato terminado— Hoy, han aprendido mucho más que a solo cocinar.

—Claro, porque lo que más hemos aprendido es a sobrevivir sin quemarnos y a no derramar más caldo —comentó mi hermana con sarcasmo, mientras se llevaba un bocado del *risotto*.

—Sí, sobrevivimos y nos divertimos mucho —dijo Elsa, mientras levantaba su copa de vino para probar el *risotto* de los cuatro platos.

Las risas continuaron mientras terminábamos de degustar el *risotto* que, a pesar de las dificultades, había quedado buenísimo. Cada una tenía su versión peculiar del plato, pero Giovanni no podía evitar sonreír al vernos tan contentas.

—¿Lo ven? No hay nada que un poco de tinta de calamar y buen vino no puedan arreglar —dijo Giovanni, mientras levantaba su copa de vino en un brindis improvisado.

—Totalmente —respondí, mientras le daba un pequeño toque a la copa de mi hermana—. Y esto está buenísimo. Volveré a hacerlo cuando esté en casa, y os invitaré a comer, chicas —dije mirando a mi hermana y a Elsa.

—No esperaba menos, la verdad —rio mi amiga—. Aunque más vale que no haya tanta tinta, porque nos hemos puesto guapas —suspiró.

—Así es la cocina, chicas. Es como el amor. A veces ensucia, pero al final vale la pena —dijo Giovanni, y las tres nos quedamos mirándolo con la ceja arqueada.

—¿El amor? —dijo mi hermana, con tono burlón— Si cocinar es como el amor, entonces yo quiero uno en el que no haya tanto desorden, por favor. Que bastante he tenido ya.

—¿Y quién dijo que el amor no puede ser divertido? —respondió Giovanni con una sonrisa traviesa— A veces el caos es parte de la receta. Lo importante es disfrutarlo.

—Es que, ¿sabes qué pasa, Giovanni? Que a Silvana el marido le puso una cornamenta que ni Rudolph, el de Papá Noel, y le pidió el divorcio. Y a Alba, el novio, la estuvo engañando dos años, porque resulta que ni trabajaba de lo que decía, ni pagaban el alquiler de la casa, se estaba quedando con el dinero de ella en una cuenta, y también le era infiel con otra, ¿sabes? Pero,

espera, que el colmo de los colmos llega ahora. ¿Te puedes creer que está aquí en Venecia, con la otra?

—Vaya, cómo lamento escuchar esto, chicas —dijo él con rostro un poco más apagado—. Pero si me permitís, por mis años de experiencia, puedo deciros que el caos en el amor a veces es necesario para que la calma que llega después sea perfecta. Un corazón herido duele, pero hay quien llega a nuestras vidas para sanarnos de la mejor manera y no volver a dejarnos caer. Nos pueden encontrar completamente destruidos y recomponer pedazo a pedazo nuestra alma.

—Verás que al final nos haces hasta llorar, Giovanni —dijo mi hermana.

—No es mi intención, os lo aseguro. Me gusta más veros sonreír. Pero es cierto lo que digo, y lo sé por experiencia. Yo fui joven, amé como nunca creí hacerlo y me rompieron de la peor manera. Hasta que apareció esa luz al final del túnel más oscuro que tuve que atravesar; me encontró roto en pedazos y, con paciencia y un amor infinito, consiguió recomponerme. Por eso el amor puede ser como cocinar, porque a veces pensamos que nuestro plato es un desastre, pero con paciencia y el toque adecuado, podemos recuperarlo y tener una delicia como resultado.

Nos quedamos calladas mientras le veíamos sonreír, pero sabiendo que tenía razón. Que por mucho que alguien nos destruyera, siempre existía la posibilidad de que apareciera la persona correcta para sanar nuestro herido y maltrecho corazón.

—Y ahora, vamos a preparar un delicioso tiramisú —dijo Giovanni cuando acabamos de comernos el *risotto*.

Y eso fue lo que hicimos, aprender de manos de un experto *chef* a preparar un tiramisú que nos quedó buenísimo. El de la abuela estaba rico, pero el que hizo Giovanni se notaba que era el de un *chef* profesional.

Tras tomar un café con él mientras recogíamos toda la cocina, nos despedimos agradeciéndole el rato que habíamos pasado, porque aquella sin duda era una experiencia que no íbamos a olvidar nunca ninguna de las tres.

Al salir del restaurante, la luz del atardecer iluminaba el agua del Gran Canal, reflejando los colores cálidos de los edificios. Y en ese momento a mi hermana se le ocurrió que podíamos disfrutar de un paseo en góndola, tranquilo y relajado, y fue lo que acabamos aceptando, y nos acercamos a una de las góndolas que se alineaban cerca del puente Rialto. El gondolero, un hombre alto con una sonrisa amigable, nos saludó mientras nos invitaba a subir.

—¡Por favor, suban! —dijo el gondolero con voz profunda. —Una góndola en Venecia, con el atardecer, ¡no tiene precio!

Nos acomodamos en el asiento, rodeadas por el sonido suave del agua y la suave brisa veneciana. A medida que la góndola comenzó a deslizarse lentamente por los canales, nos dejamos envolver por el paisaje, disfrutando del silencio en contraste con las risas que habíamos

tenido durante la clase de cocina.

—Ya tenemos una anécdota más que contar a nuestros hijos y nietos —dije mirando a Elsa.

—¿Qué anécdota?

—El día que casi incendias la cocina del restaurante de Giovanni en Venecia —dijo mi hermana, que me conocía bien, y empezó a reírse.

—Uy, qué cabritas sois —protestó Elsa, pero acabamos las tres riendo de nuevo.

Y mientras nosotras recordábamos lo vivido en la clase de cocina entre risas, la góndola avanzaba lentamente por el canal.

—Chicas, yo creo que mejor sería plantearnos eso de… "Lo que pasa en Venecia, se queda en Venecia" —dijo Elsa.

—De eso nada, que tu momento chica antorcha tiene que ser recordado generación tras generación —reí.

—Manda narices, tener amigas para esto —resopló.

Pero volvió a reír como lo hacíamos Silvana y yo, porque en eso consistía también la vida, en reír.

Reírse de uno mismo, del caos que a veces nos rodeaba, y compartir esos momentos inolvidables con las personas que más nos querían en la vida, como yo a ellas dos, y ellas a mí.

Capítulo 19

Estaba nerviosa, y lo último que quería era que las chicas me lo notaran.

Pero llevaba todo el día así, y me había costado mucho que ni siquiera mi madre y mi abuela se dieran cuenta cuando fuimos a comer con ellas.

Habíamos estado cocinando con la abuela, preparando la masa para la pasta casera, con una pelea de harina incluida en la que hasta Tiara nos había lanzado a todas.

Esos momentos eran los mejores, los de las risas compartidas con mi familia, porque Elsa, a pesar de no ser una hermana o una prima, sí que era parte de mi familia.

Mi madre también había estado un poco distraída y, cuando le preguntamos, nos dijo que la tarde anterior estuvo hablando con Leonardo.

Cuando yo me topé con él, me pareció raro que de verdad se preocupara por cómo estaba mi madre, si se había mostrado tan indiferente cuando ella se fue de su casa, pero bueno, podríamos entender que el hombre estaba más enamorado de lo que pensábamos ninguna de nosotras.

Nos dijo que la llamó solo para comprobar que estaba bien, dado que habían estado juntos durante tanto tiempo que seguía preocupándose por ella. Mi madre le dijo que no lo parecía cuando estaba en esas últimas semanas tan diferente a como siempre fue, que lo veía ausente y como si ella no le importara.

La respuesta de Leonardo fue que tenía la cabeza en otro sitio y que sentía no haber estado con ella al cien por cien. Incluso nos dijo que le había preguntado si podían verse; quería invitarla a cenar y ver si podían recuperar eso que tenían.

Cuando Silvana le preguntó si había accedido a esa invitación, mi madre dijo que le había contestado que iba a pensarlo. Nosotras no íbamos a meternos en su vida y mucho menos a decirle lo que tenía que hacer o no; solo esperábamos que no quisiera jugar con ella porque entonces Leonardo se las vería con las dos.

Y después de haber pasado la tarde con ellas tomando café y comiendo dulces que la abuela había preparado, nos fuimos de vuelta para el apartamento con un montón de comida que nos dio la abuela.

Dejamos todo allí y fuimos a dar un paseo con la peque, que quería ver las palomas, y acabamos tomándonos un delicioso *gelato* en la plaza San Marcos.

Elsa nos dijo que iba a salir a cenar con Fabrizio, que tenía la noche libre, y mi hermana sonrió con picardía.

—Te veo dejando todo por amor, y no precisamente a la comida italiana —dijo.

—¿Yo? No, no, que no estoy enamorada.

—Anda que no, si te cae la baba con el veneciano —reí.

—A ver, no voy a negar que me hace tilín…

—Tilín y tolón, vamos —dijo Silvana—. Elsa, que cuando estáis cerca saltan unas chispas que esas sí que podrían prender fuego a toda Venecia.

—No es amor, de verdad, que no —negó—. Yo solo, bueno, disfruto del momento y ya.

—¿Y si él te dijera que dejaras todo para quedarte? ¿Qué harías?

—Joder, Alba, no me pongas en esa tesitura —volteó los ojos.

—¡Alexander! —gritó mi sobrina y a mí me entró de todo por el cuerpo.

—Hola, princesa —la cogió en brazos, pues mi sobrina salió corriendo hasta él.

—Tengo que pensar seriamente en atar a mi hija a su silla —resopló Silvana.

—Hola, chicas.

—Uy, parece que hace aire por aquí de repente, ¿no? —dijo Elsa.

—Es Alexander —sonrió mi sobrina.

—Ay que joderse —suspiró mi hermana.

—Veo que seguís por aquí —dijo, y me miraba a mí directamente.

—Y tú también. ¿Vas a quedarte mucho? Digo, porque estoy de vacaciones y verte, pues como que me corta el rollo —mi hermana y Elsa me miraron sorprendidas, normal, porque no pensaban que fuera a decir algo así.

—El tiempo que tenga que quedarme.

—Bien, entonces espero que no te moleste ver que me bese con otro. Y no te digo lo de tener sexo, porque eso lo hice el otro día a escondidas.

Ahí las dos no es que me miraran sorprendidas, es que tenían la boca abierta y no daban crédito a mis palabras.

La cara de Alexander, por el contrario, no cambió en absoluto. No vi dolor alguno en su rostro ni en su mirada, como si le acabara de decir cualquier otra cosa, en vez de que me había follado a otro.

—Ya veo que no te duele ni un poquito, eso es todo lo que me quisiste alguna vez.

Iba a decir algo, pero la voz de Patricia llamándolo en ese momento evitó que lo hiciera.

—Corre, que te llama tu florerito —dijo Elsa, y Alexander dejó a la niña en el suelo.

—Tenemos una conversación pendiente —me dijo, mirándome.

—No, no la tenemos.

En cuanto se fue y nos quedamos solas, noté las miradas de ambas puestas en mí.

—¿Qué? —pregunté encogiéndome de hombros.

—Cómo que, ¿qué, Alba? —dijo mi hermana.

—¿Qué es eso de que la otra noche te acostaste con un tío? ¿Cuándo pasó eso? ¿Qué noche?

—En la fiesta de disfraces.

—Espera, ¿dónde? —Elsa arqueó la ceja.

Suspiré y estuve un rato contándoles ese momento en el que alguien disfrazado de Marco Antonio se acercó a mí, me invitó a bailar, me besó, y cuando lo seguí con la curiosidad de querer saber quién era, acabé entrando en un cuarto pequeño y sin luz con él, donde perdí la cabeza y follamos.

—Madre mía, ahora mismo soy tu fan, nena —dijo Elsa y yo volteé los ojos.

—No debió pasar. ¿En qué pensaba para hacer aquello?

—En el imbécil de tu ex, hermanita —contestó Silvana mientras me daba un apretón en la mano.

—Y bien que se lo has restregado en la cara.

—¿De qué ha servido, Elsa? Ya lo has visto, no le ha importado ni lo más mínimo. Seguía ahí mirándome impasible.

—Le has dejado en shock, cuando caiga en lo que le has dicho, se pondrá celoso.

—Claro que sí, seguro que se pone súper celoso. Por Dios, Elsa, que ha venido aquí con su amante para echármela en cara —resoplé.

—Lo que importa es que te has acostado con un tío, por venganza o despecho, da igual, pero le has dejado claro a tu ex que puedes superarlo igual que te ha superado él a ti.

—No volverá a pasar —dije mientras me levantaba.

Cogí a la niña y fuimos hacia donde estaban las palomas y les dimos un poco de pan, como estaban haciendo otros niños y sus padres.

Regresamos al apartamento y mientras mi hermana le preparaba la cena a mi sobrina y Elsa se cambiaba de ropa para salir con Fabrizio, yo la bañaba para ponerle el pijama.

Después de que la acostamos, cenamos Silvana y yo esas milanesas que nos había preparado la abuela con unos espaguetis.

No les había dicho que ese misterioso hombre tal vez estaría esperándome esta medianoche en el callejón junto al puente de *Rialto*, porque capaces habrían sido de dejar a mi sobrina con las abuelas y Elsa cancelar su cena con el veneciano de sus amores para acompañarme.

Aunque la verdad es que no sabía si ir o no, porque ¿y si era un psicópata? Ya me había acostado con él y fue una locura, pero de ahí a que me expusiera a algo peor, pues…

Me fumé un cigarro con mi hermana en la terraza, ese que acompañamos de un refresco, y sonrió cuando sonó su teléfono al ver que la estaba llamando su juez.

Se fue a la habitación para hablar con él y yo me quedé allí en la terraza fumando y pensando en si ir a ese encuentro. Eran apenas las once de la noche y seguía indecisa a solo una hora de que pudiera volver a verle.

Sentía curiosidad, eso no lo iba a negar, pero no iba a volver a repetir lo que pasó porque yo no andaba buscando nada en absoluto.

Y de haber sido así, pues quizás podría haber pasado con Luca, que me parecía atractivo y además era simpático, pero ni siquiera con ese rubio me habría enredado, como decía Elsa.

A las doce menos cuarto y en vista de que mi hermana no había vuelto a salir, me asomé a la habitación que compartíamos y vi que estaba dormida con la niña entre sus brazos.

Yo estaría así en unos años, lo tenía claro, porque nada ni nadie me iba a quitar las ganas ni la ilusión de ser madre.

Cogí las llaves del apartamento y mi bolso, y salí para ir hacia el puente de Rialto.

No debería haberlo hecho, pero aquí estaba, llegando al puente, mirando alrededor por si veía al hombre de hacía tres noches. Pero si estuviera por aquí, no podría reconocerle porque dudaba mucho que fuera a presentarse vestido de romano.

—¿Eres Cleopatra? —me giré al escuchar la voz de un chico, que no debía tener más de veinte años.

—Pues, se ve que sí.

—Tengo que llevarte a un sitio.

—¿Por qué? Yo no…

—Marco Antonio me ha pedido que te lleve; puedes fiarte de mí.

A ver, que era un chiquillo y tenía cara de buena gente, pero ¿no tenían muchos asesinos cara de niños buenos que no habían roto un plato en su vida?

Finalmente acabé siguiéndolo, y me llevó hasta el callejón que había allí cerca, abrió la puerta de un pequeño restaurante y me pidió que entrara y esperara.

Todo estaba a oscuras, no se veía absolutamente nada, y empezaba a tener hasta miedo.

Fui a sacar el móvil del bolso para encender la linterna, pero una voz me lo impidió.

—No lo hagas.

Me estremecí y miré hacia todos los lados sin ver nada, porque aquello estaba más oscuro que el cuarto aquel donde había follado con un desconocido.

—No veo un carajo —protesté.

—Así quiero que sea.

—¿Perdona? Pero, vamos a ver, que yo he venido para saber quién coño eres, ¿o te crees que me voy follando así porque sí a todo el que se me cruza por delante?

—Espero que no —murmuró en mi oído, y por Dios juro que no me dio un infarto por el susto, de puro milagro.

—Me cago en todo, no hagas eso —dije con la mano en el pecho, donde me latía el corazón tan rápido que parecía que se me iba a salir.

—Así que te has atrevido a venir —noté las yemas de sus dedos acariciándome el brazo—. Te dije que estabas mejor sin saber quién soy.

—¿Por qué te acercaste a mí la otra noche?

—Porque eres mi Cleopatra —murmuró en mi cuello y noté sus labios dejándome un beso.

—No me conoces.

—¿Eso crees?

—¿Me has estado siguiendo? —Fruncí el ceño y le miré por encima del hombro, pero no veía nada más que oscuridad.

Si era él quien me había estado haciendo sentir observada, me iba a dar algo.

—Dime qué sentiste el otro día cuando te besé —me pidió, y noté que pasaba el pulgar por mis labios.

Eso hizo que me estremeciera, y antes de que pudiera darme cuenta, tenía sus labios sobre los míos mientras me rodeaba por la cintura con el brazo.

¿Qué había sentido cuando me besó? Lo mismo que estaba sintiendo en ese momento. Algo que me parecía imposible porque jamás pensé que pudiera sentir algo así con unos besos que no fueran de Alexander.

Y antes de que me diera cuenta, ese hombre me había cogido en brazos y caminaba conmigo por aquella oscuridad. Me dejó sobre una mesa y siguió besándome mientras me subía la camiseta para masajear mis pechos.

No tardó en liberarlos y lamer los pezones hasta hacerme gemir. Su mano se adentró por el pantalón y la braguita y comenzó a tocar mi clítoris y penetrarme hasta que poco a poco, entre besos y gemidos me llevó al orgasmo.

Me dejó de pie en el suelo, hizo que me colocara de espaldas a él y, tras bajarme el pantalón y las braguitas, escuché que se desabrochaba el pantalón y solo unos segundos después le tenía dentro de mí.

Me mordisqueaba el hombro mientras me penetraba fuerte y rápido, sin parar, entrando y saliendo de mí una y otra vez, con la mano en mi cadera mientras la otra la mantenía entrelazada con la mía sobre la mesa.

Volví a llegar al clímax y él lo hizo conmigo.

Cerré los ojos mientras jadeaba recobrando el aliento y no entendía cómo me había vuelto a pasar aquello.

Cuando él se retiró, comencé a arreglarme la ropa mientras repetía que había sido un error, que no tenía que haber vuelto a pasar y que me tenía que ir de allí.

Caminé hacia donde esperaba que estuviera la puerta mientras buscaba el móvil en mi bolso y entonces me detuve al escuchar la melodía de una canción, seguida de la voz de Maluma.

"¿Cómo explicarle a la conciencia que esto fue mi culpa? ¿Cómo decirle al corazón que tú no volverás?"

No entendía nada, de verdad que no. ¿Es que me estaba poniendo música para bailar después de follarme?

La voz de Maluma y de Karol G. cantando su tema a dúo *"Créeme"*, me estaba dejando loca, porque eso era lo que yo sentía desde que había perdido a Alexander.

Y, entonces…

—Solo pido una oportunidad para demostrarte que lo nuestro es amor de verdad… —murmuró en mi oído aquella parte de la canción, y cuando encendí la linterna del móvil y miré, tenía a Alexander a mi espalda.

—¿Tú? —grité sin poder creerlo.

—No encontré otra manera de acercarme a ti —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Y para qué querías acercarte a mí? Has venido con tu jodida amante, Alexander, y te dejé porque me engañaste durante dos años —quería llorar, pero no podía dejar que me viera hacerlo.

—Te lo dije aquel día, no es lo que crees.

—¿Y qué se supone que es, Alexander? No trabajas donde me dijiste, no estábamos de alquiler porque esa puta casa es tuya, ¡tuya! —grité— Y te pasabas las mañanas en la cama de otra.

—No es así, Alba.

—No voy a creer nada de lo que me digas, nada, porque eres un mentiroso.

—No te fallé del modo que crees.

—Pero me fallaste, del modo que sea, lo hiciste. Hazme un favor —dije, conteniendo las lágrimas—. Si vas a quedarte con ella aquí el mismo tiempo que voy a estar yo, procura no cruzarte conmigo.

Fui hacia la puerta y, una vez que salí a la calle, me eché a llorar.

¿De verdad no me había dado cuenta de que era él? Madre mía, en la que me había metido así, sin comerlo ni beberlo.

Dos veces, dos putas veces había acabado follando con Alexander, ese que era mi ex y que estaba con otra. Joder, y ahora yo era la otra…

Capítulo 20



Me iba a volver loca, de eso no me quedaba ya ninguna duda.

Habían pasado dos días desde que fui a ese puente para ver con quién me acosté en la noche de la fiesta, y me llevé la sorpresa de que era Alexander.

Dos días en los que cada vez que salía a la calle esperaba no encontrármelo, y que no les había contado nada a mi hermana y a Elsa. Me llamarían de todo por haber sido tan gilipollas, pero es que no había reconocido la voz de mi ex, que el muy capullo se preocupó de cambiarla lo suficiente para que no lo reconociera.

Elsa había quedado con Fabrizio para comer y mi hermana se fue con la niña a casa de las abuelas; yo mentí diciendo que no me encontraba muy bien y me quedé en casa, cuando lo cierto era que necesitaba estar sola y pensar en lo idiota que había sido.

Estaba en la terraza fumando mientras me tomaba un café, cuando de nuevo vino Alexander a mi mente.

Suspiré y cogí el móvil para hacer algo que no debería, que me había prometido a mí misma no hacer cuando lo dejé, pero ahora…

Alba: *¿Por qué me hiciste eso? ¿Por qué durante dos años me mentiste? ¿Tan poco valía lo que teníamos? No lo entiendo, te juro que por más que lo pienso, por más vueltas que le doy, no lo entiendo. Siempre creí que estábamos bien, hasta que descubrí las mentiras. Jamás pensé que precisamente tú pudieras hacerme tanto daño.*

Me quedé mirando el texto que acababa de escribir, dudando en si enviarlo o no. Cerré los ojos, respiré hondo y, tras soltar el aire, pulsé enviar.

Que fuera lo que tuviera que ser, ya no había vuelta atrás.

Dejé el móvil en la mesa y seguí contemplando las vistas mientras me tomaba el café. Pero no dejaba de pensar en él, en todo lo que descubrí antes de recoger mis cosas y salir de esa casa en

la que habíamos compartido tantos momentos juntos.

Cerré los ojos unos segundos y escuché la llegada de un mensaje.

Alexander: *Si quieres, lo hablamos con un café; no tengo ningún problema. Pero deberá ser en un lugar concreto.*

Alba: *¿Es que no quieres que Patricia sepa que me has buscado para follar dos veces? ¿A ella también quieres tenerla engañada?*

Alexander: *No es por ella, me da igual si sabe que he vuelto a acostarme contigo. Solo quiero mantenerte al margen de mi trabajo.*

Alba: *También debiste mantenerme al margen de tu otra vida y tus mentiras; deberías haberme dicho la verdad desde el mismo instante en el que te follaste a otra la primera vez. Olvida que te he escrito.*

Entré en el apartamento y me preparé otro café.

Estaba claro que lo de enviarle un mensaje había sido una estupidez; no tenía que haberlo hecho.

Acababa de ponerme el café cuando llamaron al timbre. Fruncí el ceño porque estaba segura de que tanto Elsa, como mi hermana, se habían llevado las llaves, ya que teníamos dos juegos.

Lo que menos esperaba al abrir la puerta fue ver a Alexander allí, con una gorra y gafas de sol.

—No cierres —dijo al ver mis intenciones, y empujó levemente la puerta para colarse.

—¿Te has vuelto loco? —grité— ¿Qué cojones haces aquí?

—Hablar, porque no quiero que sigas pensando que soy un puto infiel y un cabrón de mierda —dijo agarrándome por los brazos—. No quiero que sigas pensando que te mentí y te fallé del modo que crees, porque no es así.

—Es que no te voy a creer, Alexander, ¿no lo entiendes? No voy a creer una sola palabra de lo que me digas porque has tenido tiempo más que suficiente para crear una mentira, una más de todas las que me has dicho durante dos años.

—Te he devuelto el dinero, te he dicho la verdad sobre eso, no viví a tu costa, jamás lo habría hecho porque te quería.

—Me querías —dije, y no pude evitar reírme con ese dolor que seguía sintiendo por todo lo que había descubierto—. Me alegra saber que ya no me quieres, o que dejaste de hacerlo en el

momento en el que Patricia se cruzó en tu vida. Qué idiota fui —reí mientras iba hacia la cocina —, no vi una maldita señal, no sospeché nada, qué ciega estaba —me apoyé en la encimera y cerré los ojos porque no quería llorar, no delante de él.

—Alba, no es lo que crees, de verdad —sentí su cuerpo a mi espalda y me estremecí cuando puso la mano en mi hombro—. Te juro que no es lo que parece.

—Todos los que son infieles dicen lo mismo, ¿es que no os cansáis de soltar la misma excusa?

—Te fallé, pero no de ese modo.

—Da igual, no quiero saber nada más. Y vete, por favor, no quiero verte.

—Quiero explicártelo, deja que lo haga.

—¿Qué me quieres explicar, Alexander? —grité, girándome, y quedando frente a frente— Dime, ¿qué me quieres explicar? ¿Cuándo la conociste? ¿Dónde? ¿Lo que te atrajo de ella? ¿El hecho de que me mintieras cada puta mañana desde que nos fuimos a vivir juntos con un trabajo que no tenías? ¿Qué me mintieras con esa casa que es tuya y no de alquiler? ¿De por qué en vez de ir a trabajar te ibas con ella? No quiero que me expliques nada, de verdad. Vete, por favor, vete antes de que llame a mi hermana.

—Sigue en casa de tu abuela —dijo, y fruncí el ceño.

—¿Nos estás siguiendo? Porque es lo que me faltaba, de verdad, confirmar que me sigues para tenerme controlada.

—Por favor, déjame que te explique —me pidió mientras me cogía ambas mejillas y me miraba fijamente.

Y volvía a ser ese hombre que tantas veces me miró antes, ese al que amaba con toda mi alma, al que deseaba con cada fibra de mi ser. Me quedé enganchada a esos ojos en los que siempre me gustó verme reflejada, esos en los que veía el brillo de lo que pensé era amor y ahora entendía que no eran más que mentiras.

—No quiero escuchar nada, Alexander, no quiero que sigas mintiéndome. Solo quiero que te vayas, que me olvides y que me permitas olvidarte.

—No puedo hacerlo, Alba, no me pidas eso porque te juro que no puedo —me acariciaba las mejillas y yo cada vez tenía más ganas de llorar—. No puedo olvidarte, porque cada parte de mí te recuerda a cada puto segundo del día. Porque te quiero, Alba, te quiero como no debería haberte querido nunca, pero lo hice. Estás aquí y aquí —se tocó la cabeza y después el corazón —. Te metiste en mi piel, te grabaste en ella a fuego. No debería haber sido así, no tendría que haberme enamorado de ti, pero lo hice. Así que no me pidas que te olvide porque no puedo.

—No estoy entendiendo nada, Alexander.

—Quiero contártelo todo, de verdad, amor, pero no puedo sin ponerte en riesgo ni comprometer mi trabajo.

—¿Qué trabajo? Te juro que me voy a volver loca, Alexander, de verdad. No te dedicas a lo que dijiste, allí no te conocía nadie, viví dos años en una mentira y sigues sin hablarme claro.

Cada vez tenía más ganas de llorar y me costaba la misma vida no hacerlo delante de él, no derrumbarme como estaba a punto de hacer. Alexander cerró los ojos unos segundos, cogiendo aire, y empezó a sonar su móvil. Lo sacó del bolsillo del pantalón y se apartó.

—Dime —se quedó escuchando—. Ok. Recibido.

Colgó y vi que se volvía a poner las gafas de sol y la gorra.

—Tengo que irme, tu hermana está de camino —dijo, y fruncí el ceño.

—¿De verdad no vas a decirme por qué coño me sigues? ¿Por qué nos sigues a mi hermana y a mí? —grité.

—No os sigo, cariño, os mantengo protegidas —murmuró volviendo a cogerme ambas mejillas y se apoderó de mis labios en un beso cargado de esa pasión y urgencia que tantas veces me dio durante esos dos años que estuvimos juntos—. Nada me importa más que tú, Alba, nada —dijo mirándome fijamente y se fue tras un último beso rápido en mis labios.

Me quedé allí de pie en la cocina sin entender nada, y cuando entró mi hermana, tuve que disimular para que no me notara rara.

Tiara corrió hacia mí y la cogí en brazos para comérmela a besos.

—¿Qué tal con las abuelas, cariño? —le pregunté mientras nos sentábamos en el sofá.

—Divertido —sonrió.

—Eso está bien —le di un beso en la frente.

—Mamá va a salir a cenar con Leonardo —me dijo Silvana, que se sentó después de guardar la cena en la nevera—. Se verán en un par de días.

—Bueno, quizás acaben como amigos.

—Yo lo único que quiero es que no le haga más daño del que haya podido hacerle. No me

parecía tan mal tipo, pero, no sé.

—¿Ves algo raro, como Elsa?

—¿Y si está con ella por su dinero?

—A ver, Silvana, que mamá tiene sus buenos ahorros, pero no es una rica heredera —me reí, y ella igual.

—Ya, pero, yo qué sé, es que te pones a pensar y, ya ves lo que se viene a la cabeza —suspiró.

—Leonardo no es que vaya mal de dinero, ya lo sabes.

—Ya, y se suponía que Alexander tampoco, y te sacó un pico durante dos años.

—Me lo ha devuelto —le recordé.

—Cierto, pero te tuvo engañada.

No iba a rebatirlo porque era cierto, pero dudaba que Leonardo estuviera con mi madre para sacarle el dinero.

Bañó a mi sobrina mientras yo escribía a Elsa para saber si iba a venir a cenar y cuando me contestó que sí, puse la mesa y calenté la lasaña que había traído Silvana de casa de mi abuela.

De nuevo pensaba en Alexander y no entendía nada de lo que me había dicho cuando se presentó aquí.

¿Por qué diría que nos estaba protegiendo? ¿De qué tenía que protegernos?

Nada de lo que me había dicho tenía sentido, al menos para mí.

Capítulo 21



Apenas había podido dormir en toda la noche pensando en la visita de Alexander, en ese misterio que envolvía cada una de sus palabras y el hecho de que insistiera en que quería explicarme todo.

No sabía para qué quería gastar tiempo y saliva en explicar algo que para mí no tenía explicación.

Me había engañado, ocultado cosas y hasta tenía una amante con la que pasaba cada mañana. Solo me habría faltado que tuviera un par de hijos y un perro para que el lote de familia feliz fuera completo.

Eran las siete de la mañana y ya estaba en la terraza tomando un café; todas dormían tranquilamente y yo, mientras contemplaba el amanecer en Venecia, ese que inmortalicé con el móvil, y después tomé otra foto de mi taza de café mientras amanecía para subirla a las redes.

La verdad es que estaba subiendo más fotos en estos días que en toda mi vida.

"Cada amanecer es una nueva oportunidad"

No puse más; cada uno que interpretara con esa frase lo que quisiera.

Para mí, cada amanecer siempre había sido una nueva oportunidad para agradecer al destino que pusiera a Alexander en mi camino, y ahora, en cambio, me dolía saber que el hombre al que tanto quería me mintió durante toda nuestra relación.

Lo peor de todo era que mi cuerpo seguía reaccionando a él, que con cada caricia me había estremecido y con sus besos seguía sintiendo esas mariposas en el estómago que revoloteaban cuando me tenía entre sus brazos.

Odiaba que fuera así, de verdad, y odiaba que mi mente quisiera olvidarlo y no pudiera hacerlo.

Pero lo tenía tan arraigado en mi corazón, lo quería tanto, que era imposible que me olvidara de él de la noche a la mañana.

Si ni siquiera habiendo tenido esos dos encuentros fugaces con quien yo pensaba que era un desconocido me había olvidado de él.

Dios, esto era de locos y lo peor es que una parte de mí quería respuestas, quería esas explicaciones que Alexander decía que me quería dar, pero otra parte simplemente se negaba a escucharlas.

Si al menos tuviera redes, podría saber qué hacía en Venecia, si estaba feliz con ella o no, pero muy feliz no debía estar porque me seguía, y me había buscado en dos ocasiones para tener sexo conmigo.

Ahora era yo la otra, y eso me hacía sentir que no valía nada para él.

Tras una hora allí sentada en la terraza, viendo Venecia cobrar vida, con sus gentes poniendo en marcha los negocios, entré para preparar el desayuno y tratar en la medida de lo posible de no pensar en él.

La primera en aparecer fue mi hermana, que llevaba a la peque en brazos.

—Buenos días. ¿Te has caído de la cama o qué? —preguntó al verme.

—Me desvelé, y para no despertaros…

—¿Otra vez con él en la cabeza? ¿O es por ese otro hombre misterioso?

—No es por nadie, solo que me desperté y ya —respondí mientras dejaba el pan tostado en la mesa.

Le preparó el vaso de leche con galletas a mi sobrina y cuando se levantó Elsa, nos sentamos todas a desayunar.

Mi hermana dijo que iba a salir con la niña de tiendas; quería comprar algunas cosas de recuerdo para su juez y la hija de este, y ya aprovechaba para comprar unos regalitos para la familia, porque nos veíamos poco, pero cuando lo hacíamos, siempre acabábamos dándonos algún que otro regalito.

Elsa iba a salir a pasar el día con Fabrizio; la veía feliz cada vez que hablaba de su veneciano y con ese brillo en los ojos que la delataba. Por mucho que no quisiera confirmarlo, mi amiga se estaba quedando pillada y no descartaba que la cosa acabara en relación, aunque fuera en la distancia.

Y cuando me preguntaron qué iba a hacer yo, pues lo tuve claro.

—Me llevo a mamá por ahí un ratito —sonreí.

—Le vendrá bien salir, eso seguro —dijo mi hermana.

—Así hablo con ella de Leonardo, quiero saber si está realmente segura de que, en caso de que él decidiera que quiere volver, ella lo haría.

—No me gusta ese hombre, de verdad os lo digo. No tiene una mirada limpia, chicas —dijo Elsa.

Yo no es que hubiera visto nada raro en Leonardo, pero si le hiciera daño a mi madre de algún modo, que le quedase claro que se las haría pagar todas juntas.

Después del desayuno nos vestimos para salir cada una por su lado, y cuando estaba llegando al *Vaporetto,* de nuevo tuve la sensación de sentirme observada.

Fui hasta la zona en la que vivían mi madre y mi abuela y, como no me esperaban, el grito de la abuela al verme debió escucharse a lo largo y ancho del canal.

—¿Qué haces aquí, hija? —preguntó mi madre, abrazándome.

—Recogerte para irnos por ahí las dos.

—Mira qué bien, así te da el aire —dijo mi abuela con una sonrisa—. Pero antes os tomáis un café y un trozo de bizcocho marmoleado que he hecho.

—No le voy a decir que no a nada —reí.

La abuela estaba haciendo la masa de la pasta casera; decía que iba a preparar varios recipientes para que se llevaran mis primos, que habían quedado en ir a comer hoy, y ya de paso para que me llevara yo al apartamento para la cena de esta noche.

Nos tomamos el café y el bizcocho y mientras mi madre iba por el bolso, la abuela me comentó lo de Leonardo.

—Sé que es mayorcita para hacer lo que quiera, pero no me gustaría que le hiciera daño, que bastante pasó por tu padre.

—No te preocupes que Silvana y yo no dejaremos que le pase nada.

—Ya estoy, cariño —miramos las dos hacia la puerta y sonreímos al ver a mi madre.

—Pues venga, que nos vamos a ver si ligamos —dije mientras me colgaba de su brazo.

—¿Ligar? ¿A mis años? Lo que me faltaba —resopló.

—¿Cómo qué a tus años? Pero si estás en la flor de la vida, Francesca —contestó mi abuela —. Si llego a saber que salís para ligar, me voy con ustedes.

—Mamá, por Dios —rio mi madre.

—¿Qué? Todavía tengo energía en este cuerpo —dijo con todo su arte mientras se pasaba las manos por él.

—Qué grande eres, abuela —reí.

Nos despedimos de ella y, una vez en la calle, fuimos hacia una de las tiendas que había por allí porque mi madre quería comprarle una muñeca a mi sobrina que vio uno de los días que se quedó con ellas.

Tras las compras, cogimos el *Vaporetto* para ir hasta la plaza San Marcos y callejeamos por las pequeñas tiendas donde acabamos comprando algunas cositas.

—Me dijo Silvana que vas a cenar con Leonardo —dije cuando íbamos de camino a comer en uno de los restaurantes.

—Sí, pero solo como amigos, o al menos es lo que podríamos ser.

—Mamá, ¿tú crees que esconde algo? —curioseé.

—¿Algo como qué, hija? Porque ya te digo yo que otra familia no tiene —sonrió—. No está casado, ni tiene hijos, y una amante, tampoco. Eso sí que me deja tranquila porque no me engañó con nadie. Puede haber algo que no me contaba, no digo que no, pero no sé qué podría ser.

—Al fin y al cabo, todo el mundo guarda algún secreto, ¿no? —sonreí.

—Eso dicen.

Nos acomodamos en una de las mesas de la *trattoria*, pedimos una botella de *Prosecco* y mientras lo traían, echamos un vistazo a la carta.

Acabamos pidiendo unos *bastoni di focaccia* como aperitivo, espaguetis carbonara para compartir y, como plato principal, unos solomillos a la crema.

Comimos mientras hablábamos de mi hermana, de lo mucho que nos habíamos decepcionado

con Javier, con lo buen hombre que era y lo mucho que quiso siempre a Silvana y a la niña.

Mi madre decía que debíamos tener las tres alguna maldición o algo porque no era normal que nos hubiera ocurrido lo mismo.

Yo simplemente pensaba que lo nuestro, era mala suerte, nada más.

Después de comer pedimos para el postre una crema de *mascarpone* con chocolate fundido, bizcocho y crujiente de chocolate que estaba buenísimo, además del café.

Y me costó que me dejara pagar, que anda que no era ella cabezona, pero al final fui más rápida sacando la tarjeta.

Al pasar por el canal me dijo que le apetecía ir a la isla de *Murano*, así que nos subimos a uno de los barcos que había para poder alquilar a modo privado, y nos acomodamos en él disfrutando del paseo.

El sol de la tarde iluminaba los canales de Venecia, bañando las aguas tranquilas en tonos dorados. Mi madre y yo íbamos hablando y riendo, recordando aquellos tiempos en los que Silvana y yo éramos pequeñas y pasábamos aquí los veranos, mientras disfrutábamos de la brisa fresca.

—No me extraña que decidieras mudarte, mamá —dije con una sonrisa—. Aquí se siente una en paz, en calma, y se olvida de todo.

—¿Y de todos? —preguntó.

—¿Todos?

—No me digas que ya has olvidado a Alexander.

Con solo escuchar su nombre, el corazón me dio un vuelco. Alexander... Olvidarle era imposible por mucho que lo intentara.

—Quiero olvidarme de él, mamá, pero es imposible. Ese hombre está bien metido en mi piel y en mi corazón.

—Todavía lo quieres —no lo preguntaba, era una afirmación, algo más que evidente, puesto que no había que ser muy listo para saber que me ponía nerviosa con solo hablar de él.

—No quiero quererlo, mamá, pero no sé cómo dejar de hacerlo.

—Cariño, nunca dejarás de querer a la persona que tu corazón escogió para tener un motivo por el que latir —dijo mientras me daba un apretón en la mano.

Iba a responder, pero en ese momento escuché el estrepitoso sonido de un motor resonando en el aire. No tardé en ver un bote negro, con los cristales tintados, apareciendo de repente a gran velocidad por detrás de nosotras.

El conductor del barco en el que íbamos empezó a mirar a todos lados y al ver el bote acercándose más a nosotros, comenzó a aumentar la velocidad.

—¿Le persiguen a usted? —preguntó mi madre, y él negó.

—No, señora, pero no sé qué quieren.

El hombre intentó maniobrar para cambiar la trayectoria por si, de casualidad, no estaban siguiéndonos realmente a nosotros y al dejarle pasar nos quedábamos atrás. Pero ellos aceleraron igualmente, girando al mismo tiempo que lo hacíamos nosotros.

Aumentaron la velocidad de nuevo y apenas unos segundos después estaban acercándose aún más que antes.

En el bote había varios hombres, todos vestidos de negro y con cara de pocos amigos. Uno de ellos sacó un arma y apuntó, pero escuchamos un estruendo tras nosotros.

Al mirar, vimos que se acercaba una lancha a gran velocidad, y poco después la teníamos tan cerca que el bote negro empezó a dispararle.

—Esto no puede estar pasando —dijo mi madre—. ¿Es que quieren robarnos, o algo?

—Mamá, no te muevas —le pedí, y nos quedamos las dos allí agachadas mientras el hombre que nos llevaba seguía girando para esquivar y despistar a los del bote negro.

La lancha que había aparecido después aceleró, pasándonos a ambos, giró cambiando de dirección y se lanzó para cortar el camino del bote negro, haciendo que se desviara de la trayectoria de tal modo que se fue alejando de nosotros.

El que conducía le dijo algo en italiano y a gritos al que llevaba nuestro barco, y tras un gesto de afirmación con la cabeza, giró para volver hacia la zona de la que habíamos salido.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Es mejor que volvamos, señorita, antes de que sufran algún daño.

—¿Quién diablos era esa gente? —grité.

—Delincuentes, eso seguro. Los otros debían ir tras ellos.

—Madre mía, ¿esto suele pasar a menudo? —curioseé.

—A veces —se encogió de hombros y no dijo más; claro que con esa respuesta no es que me hubiera quedado tranquila, la verdad.

Una vez en tierra firme y aún con el susto en el cuerpo, mi madre y yo fuimos a tomarnos un café para calmarnos un poco.

Ella se había quedado bastante callada y eso no podía ser bueno.

—Mamá, ¿estás bien?

—Solo sigo un poco asustada, nada más. Es que me pareció que a los hombres del bote negro los he visto en alguna parte, o se parecen a alguien que he visto.

—¿Estás segura?

—Ay, no, cariño, solo creo eso, pero seguro que es por el susto —suspiró.

—¿No serán admiradores tuyos que no saben cómo llamar tu atención? —dije con una sonrisilla y la ceja arqueada.

—Claro, es que dándome un infarto es la mejor manera de llamar mi atención, ¿a qué sí? —resopló.

—Desde luego, salir contigo de casa es un peligro, que todos quieren ser tus novios.

—Uy, lo que ha dicho —se llevó la mano al pecho, y acabamos las dos riendo.

Tras el café la acompañé de vuelta a casa de la abuela y de allí me vine con varios táperes de comida y hasta de bizcocho, y es que cuando la abuela se metía entre fogones, no había quien la parara si quería preparar comida para todos.

Quedé en que hablaría con mi madre para que me contara cómo iba la cena con Leonardo y me despedí de ellas para volver al apartamento, donde ya estaban Elsa, mi hermana y la niña esperando para ir duchándonos y cenar todas juntas.

Mientras me ponía el pijama después de ducharme, me llegó un mensaje de Alexander; decía que teníamos que hablar, pero no le contesté.

No quería saber nada de lo que fuera a contarme, y se lo había dicho el día que entró de ese modo en el apartamento.

Y si lo que pretendía era seguir viéndome a espaldas de la persona con la que estaba ahora, más valía que se quitara esa idea de la cabeza, porque no entraba en mis planes ser su amante, ni de nadie.

Capítulo 22



No podía dormir, y estar en la terraza del apartamento me había agobiado, así que decidí salir a dar un paseo a pesar de que era tarde.

Tal vez en el fondo de mi ser solo quisiera comprobar una teoría que se me había pasado por la cabeza y que no le había dicho a Elsa, ni a mi hermana, porque como poco me podrían llamar loca.

Pero ahí estaba esta idea dando vueltas, y yo queriendo comprobarla.

La ciudad parecía más silenciosa que de costumbre, como si el mundo entero se hubiese detenido para darle espacio a mis pensamientos. También es cierto que, siendo las doce y media de la noche, poca gente me estaba encontrando, solo aquellos que venían de tomar una copa después de cenar.

Caminaba lentamente por la calle, llegando al puente de *Rialto*, tal vez con la esperanza de encontrar a Alexander en ese lugar en el que me dijo la noche de la fiesta de disfraces que estaría.

El aire fresco acariciaba mi rostro mientras las sombras de los edificios se alargaban bajo las luces amarillas de los faroles.

Sombras, esas que parecían querer perseguirme constantemente desde que supe que el hombre con el que vivía, realmente era un completo desconocido para mí.

Porque después de mucho pensar en lo ocurrido, en lo que Elsa y yo descubrimos, no podía dejar de preguntarme si ese era su verdadero nombre o si también en eso me había estado engañando.

Porque con todas las mentiras que me había dicho en esos años, nadie podía asegurarme que también me mintiera en ese dato.

Recordaba la noche en la que nos conocimos como si hubiese sido ayer, ese momento en el

que sus ojos se encontraron con los míos, cuando se acercó para hablar conmigo y acabamos intercambiando los teléfonos después de una noche de charla, copas y algunos bailes.

Esa solo fue la primera noche de muchas otras, al igual que el primer beso que nos dimos solo fue el inicio a seguir compartiendo muchos más.

Suspiré y me apoyé en el muro del puente, contemplando el agua del canal, que brillaba tenuemente a la luz de la luna. El silencio era profundo, casi como un consuelo. Nadie pasaba por esta zona a estas horas de la noche y lo agradecí, porque en este momento necesitaba estar sola, sola con mis pensamientos.

Y en esos pensamientos estaba él, ese hombre al que no podía dejar de querer y me mataba seguir teniendo sentimientos por la persona que más me había fallado en la vida.

Todo era una mentira, todo cuanto viví con él en estos años no habían sido más que mentiras.

Lo del trabajo me daba igual, porque en realidad podría ser debido a que fuera un rico heredero que vivía de las rentas, cuyo miedo era que las mujeres estuvieran con él solo por el interés económico.

Pero no podía no pensar en que había estado con otra al mismo tiempo que conmigo.

Que, mientras que yo creía que estaba trabajando, en realidad pasaba las mañanas en casa de otra mujer, en su cama, besándola como me besaba a mí, acariciándola, haciendo todo eso que hacía conmigo por las noches.

No podía dejar de pensar en ello, y tampoco dejaba de doler el hecho de saber que había estado con otra y que ahora yo había sido la otra.

Un ruido hizo que me girara. Al principio pensé que era un gato o algún otro animal nocturno, pero cuando vi la figura oscura que se acercaba por el puente hacia mí, el corazón me dio un vuelco. Era un hombre, con la capucha puesta, acercándose con pasos rápidos y decididos.

Venía a por mí, no sabía por qué, pero sí tenía claro que yo era su objetivo.

Comencé a retroceder despacio, intentando mantener la calma. No quería parecer aterrada, pero el miedo comenzó a apoderarse de mí y notaba que me temblaba todo.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó aquel hombre, con una voz rasposa que provocaba cualquier cosa, menos calma.

Di un paso atrás, y él avanzó al mismo tiempo. Quise echar a correr, pero no iría muy lejos. Miré a un lado y a otro y lamenté que en este preciso momento no hubiera nadie cerca para pedirle ayuda.

—No se acerque —le pedí con voz temblorosa.

Él se rio echando la cabeza ligeramente hacia atrás, y ese sonido me hizo sentir aún más incómoda. Ahora no me quedaba la menor duda de que venía a por mí, y no sabía por qué.

—¿Qué pasa, *ragazza*? ¿Tienes miedo? —preguntó, avanzando despacio hacia mí, un paso tras otro, mientras yo seguía caminando hacia atrás para alejarme de ese hombre cuanto antes.

No podía verle el rostro con la nitidez que me gustaría, pero el modo en el que sonrió, ese gesto torcido en sus labios y el modo en el que me mostró los dientes al sonreír como si se tratara de un lobo en mitad de la noche a punto de comerse un pobre animal indefenso en el bosque, me dio auténtico terror.

Fue entonces cuando el miedo se transformó en pura adrenalina. Intenté moverme rápidamente, pero él ya estaba demasiado cerca de mí. Quise correr, de hecho, lo pensé y me dispuse a ello a pesar de que sabía que a ese hombre le iba a costar muy poco alcanzarme, y cuando iba a dar ese primer paso para salir de allí corriendo, la figura del hombre se abalanzó sobre mí.

Giré sobre mis talones para echar a correr y noté que me agarraba del pelo con tanta fuerza que grité al notar el tirón.

—No puedes huir, *ragazza* —dijo con desdén mientras yo llevaba las manos hacia atrás para intentar que me soltara.

—Si quieres robarme, coge lo que quieras y déjame ir.

—¿Robarte? —preguntó, y la carcajada que salió de su garganta resonó en el silencio de la noche.

Noté que el agarre perdía fuerza, como si tratara de cogerme mejor, y aproveché ese breve segundo en el que no me tenía sujeta, para correr.

—*¡Putana!* —le escuché decir, pero no paré ni miré atrás.

Seguí corriendo y acabé llegando a una de las calles cercanas, escuchando sus pasos acercándose, hasta que me alcanzó y noté que me cogía del brazo.

Grité con la esperanza de que alguien me escuchara, pero me cubrió la boca con la mano.

Seguí gritando mientras él me pedía que mantuviera la boca cerrada y comenzaba a caminar llevándome en volandas, pataleando para que me soltara.

Intentaba apartar su mano de mi boca con las mías, las llevaba hacia atrás para intentar

golpearle en la cara, arañarle o tirarle del pelo, lo que fuera que pudiera hacer con tal de que me soltara, pero era imposible; él seguía llevándome hacia el puente y mandándome callar.

Por más que luchara con todas mis fuerzas intentando liberarme, ese hombre era más fuerte que yo.

Tenía el corazón latiendo a mil por hora y lo único que quería era escapar, que me soltara y poder irme de allí.

Seguíamos avanzando hacia el puente, solo que, en vez de ir a él, giró hacia la derecha llevándome a una zona de embarcaciones, con la clara intención de meterme en una y hacer a saber qué, conmigo.

Me estaba quedando sin aire por tanto esfuerzo mientras mantenía mi boca cubierta, y justo cuando pensé que no podría más, escuché unos pasos rápidos acercándose. Él también lo escuchó, y al girarse para ver qué ocurría, vi una sombra corriendo hacia nosotros, esa que acabó cerniéndose sobre mi atacante, que me soltó de inmediato de tal modo que acabé cayendo al suelo.

No tardé en reconocer a la persona que acababa de llegar.

Era Alexander que, sin pensarlo, se lanzó hacia el hombre, apartándolo de mí con una fuerza que nunca habría imaginado que tuviera.

Mi atacante, confundido por lo que estaba pasando, intentó golpear a Alexander, pero este lo esquivó con habilidad y, en un par de movimientos rápidos, logró hacer que cayera a unos metros de nosotros. Se levantó sin dejar de mirar a un Alexander furioso como nunca antes lo había visto, y se fue corriendo.

Yo seguía en el suelo, temblando y con la respiración agitada por la falta de aire al tener aquella mano cubriendo mi boca, sin poder apartar la mirada de Alexander, que me observaba con una intensidad que nunca había visto antes.

—¿Estás bien? —me preguntó, con una voz suave, pero cargada de preocupación.

—Sí —respondí aún en *shock*—, gracias a ti.

Me ayudó a levantarme y noté su fuerte y poderoso agarre con el brazo alrededor de mi cintura. Aún estaba temblando por lo ocurrido y me costaba asimilar lo que había pasado, por no hablar de que noté un leve dolor en el codo y en la rodilla, y me quejé en protesta.

Alexander me miró y vio que tenía un pequeño raspón sangrante en ambos sitios, hizo un chasquido con la lengua y me cargó en brazos.

—Vamos a curar un poco esas heridas —dijo con los ojos fijos en los míos, con esa mirada que no dejaba lugar a una negativa por mi parte, por lo que me limité a asentir sin más mientras dejaba que me llevara con él.

Lo miraba y no reconocía al hombre que tenía delante, no era ese al que conocí que decía ser asesor inmobiliario, este era muy diferente, uno al que apenas le habían bastado unos pocos movimientos para quitarme a un tipo enorme de encima y hacerle caer al suelo como si no pesara nada.

¿Quién era Alexander en realidad? ¿Y cómo sabía que yo estaba en peligro en esta zona?

Llegamos poco después a un edificio en el que entró sin soltarme, subió por el tramo de escaleras hacia el segundo piso y abrió la puerta del apartamento de la izquierda.

Me estremecí al pensar que iba a ver a Patricia; ella estaría en ese apartamento, y yo… yo…

—No hay nadie más —dijo al cerrar la puerta detrás de nosotros, como si pudiera leer mis pensamientos, aunque lo cierto es que me había estremecido al pensar que la iba a ver.

Me sentó en el sofá antes de encender alguna luz y cuando lo hizo, vi que era un apartamento pequeño, tipo *loft*, y que no había nada femenino en ese lugar.

Entró en el cuarto de baño y regresó tan solo unos segundos después con un botiquín, cogió una de las sillas que había junto a la mesa y se sentó en ella, a mi lado, para comenzar a curarme el codo.

Protesté al notar que me escocía, y lo vi sonreír con disimulo.

Yo era una mala paciente para esto, que alguna vez me había cortado en casa con un cuchillo al trocear verdura, y cuando él me lo curaba, no hacía más que quejarme.

Curó el raspón de la rodilla y cuando terminó, sin decirme una sola palabra en ningún momento mientras trabajaba en ambas zonas, recogió todo y regresó al cuarto de baño para guardarlo.

—Gracias, ya puedo irme —dije haciendo el intento de ponerme en pie, pero no me dejó, pues volvió a sentarse en la silla a mi lado.

—¿Se puede saber qué hacías sola a estas horas de la noche en el puente? —preguntó apoyando los codos en sus rodillas.

—¿Y a ti qué te importa?

—Alba, han estado a punto de secuestrarte —dijo, muy serio.

—¿Secuestrarme? Por Dios, Alexander, ese hombre querría robarme o violarme, pero no secuestrarme. ¿Qué soy yo, la hija de un multimillonario? —Volteé los ojos— Mi padre ni siquiera se ha preocupado por nosotras desde que se fue con su amante.

—Alba…

—Cállate —le corté mientras me levantaba—. ¿Vas a explicarme qué hacías tú por allí? ¿Cómo sabías tú dónde estaba y lo que me pasaba? Porque no me creo ni por un segundo que pasaras por casualidad.

—No, no ha sido casualidad. Me han avisado.

—¿Te han avisado? —Fruncí el ceño— ¿En serio me estás haciendo seguir? Esto es surrealista —dije levantando ambos brazos mientras me movía por aquel salón.

—Te dije que os mantengo vigiladas.

—¿Es que te jodería verme follar con otro? Porque si es así, me importa una mierda.

—No es por eso, Alba, aunque no me gustaría, la verdad.

—Mala suerte, a mí no me gusta saber que mientras lo hacías conmigo, había otra con la que lo hacías por las mañanas. Y ahora me voy —fui hasta la puerta y la abrí, pero Alexander la cerró de inmediato apoyando la mano en ella.

—No te vayas, escúchame.

—No quiero escucharte, Alexander, no quiero oír las mentiras que vayas a contarme.

—Lo que había entre nosotros no era mentira, Alba —dijo en un leve susurro, apoyando su frente en mi cabeza—. Lo que sentía por ti era real, pequeña —noté su mano entrelazándose con la mía—. Tan real como que esta noche han podido hacerte algo, y creí que me moría.

—¿Dónde está ella ahora? —pregunté, y me maldije por pensar en la otra mujer que ocupaba su vida.

—No está aquí, es lo único que debes saber —apartó la mano de la puerta y cogió mi barbilla para hacer que lo mirase—. Estoy contigo, pequeña —dijo mirándome fijamente solo unos segundos antes de inclinarse y besarme.

Y estuve perdida desde ese mismo segundo, porque cuando Alexander me besaba, todo a mi alrededor desaparecía.

Me cogió en brazos y yo simplemente dejé que lo hiciera, que me llevara a la zona de

habitación donde me recostó en la cama y, sin dejar de besarme, comenzó a quitarme la ropa al mismo tiempo que mis manos le quitaban la suya.

Aquello no debería pasar y, sin embargo, deseaba que siguiera.

Lamió mis pechos, mis pezones, los mordisqueó y acarició cada centímetro de mi cuerpo con esas manos que tantas veces me habían tocado y llevado al cielo.

Fue bajando con sus labios por mi cuerpo dejando suaves besos, hasta que sentí la punta de su lengua deslizándose por mi clítoris.

Siguió lamiendo y haciéndome jadear, me penetró con dos dedos y comencé a moverme mientras el placer y el deseo me envolvían, consiguiendo que perdiera la razón y la cordura.

Me llevó a un orgasmo tan intenso como inesperado, y sin dejarme recobrar el aliento, me penetró con fuerza de modo que grité al sentirlo tan profundamente.

Sus labios se apoderaron de los míos sin piedad, con urgencia y esa necesidad que parecía tener Alexander. Clavé las uñas en su espalda y le arañé mientras seguía entrando y saliendo con fuerza, mientras yo misma me movía yendo a su encuentro, y apenas unos minutos después nos dejamos arrastrar por el clímax que liberamos al unísono.

Alexander apoyó la frente en la almohada, jadeando a mi lado, mientras yo recobraba el aliento con los ojos cerrados y pensando en lo que había vuelto a hacer.

Nos miramos y la realidad me volvió a golpear con fuerza.

Alexander me dio un beso rápido en los labios y se levantó para ir al cuarto de baño, momento que aproveché para vestirme.

En mi vida había tardado tan poco tiempo en hacerlo, de verdad, y antes de que él saliera, me fui de ese apartamento caminando por las silenciosas y casi desiertas calles de Venecia hasta que llegué a mi apartamento.

Había vuelto a cometer el error de acostarme con mi ex, y lo peor es que había confirmado que me seguía, si no él, alguien a quien Alexander se lo pidió.

Capítulo 23



Elsa y yo habíamos quedado para comer con Fabrizio y Luca; Silvana se iba a casa de la abuela porque mi madre quería darle la muñeca a mi sobrina, y ya de paso mi hermana les daba esos regalitos que también compró para ellas.

Hacía dos días del incidente en el puente en el que ese hombre estuvo a punto de robarme o violarme, porque la opción del secuestro, como me había dicho Alexander, no la contemplaba.

Él me envió un mensaje a la mañana siguiente para decirme que no esperaba que huyera, pero lo que no iba a hacer era quedarme en ese apartamento esperando a que apareciera Patricia.

Me intrigaba el hecho de que no hubiera estado allí, pero más aún el que él no me dijera dónde había dejado a su chica.

Por suerte, ni mi hermana, ni Elsa, se enteraron de mi pequeña salida nocturna, y no se enterarían porque yo no pensaba contarles nada.

Lo que sí las tenía intrigadas era el hecho de no saber con quién me había acostado la noche de la fiesta de disfraces, pero es que tampoco pensaba decirles quién era en realidad.

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a vivir aquí —dijo Elsa mientras caminábamos hacia el restaurante donde habíamos quedado con los chicos.

—Te veo como profesora de español al final —sonreí.

—¿Tú crees que yo podría dejarlo todo para venirme aquí?

—Por amor, uno hace cualquier cosa, Elsa.

—No estoy enamorada de Fabrizio.

—No, qué va —volteé los ojos—. No te has visto, guapa. Pero mira, te explico: cuando lo ves,

te brillan los ojos, se te pone una sonrisilla en los labios que te delata, y te salen unos colores, que ni Heidi.

—Gustarme, me gusta, pero nada más.

—Y yo estoy esperando que me admitan en un convento de hermanas Clarisas, no te jode —resoplé—. No pasa nada por admitir que te gusta y te has enamorado, es normal. Es un hombre atractivo y además tiene esa forma de ser que te gusta, vamos, que te ha conquistado de lleno.

—¿Y a ti, Luca?

—¿Qué pasa con Luca? —curioseé mientras doblábamos la esquina para llegar a la calle donde estaba el restaurante.

—Que si te gusta y te ha enamorado. Porque el chiquillo lo vale —sonrió.

—Sabes que no tengo ni cuerpo, ni corazón, disponibles para el amor.

—Pero te liaste con un tío esa noche, ¿le has vuelto a ver? ¿Sabes quién es?

—No, y mejor así —mentí.

Llegamos al restaurante y vimos a Fabrizio y Luca sentados en una mesa; sonrieron y se pusieron de pie para saludarnos. Sobra decir que el moreno le dio tremendo beso a mi amiga, de esos que dejan a una con las piernas flojas y ganas de más.

Nos sentamos y nos sirvieron las copas del vino que habían pedido; no tardó en aparecer el camarero con un plato de *bruschettas* variadas para empezar a abrir boca.

Y mientras comíamos les pregunté cómo iba el local y los dos sonrieron; no había duda de que marchaba bien y que todas las noches estaba lleno.

Entonces sacaron el tema de lo que había ocurrido unos días atrás en el canal, esa persecución entre dos embarcaciones en la que se vio envuelto un barco donde decían que iban un par de turistas.

Sabía que se referían a la que mi madre y yo presenciamos, pero no dije nada; me limité a escucharlos y seguir comiendo porque no quería que Elsa se asustara, que era capaz de pensar cualquier cosa, y ninguna buena.

Hasta que Luca comentó que, al parecer, por lo que habían dicho algunos testigos de los comercios de la zona, podía tratarse de un asunto entre bandas criminales.

Tampoco intervine, pero presté atención a cada palabra.

Nosotras no teníamos nada que ver con esas bandas, pero sin duda nos habíamos visto envueltas en la persecución, como podría haber sido cualquier otra persona.

Esto demostraba que había veces en la vida que se estaba en el momento y el lugar equivocados.

Después del plato de *risotto* que nos metimos entre pecho y espalda, como dijo Elsa, nos trajeron unos solomillos acompañados de pasta con salsa al *pesto* que estaba buenísimo. Y para el postre pedimos el famoso *tiramisú*, que en ese restaurante dijo Luca que era donde mejor lo hacían.

Mientras tomábamos el café, nos dijeron que pensaban dar una fiesta en el local, y le preguntaron a Elsa si les ayudaba con la organización.

—Pues claro, yo encantada de ser útil —sonrió—. ¿Cómo la queréis?

—Pues, en plan ibicenco, ya sabes, esencial que todo el mundo, vista de blanco —dijo Luca.

—Perfecto, pues yo os ayudo.

El camarero nos trajo un *limoncello* de cortesía y, tras un pequeño brindis, mi móvil empezó a sonar y al sacarlo del bolso vi que era mi madre.

—Hola, mamá —sonreí.

—Alba, hija —estaba llorando, y eso me puso en alerta.

—¿Qué pasa? ¿La abuela y tú estáis bien?

—Silvana, y la niña —dijo, pero no dejaba de llorar.

—Mamá, cálmate, por favor —le pedí, y vi que tanto Elsa, como los chicos, me miraban con preocupación—. ¿Qué les pasa a Silvana y la niña?

—Que se las han llevado, Alba. Iban a subir al *Vaporetto*, y alguien las cogió y las subió en un bote negro con los cristales tintados. Hija, no sé qué hacer. Me ha llegado un mensaje; no puedo llamar a la policía.

—¿Cómo que te ha llegado un mensaje, mamá?

—Hija, creo que todo esto tiene que ver con Leonardo —contestó sin dejar de llorar.

—No te muevas de casa, voy para allá.

—Cale, cariño.

—Alba, ¿qué pasa? —preguntó Elsa cuando me levanté, cogiendo el bolso para irme.

—No tengo ni puta idea, Elsa, pero si Leonardo tiene algo que ver, te juro que no respondo.

—Pero, no me dejes así, ¿qué te ha dicho tu madre?

—Tengo que irme, lo siento mucho, chicos.

—Sola no te vas a ir, mira cómo estás —dijo cogiendo su bolso.

—Voy a pagar, os veo en el *Vaporetto* —dijo Luca entrando al restaurante, mientras Fabrizio nos acompañaba a Elsa y a mí.

Ella seguía preguntándome qué me había dicho mi madre, y yo no podía decir nada, solo pensaba en que mi madre sospechaba de Leonardo y eso, eso me ponía mala.

Luca no tardó en alcanzarnos al venir corriendo desde el restaurante, y nos subimos los cuatro al *Vaporetto* para ir a la casa de mi abuela. Vi a Luca escribiendo en su móvil mientras Elsa seguía haciendo preguntas para las que no tenía respuesta, pero aún no le había dicho nada de que se habían llevado a mi hermana y a la niña; se lo diría cuando llegáramos a la casa.

Estaba de los nervios, de verdad, no podía dejar de pensar y preguntarme quién podría querer llevarse a mi hermana y a la niña, y relacionarlo con lo que me había pasado a mí dos noches atrás. Al final iba a tener que darle la razón a Alexander y no quería.

Y ahora que pensaba en mi ex, si se suponía que nos tenía vigiladas, ¿dónde coño estaba él o quien fuera que vigilaba a mi hermana para evitar que se las llevaran? Y a plena luz del día, por Dios.

Cuando bajamos del *Vaporetto,* fui casi corriendo hasta casa de mi madre, donde la encontré llorando sentada en el sofá. La abracé y comenzó a decirme que había visto cómo esos hombres la obligaban a subir al bote sin poner resistencia.

—¿Qué bote? —preguntó Elsa, y mi madre les contó a los tres lo que me había dicho a mí por teléfono.

En el momento en el que mi madre me dio el móvil para que viera el mensaje que le había llegado, lo leí sin entender por qué ella asumió que Leonardo podría tener algo que ver.

—Es el modo de llamarme, hija —contestó entre sollozos—. Solo él me llama, Chesca —dijo, haciendo alusión al diminutivo de su nombre.

—Sabía que ese hombre no tenía una mirada limpia, te lo dije —Elsa me señaló mientras se levantaba del sofá.

—Si les hace algo a mi hermana o a la niña, te juro que no me voy a España sin sacarle los ojos —dije.

—Eso como mínimo, yo le rompo las piernas —añadió Elsa.

—No puede ser él, que le hemos abierto las puertas de esta casa a ese hombre —comentó mi abuela.

—Alba, los del bote del otro día, esos que te dije que me sonaban, seguro que han sido los mismos.

—¿Qué bote? —Elsa frunció el ceño— Alba, no me digas que lo que nos han contado ellos de esa persecución, la viste tú.

—Estábamos en medio de esa persecución —contestó mi madre—. Pero ahora…

—¿Ahora qué, mamá?

—Ahora, no sé, pienso que puede que no fuera algo al azar, cariño. Puede que alguien tenga algo en contra de Leonardo.

—Y podrían haberte enviado el mensaje llamándote como él lo hace, para que sospeches de él, ¿es eso? —pregunté.

—Pues, es lo que estaba pensando, cariño —dijo mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

—¿Y quién iría en contra de Leonardo? A ver, que siempre he pensado que ese hombre escondía algo, pero ¿tanto como para que alguien secuestre a la hija y la nieta de su expareja? —preguntó Elsa.

Fabrizio y Luca seguían allí de pie, mirándonos a las cuatro, sin decir una sola palabra y dedicándose miradas el uno al otro. Y yo solo podía pensar en un lugar al que ir en ese momento, porque si él estaba tan pendiente de nosotras, ¿cómo era posible que se hubieran llevado a mi hermana y la niña?

Cogí el bolso y le di un beso a mi madre, pidiéndole que, por favor, no llamara a la policía hasta que yo no regresara.

Elsa me llamó, gritó pidiéndome que parara, pero no lo hice. Fui hacia el *Vaporetto* y subí en él para llegar hasta la plaza San Marcos donde nos alojábamos, y una vez allí, caminé hasta el

puente de *Rialto* para ir al apartamento de Alexander.

Llamé a la puerta con golpes al mismo tiempo que al timbre; no iba a parar hasta que me abriera o se fundiera, una de las dos, y la puerta se abrió.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Patricia con el ceño fruncido al verme.

—Vengo a ver a Alexander —la empujé y entré al apartamento, donde encontré a Alexander.

Estaba solo con un pantalón de chándal gris; ella llevaba solo una camiseta, así que no hacía falta ser una experta para saber que habían follado.

—Alba, ¿qué…?

—¿No se supone que nos tienes vigiladas? —grité, cortándole— Aunque ya veo que eso queda en un segundo plano cuando se trata de follar con ella —señalé a Patricia.

—¿Qué pasa, pequeña? —Se acercó a mí, con el rostro cargado de preocupación.

—Pasa, que alguien se ha llevado a mi hermana y a mi sobrina, a plena luz del día, mientras mi madre no ha podido hacer nada —contesté, y vi que Alexander miraba a Patricia con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué la miras a ella? Es por haber estado follándotela por lo que se las han llevado.

—No puede ser, se suponía que… —escuché hablar a Patricia, pero dejé de hacerlo en cuanto salió del apartamento.

—¿Dónde coño va medio desnuda? ¿Es que no tiene decencia, pudor ni vergüenza?

—Va al apartamento de al lado, que es donde se aloja ella.

—¿Cómo? ¿No se aloja aquí, contigo?

—No, esto es solo… a ratos.

—Ah, que solo os juntáis para follar, pues qué bien —resoplé.

—Alba, solo me he acostado contigo desde que nos conocimos, con nadie más.

—Vamos a dejar ese tema, de verdad, porque me interesa más saber qué ha pasado con mi hermana. ¿Me has mentido también en eso de que nos vigilabas?

—No, no mentí. Os tengo vigiladas a todas desde el mismo momento en el que llegasteis a

Venecia. Ni siquiera pensé que fueras a venir, pero cuando lo supe…

—¿Cómo lo supiste, Alexander? —le corté— Dime, ¿cómo supiste que venía a Venecia?

—Tenemos que irnos —dijo Patricia entrando en ese momento, ya vestida.

—Estamos hablando —protesté.

—Luego seguís, pero ahora tenemos que irnos, y con urgencia.

Miré a Alexander y soltó el aire antes de ir a la zona de la habitación; se quitó el pantalón de chándal quedándose en bóxer delante de las dos, y se vistió apresurado para coger sus cosas y salir.

—¿En serio te vas así, y ya? —grité, siguiéndolo a la puerta— Se han llevado a mi hermana y a mi sobrina, y la otra noche casi me llevan a mí. ¿Qué está pasando, Alexander?

—Te juro que voy a darte respuestas, pequeña —dijo mientras me agarraba ambas mejillas entre sus manos y me miraba fijamente—. Pero ahora tengo que irme. Espérame mañana a mediodía en la plaza San Marcos, y te lo contaré todo.

—Sin mentiras —dije en apenas un susurro, y con ganas de llorar por todo lo que estaba pasando y viviendo.

—Sin mentiras, te lo prometo —se inclinó y sentí sus labios sobre los míos en un leve roce que pronto pasó a ser un beso de los que nos dejaban con ganas de más.

—Tenemos que irnos —dijo Patricia, y Alexander se apartó, apoyando su frente en la mía.

—Mañana a mediodía en la plaza, ¿de acuerdo?

—Vale —murmuré.

—Vete a casa de tu abuela, Elsa y tú quedaos allí al menos hoy, por favor.

—¿Y si intentan…?

—No van a intentar nada contigo, pequeña, te van a seguir como si fueras la hija de algún multimillonario —dijo haciéndome un guiño, repitiendo las palabras que yo había dicho la otra noche.

Salimos del apartamento y ellos bajaron prácticamente corriendo las escaleras hasta llegar a la calle. Una vez que salí, ya no los vi, por lo que fui directa al *Vaporetto*.

Elsa me llamó para ver dónde estaba y le dije que iba de camino a casa de la abuela, donde ella aún seguía, gracias a Dios.

No sabía por qué estaba haciendo caso a Alexander, pero era la única persona a la que se me había ocurrido acudir después de que él viera cómo alguien me asaltó en mitad de la noche y quiso llevarme.

Aquello no tenía sentido; Leonardo nunca nos pareció un mal hombre como para que estuviera metido en algo que hiciera que quisieran llevarse a mi hermana y mi sobrina, por mucho que Elsa pensara que el exnovio de mi madre no tenía una mirada limpia.

Y ese modo en el que Alexander me había mirado, cómo me dijo que iba a contarme todo y sin una sola mentira más. Le creí, porque en sus ojos vi algo parecido al miedo, pero la pregunta que me hacía era: miedo ¿a qué y por qué?

¿Qué era lo que iba a contarme? ¿Por qué me había mentido durante todos estos años?

Capítulo 24



Había sido la peor noche de nuestras vidas, con diferencia.

Mi madre no dejaba de preguntarse qué pasaba con Leonardo para que alguien se llevara a mi hermana y mi sobrina.

Fabrizio y Luca no se movieron de la casa hasta bien entrada la noche, cuando nos fuimos las cuatro a dormir. La abuela les ofreció quedarse; tenía habitaciones de sobra, pero ellos dijeron que volverían a vernos por la mañana.

En lo que a Alexander respecta, no había sabido nada de él desde que salió corriendo con Patricia de su apartamento. Y no sabía a qué vino tanta urgencia, ni por qué tuvo ella esa reacción al escuchar lo que le dije a mi ex.

Por más vueltas que le daba al asunto no encontraba una explicación, y de tanto pensar estaba saturada y volviéndome loca.

La mañana había sido desastrosa; mi madre quiso llamar a Leonardo para saber si tenía algo que ver y me costó mucho convencerla de que no lo hiciera, que necesitaba hasta el mediodía de hoy para poder averiguar algunas cosas.

Ni siquiera le había dicho a Elsa que cuando salí tan aprisa el día anterior fue para ver a Alexander; ya le contaría todo cuando tuviera las respuestas que quería.

Fabrizio y Luca llegaron a la casa de mi abuela hacía poco más de una hora, y el saber que estaban con ellas me hacía quedarme un poco más tranquila para salir y encontrarme con Alexander donde me había citado.

Por suerte, siempre había algo de ropa de mi prima en casa de la abuela, por lo que cogí unos vaqueros y una camiseta para cambiarme de ropa después de una ducha rápida con la que intenté quitarme un poco esa pesadez y cansancio que notaba en el cuerpo.

Y cuando Elsa me vio con el bolso al hombro, se levantó del sofá como si le acabara de picar

un escorpión en el culo.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Voy a salir.

—Eso ya lo veo, pero ¿a dónde?

—Tengo algo que hacer.

—Hija, ¿te vas? —preguntó mi madre, apareciendo en ese momento.

—Tiene algo que hacer, dice —contestó Elsa—. Y no sé qué puede ser más importante que quedarte aquí quietecita para evitar que te secuestren como a Silvana y la niña.

—Otra con el secuestro —resoplé, murmurando por lo bajo.

—¿Otra? —Arqueó la ceja.

—Me voy, no tardaré en volver.

—Una mierda, sola no vas —cogió su bolso.

—Elsa, necesito que te quedes aquí.

—¿Podéis decirle algo, a ver si os hace caso? —les pidió a Fabrizio y Luca, que se miraron del mismo modo en el que lo habían hecho el día anterior cuando supieron todo lo de mi hermana y lo de la persecución en la que estuvimos mi madre y yo presentes.

—Ya soy mayorcita para irme sola, y estaré bien —dije, recordando que alguien, sin que yo pudiera verle, estaría vigilándome y velando por mi seguridad, o al menos eso esperaba porque era lo que quería creer de lo que me había dicho Alexander.

—Fabrizio, dile algo, por favor.

—No puedo obligarla a que se quede, no tiene diez años.

—Gracias —dije, y Elsa resopló.

—Hija, no salgas sola —me pidió mi madre.

—Estaré bien, ¿de acuerdo? —le di un beso en la mejilla.

Salí de la casa y fui a coger el *Vaporetto* para que me llevara hacia la plaza San Marcos. Iba nerviosa y no podía dejar de mirar a mi alrededor, observando a cada hombre por si era quien me seguía para mantenerme vigilada.

Algunos de ellos cruzaban la mirada conmigo y me sonreían, gesto que devolvía mientras seguía preguntándome si alguno sería el que había enviado Alexander a vigilarme.

Bajé cuando llegamos y caminé hacia la plaza buscando a Alexander con la mirada, no tardé en verlo de pie a unos metros, con las manos en los bolsillos, y lo reconocí de inmediato a pesar de que llevaba la gorra y las gafas de sol.

—Hola —dije cuando llegué a su altura.

—Hola —sonrió levemente—. ¿Estás bien? —Se acercó a mí, pero no me tocó, tan solo podía sentir su mirada sobre mí a través de las gafas.

—Eso creo. ¿Me está siguiendo alguien a quien has enviado?

—Sí, te mantienen siempre a la vista y a salvo.

—¿Y por qué ayer se las llevaron?

—Vamos a un lugar más tranquilo —dijo, haciendo un leve gesto con la cabeza, y comenzamos a caminar por la plaza.

Me notaba nerviosa, y no era para menos, porque no saber si alguien podría volver a asaltarme como la otra noche, o si optarían por llevarme a donde fuera que tenían a mi hermana y mi sobrina, me preocupaba.

Y caminando acabamos llegando poco después a un pequeño callejón apartado del bullicio. Alexander abrió la puerta de un acogedor bar donde apenas había tres mesas ocupadas, el camarero tras la barra y una camarera sirviendo.

Nos sentamos y saqué el móvil del bolso para mantenerme ocupada y distraída.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó.

—Un refresco —dije mirándolo y ya se había quitado la gorra y las gafas.

No tardó en venir la chica para tomarnos nota, y pidió dos refrescos.

En el momento en el que nos quedamos solos, lo escuché suspirar y, por primera vez desde que lo conocía, lo vi nervioso y diría que hasta preocupado.

No dijo nada, y yo tampoco; simplemente nos quedamos allí sentados en silencio, hasta que nos trajeron los refrescos y, tras dar el primer trago, por fin habló él.

—Alba, hay algo que necesito contarte —dijo mientras me miraba fijamente, con la voz más grave y el tono más serio que nunca antes había escuchado—. Lo que te pasó la otra noche no fue simple casualidad.

—Imaginaba que estaría relacionado con lo de mi hermana.

—Y con lo que ocurrió en el canal el día que ibas con tu madre.

—¿Sabías eso?

—Te dije que os tengo vigiladas desde que llegasteis.

—¿Qué está pasando, Alexander?

—No sé ni cómo empezar —suspiró.

—Pues, por el principio.

—Soy policía, Alba, policía infiltrado —dijo mirándome fijamente, y en ese momento juro por Dios que me quedé sin aire en los pulmones—. Estoy aquí por trabajo, como te dije.

Me quedé allí sentada en silencio sin saber qué decir ni cómo reaccionar, procesando las palabras que acababa de escuchar. ¿Ese hombre que tenía delante, con quien había vivido los últimos años, era un policía infiltrado?

—No lo entiendo —fruncí el ceño—. ¿Por qué no me lo contaste antes? ¿Por qué me mentiste con lo de tu trabajo?

—Alexander suspiró de nuevo, como si le costara encontrar las palabras adecuadas con las que contarme la verdad, los motivos por los que me había mantenido al margen de eso.

—No podía, es algo demasiado complicado.

—¿Por eso me asaltaron la otra noche? ¿Es por eso que tienen a mi hermana y a la niña? ¿Alguien te ha reconocido y al vernos contigo…? Dios, Alexander, me voy a volver loca —me llevé ambas manos a las sienes; empezaba a notar una presión en la cabeza demasiado fuerte.

—Necesito que me escuches atentamente, por favor, pequeña —me pidió cogiéndome la mano por encima de la mesa, y lo miré—. Voy a explicártelo todo, solo te pido que me escuches.

Asentí, di un sorbo a mi refresco para quitar esa sequedad que notaba en la garganta, y él soltó el aire con más fuerza mientras se preparaba para contarme lo que fuera que iba a decir.

—Estoy infiltrado en la mayor red de narcotráfico de hachís entre España y Venecia, y llevamos años detrás de los cabecillas. Leonardo Zannetti es el mafioso más grande de Venecia, además de la pareja de tu madre —abrí los ojos al escucharlo, porque jamás, ni en mis peores pesadillas, habría imaginado que Leonardo fuera un narcotraficante—. La casa donde vivimos no es mía de verdad, simplemente cuando nos infiltramos, la agencia pone esas viviendas a nuestro nombre para no levantar sospechas. Debemos ser cautelosos y que no nos descubran. En cuanto a Leonardo, cuando supimos que su pareja tenía hijas en España, la operación dio un giro; teníamos que acercarnos a alguna de vosotras y, bueno, Silvana estaba casada y con una hija, no era una opción.

—Y yo, sí —murmuré, entendiendo que no me había conocido por casualidad.

—Hubo agentes siguiéndote durante semanas, y cuando supimos que saldrías con tu amiga a celebrar tu cumpleaños, aprovechamos la oportunidad para acercarnos.

—Me mentiste —dije con la voz rota y una opresión en el pecho que no me dejaba respirar—. Me mentiste esa noche, y todas las demás. Has fingido muy bien lo de estar enamorado de mí.

—Alba, eso no era fingido. Al principio solo debía acercarme, saber cuándo iría Leonardo a España, poder tenerlo vigilado también allí como estaba aquí; no debía involucrarte más de lo necesario, pero a medida que te fui conociendo, me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Ya has visto que no te he robado el dinero, estaba ahí para poder comprar una casa juntos, como siempre dijimos.

—¿Y Patricia? ¿También tenías que conocerla a ella para seguir a Leonardo?

—Ella es mi compañera, también está infiltrada. Y el piso al que iba con ella era para poder coordinar todo con los agentes que llevan la operación desde aquí.

Me sentía tan mal en este momento, con toda esta información revoloteando en mi cabeza, que tuve que beber un buen trago del refresco porque se me estaba empezando a bajar la tensión.

No me podía creer lo que acababa de escuchar, de verdad que no, me podría haber imaginado cualquier cosa, menos esto.

—Entonces, a Silvana y a la niña se las han llevado porque alguien de la organización sabe que eres policía, ¿no?

—No, se las han llevado los hombres de Leonardo.

—Pero ¿por qué?

—Quiere recuperar a tu madre. Creemos que ella podía sospechar algo; habló con un viejo conocido suyo de instituto, que ya es un policía retirado, y puso sobre aviso a algunos de los policías que conocía. A él le pedimos que no le contara la verdad, que solo le dijera algo para que ella se alejara y se sintiera segura, y el detonante fuisteis Silvana y tú.

—¿Qué le contó ese expolicía de Leonardo a mi madre?

—Una mentira. Le dijo que le había visto con otra mujer, y habiendo pasado ya por lo mismo con tu padre, pues…

—Optó por dejarle y no contarnos nada a nosotras —asumí—. Entonces, el mensaje que le enviaron a mi madre, sí era de Leonardo.

—Sí. Quiere presionarla para que vuelva con él; la necesita por algo que aún desconocemos.

—Si mi madre se entera de la verdad, creo que le dolerá mucho más que el hecho de haber creído que él también la engañaba con otra.

—Pequeña, si le dijo eso fue porque sabíamos que se alejaría de él y no querría seguir averiguando nada.

—La que va a flipar es Elsa —resoplé.

—Ella sería una buena agente —sonrió—. Hizo todas las averiguaciones pertinentes para desenmascararme.

—¿Por qué no me lo dijiste el día que me marché de la casa? Tal vez lo habría entendido, Alexander; se trataba de la seguridad de mi madre.

—No sabía cómo hacerlo —contestó apartando la mirada.

—Y optaste por la vía fácil, la de hacerme creer que estabas con otra.

—Lo siento, de verdad. Pero no te mentí ayer, nunca me he acostado con otra desde que empecé contigo.

—Tú sí sabías lo que hacías, yo estaba ajena a todo. Para mí, la nuestra era una relación real. Para ti, solo era trabajo.

—Al principio sí, pero me enamoré de ti, y sigo enamorado como el primer día.

—Si no hubiéramos descubierto nada de eso, seguiría viviendo una mentira, Alexander, eres consciente, ¿verdad?

—Te lo habría contado, no sé cómo, ni cuándo, pero lo habría hecho —su móvil empezó a sonar, se disculpó y atendió la llamada—. Dime. Vale, nos vemos en el apartamento, vamos para allá —dijo a quien fuera que estaba al otro lado, y colgó—. Tenemos que irnos —sacó un billete de la cartera y lo dejó en la mesa antes de ponerse de nuevo la gorra y las gafas.

Quise decirle que no, que yo me iba a casa de mi abuela, pero en vez de eso, lo seguí fuera del bar, caminamos por las calles de Venecia hasta llegar al edificio donde estaba el apartamento en el que él se alojaba, y subimos.

Cuando abrió la puerta vi que Patricia ya estaba allí, y en la ventana había un hombre, de espaldas a la puerta.

—¿Ya se lo has contado? —le preguntó Patricia, y Alexander asintió— ¿Y?

—Está aquí, y con eso me vale —contestó, y Patricia me dedicó una leve sonrisa—. Oliver — cuando escuché a Alexander decir aquel nombre, fruncí el ceño.

Y la sorpresa que me llevé fue aún mayor cuando el hombre se giró, y vi ante mí al juez con el que hablaba mi hermana.

—Lo siento, pero gracias por venir.

—No me jodas, Alexander, se suponía que las vigilabas. ¿Por qué crees que te avisé de que venían? —gritó, y ahí me enteré de que se lo había dicho él, dado que seguro que mi hermana se lo había contado al juez.

—Estaban vigiladas, pero cogieron a nuestros hombres desprevenidos. Los encontraron en un callejón cerca de la casa de la abuela; los habían sedado.

—¿Dónde las tiene? ¿Dónde tiene ese hijo de puta a Silvana y a la niña?

—Cálmate, ¿quieres? Alterándote no las vamos a recuperar antes.

—No me pidas que me calme, que llevamos años detrás de esa escoria y se ha llevado a Silvana.

—Estás enamorado de mi hermana, de verdad —dije al ver el brillo en sus ojos y el modo en el que la rabia cubría su rostro. Ese hombre quería a Silvana y ni siquiera se habían dado un simple beso.

—Como no pensé que me enamoraría después de perder a la madre de mi hija —me confesó.

—¿También te acercaste a ella por esto? —pregunté— ¿Fue por la operación contra Leonardo y quien quiera que es su socio en España?

—No, la conocí por casualidad, pero cuando Alexander se enteró y me dijo quién era ella, tu hermana ya me gustaba demasiado como para dejar de verla.

—¿Por qué tuviste que ponerla en el compromiso de que nos hablara sobre él? —le recriminé a Alexander.

—Porque el exmarido de tu hermana blanquea dinero en la gestoría del padre para el socio de Leonardo, por eso. Y cuanto antes os contara todo, antes se libraría de ese cabrón que sí la estaba engañando.

—Creo que me voy a desmayar —dije acercándome al sofá para sentarme, y Patricia vino enseguida.

—¿Quieres un refresco? Tienes mala cara —me dijo, y la miré con sorpresa—. Oye, que no soy tan hija de puta como he tenido que fingir que era —sonrió—. El capullo es Alex —lo llamó por el diminutivo, pero no me gustó—, que para una norma que tenemos en el curro, va, y se la pasa por el forro de los bajos —suspiró.

—¿Una norma? —Fruncí el ceño.

—No enamorarnos de alguien que forma parte del trabajo de la misión en la que estamos. Y él está pillado hasta las trancas —se encogió de hombros—. Voy por un refresco, que me parece que se te está bajando la tensión.

Asentí, la vi ir hacia la cocina y no tardó en regresar con un refresco fresquito que me sentó de maravilla.

Claro que, cuando llamaron a la puerta poco después y vi aparecer a Elsa con Fabrizio y Luca, pensé que me desmayaba de verdad cuando nos contaron a las dos que ese par de venecianos formaban parte del equipo de policías infiltrados que llevaban el operativo desde aquí.

Aquello debía ser un mal sueño y lo estaba compartiendo con mi mejor amiga; no le encontraba otra explicación, porque todo lo que me había contado Alexander, desde el minuto uno, me parecía algo absolutamente increíble.

Capítulo 25

Después de que Alexander me contara todo, y de que pusiéramos a Elsa al corriente, esa tarde fuimos a casa de mi abuela para hablar con mi madre y contarle lo que estaba pasando.

No se podía creer que Alexander nos hubiera mentido a todos durante este tiempo, pero menos aún creía que ese hombre que le había hecho creer de nuevo en el amor jugara con ella y sus sentimientos.

Dijo que sospechaba que había algo raro en su vida porque un día le vio hablando con una gente que no le dio buena impresión, de ahí a que contactara con ese viejo amigo suyo del instituto que ya era policía retirado.

Al decirle Alexander que, si Leonardo se había llevado a Silvana y la niña y le mandó un mensaje a ella, era porque la necesitaba de algún modo. Mi madre no sabía por qué podía querer que ella volviera a su vida, pero no dudó en hacer lo que la policía le pedía.

Leonardo Zannetti era un tipo de la peor calaña, por lo que nos habían contado los chicos. Ya de joven era uno de los chicos para todo de un hombre influyente en Italia, uno de esos miembros de familias de dudosa reputación cuyo dinero salía del narcotráfico y de otros muchos negocios poco ortodoxos.

Era hijo de uno de los hombres de confianza del jefazo de la organización, y poco a poco Leonardo fue subiendo escalones hasta que llegó a ser uno de esos hombres de confianza y, como el jefazo no tenía hijos, y tampoco sobrinos que siguieran con su legado de negocios turbios, lo dejó todo en manos de Leonardo.

Llevaba al frente de todo desde hacía casi tres décadas, y salvo esos policías corruptos a los que pagaban para quitarles los marrones de encima, el resto iba tras él y los suyos para hacerles caer.

Muchos de esos policías, así como jueces, a lo largo de esos años habían perdido a algún familiar o amigo por los negocios de Leonardo, al igual que pasaba en España, y todos los agentes que querían verlos a él y al otro cabecilla caer estaban dispuestos a hacer cuanto

estuviera en sus manos para conseguirlo.

Y aquí estábamos al día siguiente de que mi madre supiera la verdad, todos en casa de mi abuela, reunidos alrededor de la mesa donde mi madre estaba sentada con el móvil sobre ella.

—Ya sabes, Francesca —le dijo Patricia con una sonrisa amable—. Cuando hables con él, tienes que mostrarte tranquila, que no te vea nerviosa o sospechará.

—Vale —dijo ella con un suspiro.

—Francesca —la llamó Alexander, que estaba tras ella junto a Oliver—. Es importante que sepamos por qué te necesita de vuelta.

—Tengo que hacerle hablar, lo sé.

—Eso es.

—Lo vas a hacer muy bien, Francesca, ya lo verás —le dijo Elsa—. De aquí nos metemos todas a policía, vamos a ser las tres como Los Ángeles de Charlie.

A mi madre le salió una risilla y Elsa nos hizo un guiño. Nadie como mi mejor amiga para conseguir que, de algún modo, mi madre se relajara un poco.

Cogió el móvil, marcó el número de Leonardo y el policía que formaba parte del equipo de Fabrizio y Luca que estaba con nosotros, puso en marcha el dispositivo de escucha y grabación para no perdernos nada de lo que dijera él.

—Chesca, me alegra que me llames —dijo Leonardo al descolgar.

—En tu mensaje decías que, si quería volver a ver a mi hija y a mi nieta, te llamara hoy. ¿Dónde están Silvana y la niña?

—Están bien, por el momento, y es lo que debes saber.

—Leonardo, ¿qué está pasando? ¿Por qué esos hombres se las llevaron? También nos persiguieron a Alba y a mí hace días por el canal, ¿qué ocurre? Creí que había quedado claro que no íbamos a volver.

—Tú eres la que no quiere volver, yo sigo queriendo estar contigo.

—No me lo pareció cuando recogía mis cosas de tu casa, que te fuiste al bar.

—Ya te dije que habían pasado algunas cosas que me tenían distraído. Pero lo que tú y yo

teníamos, no puede morir.

—Verás, que al final el narco va a resultar que es un romántico —murmuró Elsa a mi lado, volteando los ojos.

—¿Y por eso has tenido que llevarte a mi hija y a mi nieta? No entiendo nada, Leonardo.

—Para empezar, no me las he llevado solo porque sean tu familia, sino porque sé que ellas son importantes para una persona que, si no me equivoco, debe estar contigo en estos momentos.

Nos miramos todos unos a otros sin saber a quién se estaba refiriendo, y era imposible que supiera que todos ellos fueran policías. Entonces, pensé que tal vez se refería a mí, pero él volvió a hablar para sacarnos de dudas.

—Señor juez, ¿está disfrutando de la visita a mi ciudad? —le preguntó a Oliver.

—No estoy aquí precisamente para hacer turismo, Zannetti —contestó Oliver.

—Una pena, porque tenemos rincones dignos de visitar. Y si usted está ahí con Chesca, imagino que también habrá algún que otro policía.

—No llamé a la policía —le dijo mi madre.

—No, tú no, pero Alba sí habló con ellos, ¿verdad?

Cerré los ojos y suspiré, porque no podía creerme que ese hombre supiera que mi novio, o el que había sido mi novio hasta hacía apenas unas semanas, era policía infiltrado.

—Sé que tienes un viejo amigo del instituto que era policía —le dijo a mi madre—, ha indagado sobre mí, y me imagino que Alba habrá ido con alguna historia a la policía.

—Si les pasa algo a mi hermana o a mi sobrina, Leonardo, te juro que no me vuelvo a España hasta hacer que estés bajo tierra o entre rejas —dije con rabia, y noté las manos de Alexander en mis brazos.

—Curioso que me amenaces, cuando estuve a punto de traerte a ti también primero.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Leonardo? —le preguntó mi madre.

—Hace unos meses te pedí que me guardaras algo.

—Varias tarjetas de memoria, sí —respondió ella—. Ya ni me acordaba.

—Las necesito, son mi salvoconducto y las quiero de vuelta.

—¿En qué estás metido, Leonardo? Y peor aún, ¿en qué nos metiste a mi familia y a mí?

—Ya sabes a lo que me dedico, que estoy seguro de que el señor juez te ha puesto al corriente de todo. No van a derrocarme como hicieron con mi antecesor y marcharse de rositas.

—No tenías que haber involucrado a mis hijas y mi nieta en esto; es tu guerra, no la nuestra.

—No iba a hacerlo, pero a veces en la vida todos hacemos cosas que no nos gustan. Quiero que me lleves esas tarjetas a…

—Mi madre no te va a llevar una mierda —le corté—. Si eres hombre y tienes los huevos que hay que tener, ven tú a por ellas.

—Si me expongo, estoy perdido, y no solo yo, todas lo estaríais.

—Espera, que ahora igual me dices que te las has llevado para ponerlas a salvo —resoplé—. No me jodas, Leonardo, que eso no hay quien se lo crea.

—No lo creerás, pero es la verdad. Las puse a salvo, como quería haberos puesto a tu madre y a ti cuando mis hombres fueron en ese bote por el canal, o la otra noche cuando estabas sola.

—Tienes razón, no me lo creo. ¿Dónde te llevo las tarjetas?

—Hija —miré a mi madre y le pedí que no dijera nada.

—¿Vas a entregármelas tú? —me preguntó Leonardo.

—Sí, no voy a dejar que mi madre vaya a ningún sitio, porque no me fío de ti. La has tenido engañada durante tanto tiempo, que nadie me asegura que no vayas a intentar llevártela, y que mi hermana y mi sobrina no sean más que un cebo para conseguirlo.

Se quedó en silencio durante unos segundos y pensé que se habría cortado la llamada, pero el tiempo en la pantalla del móvil de mi madre seguía corriendo.

—Le mandaré a tu madre por mensaje la dirección para que me las entregues —dijo, y cortó la llamada.

—No vas a ir, Alba —rugió Alexander.

—Ahora mismo no eres quién para darme órdenes. Me mentiste, te acercaste a mí solo por interés, me hiciste creer que teníamos un amor de verdad, preferiste hacerme pensar que me

engañabas con otra en vez de contarme la verdad, me buscaste en esa fiesta de disfraces y acabamos follando; hasta tres veces hemos follado aquí mientras seguía pensando que estabas con otra.

—¿Qué? ¿Él es el hombre misterioso? —escuché que preguntaba Elsa, pero no contesté.

—Así que, con todas las mentiras que me has dicho desde el minuto uno en el que nos conocimos, no te atrevas a darme una sola orden porque no soy uno de los policías de tu equipo. Voy a ir, te parezca bien o no, y no vas a impedírmelo.

—Yo voy con ella —dijo Luca, y lo miré.

—Voy organizando el operativo —informó Fabrizio, que ya estaba con el móvil en la mano.

—Alba…

—No, Alexander. Ni Alba, ni mierdas. Estamos metidas en esto por las mentiras de los hombres en los que hemos confiado. ¿Crees que a mi hermana le gustará saber que el hombre con el que se casó trabajaba para esta gente? ¿Crees que le gustará saber que fue por eso por lo que Leonardo se acercó a mi madre, porque la vio un día de lejos y se encaprichó con ella?

—¿Qué has dicho, hija? —preguntó mi madre.

—Lo siento mucho, mamá, de verdad siento que te hayas enterado así. Leonardo sabía quién eras cuando os conocisteis, porque Javier es un maldito hijo de puta que trabaja blanqueando dinero para Leonardo y sus socios de España; le llamaste la atención y te conquistó porque se encaprichó de ti. No fue casualidad que lo conocieras, como tampoco lo fue que Alexander se acercara a mí el día de mi cumpleaños. Nada de lo que hemos vivido en estos años ha sido casualidad.

—Madre mía, me faltan las palomitas —dijo Elsa, la miré y al ver que se encogía de hombros con una sonrisilla, me tuve que reír al tiempo que negaba.

—Pues sí, amiga, nos faltan las palomitas, porque desde luego que esto podría ser el guion de una película. Tenemos mentiras, mafiosos, narcos, policías…

—Policías sexis, no te olvides —me cortó, y hasta Patricia tuvo que aguantarse la risa.

—Cuando te llegue el mensaje con la dirección, me lo dices. Por lo pronto, dame esas tarjetas de memoria que quiero ver qué mierda tiene ese hombre como salvoconducto para que nadie le derroque y se vaya de rositas —le pedí a mi madre, que se levantó para ir a buscarlas.

Desde luego que jamás me habría imaginado que yo, una simple diseñadora gráfica, me iba a ver envuelta en un operativo policial para acabar con la mayor red del narcotráfico de hachís que

se movía entre España y Venecia.

Capítulo 26



Leonardo no le envió ningún mensaje a mi madre en todo el tiempo que estuvimos en casa de la abuela, pero sí que pudimos revisar las tarjetas de memoria que le estaba guardando.

Allí había pruebas suficientes para acabar con toda la organización, incluido el cabecilla en España y sus hombres.

Estaba claro que Leonardo Zannetti le temía a alguien, puesto que no creía que la muerte de su antecesor fuera un simple accidente. Pensaba que alguien lo había matado para hacerse con el poder, pero no contaba con que él había puesto a Leonardo al frente de todo y, dos muertes tan seguidas, habría resultado sospechoso.

Y durante casi treinta años habían estado bajo las órdenes de Leonardo, hasta que finalmente decidieron que no valía para seguir al frente de todo.

Elsa se había ido al apartamento de Fabrizio, y como Luca estaba en el mismo edificio, la tenían vigilada y protegida.

Mi tía Lía fue a casa de la abuela a comer y, al ver allí a tanta gente, entre ellos el que sabía que ya era mi exnovio, decidimos contárselo todo, al igual que hicimos con mi tío y mis primos. Todos acordaron que no dejarían sola a mi madre y a la abuela, aunque hubiera tantos policías pendientes de todas nosotras en todo momento, por lo que mis tíos se quedarían unos días en casa de la abuela, y mis primos irían a comer y cenar por turnos.

Yo me vine al apartamento, sola, pero sabiendo que había policías vigilándome y velando por mi seguridad.

Quería mantenerme distraída y no pensar en todo lo que teníamos encima, porque de verdad que iba a volverme loca.

Me había pasado toda la tarde trabajando en el portátil, concentrada en algo que no fuera pensar en Leonardo, el daño que le había hecho a mi madre con sus mentiras y el que Alexander me había hecho a mí.

También estuve mirando el móvil a cada poco tiempo con la esperanza de que mi madre me enviara un mensaje para decirme que Leonardo le había mandado la dirección, pero no había noticias al respecto, y seguía preguntándome si mi hermana y mi sobrina realmente estarían bien o no.

Incluso me sentí tentada de llamarlo yo misma y pedirle la maldita dirección para ir asegurándome de que lo haría sola, sin policía, pero sabía que eso no le gustaría a cierto mentiroso que había en mi vida.

Iba a prepararme un sándwich para cenar cuando llamaron al timbre.

—Genial —resoplé al ver a Alexander al abrir la puerta—. ¿Has venido a asegurarte de que estoy aquí? Porque imagino que tus hombres te tendrán bien informado.

—Vengo a hablar contigo.

—No quiero hablar. Puedes irte.

—Alba, maldita sea —dijo mientras sujetaba la puerta para que no le diera con ella en las narices.

—Es que no sé por qué quieres que hablemos, si ya está todo dicho.

Lo dejé entrar y fui a la cocina mientras él cerraba la puerta. Saqué un par de refrescos y le di uno, nos sentamos en el sofá y esperé a que hablara.

—Ahora ya sabes la verdad.

—Tarde, pero sí.

—No podía contártelo antes, Alba.

—He vivido una mentira. Eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

—No era una mentira, el amor que había entre nosotros era real.

—Eso pensaba, pero no me conociste por casualidad, sabías quién era yo desde el principio. Jugabas con ventaja, Alexander, eso lo entiendes, ¿verdad?

—No contaba con que me iba a enamorar de ti. Pensé que sería cosa de un par de meses, pero cuanto más tiempo pasaba contigo, cuanto más te conocía, más me gustabas. Y no quería perderte.

—Debiste decirme la verdad, al menos así habría podido avisar a mi madre de que estaba viviendo con un cabrón sin sentimientos reales por ella.

—No podía, pequeña —me dio un leve apretón en la rodilla—. Si te hubiera dicho algo, habría acabado poniendo la operación en peligro, y llevamos mucho tiempo detrás de esa gente.

—¿Sabíais lo del marido de mi hermana antes de que Leonardo se acercara a mi madre?

—No —respondió de inmediato—. Sabíamos que en España había alguien ayudando al cabecilla, pero no de quién se trataba. Hasta que vimos a Leonardo reunirse con el marido de tu hermana, y después se acercó a tu madre.

—Qué engañados nos ha tenido Javier a todos —suspiré.

—Lo siento por tu hermana, de verdad.

—Silvana no ha tenido nada que ver con todo eso —dije mirándolo seriamente—. Más vale que no la involucréis.

—Ella está fura de todo esto, no te preocupes.

Asentí, y me quedé mirando hacia la terraza.

Tenerlo tan cerca en este momento, estando los dos a solas, no era una buena idea en absoluto.

—Alba, sé que no lo hice bien —dijo en tono bajo, y sentí las lágrimas queriendo salir.

—No, no lo hiciste bien, Alexander.

—Pero no te fallé de la manera que pensabas.

Cogí mi refresco y lo levanté sin dejar de mirarlo.

—Un brindis por todas tus mentiras —dije antes de dar un sorbo, porque desde luego mentiras me había contado, y muchas—. Da igual que no me fueras infiel, me fallaste y es lo que importa —me senté con los pies en el sofá, abrazándome las rodillas y apoyando la barbilla en ellas.

—Pequeña —susurró mientras me pasaba el brazo por los hombros y se acercaba más a mí—. Lo que sentía por ti, lo que siento, es real.

—Tú lo viviste de un modo muy diferente al mío, Alexander. Yo creía que era real, pero no es así.

—Lo era, y lo sigue siendo.

—Ni siquiera me has contado la verdad hasta que no has tenido más remedio. Incluso la noche de la fiesta de disfraces me engañaste, no me dijiste que eras tú, dejaste que me acostara con un completo desconocido para mí.

—No podía acercarme a ti sin que los hombres de Leonardo nos vieran. Ese hombre os tenía vigiladas igual que nosotros en todo momento. Fue el único modo de poder estar contigo.

—Dejaste que Patricia me hablara de aquel modo, y tú también me atacabas.

—Era lo que debía parecer, no sabes lo cerca que teníais a esa gente todo el tiempo.

—Y pensar que fingisteis no conoceros, Fabrizio, Luca y tú —suspiré—. ¿De verdad son hermanos y ese local es suyo? ¿El padre les dejó el edificio que tienen alquilado?

—Sí, todo eso es cierto. Ese local es una buena tapadera, allí van muchos de los hombres de Leonardo. Algunos han trapicheado por las noches y los han podido detener.

—No me puedo creer que sean policías, de verdad.

—Pues son de los mejores de aquí. Cuando Oliver me dijo que Elsa y tú vendríais, los puse al tanto; los quería cerca de vosotras para protegeros y que estuvierais lejos de la operación.

—Pues Elsa se ha liado con Fabrizio, y yo casi me lío con Luca.

—Lo tenía terminantemente prohibido —dijo—. Nadie podía acercarse a ti de ese modo.

—O sea, que tú podías follarte a otra, pero yo no podía liarme con otro, eso es un poquito neandertal por tu parte —volteé los ojos.

—¿Neandertal? —soltó tal carcajada que me costó la misma vida no reírme, pero acabé dejando escapar una risilla— Si fuera un neandertal, ahora mismo te cargaría en mi hombro y te llevaría a la cama para follarte hasta el agotamiento.

—No tienes las narices suficientes para hacer eso, porque sabes que me puedo poner a patalear y de manera accidental, golpearte en la entrepierna.

Me levanté y fui hacia la cocina, se me había acabado el refresco y necesitaba otro para mantener las manos ocupadas.

Di un buen trago antes de volver al salón y, cuando lo hice, Alexander estaba de pie esperándome. Creí que se iba, pero en lugar de eso, acortó la distancia y llevó la mano a mi nuca, atrayéndome hacia él para apoderarse de mis labios.

Y como siempre que sentía ese contacto, todo a mi alrededor se desvaneció para dar paso al deseo y las ganas de sentirle.

Alexander lo sabía, y no le costó nada cogerme en brazos y hacer que le rodeara con mis piernas por las caderas. Ni siquiera llegamos a la habitación, los dos sentíamos la necesidad y la urgencia de hacerlo, y de hacerlo ya.

Se sentó en el sofá conmigo sobre sus piernas y comenzó a quitarme la ropa, al mismo tiempo que yo se la quitaba a él.

Sus besos y caricias me hicieron jadear, sus manos masajearon mis pechos consiguiendo que gimiera, y sentí sus dedos pellizcándome los pezones, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza.

No tardó en llevar su mano a mi zona, acariciando con dos dedos entre mis labios vaginales, estimulando el clítoris de tal manera, que comencé a moverme sobre él, sintiendo aún más esa excitación que poco a poco iba en aumento.

Me penetró y gemí en su boca mientras llevé mi mano a su miembro, ese que encontré duro, caliente y palpitante, y al mismo tiempo que él me tocaba a mí, yo lo tocaba a él, subiendo y bajando la mano por toda su longitud, escuchando el modo en el que sus leves gemidos salían de lo más profundo de su garganta.

Seguí moviéndome sobre él mientras me penetraba más y más rápido con esos dos dedos que amenazaban con llevarme al orgasmo antes de lo que esperaba.

Y así fue, me corrí con fuerza mientras me movía y lo masturbaba, hasta que retiró la mano de mi vagina y guio su miembro erecto hacia ella, penetrándome con fuerza y hasta lo más profundo de mi ser.

Me agarró por las caderas y fue guiándome en todo momento, moviendo mi cuerpo para que sintiera sus embestidas. El sonido de nuestros cuerpos chocando se mezclaba con mis gemidos, esos que eran amortiguados por los besos que me daba.

Hasta que me aparté y comencé a gemir y gritar mientras le rodeaba con mis brazos por los hombros, mirándolo fijamente a los ojos, entregada al momento y a él, como tantas veces nos habíamos entregado antes.

Volví a alcanzar el clímax y él lo hizo conmigo, llegando al unísono a ese momento de absoluto placer.

Nos besamos sin que se retirara, manteniendo su miembro dentro de mí, y comencé a moverme de nuevo al tiempo que él llevaba sus manos por todo mi cuerpo, acariciándome y haciendo que me excitara.

Volvimos a hacerlo allí, y después una vez más en mi cama, hasta que acabamos exhaustos y jadeando, abrazados el uno al otro.

—¿Y ahora qué, Alexander? —pregunté en apenas un susurro, mientras lo tenía entre mis piernas, recostado sobre mi pecho.

—Ahora lo único que quiero es estar contigo, pequeña —dijo mientras me miraba fijamente y yo le acariciaba las mejillas—. No importa lo que pase, no importa quién se interponga. Quiero que estés a mi lado.

Me dio un beso en el vientre antes de trepar sobre mi cuerpo para besarme en los labios y abrazarme con fuerza.

Capítulo 27

El amanecer estaba a punto de despuntar sobre Venecia, y hacía más de media hora que estaba sentada en la terraza del apartamento tomándome un café, observando cómo los primeros rayos de sol tocaban las aguas tranquilas de los canales.

Todo esto me estaba superando, de verdad, y no podía dejar de pensar en que ese maldito Leonardo tenía a mi hermana y a mi sobrina en algún lugar, sin saber qué estarían haciéndoles. Él decía que era para protegerlas, que había hombres de su organización que querían acabar con él y que una de las maneras de hacerlo sería usándonos a nosotras.

No sabía si creerle o no, pero estaba claro que no le iba a dejar salirse con la suya, ya tenía la dirección donde debía entregarle esas tarjetas de memoria y debía ser hoy.

Escuché pasos y no tardé en ver a Alexander llegar, me dio un beso en la mejilla y se sentó a mi lado.

—Hoy es el día. Vamos a traer a Silvana y a la niña de vuelta.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? ¿Y en él? —sabía que mis palabras eran duras, pero la pregunta no salía de mi boca por mera rabia; era el miedo el que me impulsaba a hacerla.

—Te lo he demostrado, Alba. Lo que más quiero ahora es que estés a salvo —respondió con los ojos fijos en los míos.

La tensión entre nosotros era palpable. No solo estábamos luchando contra un enemigo, sino también con nuestros propios sentimientos, algo que yo no podía ignorar.

Nos quedamos allí en silencio hasta que amaneció por completo. En ese momento entré a darme una ducha y a vestirme. Cuando salí, me dijo que Fabrizio y Luca ya tenían todo prácticamente organizado para el operativo; no querían dejar nada al azar, así que se emplearon a fondo para que nada de esta noche fallara.

Después de desayunar, me acompañó a casa de mi abuela; tanto mis tíos como mis primos

estaban allí y querían ayudar. Lorenzo dijo que vendría conmigo, que no quería que fuera sola, pero Alexander le aseguró que no iba a estar sola en ningún momento.

—Habrá policía por todas partes, y uno de mis hombres irá con ella —dijo Alexander.

—Si Leonardo ve a Alba con la policía, mi prima está perdida.

—Lorenzo, no voy a dejar que a Alba le pase nada.

—Más te vale, o juro que te hundo la vida —le advirtió mi primo a Alexander.

El resto del día lo pasé con mi madre y mi abuela, las dos diciéndome que por favor tuviera cuidado, que no se fiaban de Leonardo y que, si nos la había jugado una vez a todos, podría volver a hacerlo.

Alexander se fue con los chicos para hablar sobre el operativo y coordinar todo, y a mí las horas se me hicieron eternas, hasta que por fin regresó para recogerme y que fuéramos al lugar donde Leonardo y yo íbamos a encontraros para entregarle las tarjetas.

—Hija, ten mucho cuidado, por favor —me pidió mi madre, mientras me abrazaba, con las lágrimas queriendo salir de sus ojos, pero manteniéndolas a raya para que yo no me pusiera nerviosa.

—Lo tendré. Y ya ves que no voy sola, tengo a lo mejorcito de la policía española y veneciana cuidándome —le hice un guiño y sonreí.

—Alexander, por favor, trae a mis nietas de vuelta a casa —le pidió mi abuela.

—Te lo prometo, Giorgia —contestó con seguridad.

—Si lo haces, te concedo la mano de Alba.

—Te tomo la palabra —sonrió él.

—Abuela, no puedes concertar mi boda, así como así —protesté.

—He vivido ya muchos años, como para saber cuándo hay amor del de verdad entre dos personas. Y vosotros estáis enamorados, hija.

Salimos de casa de mi abuela y yo lo hacía con un único pensamiento, el de volver con ellas y traer a Silvana y la niña conmigo.

La oscuridad había caído, y el aire fresco de la noche abrazaba la ciudad. La lancha donde

íbamos Alexander, Fabrizio, Luca, Patricia y yo, se deslizaba sigilosamente por los canales, acercándose a la zona donde había pedido Leonardo que fuera para el intercambio. O al menos yo esperaba que él cumpliera con su palabra y mi hermana y mi sobrina estuvieran allí.

Los sonidos del agua rompían el silencio, y el bullicio lejano de la ciudad parecía un murmullo distante.

Estaba nerviosa, tanto que notaba cómo mis dedos apretaban el borde de la lancha, mientras miraba a mi alrededor. Cada sombra, cada ruido, me parecía un presagio de que algo malo podría ocurrir esta noche.

—Alba, confía en mí —me susurró Alexander, acercándose a mí para abrazarme desde atrás —. Estamos cerca. Lo haremos bien.

Antes de que pudiera responder, un grito desgarrador resonó en la distancia. Era Silvana, mi hermana, y ese fue un grito desesperado que me heló por completo.

—¡¡Silvana!! —grité poniéndome en pie, con el corazón acelerado.

—¡Cálmate! —me pidió Alexander mientras me abrazaba con fuerza, mirando a su alrededor en busca de algo, pero yo no sabía qué— Es una trampa —dijo más para los demás que para mí.

El sonido de motores de lanchas y voces graves se acercaba rápidamente, y eso no era buena señal. Varios hombres aparecieron en el otro extremo del canal, con pistolas en mano, rodeando la lancha donde vi que estaban mi hermana y mi sobrina retenidas. Podía verlas a las dos, atadas, mi hermana con los ojos desorbitados de miedo y mi sobrina llorando, atemorizada igualmente.

Pero aquellos que las rodeaban, ¿eran hombres leales a Leonardo, o los que querían derrocarle?

—¡No os acerquéis más! —gritó uno de los hombres, apuntando su arma hacia mí directamente—. No las hagáis sufrir más.

Sentí que me faltaba el aire, que no podía respirar. El miedo me envolvía, pero al ver a mi hermana y mi sobrina allí, supe que no podía retroceder.

—¡No voy a dejar que les hagan daño! —grité mirando a Alexander, que estaba al borde de perder la calma.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó, y en sus ojos vi que era consciente de que no había tiempo que perder.

—Lo que sea necesario —respondí.

La situación estaba cada vez peor. La lancha en la que habíamos venido estaba atrapada entre la lancha de los mafiosos y los muelles cercanos. No había forma de escapar sin poner en peligro a mi hermana y a la niña, y todos lo sabíamos.

Y entonces vi que Leonardo aparecía frente a nosotros, con cara de pocos amigos, bajo el brillo de las luces de la ciudad. Ahora que lo veía de noche y sabía a lo que se dedicaba, podía ver su verdadera esencia, esa que Elsa había captado mucho antes que ninguno. Era un hombre alto, de rostro severo, con una expresión de poder absoluto, y él lo sabía.

—¿De verdad pensabas que podrías tomarme el pelo, niña? —me preguntó con voz grave— Estás tan equivocada. Yo siempre he estado un paso por delante, incluso cuando todos pensasteis que podíais engañarme.

—Déjalas, tengo lo que quieres —grité sin poder controlar el miedo que me seguía apretando el pecho.

—Me las vas a dar igualmente, y esos policías no van a hacer nada para detenerme.

Y mientras Leonardo se acercaba a mi hermana, que intentaba proteger a la niña aun estando las dos atadas, Alexander saltó hacia adelante, enfrentándose a los matones que nos rodeaban, haciendo que el caos estallara de inmediato.

El sonido de disparos resonó a través del agua, las luces de los barcos titilaban y la confusión reinaba en el aire en medio de la noche veneciana.

—¡Alba, corre! —gritó Alexander, mientras él, así como Fabrizio, Luca y Patricia, se enfrentaban a los hombres de Leonardo— ¡Ve con ellas!

Quería hacerlo, y no podía moverme, algo en mi interior me paralizaba. Pero antes de que pudiera reaccionar, vi cómo uno de los matones se acercaba peligrosamente a ellas con la intención de hacerles daño. La ira se apoderó de mí en ese momento y, sin pensar, corrí hacia la lancha donde las tenían, rezando para que no me dispararan por error.

Cuando vi que Leonardo estaba a punto de coger a la niña para llevársela, solo con la intención de hacernos más daño a todos, salté sobre él, empujándolo hacia el agua.

—¡No te atrevas a acercarte a ella! —grité furiosa, mientras veía cómo Alexander y los demás se hacían con la situación y conseguían reducir a los otros hombres.

Llegué hasta ellas, las desaté y abracé a ambas mientras la niña lloraba, temblando por el miedo.

No tardamos en oír más lanchas acercándose y esta vez eran de los buenos, policías a los que Alexander y los chicos habían avisado y que llegaban como refuerzo.

Todos, incluido Leonardo, fueron detenidos. Mi hermana me dijo que en los planes de Leonardo estaba coger las tarjetas y dejar Venecia para siempre; un cambio de identidad y de vida en otro país era lo que quería, sin nadie que le amenazara con matarle, porque iba a enviar esas pruebas a la policía para que detuvieran a los demás.

Pero él iba a estar entre esos detenidos, de eso no me cabía la menor duda.

Una vez en tierra firme, miré a Leonardo con ese odio y asco que sentía por haber engañado a mi madre y haberle hecho daño como lo había hecho.

Lejos de parecer arrepentido, me pareció que sonreía, y eso me revolvió aún más el estómago, por lo que me acerqué a él.

—Mi madre te quería, fuiste la única persona que le devolvió la ilusión después de lo que le había hecho mi padre, y se lo pagaste con mentiras —dije tratando de no perder la compostura.

—No soy el único que ha mentido, al parecer el policía te utilizó bien para llegar hasta mí —sonrió con desdén.

—Espero que te pudras en la cárcel y que no vuelvas a ver la luz del sol el resto de tus días —dije apartándome.

Apenas había dado un par de pasos cuando un grito atronador se escuchó en la silenciosa noche.

—¡¡Alba, cuidado!!

Me giré al escuchar a Alexander, vi que corría hacia mí, y cuando vi que el arma que había conseguido quitarle Leonardo a uno de los policías pasaba de apuntarme a mí a apuntar a Alexander, no dudé ni por un segundo.

Corrí para interponerme entre él y la pistola. Alexander comenzó a estirar los brazos para tratar de apartarme, pero no iba a llegar, y los dos lo supimos en el mismo momento en el que un disparo resonó en mitad de la noche…

Me desperté lentamente, sintiendo el peso de los párpados como si estuvieran hechos de una tonelada de plomo.

El zumbido en mis oídos era constante, un eco sordo que parecía querer conectarme con la realidad. Un pitido bajo, y otro, y otro más, y el hombro… Por Dios, el hombro derecho me ardía como si estuvieran atravesándome con un hierro candente.

Me costó abrir los ojos más de lo que pensaba, pero cuando lo hice, el brillo de las luces de lo que sin lugar a dudas era la habitación de un hospital, me hizo entrecerrarlos de inmediato.

La habitación tenía una luz fría, hospitalaria, pero algo se sentía demasiado raro. No podía entenderlo al principio, hasta que, al mover la cabeza, noté que no estaba sola.

Alexander. Allí estaba él, sentado en una silla junto a la cama, mirando hacia mí con una expresión en la que se mezclaban la preocupación, la fatiga y lo que parecía ser alivio.

Intenté sonreír, pero el dolor del hombro fue como una corriente eléctrica que me recorrió de inmediato.

—¿Qué… qué pasó? —murmuré, tratando de hablar, aunque tenía la garganta demasiado seca y rasposa.

Recordaba lo que había ido a hacer esa noche, pero en este momento tenía una enorme laguna.

Alexander se movió rápidamente hacia mí, me cogió la mano con suavidad y de nuevo vi el alivio en sus ojos.

—Lo has hecho, pequeña —sonrió levemente—. Estuviste a punto de no hacerlo. Pero estás bien. Estás bien —repitió, con un suspiro de alivio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estoy aquí, Alexander? —pregunté, mirando mi brazo vendado.

Y entonces mi mente recordó algunas partes de la noche y comencé a procesar la escena que había vivido.

El disparo, el caos, la confusión. Las imágenes se desvanecían y se fundían en un cóctel de recuerdos borrosos que hacían que me marease.

—Nos dispararon —contestó con tono grave, como si hablara de algo que aún no lograba comprender—. Leonardo te apuntaba a ti, después me apuntó a mí, te pusiste entre el arma y yo, y… —suspiró—. Tú fuiste la que se llevó la peor parte; yo tengo apenas algunos puntos.

Miré su hombro y vi el vendaje que cubría su piel, y luego miré su propio brazo. Estaba tan confundida que ni siquiera pude sonrojarme por el hecho de que los dos habíamos recibido un disparo.

—¿Y cómo llegamos aquí? —pregunté, aún incapaz de procesar lo que había ocurrido.

Porque recordaba que íbamos a rescatar a mi hermana y a mi sobrina, y que el maldito Leonardo quiso jugárnosla, pero lo habían detenido, o al menos lo vi con unas esposas, solo que llevaba los brazos hacia delante y no en su espalda.

—Leonardo consiguió quitarle una pistola a uno de los policías que le custodiaban y disparó. Iba a darme a mí y te interpusiste, eras mi heroína —dijo con una leve sonrisa—. Pero, mira el

lado bueno, ahora sí que no vas a poder librarte de mí tan fácilmente.

Intenté sentarme en la cama, pero la punzada de dolor que sentí en el hombro hizo que me detuviera de inmediato. El cuerpo entero parecía estar pidiendo clemencia, como si aún no hubiera entendido por completo la gravedad de lo que había sucedido. Respiré hondo, y luego intenté que me saliera una sonrisa, a pesar de las punzadas que sentía en todo mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no voy a librarme de ti tan fácilmente? —pregunté con la voz rasposa, queriendo restarle tensión a la situación.

Alexander dejó salir una risa suave, una que parecía no llegarle completamente a los ojos. A pesar de que intentaba hacerme sentir mejor, podía ver el agotamiento en su rostro, las sombras bajo sus ojos, como si todo aquello hubiera sido más de lo que él mismo había anticipado.

—Que no te vas a librar de mí porque, bueno, porque esto es algo que ya no se puede dejar atrás —dijo señalando sus vendajes, y luego señalando el mío—. Esto nos une, ¿no? —Arqueó la ceja.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Alexander se inclinó un poco hacia adelante en la silla con los ojos fijos en mí, esa mirada que conocía tan bien y que siempre me resultó de lo más penetrante.

—A que, después de esto, ya no hay vuelta atrás. El destino nos acaba de dar un empujón muy grande, Alba. Tenemos una marca común, como un tatuaje de amor —hizo un guiño.

—¿Qué dices? —me reí, pero acabé por detenerme al sentir el dolor de nuevo en el brazo.

—Digo, pequeña, que tu abuela ya me había concedido tu mano, y después de esto, de que te interpusieras entre esa bala y yo, no solo te debo la vida, sino que me queda claro que sigues amándome tanto como yo a ti. Y que nos vamos de Venecia juntos, de la mano, esa que no debimos soltarnos nunca. Que cuando lleguemos a España volveremos a vivir juntos, en una casa nuestra, y que prometo hacerte la mujer más feliz del mundo el tiempo que me dejes.

Sentí que quería llorar porque aquellas palabras eran preciosas, pero no pude hacerlo porque Alexander se inclinó y me besó, un beso con el que sellaba la promesa de cumplir lo que acababa de decir, y yo sabía que iba a ser así, porque estaba dispuesta a volver con él y empezar de cero.

Capítulo 28

Alexander me dijo que esta noche quería tener una cena romántica conmigo, así que me había puesto un vestido rosa pastel con falda de vuelo, los zapatos y el bolso blancos, y me dispuse a salir con mi chico a disfrutar de una velada íntima.

Él se había puesto un pantalón de traje negro con la camisa blanca, que le daba un aire de elegancia y confianza. Su cabello, ligeramente desordenado, no restaba ni un ápice de la serenidad que exudaba.

Seguía siendo ese hombre atractivo que una vez me cautivó y que aún lo hacía, que cuando me miraba, conseguía que me estremeciera de pies a cabeza como la primera vez.

Fuimos en su coche hacia el lugar que él escogió sin decirme nada y al llegar, pude sentir el aire fresco acariciándome la piel y el suave sonido de las olas rompiendo en la orilla.

Nos acomodaron en una mesa en la terraza de ese pequeño restaurante que se encontraba cerca de la playa, con unas preciosas vistas del mar en calma y el reflejo de la luna en él, lejos del bullicio.

La mesa estaba preciosa, cuidadosamente decorada con velas que parpadeaban suavemente, y en el centro una pequeña flor blanca y una botella de vino tinto en la cubitera lista para ser descorchada.

El camarero la abrió y sirvió nuestras copas, diciendo que regresaba en unos minutos para tomarnos nota.

Estaba sentada con las piernas cruzadas bajo la mesa, tenía la espalda recta, pero llegados a ese punto debía admitir que me encontraba un poquito nerviosa, aunque intentaba disimularlo.

Alexander y yo habíamos pasado por mucho, y a pesar de que quisiera tener esa cena conmigo, le había notado un tanto diferente estos últimos días, y me aterraba volver a pasar por aquello que pasamos a principios de verano.

Y no podía evitar pensar que algo iba a pasar, que todo estaba yendo tan bien que pronto pasaría algo que haría que todo estallara por los aires, y me mataba pensar en ello.

Cogimos las copas y sonreímos mientras las hacíamos chocar, dimos el primer sorbo y le pregunté cómo le había ido el día, algo que siempre hice antes de que todo entre nosotros se torciera, y volvía a hacer.

—Bien —sonrió—, ya sabes cómo es eso de atrapar a los malos.

—Peligroso, así es —suspiré, recordando lo que pasamos en Venecia.

—Pero cada noche vuelvo a casa, y es lo que cuenta.

—¿Y si una noche no vuelves?

—No pienses en eso, preciosa —me pidió cogiéndome la mano por encima de la mesa—, esta noche no.

Suspiré, y cuando vino el camarero para ver qué íbamos a cenar, acabamos pidiendo los dos lo mismo.

Una *bruschetta* de tomate y albahaca con ajo y un toque de aceite de oliva como aperitivo, tartar de atún fresco como entrante, y para el plato principal, un solomillo de ternera al vino tinto acompañado de puré de patatas.

Disfrutamos de la comida mientras hablábamos de mis nuevos trabajos para la empresa en la que trabajaba y reíamos al contarme algunas cosas de Fabrizio y Luca.

Después de aquella deliciosa cena pedimos el postre, una tarta de limón con merengue que estaba buenísima, y acabamos la velada con una copa de champán para brindar por nosotros, por todo lo que habíamos superado y por lo que estuviera por llegar.

Sin darnos cuenta nos habíamos quedado solos en la terraza del restaurante, y es que cuando estábamos juntos, el tiempo volaba de una manera que aún me seguía sorprendiendo.

Nos levantamos para tomarnos la copa de champán junto a la barandilla, contemplando el agua y la luna reflejándose en ella.

—Alba.

Lo miré, sorprendida por la forma en que había pronunciado mi nombre. Era su voz, pero por el tono me parecía que estaba un poco nervioso.

—Dime —sonreí.

—Desde que te conocí, mi vida cambió —dijo mientras me cogía la mano—. Sabes que me acerqué a ti de manera premeditada, pero supe poco después que algo en mí había cambiado para siempre. Me enamoré de ti, nunca dejé de estarlo, y aún lo estoy como el primer día.

Y mientras me hablaba, no dejaba de acariciarme el interior de la muñeca.

—Creo que todos tenemos ese momento —siguió hablando sin apartar la mirada ni una sola vez de mis ojos—. Ese momento en que te das cuenta de que estás dispuesto a todo, a luchar por lo que realmente importa.

El viento acariciaba mi piel, mientras las luces del restaurante brillaban tenuemente a nuestro alrededor. Y cuando vi que Alexander se arrodillaba frente a mí, con los ojos fijos en los míos, sentí que mi corazón comenzaba a latir aún más rápido.

—Alba, he vivido mil momentos contigo, momentos que me han enseñado lo que es el amor, lo que es la confianza y la alegría. Hemos pasado por el dolor de perdernos por lo que yo debía esconder, pero me juré no descansar hasta recuperarte, y lo hice. Y a pesar de eso, desde el primer día que hace ya tanto tiempo, cada segundo a tu lado ha sido un regalo, y si me dejas, quiero seguir regalándote mi vida, mi amor, mis días.

El silencio que siguió a esas palabras se alargó un segundo, un segundo que se me hizo eterno, mientras él sacaba algo de su bolsillo, algo pequeño.

Era una cajita de terciopelo negro, esa que al verla hizo que mi corazón diera un vuelco. No podía ser. ¿Qué estaba sucediendo?

Alexander abrió la caja con manos temblorosas, mostrando un anillo precioso con un diamante redondo en el centro que reflejaba la luz de una manera tan perfecta que parecía irreal.

—Alba, ¿te casarías conmigo? —preguntó Alexander, y noté su voz cargada de emoción, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas— No quiero pasar un solo día más sin ti a mi lado. No quiero perderme ni un solo momento, no quiero pasar por eso de nuevo, porque contigo me siento completo. Eres mi hogar, mi amor, mi todo.

No pude evitar que las lágrimas se desbordaran de mis ojos. No podía creer lo que estaba escuchando, de verdad que no. Mi corazón latía con tanta fuerza que de verdad pensé que se me saldría del pecho.

Miré el anillo, luego a Alexander, después al anillo otra vez y de nuevo a él, hasta que finalmente salieron las palabras de mi boca con una claridad y un amor que nunca había experimentado hasta este momento.

—Sí, Alexander, quiero casarme contigo —contesté entre sollozos, mientras una risa nerviosa y llena de emoción se escapaba de mis labios—. Sí, quiero estar contigo siempre.

Alexander sonrió, y sus ojos brillaron con la felicidad más pura que había visto nunca en ellos. Se levantó, cogió mi rostro entre sus manos y me besó suavemente, como si no quisiera que ese momento terminara jamás. Un beso que resumía todo lo que no podían decir las palabras en este instante, todo lo que habíamos vivido y todo lo que viviríamos a partir de este instante.

Cuando se separó, mantuvo sus manos sobre mis mejillas y me miró fijamente con una intensidad que me hizo temblar.

—Alba, sé que hemos pasado por cosas difíciles. Hemos tenido nuestras peleas, nuestras dudas, nuestros miedos. Y aunque todo eso nos ha herido, también nos ha unido más que nunca. Porque después de todo lo que hemos vivido, no quiero perderte nunca más. No quiero volver a sentir la angustia de pensar que podría perderte. Eres la mejor parte de mi vida, y lo único que quiero es verte feliz y hacerte feliz todos los días de mi vida.

Sus palabras hicieron que me riera entre lágrimas, pero solo porque estaba nerviosa.

—Yo también —sonreí con las lágrimas cayendo por mis mejillas—, yo también te quiero, Alexander. Y lo que más quiero es no perderte nunca como lo hice, porque me dolió tanto que no podría volver a pasar por eso.

Alexander me miró, se inclinó nuevamente y me besó con la profunda conexión que solo se consigue a través de todo lo vivido, de las dificultades superadas, de las promesas no dichas, pero sentidas.

Y allí, en ese lugar, bajo la luz de la luna, rodeados de la serenidad del mar y el viento, sentí con ese beso que nuestras almas se unían de una manera inquebrantable.

En este momento los dos supimos que el futuro nos esperaba, pero el presente era todo lo que necesitábamos. Juntos y para siempre.

Porque el pasado quedaba atrás, y allí no volveríamos ni para coger impulso.

Capítulo 29



La brisa del mar acariciaba mi piel, mientras el sol se alzaba en el horizonte, pintando el cielo con tonos rosados y dorados como si de un lienzo se tratara.

Esta mañana la playa estaba tranquila, casi en silencio, como si esperase el bullicio que se desataría unas horas más tarde. Miré por la ventana de la habitación de hotel donde me estaba preparando y sonreí. El mar me transmitía esa paz que siempre sentí, pero hoy era diferente, porque esa paz no era completa al estar tan nerviosa, dado que mi corazón latía a mil por hora, y por un motivo concreto.

Hoy estaba a punto de casarme con Alexander, el amor de mi vida.

Toda mi familia había llegado hacía unos días desde Venecia, ninguno iba a perderse este momento después de todo lo que había pasado y que ellos conocían.

Silvana, que ya había pasado por estos nervios una vez, no dejaba de hacerme bromas para aliviar los míos, mientras que Tiara, esa pequeña y curiosa pizpireta que me tenía enamorada, no dejaba de mover sus piernas mientras estaba sentada en la silla riendo con Estrella, la hija de Oliver, el actual novio de mi hermana, el juez que la enamoró con una sola mirada.

Elsa, junto con mi prima Greta y Patricia, al igual que Silvana, me habían ayudado a prepárame, mientras que mi madre, la abuela y mi tía nos aconsejaban cómo hacerme el peinado, qué tonos de maquillaje aplicar y cada una me dio algo que usar prestado para este día.

—¡Alba, ya casi es la hora! —gritó mi primo Lorenzo abriendo la puerta, y entró junto con mi tío Alonzo— Hay cierto policía esperándote, y se le ve nervioso. Ni sus colegas lo pueden calmar —volteó los ojos—. ¿Estás lista, o le llevo una botella de ginebra?

—Madre mía, Lorenzo, no se te ocurra llevarle alcohol —rio Elsa—. Venga, que la novia ya está lista. ¿A que sí, Albita?

—Sí —sonreí—. De los nervios, pero lista.

—Pues vamos, que es mi turno para lucirme —dijo mi tío, ofreciéndome el brazo.

—Papá, que es el gran día de la novia, no del padrino —rio mi prima Greta.

—A ver cuándo me das tú el honor de ser padrino de nuevo, que mira que llevar antes a mi sobrina que a mi hija al altar.

—¿Qué altar? Tío Alonzo, que estos dos se casan en la playa bajo un arco de madera, no en la iglesia —contestó Elsa.

—Lo mismo es, hija —rio él—. Venga, salid todas que la novia es la última en llegar.

—Yo no digo nada, pero tu padre está practicando para cuando te llegue a ti el día —le dijo Patricia a mi prima Greta.

—Pues para eso queda un poquito, ya te lo digo —rio ella.

Nos quedamos solos un momento y cogí aire.

Cuando vi mi reflejo en el espejo, me quedé sin palabras. El vestido de novia era un sueño hecho realidad. Era de encaje, con un corsé que se ceñía a mi figura de manera perfecta y una falda fluida que caía en ondas hasta el suelo. El escote en forma de corazón dejaba al descubierto mi piel bronceada, mientras que las mangas de encaje aportaban un toque romántico, tal como quería mi madre. Llevaba una tiara delicada y un velo que caía suavemente sobre mi cabello recogido en un peinado sencillo pero elegante, como quería la abuela.

Y es que este sería mi día, pero quería que ellas dos formaran parte de él, como lo habían hecho siempre en mi vida.

—Estás guapísima, Alba —dijo mi tío, con una sonrisa en los labios y el brillo del amor de un padre en los ojos.

Porque así era como sentíamos Silvana y yo al tío Alonzo, como si fuera un segundo padre para nosotras, dado que, desde que el nuestro se marchó desentendiéndose de la familia, en nuestros años de adolescentes y adultas, él había sido un gran apoyo.

Respiré hondo y me acerqué al ventanal, contemplando el lugar donde se celebraría la boda, la playa con su arena dorada y el sonido del mar de fondo, eran el escenario perfecto para un día tan especial.

Habían decorado el lugar con flores blancas, rosas y un toque de verde, creando un ambiente fresco y natural que se fundía con el paisaje. Las sillas blancas, perfectamente alineadas en la arena, estaban listas para recibir a los invitados. No íbamos a ser muchos dado que la nuestra era una boda íntima, pero algunos de los compañeros de Alexander que estuvieron durante aquellas

semanas en Venecia no podían faltar.

—Estoy tan nerviosa que casi no puedo respirar, tío —dije, girándome hacia él.

—Eso es normal, hija —sonrió, abrazándome—. Este es tu gran día, pero también es el día de tu futuro marido —me acarició ambas mejillas—. Los nervios son algo normal en un día como este, y están más que permitidos y justificados —sonreí—, porque de hoy en adelante, todo lo que vendrá será esa felicidad que los dos merecéis —me dio un beso en la frente y salimos de la habitación para ir hacia el lugar en el que me esperaba el gran amor de mi vida.

El sol brillaba en lo alto del cielo como nunca antes lo había visto, o quizás fuera porque hoy me parecía todo mucho más bonito y perfecto que de costumbre.

Todos estaban ya sentados en sus correspondientes lugares, mi familia a un lado y los compañeros de Alexander, junto con Fabrizio y Luca al frente de todos, en el otro.

Alexander me esperaba en el altar, con su traje beige, impecable y elegante, pero su sonrisa era lo que más destacaba.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, un brillo especial iluminó su rostro y me contagió esa sonrisa. Caminé del brazo de mi tío por aquella alfombra blanca que habían colocado sobre la arena, y Alexander me cogió de la mano cuando llegué a él.

—Estás preciosa, pequeña —susurró, besándome la frente.

Sonreí cerrando los ojos mientras aceptaba aquel beso, gesto que me encantaba de él porque me mostraba el amor infinito que sentía por mí.

El mar estaba en calma, las olas rompían suavemente y los rayos del sol caían sobre nosotros, creando una atmósfera que me parecía realmente mágica. Cuando nos miramos, todo lo demás desapareció, y es que cuando nuestras miradas se encontraban, no había nadie más en el mundo, solo nosotros dos.

—Me haces sentir tan afortunado, Alba —dijo mientras cogía mis manos con ternura.

El oficiante comenzó la ceremonia, pero los momentos de nervios se aliviaron con esos leves apretones de mano que Alexander me daba, diciendo que estaba ahí por y para mí. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, sentía como si todo estuviera en su lugar.

Cuando llegó el momento de los votos, el aire parecía detenerse. Miré a Alexander y mi voz tembló ligeramente, pero mis palabras fueron claras y llenas de verdad…

—*Alexander, prometo amarte cada día más que el anterior, con todos tus defectos y virtudes* —todos rieron al escucharme, y él sonrió—. *Te prometo ser tu amiga, tu compañera, tu cómplice*

en todo lo que la vida nos traiga. Y, sobre todo, prometo serte fiel, respetarte y apoyarte siempre, sin importar lo que pase.

Alexander sonrió con los ojos brillando y, tomando un respiro, dijo sus votos.

—Alba, te prometo estar a tu lado, no solo en los días buenos, sino en los días complicados. Prometo ser tu roca, tu refugio y tu alegría. Me comprometo a amarte cada día más que el anterior, a no dejar que las dificultades nos separen de nuevo y a construir juntos la vida que soñamos. Seré tu compañero en todo, y siempre, siempre, te amaré con todo mi ser.

Hubo sonrisas de emoción y felicidad entre los que nos acompañaban, pero también muchas lágrimas por ese momento tan emotivo. Y cuando el oficiante dio paso al beso, ese primer beso ya convertidos en marido y mujer, Alexander me rodeó por la cintura con el brazo y me besó con pasión, sin importarle que todos nos estuvieran mirando en ese momento, sino como si estuviésemos solo, aquí y ahora.

Después de la ceremonia, las risas y los brindis comenzaron a llenar el aire. Todos se fueron acercando para felicitarnos y hubo abrazos y lágrimas, así como bromas por parte de Fabrizio y Luca, que nos arrancaban carcajadas.

Y mientras disfrutábamos del cóctel que era la antesala al banquete nupcial, la música comenzó a sonar, y todos se dejaron llevar por el ritmo. Las canciones se sucedían y tanto mi sobrina, como Estrella, se convirtieron en las auténticas reinas de la pista, pues no dejaban de saltar, bailar y cantar a pleno pulmón, haciendo que los compañeros de Alexander sonrieran y se dejaran llevar por la energía de esas dos pequeñas pizpiretas que iban cogiendo la mano de unos y otros para que bailaran con ellas.

—Venga, Alba, ¡vamos a bailar! —exclamó Silvana, arrastrándome hacia la pista improvisada en la arena.

Alexander, que me tenía cogida de la mano, vino con nosotras y los dos comenzamos a bailar, con la mirada fija el uno en el otro. Nuestros cuerpos se movían al ritmo de la música, nuestras risas se mezclaban con las notas, y el sol seguía brillando en aquel cielo azul y despejado.

Y cuando nos detuvimos tras aquella última canción, Luca y Fabrizio levantaron sus copas para hacer el primer brindis del día, el primero de muchos que estaba segura que se irían sucediendo unos tras otros.

—¡Por los novios! —gritaron al unísono, y los demás hicieron lo mismo.

El sol ya se encontraba casi en su punto más bajo cuando los últimos acordes de la canción *"Perfect"* de Ed Sheeran resonaron por toda la playa. Aquel había sido nuestro primer baile convertidos oficialmente en marido y mujer, y la emoción se podía sentir en el aire, no solo por la que nosotros sentíamos, sino por todos los que acompañaban en este día tan importante para nosotros.

—Qué baile más bonito, cariño —dijo mi tía Lía, abrazándome—. Se veía el amor entre los dos y se podía sentir. Ay, mi niña, qué feliz te veo.

Sonreí al escuchar a mi tía y ver el amor con el que me miraba, como lo hacía mi madre, y es que a veces nos costaba distinguirlas, pero eso nunca nos importó ni a Silvana, ni a mis primos, ni a mí, pues siempre supimos que teníamos dos madres que nos querían con locura.

Todos reían, bailaban y disfrutaban del día más importante de mi vida, y yo no podía dejar de mirar a mi marido, ese que en este instante bailaba con mi sobrina y con Estrella, cada niña cogida a una mano suya, mientras reían felices.

Sonreí cuando me miró y me dedicó un guiño de esos que solo tenía para mí.

—Coladito hasta la médula —dijo Elsa a mi lado mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Y a ti se te cae la baba —sonrió—. Por cierto, le quedan bien las niñas —hizo un guiño y se fue a bailar con su veneciano moreno.

—Hola, ¿me escucháis? —me giré al oír la voz de mi primo Lorenzo, y vi que estaba en la mesa del DJ— ¡Pero qué novia más guapa! —gritó y me eché a reír— Bueno, os preguntaréis qué hago aquí, micrófono en mano.

—Suelta eso, que te veo venir —dijo Greta riendo.

—No, no, que va a ser muy bonito. Yo es que quería darles un regalo personalizado a los recién casados.

—Que le quiten el micrófono, por favor —pidió mi tía, muerta de risa.

—Mamá, que van a pensar que canto mal.

—¿Vas a cantar? Esto no me lo pierdo. —Elsa cogió una de las sillas y se puso en primera fila para verle.

—Fabrizio, a esta belleza me la cuidas bien, o te las verás con un abogado de los buenos —mi primo señaló a Fabrizio como si fuera un miembro de la familia de El Padrino.

—Descuida, que yo la cuido —contestó Fabrizio, con una sonrisa y una mirada de enamorado.

—Alba, Alexander, los dos sabéis bien que, a veces, las cosas de la vida no son fáciles —mi primo me hizo un guiño, y pronto comenzaron a sonar esos primeros acordes de guitarra y batería de la canción de Eros Ramazzotti que llevaba ese título.

Noté a Alexander a mi lado, rodeándome por la cintura, y me besó cuando lo miré. La voz de

mi primo Lorenzo, entonando la canción, hizo que todos enmudeciéramos.

—*Son humanas situaciones, los momentos de los dos. La distancia, las pasiones. Encontrar una razón…*

—Qué bien canta —dijo Patricia a mi lado.

Y era verdad, mi primo siempre había tenido una buena voz, y no había canción que se le resistiera, sobre todo las baladas italianas, incluso esas versionadas al español.

—*Corazones flechados, pero de cada cual esa es la barrera que hay que derribar. Estoy pensando en ti…*

Todos acabamos bailando al ritmo de aquella melodía mientras mi primo cantaba. Alexander y yo nos miramos con ese amor que ambos sentíamos; apoyé la cabeza en su hombro y él estrechó mi mano con la suya mientras me rodeaba con el brazo por la cintura.

—Lo he dicho antes y lo repito —me dijo al oído—, soy el hombre más afortunado del mundo —respondió él, abrazándome y llevándome hacia la pista de baile. Sin pensarlo, comenzamos a movernos juntos, al ritmo de la música suave que comenzó a sonar de fondo.

—Yo también lo soy —respondí.

—Te prometo que siempre estaré aquí, mi amor —susurró, abrazándome con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca.

—Yo también te lo prometo —respondí mirándolo, y me dio un beso en los labios.

La emoción en sus ojos era evidente. La boda, que había estado llena de risas, bromas y momentos de nervios, se había convertido en la celebración del amor más auténtico que jamás imaginamos tener.

Capítulo 30



Estaba sentada con mi sobrina y Estrella, escuchándolas hablarme de sus respectivos padres, y decir que eran novios mientras les salía una leve risita.

Vaya dos, qué diablillas estaban hechas.

—¡Un brindis por los novios! —gritó Elsa, copa en mano, y todos levantamos las nuestras— Por la novia más guapa del mundo, que está radiante la muy jodida. Por el novio, que, aunque hubo momentos en los que le habría ahogado en el gran canal de Venecia, se ve que quiere a mi amiga. Y más te vale que así sea hasta que te mueras, o te las verás conmigo —señaló a Alexander.

—Sabes que te puede, ¿verdad? —dijo mi hermana con una sonrisa.

—No me haría nada, que soy su cuñada favorita.

—Ya te han quitado el puesto, Silvana —reí.

—Ya lo veo, ya, qué penita de mí —contestó con un suspiro.

—Por Alba y Alexander, que el amor que desprendéis no se acabe nunca —terminó Elsa y todos bebimos tras aquel brindis.

Mi madre se acercó a mí con los ojos vidriosos para abrazarme.

—Estoy tan feliz de verte en este día, cariño —sonrió—. Te lo mereces todo.

Sonreí abrazando a mi madre y me susurró lo mucho que me quería, deseándome que la felicidad que veía hoy en mí, la tuviera siempre.

El brindis continuó, esta vez de la mano de Patricia, quien dijo que no podía haber mejor mujer que yo para hacer feliz a su compañero y amigo, ese al que vio roto al haberme perdido

por no poder contarme la verdad de lo que ocurría en su momento.

Y de nuevo comenzó a sonar música, esa que no decaía en ningún momento y con la que todos, sin excepción, bailábamos al ritmo de bachata, salsa, merengue y perreo, como Elsa, que contoneaba las caderas mientras Tiara y Estrella, cada una a un lado, hacían lo mismo.

Y cuando los acordes de una balada romántica comenzaron a llenar el aire, Alexander y yo nos miramos y, sin decir palabra, cogidos de la mano, nos dirigimos hacia la pista, abrazándonos mientras la melodía envolvía la atmósfera.

No me cansaba ni me cansaría nunca de bailar con él, sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome y recibiendo esas miradas llenas de amor que me dedicaba.

La fiesta continuaba en una celebración que no parecía que nadie quisiera que acabara; las risas y los murmullos de los invitados se mezclaban con la música, y todos seguían bailando y disfrutando, compartiendo un día tan feliz como era este para nosotros.

Los compañeros y compañeras de Alexander eran objetivos claros de mi sobrina y de Estrella, quienes se acercaban a ellos para bailar y nadie dudaba en cogerlas y dejarse llevar por la música.

—¿Alguien se atreve a cantar? —gritó mi primo, agitando el micrófono.

—Suelta eso, hermano, por favor —le pidió Greta.

—Pero si ya habéis visto que se me da muy bien.

—Trae, Lorenzo, que yo me atrevo —dijo Elsa quitándole el micrófono—. Alba, Alexander, ¡va por vosotros! —gritó antes de ir al DJ y hablarle al oído.

—Miedo me da —reí, mirando a mi hermana, que asintió.

Y la melodía de una canción de esas que tantas veces habíamos escuchado en casa, y que a mi madre le gustaba mucho, empezó a sonar.

Elsa no tardó en decir aquella primera frase de la canción.

—*Como yo te amo…*

Silvana me cogió de la mano mientras seguíamos escuchando a mi amiga, que cantaba aquella canción de Rocío Jurado poniendo todo el sentimiento.

Hasta que me vi arrastrada por mi hermana hacia donde estaba Elsa, riéndome porque veía las intenciones de mi hermana mayor.

—*Nadie te amará…* —Cantaba Elsa, y Silvana y yo nos unimos a ella en esa parte de la canción.

—*Nadie, porque yo, te amo con la fuerza de los mares. Yo, te amo con el ímpetu del viento. Yo, te amo en la distancia y en el tiempo. Yo…* —cantamos las tres al unísono, señalando cada una a su respectiva pareja.

Fabrizio, Oliver y Alexander sonreían mirándonos, y vimos a Tiara y Estrella venir hacia nosotras. Mi hermana cogió a Estrella en brazos y yo a mi sobrina, y aquellas dos pequeñajas se unieron a nosotras, gritando a todo pulmón ese "yo" de la canción cuando Elsa les acercaba el micrófono.

Y no eran las únicas, porque todos lo gritaban al mismo tiempo que ellas, haciendo de aquel momento algo divertido, único e irrepetible.

Cuando terminamos de cantar, nuestros hombres nos recibieron con un beso en los labios, y en el caso de Alexander, me susurró un "yo también te amo, pequeña", que me hizo estremecer.

—Este día está siendo el más especial para mí, Alexander —dije, apoyándome en su hombro.

—¿Qué te parece si, además de este día, hacemos que todos los días sean tan especiales como este? —susurró, abrazándome.

—Perfecto —sonreí—, me parece perfecto.

En ese momento mi corazón latía con fuerza, rebosante de felicidad. Y sin decir nada más, nos abrazamos, y sentí como si el mundo entero se desvaneciera a nuestro alrededor.

Unos minutos después, la música que había seguido sonando, haciendo que todos bailaran, cambió. Era una melodía suave, una canción romántica que hizo que los dos nos mirásemos con complicidad y una sonrisa en los labios.

—¿Bailas, mi querida esposa? —preguntó Alexander, extendiendo su mano hacia la mía.

Acepté su mano y lo acompañé al centro de la pista. La música hizo que ambos nos moviéramos al ritmo del *vals* que sonaba en ese momento.

Alexander me llevaba al ritmo de esa melodía como todo un profesional, y no podía sentirme más afortunada del hombre con el que me había casado, uno al que amaba y que me amaba en igual medida.

Nos besamos cuando acabamos aquel baile y escuchamos a mi sobrina llamándolo.

—¡Baila, baila! —gritó levantando los brazos, y él la cogió.

—Claro que sí, voy a bailar con mi chica favorita —dijo mientras le daba un beso en la mejilla, y a ella le salió una risilla.

—A veces, el amor no necesita palabras, solo una mirada. Lo veo en tus ojos, cariño.

Las palabras de mi tía me tocaron el corazón de una manera que no podía describir. En ese instante comprendí que el amor no era solo un contrato de palabras y promesas, sino algo más profundo, que se respiraba en el aire, en cada gesto, en cada mirada cómplice.

Y tras lo que había sido un día lleno de risas, bailes, brindis, y donde no faltó ni comida ni bebida, finalmente llegó el momento del pastel.

Era de tres pisos, decorado con flores blancas y plateadas, con algunas rosas de color rosa. Era tan bonito que daba hasta pena comérselo. Todos se agruparon alrededor de la mesa y nos echamos a reír cuando escuchamos a Elsa, Fabrizio y Luca cantar.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz!

—La madre que los parió —rio Patricia.

Alexander y yo cortamos el primer pedazo y el camarero hizo el resto para repartirlo entre los demás.

La noche fue cayendo poco a poco, y las primeras estrellas aparecieron en el cielo, esas estrellas que serían testigos del comienzo de nuestra historia de amor.

Nos fuimos despidiendo de todos los que nos habían acompañado en nuestro gran día; todos nos deseaban una feliz vida y que disfrutáramos de la luna de miel, esa en la que apenas quedaban unas horas para que comenzara.

—¿Eres feliz? —me preguntó Alexander cuando entramos en la suite del hotel donde pasaríamos nuestra noche de bodas.

—Lo soy —sonreí, y mi marido me abrazó mientras me besaba.

Y así empezó la noche, la primera de muchas que vendrían después, entre besos, caricias, desnudándonos el uno al otro y entregándonos en cuerpo y alma.

Alexander me llevó en brazos hasta la cama, me recostó en ella y siguió besándome mientras sus manos acariciaban cada centímetro de mi cuerpo, haciendo que me erizara ante el contacto de las yemas de sus dedos.

Comenzó a bajar con suaves besos por mi cuello, el torso, un pecho, lamió el pezón y lo mordisqueó mientras me miraba. Hizo lo mismo con el otro y siguió bajando con besos que

hacían que cada fibra de mi ser se erizara.

Lamió con la punta de su lengua entre mis labios vaginales, mirándome fijamente a los ojos, dejándome ver en los suyos el deseo que sentía en ese momento por mí.

Siguió lamiendo sin parar, cada vez más y más rápido, penetrándome con dos dedos hasta que me llevó al orgasmo, ese que liberé entre gemidos y gritos mientras mis manos se enredaban en su cabello.

No tardó en colocarse entre mis piernas y, mientras me besaba con esa pasión y ese desenfreno que conocía bien, embistió con fuerza hasta llenarme por completo de él. Comenzó a moverse rápido, entrando y saliendo de mi cuerpo, gimiendo en mi boca al igual que yo lo hacía en la suya, y eran tantas las ganas y el deseo que nos teníamos en esta primera noche como marido y mujer, que no tardamos en llegar al clímax al unísono.

Nos quedamos allí abrazados en silencio, volvimos a besarnos y compartimos una mirada de esas que dicen más que mil palabras.

—Te quiero, Alba —dijo mientras me acariciaba la mejilla—. Te quiero y te querré cada día de mi vida, si me dejas.

—Claro que te dejo —sonreí enredando mis dedos en su cabello—. Porque yo también te quiero, Alexander. Te quiero como el primer día.

Capítulo 31

Cuando Alexander me preguntó dónde quería ir de luna de miel, mi respuesta fue en plan broma, pero él se lo acabó tomando al pie de la letra.

Y aquí estábamos, después de varias horas de vuelo y de haber colocado nuestras cosas, en un destino que desde luego jamás creí que visitaría para pasar mi luna de miel.

La brisa cálida del atardecer acariciaba nuestros rostros mientras nos recostábamos abrazados sobre las almohadas gigantes del sofá de la terraza privada. Estábamos en lo que era, sin lugar a dudas, uno de los lugares más espectaculares de África: una boutique *lodge* escondida entre las llanuras doradas de la Sabana, en las cercanías de una reserva natural en Sudáfrica.

Sí, ahí iba a pasar mi luna de miel, posiblemente a merced de animales salvajes hambrientos.

Las paredes del *lodge*, de una combinación perfecta entre madera y piedra, se fusionaban con el paisaje, dando la sensación de estar flotando en medio de la naturaleza. Desde la terraza, se veía la vasta extensión de tierras verdes y, a lo lejos, algunas montañas. El cielo, de un precioso tono naranja y rosado, se iba tiñendo lentamente del azul profundo de la noche.

El sonido de los animales en la lejanía, el canto de aves que se despedían del día y el suave susurro del viento completaban una escena digna de una de esas películas de amor de los grandes directores de Hollywood.

Estábamos rodeados de lujo, pero también de simplicidad. Cada detalle del lugar estaba cuidadosamente diseñado para que nos sintiéramos como si estuviéramos en un rincón secreto del mundo.

Y aunque yo había dicho este destino más como una broma, esperando que mi futuro marido me sorprendiera con un viaje de luna de miel a alguna playa paradisíaca del Caribe o cualquier otro lugar, debía reconocer que venir aquí al final había sido todo un acierto.

—¿Te has dado cuenta de lo increíble que es este lugar? —pregunté con una sonrisa mientras me tumbaba de lado, mirando a Alexander con complicidad.

—Lo único increíble es que por fin estoy aquí contigo, después de tanta espera —respondió dándome un suave beso en la mejilla, y me salió una risilla, porque así era él, siempre tenía una respuesta que no me esperaba.

—Y aquí está el Alexander más romántico —reí—. Jamás hubiera dicho que fueras así —me acomodé en su pecho, mientras él me acariciaba el brazo.

—¿Por qué? Es nuestra luna de miel, y todo el mundo dice que es en este momento donde tenemos que ser cursis, digo, románticos —carraspeó, y me tuve que reír. Se acomodó más cerca de mí mientras me cogía la mano con cariño—. Lo que quiero decir es que estar contigo aquí, en este lugar, es como un sueño hecho realidad. Y sé que no es solo el paisaje, ni la puesta de sol, es lo que compartimos tú y yo. Sé que no esperabas que de verdad te trajera aquí de luna de miel, pero estoy seguro de que vamos a disfrutar de cada momento que vivamos —me dio un beso en la mejilla.

—Puedes ser todo lo cursi, digo, romántico, que quieras —él rio igual que yo y me dio un beso en la punta de la nariz.

De repente, un sonido peculiar interrumpió el ambiente tranquilo en el que nos encontrábamos y, al mirar, vi una manada de elefantes cruzando el horizonte, avanzando lentamente por la Sabana, y me levanté para ir a verlos mejor.

—¡Mira, elefantes! Esto no se ve todos los días —dije mientras veía cómo los majestuosos animales caminaban a lo lejos. Eran impresionantes—. Son enormes e impresionan, aunque así, en la distancia.

—Esto es tan único, tan especial —sonreí notando cómo me abrazaba desde atrás—. Este viaje va a ser perfecto. Y todo gracias a ti, que no te lo tomaste a broma —le di un beso en la mejilla.

—Me alegro de que te guste, pequeña. Solo quiero que este viaje se quede en tu memoria para siempre —respondió mientras apoyaba su cabeza en mi hombro.

Y nos quedamos allí en silencio, disfrutando de ese momento de conexión, mientras los elefantes se desvanecían en la distancia.

La noche llegó de forma inesperada y, con ella, esa primera noche de nuestra luna de miel, mi marido volvía a sorprenderme con una cena romántica bajo las estrellas.

La mesa estaba dispuesta en un rincón apartado del *lodge*, rodeada por antorchas de fuego que iluminaban suavemente el área. La luz de la luna nos acompañaba, y el aroma de los platos típicos de la región llenaba el aire.

—Creo que nunca había visto un cielo tan estrellado —dije mientras miraba hacia arriba

contemplándolas—. Aunque realmente creo que las estrellas son aún más bonitas cuando tú las miras conmigo —confesé sonriendo.

Y Alexander me miró como si fuera la primera vez que me veía.

—Alba, tú eres mi estrella, ¿lo sabías? Eres la razón por la que todo esto tiene sentido.

—¿Lo dices en serio, o solo estás siendo cursi? —sonreí.

—Lo digo en serio, pequeña. Creo que, aunque estuviera en el fin del mundo, si te tengo a ti, todo estaría bien —contestó, y vi tanta verdad en su mirada, que sentí un pellizquito en el corazón.

A lo lejos, en mitad de la noche, se escuchó el rugido bajo de un león y las risas de un grupo de hienas. Nos miramos en ese instante y, sin necesidad de palabras, nos entendimos, como siempre.

Este era nuestro lugar para comenzar una vida juntos, y este, el momento perfecto para conocerlo.

La cena era una mezcla deliciosa de sabores africanos, entre los que destacaban el *biltong*, una carne curada típica de Sudáfrica, la miel silvestre de la región y un vino tinto con un toque afrutado con el que brindábamos por todo aquello que se le iba ocurriendo a mi marido.

Y qué bien sonaban esas dos palabras juntas, “mi marido”. No me cansaría de decirlas y tampoco de pensarlas.

Mientras la noche avanzaba, las risas no pararon. En cada broma, en cada mirada, podía sentir que nuestra relación era de lo más natural, como si fuésemos los mejores amigos, pero con un amor que nos hacía inseparables. Me enamoré de Alexander dos veces, aunque realmente nunca dejé de amarlo.

—Dos semanas en este lugar —dije mientras nos levantábamos después de disfrutar de la cena—. Dos semanas a merced de los leones —lo miré con la ceja arqueada—. Espero que no quieran comernos.

—Tranquila, pequeña, que el único que puede comerte aquí soy yo —me dio un beso en el cuello.

—Eso no es cursi —reí.

—Prometo hacer que cada segundo de este viaje sea tan memorable como este momento —dijo abrazándome desde atrás—. ¿Suficientemente cursi?

—Mira que eres bobo —reí, y se inclinó para besarme en los labios.

Y en este instante supe que nada podría robarnos esa felicidad que sentía. El lugar, las estrellas y la compañía de Alexander, todo lo que necesitaba para sentirme la mujer más afortunada del mundo, lo tenía.

Al alba, el sol asomó lentamente sobre el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y rojo, un espectáculo que parecía pintado a mano en un lienzo especialmente para nosotros.

Me desperté antes que Alexander, y es que el paisaje que tenía frente a mis ojos era tan cautivador que no pude resistirme. Desde la cama podía ver cómo la Sabana se extendía en todas direcciones, los árboles dispersos apenas visibles en la lejanía, y las primeras luces del día comenzaban a revelar la vida salvaje a nuestro alrededor.

Un par de cebras pastaban tranquilamente, mientras un grupo de impalas se desplazaba con agilidad en la distancia.

Alexander, aún adormilado, se giró y noté que me acariciaba la espalda.

—Buenos días, preciosa —me besó el hombro tras incorporarse.

—Buenos días —sonreí.

—¿No puedes dormir?

—Me he despertado de golpe, la verdad. Pero me alegro, porque estas vistas no tienen precio.

Y nos quedamos allí en silencio, observando el amanecer juntos. El sol ya iluminaba con fuerza, y los colores de la Sabana estaban más vivos que nunca.

Entonces nos miramos, nos besamos y comenzamos a dejarnos llevar por el deseo mientras el día daba comienzo, y con él, ese amor infinito que sentía por mi marido y que él sentía por mí.

Nos dimos una ducha, nos vestimos y después de un desayuno ligero, que incluía jugos frescos de fruta, yogur casero y panecillos recién horneados, nos preparamos para el día de safari. El *lodge* había organizado una excursión especial por la reserva natural, y yo estaba realmente emocionada de poder ver más animales y explorar los rincones más remotos de la Sabana.

El *jeep* todoterreno apareció frente a nosotros con un guía local llamado Ekon, que tenía una sonrisa cálida.

—¡Buenos días! ¿Listos para la aventura? —preguntó Ekon mientras subíamos al vehículo, que estaba equipado con asientos elevados para obtener la mejor vista del paisaje.

—Siempre estamos listos para la aventura —bromeé, mientras me acomodaba en el asiento, mirando a Alexander que sonreía negando.

El *jeep* comenzó a moverse a través de la Sabana. La tierra roja y dorada se extendía ante nosotros mientras las sombras de los árboles se alargaban sobre la tierra. Ekon nos indicó que, si teníamos suerte, podríamos ver hasta los grandes felinos en su hábitat natural.

—Mientras no intenten comernos, todo bien, Ekon —dije y él sonrió.

—Tranquila, ya han comido, no les queda hueco para el postre.

—Uy, qué graciosillo nos has salido —reí, y él se unió a mí.

Durante el recorrido, tuvimos la suerte de ver una manada de elefantes, esta vez mucho más cerca que la noche anterior. Aquellos grandes mamíferos, con sus orejas enormes y trompas moviéndose lentamente, caminaron sin prisa al lado del *jeep*, algo que para mí fue realmente emocionante.

—¡Son impresionantes! Y mira qué colmillos —le dije a Alexander, que miraba hacia esos enormes animales tan fascinado como estaba yo.

Ekon nos llevó por todos los rincones que conocía y el día se me pasó súper rápido, disfrutando de esos lugares y de lo que él nos contaba sobre los animales que vimos, como jirafas, cebras, y para nuestra sorpresa, un grupo de leones descansando bajo la sombra de un árbol, observándonos tranquilamente.

—¿Qué harías si te encontraras con un león cara a cara? —me preguntó Alexander mientras los miraba.

—¿Aparte de gritar como una niña? Nada más — bromeé.

—Yo estaría listo para correr más rápido que tú, seguro —respondió él, guiñándome un ojo—. Aunque, en serio, lo mejor es que estemos en el *jeep*.

—Sí, será lo mejor; no quiero ser el postre de ningún león.

—No, tú solo vas a ser mi postre —susurró en mi oído, y me salió una risilla al mirarlo.

Al caer la tarde, Ekon nos llevó a un punto elevado con una preciosa e impresionante vista panorámica, donde el cielo estaba comenzando a oscurecerse. Allí nos ofrecieron una copa de vino, mientras observábamos cómo el sol se ocultaba detrás de las montañas y las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

—Esto es increíble —murmuré mirando a mi marido—. Nunca imaginé que un lugar como

este existiera. ¿Te das cuenta de lo afortunados que somos?

—Afortunado soy yo de haberme casado contigo, pequeña —susurró mientras me abrazaba desde atrás y me besó en el cuello.

Al caer la noche, Ekon nos llevó de regreso al *lodge*, donde nos esperaba una cena campestre que tenía una pinta buenísima.

Antes de quedarnos dormidos, y tras un baño refrescante en la piscina privada de nuestra villa, donde nos habíamos dejado llevar de nuevo por el deseo y las ganas de sentirnos el uno al otro, piel con piel, Alexander me abrazó en la cama y suspiré con los ojos cerrados, sintiendo el calor del cuerpo de mi marido envolviéndome.

—Te amo más de lo que crees —susurró.

—Y yo a ti —respondí, dándole un suave beso en los labios—. Hoy ha sido un día perfecto.

—Y el mañana, ese que está por llegar en nuestra vida, será aún mejor —dijo, apagando la luz y volviendo a besarme hasta que de nuevo nos dejamos llevar por las ganas.

Capítulo 32

Me desperté con el sonido de un ligero golpeteo en la ventana. Miré a mi alrededor y vi que los primeros rayos de luz entraban tímidamente por la rendija de la cortina.

Alexander aún dormía profundamente a mi lado, acurrucado en la manta, con una ligera sonrisa en el rostro.

Sonreí al verle, recordando lo que habían sido estos días de nuestra luna de miel, en los que no habían faltado risas, bromas, ni esos momentos de pasión en los que nos perdíamos cada noche, y también al amanecer.

Sin hacer ruido, me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. El paisaje que tenía ante mis ojos era más impresionante que nunca. Un par de jirafas caminaban con elegancia por la llanura, mientras que una manada de gacelas saltaba con agilidad entre los árboles.

El sol, que ya comenzaba a asomar en el horizonte, iluminaba la Sabana con un tono cálido, casi dorado. En ese momento me sentí más conectada con la tierra que nunca, más aún después de los días que llevaba disfrutando de estos amaneceres.

Este lugar era un sueño, de verdad que sí, y estaba disfrutando de cada rincón aquí, de cada radiante amanecer, con el hombre al que amaba.

Regresé al lado de Alexander y, con una sonrisa traviesa, le di un suave beso en la mejilla.

—Poli sexy, es hora de levantarse. El safari nos espera —susurré.

Alexander se estiró perezosamente y abrió los ojos, sonriendo al verme, con esa mirada de complicidad que solo compartía conmigo.

—¿Es que te caes de la cama? —Arqueó la ceja, porque desde que llegamos a este maravilloso lugar, me despertaba todos los días antes que él.

—Me gusta ver estos amaneceres —le di un beso en la mejilla—. Llevo algunas fotos buenísimas de ellos —sonreí.

Mi marido me rodeó por la cintura y no me dejó salir de la cama hasta que me dio dos buenos orgasmos.

Después de ducharnos, vestirnos y disfrutar de un desayuno energético que incluía frutas exóticas, pan recién horneado y mermeladas caseras, dejamos el *lodge* y salimos hacia el vehículo que nos llevaría al siguiente destino de esta aventura africana.

Ekon, nuestro guía, estaba esperando con una gran sonrisa, como ya era habitual en él, y una broma sobre cómo era posible que hubiéramos tardado tanto en prepararnos, lo cual provocó una risa cómplice entre nosotros, porque, si el encantador Ekon, con quien ya teníamos confianza después de tantos días, supiera por qué…

—Hoy va a ser un día especial —anunció Ekon, mientras nos subíamos al *jeep*—. Vamos a un rincón donde muy pocos turistas llegan. Pero antes, les tengo una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Qué clase de sorpresa? —pregunté, con curiosidad.

—Eso lo descubrirán pronto. Ahora, suban al *jeep* y sigan mis instrucciones —dijo Ekon, guiñándonos un ojo.

A medida que el *jeep* avanzaba por la Sabana, Alexander y yo nos apoyamos contra el respaldo de nuestro asiento, disfrutando del paisaje mientras nos sumergíamos más en la inmensidad del territorio africano.

El sol comenzaba a calentar el aire, y los árboles dispersos se volvían más densos a medida que Ekon hacía que nos adentrásemos en una zona menos transitada.

Finalmente, llegamos a un pequeño claro rodeado de acacias. Ekon detuvo el *jeep* y nos pidió que bajáramos.

—Aquí está la sorpresa —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Alexander y yo nos miramos confundidos, pero lo que encontramos después ante nuestros ojos, nos dejó boquiabiertos.

Allí delante había un grupo de elefantes jóvenes que parecía haber estado descansando bajo un árbol, y comenzaron a acercarse a nosotros lentamente, como si reconocieran el *jeep*.

—¡Es increíble! ¡Nunca imaginé que veríamos elefantes tan cerca! —dije, mientras observaba a esos enormes animales con los ojos muy abiertos.

Ekon nos explicó que, en esa zona, los elefantes eran conocidos por su curiosidad y su naturaleza pacífica, y que era bastante común que se acercaran sin mostrar signos de agresividad.

Y yo no podía dejar de sonreír, de verdad, en ese momento me sentía una privilegiada.

—¡Es como si estuviéramos en un documental de la televisión! —grité, mirando a Alexander, que me observaba con una sonrisa en los labios.

—Nunca pensé que un día te vería tan emocionada por un elefante —dijo con una sonrisilla.

—Y menos por uno que te mira de esa manera —respondí entre risas, señalando a un elefante que parecía estar estudiándonos detenidamente.

Los elefantes se acercaron aún más, y el *jeep* se mantuvo en silencio mientras los animales se paseaban a nuestro alrededor. Fue una experiencia única y maravillosa, y me sentí como si estuviera en un santuario natural en el que el mundo moderno no existiera.

Y tras pasar allí con aquellos jóvenes elefantes un rato, donde aprovechamos para hacer algunas fotos y vídeos con cuidado de no asustarlos, Ekon los llevó a un pequeño río cercano, donde pudimos ver algunos cocodrilos descansando bajo el sol.

—Ahora, les invito a un picnic. ¿Qué mejor que disfrutar de un almuerzo rodeados de la naturaleza? —dijo Ekon mientras extendía una manta sobre la hierba.

El almuerzo, sencillo, pero delicioso, consistió en una variedad de carnes a la parrilla, ensaladas frescas y pan de pita recién hecho. Mientras comíamos, me sentí más conectada que nunca con el entorno que nos rodeaba.

—¿Te imaginas vivir aquí? Todo este espacio, esta paz… —comentó Alexander, con una mirada distante.

—¿Vivir aquí? —sonreí, mientras lo miraba y contemplaba esos ojos en los que me quedaba enganchada a veces—. Yo lo haría sin pensarlo dos veces, si es contigo.

—Vale, planearemos la mudanza, y hablaré con mi jefe, a ver si me puede gestionar el traslado a una comisaría de aquí —contestó.

Y no pude evitar reírme, porque desde luego que este hombre tenía un punto de locura que a mí me encantaba.

La tarde transcurrió entre risas, charlas y la fascinación por cada rincón que explorábamos de la mano de Ekon, ese guía que nos contaba anécdotas e historias de los animales a los que tan bien conocía.

Y en el camino de regreso al *lodge*, Ekon nos mostró un par de leones descansando a la sombra de un árbol, pero los verdaderos protagonistas de la jornada seguían siendo los elefantes.

De vuelta en el *lodge*, nos dirigimos a la villa, donde decidimos descansar antes de la cena. El calor del día ya comenzaba a disiparse, y la luz dorada del atardecer iluminaba todo cuanto nos rodeaba.

—Hoy ha sido increíble —dije mientras me recostaba en el sillón de la terraza.

—Sí, aunque la verdad es que cada día en este lugar ha sido mejor que el anterior.

—¿Sabes lo que más me gusta de todo esto? —pregunté, mirando el cielo, donde las estrellas de la noche comenzaban a aparecer—. Que no importa lo que pase, siempre tendré este momento contigo —confesé, y Alexander me miró con una sonrisa y me besó.

—Te amo, pequeña, y cada día contigo es un regalo. ¿Qué crees que nos depara mañana? —preguntó mientras me abrazaba con fuerza.

—Sea lo que sea, sé que lo viviremos juntos —respondí, acomodándome entre sus brazos.

Nos quedamos ahí, mirando las estrellas, disfrutando del sonido lejano de la Sabana y del calor de la compañía del otro. Y sabía que este viaje, esta luna de miel, sería solo el principio de una vida llena de aventuras a su lado.

La última noche de nuestra luna de miel llegó mucho más rápido de lo que me hubiera gustado, pero como solía decirse, todo lo bueno llegaba a su fin en algún momento. Y esta noche, el *lodge* había preparado una cena especial en el patio central, bajo las estrellas.

Alexander y yo nos vestimos más elegantes que ninguno de los otros días. La mesa estaba decorada con velas que parpadeaban suavemente, y una pequeña fogata crepitaba en el centro, rodeada de cojines.

—¿Te das cuenta de que estamos cenando en medio de la Sabana, bajo el cielo africano? —dije mientras me sentaba frente a Alexander, que me miraba con una sonrisa tonta.

—Lo sé. Podría parecerle surrealista a cualquiera, pero para mí es perfecto, y lo mejor de todo es que lo estoy viviendo contigo —respondió mientras me cogía la mano por encima de la mesa con esa sonrisa que tanto me gustaba.

El sonido de los grillos y la suave brisa del atardecer nos acompañaban mientras disfrutábamos de una deliciosa cena. Al fondo, se escuchaban los susurros de los animales nocturnos, lo que solo añadía magia a la atmósfera.

—¿Sabes qué es lo más raro de todo esto? —me preguntó Alexander de repente.

—¿Qué?

—Que nunca imaginé que África sería el lugar donde encontraría mi felicidad. Pero la he encontrado, aquí, contigo.

Al escucharlo, mi corazón latió un poco más rápido de lo habitual, y sonreí.

—Este lugar es único, sí. Pero lo que hace que todo esto sea perfecto eres tú, estar contigo, saber que, de hoy en adelante, mi vida y la tuya estarán unidas y que iremos siempre de la mano.

—Siempre, pequeña, eso no lo dudes nunca —contestó con esa mirada intensa llena de verdad que me mostraba para que no tuviera dudas de él.

Y, así, entre risas y palabras de amor, disfrutamos de nuestra última noche en África. El cielo estrellado, el aire cálido y el sonido lejano de la vida salvaje se convirtieron en un recuerdo inolvidable para nosotros, de un viaje que, sin duda, marcaría el inicio de muchos más viajes aún por venir.

Epílogo



Siete años después…

Habían pasado siete años desde que Alexander y yo dijimos "sí" en la playa, en aquel escenario perfecto para culminar nuestra historia, rodeados de familia y amigos.

Hoy, a pesar de que la vida había seguido su curso, ambos seguíamos recordando quiénes fuimos en el pasado: el policía que se enamoró de una diseñadora gráfica que no debía ser más que un trabajo más para él, y una mujer que se entregó sin reservas al amor que creía que era real.

Pero si algo habíamos aprendido en estos años es que todo tiene su tiempo, y todo llega cuando tiene que llegar.

Y estábamos celebrando el cumpleaños de nuestra pequeña Clara, que cumplía cinco años. Me resultaba difícil de creer que ya estuviera tan grande, aún más con esa carita de inocente traviesa, los rizos desordenados y la energía de un huracán. Mi hija era un terremoto con patas, como decía mi abuela.

Hoy ella es la reina del día, y todo estaba listo para su fiesta de cumpleaños, que, como era de esperar, sería una combinación de caos y alegría, tan característica de nuestra vida.

El comedor estaba lleno de globos de colores, banderines brillantes y una enorme piñata de unicornio colgando en el centro. La mesa estaba llena de pastelitos, galletas de diferentes formas y una tarta gigantesca de chocolate, decorada con más adornos de los que cualquiera podría contar.

La risa de los niños resonaba en toda la casa, y el olor a chocolate se mezclaba con las notas del "Feliz Cumpleaños" que todos cantábamos al unísono cuando Clara soplaba las velas.

—¡Venga, Clara! ¡Qué no se te apague! —gritó Marco, mi hijo mayor, mientras movía las manos como si mi pequeña fuera una estrella de rock, animándola a soplar las velas con todas sus fuerzas.

Clara, que apenas tenía la fuerza para soplar, se agarró al borde de la mesa y dio un soplido tan débil que suspiró frunciendo el ceño.

—Cariño, no soples tan fuerte que te vas a quedar sin aliento —dijo Alexander, mientras hacía un gesto exagerado de estar agotado. Y es que él, como siempre, sabía cómo hacer reír a su pequeña.

—¡Papá! ¡No es gracioso! —se quejó ella, mientras se ponía en pie y le lanzaba una mirada fulminante. Pero es una mirada que, por supuesto, se convirtió en una de sus sonrisas traviesas al instante.

Mientras tanto, nuestro perro Max correteaba alrededor de los demás niños como un loco, intentando atrapar cualquier trozo de comida que se les pudiera caer al suelo. A veces se metía en los juegos de los niños como si fuera uno más, y lo hacía tan bien que nadie podía evitar reírse. Él también era parte de nuestra familia, aunque, en ocasiones, creo que es el verdadero líder de la casa, o al menos el más consentido, dado que todos y cada uno de nosotros le mimábamos demasiado.

Siete años; aún me parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo, pero así era.

Alexander y yo regresamos de la luna de miel embarazados, y Marco llegó a nuestras vidas para colmarla de alegría y risas.

Tan solo un año después de su llegada, la casa se llenó de nuevo de esa felicidad arrolladora para todos cuando nació Clara.

Y nos quedamos ahí, con dos hijos preciosos y perfectos, como siempre dije que tendría, y un perro, que de ese no me iba a olvidar tampoco.

Silvana finalmente se casó con su juez. Oliver era un hombre maravilloso y quería a mi sobrina Tiara como si de su propia hija se tratara. Ella y Estrella, la hija de Oliver, eran uña y carne, parecían mellizas y adoraban a su hermanito Enzo.

Elsa y Fabrizio también eran los felices y orgullosos padres de Gianni y Lucía, un par de mellizos que ahora tenían cuatro años, igualitos que su padre, pero con el ingenio de la madre.

Luca y mi prima Greta seguían juntos, felices y enamorados como el primer día, y compartiendo esa felicidad con sus hijos, Julieta y Piero, que ya tenían cinco años, igual que mi hija.

Y mi primo Lorenzo y Patricia, después de muchas idas y venidas de Venecia a España y viceversa durante dos años, finalmente decidieron afincarse definitivamente en Venecia, donde ella empezó a trabajar como policía.

Tenían un hijo de tres años, Alessandro, y una niña en camino que nacería en apenas dos meses y a quien habían decidido poner mi nombre. Y es que decían que gracias a Alexander y a mí, se habían conocido y enamorado, de ahí que sus hijos llevaran nuestros nombres, el de mi marido en su versión italiana, obviamente.

La abuela Giorgia seguía dando guerra, como ella decía, pero de guerra, nada; que a todos nos encantaba que siguiera permitiéndonos disfrutar de ella y de esos platos de comida que preparaba.

Y ella, al igual que mi madre, estaba encantada con todos esos pequeños bisnietos que le habíamos dado. Al igual que mis tíos Alonzo y Lía.

La fiesta seguía y todos estábamos allí para celebrar con nuestra pequeña ese nuevo año que ahora comenzaba para ella.

Y como en cada cumpleaños que celebrábamos en casa, hoy era Clara la encargada de preparar un juego, y en este caso era una "búsqueda del tesoro", aunque en realidad esa búsqueda consistía en esconder regalos y chuches en el jardín y que los niños corrieran a encontrarlos, todo ello mediante pistas que los adultos habíamos colocado de manera estratégica para tenerlos entretenidos un ratito.

—Aquí está la siguiente pista —gritó mi hijo Marco, señalando una de las piedras del jardín —. Vamos, Clara, o nos ganarán los primos.

Pero mi hija, que no se dejaba intimidar tan fácilmente, se agachó, levantó la piedra y cogió el papel que había debajo para ver a dónde le llevaba.

—¡Lo tengo! ¡Ahora a buscar la siguiente, Marco! —le dijo a su hermano mayor.

Y los dos corrieron por el jardín al igual que el resto de sus primos, esos con los que algunos compartían sangre familiar y otros no, pero todos eran de la familia, todos sin excepción.

En medio del caos, de las risas y las bromas, me senté junto a Alexander, que sonrió cuando me pasó el brazo por los hombros.

A pesar del tiempo que había pasado, aún podía ver en sus ojos ese brillo que tenía al mirarme en los primeros días en los que nos conocimos.

Y allí sentados, mientras los demás adultos y los niños rodeaban la piñata, esa que nuestros hijos luchaban por abrir, él se inclinó para besarme en la mejilla antes de hablar.

—¿Te acuerdas cuando pensábamos que nunca llegaríamos hasta aquí? A veces me parece increíble que hayamos superado todo lo que pasó.

Lo miré y no pude evitar sonreír, porque yo misma había pensado eso tantas veces, que era como si los dos estuviéramos compenetrados en todo momento.

—Nunca hubo duda de que lo lograríamos —le contesté, acariciando su rostro.

Y de repente, mi hija pequeña, con su cara de felicidad y esa sonrisa traviesa en los labios, empezó a gritar mientras el último pedazo de la piñata caía al suelo.

—¡¡Lo logré!! ¡¡Soy una campeona!! ¡¡Mamá, papá!! ¡¡La he roto!! —gritaba feliz mientras nosotros sonreíamos.

Todo el mundo, incluso Max, empezó a correr hacia el montón de caramelos y juguetes caídos, mientras Clara daba saltitos por ese gran logro. Alexander se unió a todos ellos mientras yo me quedaba allí, observando feliz a todos y cada uno de los miembros de mi familia, esos que, tiempo atrás, se unieron para conseguir que todo saliera bien.

Las risas aumentaron cuando Marco, Tiara y Estrella empezaron a competir con los demás niños para ver quién recogía más caramelos, obviamente dejando que fueran los más pequeños quienes los cogieran, dado que mi hijo y mis sobrinas eran los más mayores de la familia.

—¡Ay, ay! —miré al escuchar aquel lamento y me reí al ver a mi marido fingiendo que se había hecho daño en el brazo mientras estaban todos en esa peculiar guerra de caramelos, y los niños se partían de risa al verlo tirado en el suelo.

A veces me preguntaba quién era más niño, si nuestros hijos o mi marido.

El resto de la tarde transcurrió entre juegos y más bromas. La abuela Giorgia repartía besos, abrazos y dinerito para la hucha, como ella decía, a todos los niños, que se dejaban querer y mirar. Todos los que estaban en Venecia habían venido a pasar unos días a España para celebrar el cumpleaños de mi niña, como hacían cuando celebrábamos el de Marco, mientras que los que vivíamos aquí nos íbamos a Venecia a pasar unos días de descanso en verano y en los cumpleaños de los peques.

Las Navidades, por el contrario, las celebrábamos siempre aquí.

La tarta, por supuesto, era el centro de todas las miradas, sobre todo las de mi hija, que no dejaba de mirarla, como si fuera el mayor tesoro de todos, y es que mi chiquitana había salido un poquito golosa, a quién, no lo sabíamos. O sí, pero no iba a confesar que era a mí.

La tarde fue pasando y cuando quisimos darnos cuenta, la luna se alzaba llena y brillante en el cielo, rodeada de estrellas. Todos acabamos aquel cumpleaños, agotados, pero felices. Nos despedimos quedando que iríamos a comer juntos al día siguiente al restaurante de la playa, y Alexander y yo nos dispusimos a acostar a nuestros angelitos.

Mi pequeña, entre bostezos, nos abrazó a ambos diciéndonos que había tenido el mejor cumpleaños de todos. Y con esa frase, y la sonrisa que nos regaló cuando la dejamos en la cama, mi corazón se llenó de un amor inmenso. Porque eso confirmaba que habíamos creado algo maravilloso, que nuestra familia, aunque no fuera perfecta, era todo lo que siempre soñé.

Alexander me miró y sonrió antes de cerrar la puerta de la habitación de Clara.

—Hoy ha sido un gran día —murmuró.

—Sí —sonreí poniéndome de puntillas para besarle en los labios—. Ha sido perfecto.

—Te amo, pequeña.

—Y yo a ti, poli sexy —le hice un guiño y sonrió negando.

Y con esa sonrisa en su rostro, sabía que lo que más queríamos los dos en este mundo era seguir juntos, creciendo, riendo y haciendo de cada día algo inolvidable, siendo felices, como siempre debió ser.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu